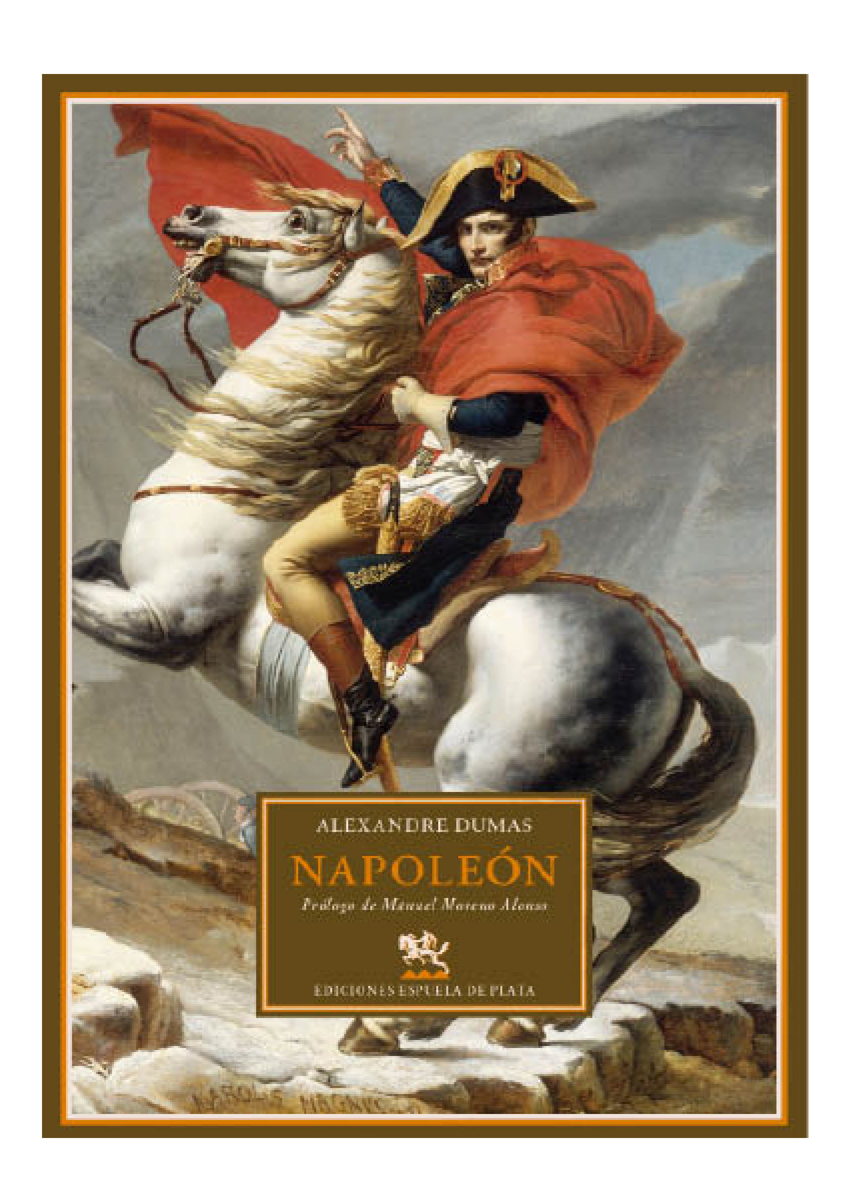

ALEXANDRE DUMAS
NAPOLEÓN
Prólogo de Manuel Moreno Alonso
EDICIONES ESPUELA DE PLATA

Alexandre Dumas

NAPOLEÓN

Traducción de Damián V. Solano Escolano
Introducción de Manuel Moreno Alonso



Espuela de Plata · Biblioteca de Historia

Napoléon_1840_pag_4.tif

Diseño de cubierta: Equipo Renacimiento, sobre la obra Napoleón cruzando los Alpes de Jacques-Louis David, 1800
ISBN: 978-84-15177-66-1

INTRODUCCIÓN

> «Los lectores de Alexandre Dumas pueden ser historiadores en potencia».
>
> MARC BLOCH, *APOLOGIE POUR L'HISTOIRE OU MÉTIER D'HISTORIEN.*

La historia de Napoleón ha dado lugar a una producción bibliográfica oceánica que ha invadido la literatura y la mitología más allá del campo específico de la historia. Verdaderamente, lo mismo entonces que después, el emperador es un personaje que ha hecho soñar, y ha inspirado a numerosos escritores y novelistas.

Por ello no debemos extrañarnos que un escritor como Alexandre Dumas, famosísimo autor de *Los tres mosqueteros* o *El conde de Montecristo*, se ocupe de él en muchas de sus obras, e incluso le dedique lo mismo una obra de teatro que alguna que otra novela o, incluso, toda una biografía, como esta que presentamos hoy en nueva traducción. Anterior a esta existía una segunda versión de 1906, obra de Enrique Leopoldo de Verneuil[1], que es tal vez la que algunos lectores puedan conocer, aunque existe una primera, que fue publicada en Madrid en 1846, es decir, a los pocos años de haber visto la luz la primera edición en Francia, que data de 1840[2]. Un dato éste poco conocido en la ingente obra del prolífico novelista que, por otro lado, tanto dice de su prodigiosa actividad como de sus fabulosas obsesiones, en unos momentos en que la fascinación por Napoleón –*Napoléon ou rien*– se extendía cada vez más entre el público.

Sin ser Stendhal, el más grande admirador del emperador, que en 1817-1818 dedicó a éste una biografía plena de admiración –*Vie de Napoléon*–, en absoluto puede

extrañarnos que Dumas se interesara igualmente por la figura del emperador, pues no en vano el propio padre de Dumas fue general de Napoleón.

Se da la circunstancia, además, que la primera obra de Dumas sobre Napoleón se representó después de la Revolución de Julio de 1830, prácticamente al mismo tiempo que apareció la gran novela napoleónica de Stendhal, *Rojo y Negro* (noviembre de 1830), en la que su protagonista Julien Sorel, verdadero trasunto de su autor, se presenta como grandísimo entusiasta del emperador.

Por parte de Dumas, la diferencia estriba, sin embargo, en que su bonapartismo no es partícipe del extremado entusiasmo stendhaliano que, igualmente, en tan gran medida, manifiesta en *La Cartuja de Parma* Fabricio del Dongo. Por más que, en el fondo, participe de la misma admiración por la gloria militar del emperador que fascinó por el mismo tiempo a Alfredo de Vigny[3] o a Balzac, para quien Napoleón fue uno de los hombres más grandes de la historia[4].

De todas maneras, el caso de Dumas –que en dos ocasiones de niño llegó a ver al emperador– se asemeja más al de Victor Hugo, hijo también de otro general de Napoleón, que, en un texto memorable de 1830 –*A la colonne de la place Vendôme*– confesó también haber visto un día de fiesta al emperador en el Panteón cuando él tenía siete años, «*ce qui me frappa*», según habría de reconocer[5]. Todo lo cual demuestra que los grandes novelistas de Francia fueron incluso por delante de los historiadores a la hora de desentrañar la personalidad de Napoleón, y que en el caso de Dumas le acompañó en tantas de sus obras[6].

* * *

A diferencia de la literatura de ficción, entre los historiadores, la naturaleza del personaje a historiar era de tal complejidad que sus contemporáneos fueron los primeros en constatar la dificultad de su retrato. En 1827, Jacques de Norvins, el primer historiador de Napoleón en dedicarle una obra ambiciosa, escribió, después de haberse dedicado a ello intensivamente, sobre la imposibilidad de llevar a cabo una empresa de este tipo que trazara un cuadro satisfactorio del personaje. Para este historiador, su extraordinaria grandeza en todos los aspectos –su exceso de genio, su exceso de fortuna y su exceso de desgracia– debía hacer temblar «en proporciones colosales» a quien se atreviera a llevarlo a cabo. Él mismo confesó que, consagrado al estudio de la vida de Napoleón desde el 18 Brumario, la extensión y las dificultades de una tarea como esta le habían inspirado profundo desánimo[7].

Sin embargo, a pesar de tales imponderables, el interés que siempre hubo en vida por el personaje, y que inspiró también tantos escritos desfavorables –liberales como los de Benjamin Constant o Madame de Staël, o realistas como los de Chateaubriand[8]–, aumentó todavía más después de su derrota y exilio, en que surgió toda una leyenda rosa del personaje.

De 1817 es el *Manuscrit venu de Sainte-Hélène de manière inconnue*, que redactó Lullin de Châteauvieux, al que siguió, con una fortuna inmensa después de la muerte del emperador, la publicación en 1823 del *Memorial de Santa Helena* de Las Cases. Considerado este por Stendhal como la biblia de los jóvenes románticos, su versión se convirtió en un texto sagrado que inspiró a Musset, Nerval, Vigny o Hugo, quien, a partir de su famoso poema «A la columna», representará las simpatías de los bonapartistas[9].

Pero el culto a Napoleón no sólo arraigó en Francia, sino que traspasó sus fronteras. En la temprana fecha de 1827, se conoció la publicación de la *Vida de Napoleón Bonaparte* por Walter Scott, que tuvo un gran predicamento dentro y fuera de Inglaterra[10]. Precisamente fue a partir de entonces cuando el interés por el personaje atrajo la obra de historiadores que le dedicaron obras monumentales[11]. También el emperador ejerció en Alemania una gran fascinación entre los intelectuales. Considerado por Hegel como «el alma del mundo», Goethe no tuvo reparo en decir que su vida fue la de un «semidiós». Testigo de la Guerra de los Siete Años, de la emancipación de los Estados Unidos, de la Revolución Francesa y, finalmente, de la época napoleónica, nada vio semejante «hasta la muerte del héroe»[12].

Desde entonces el fenómeno de la leyenda napoleónica se fue constituyendo sobre la combinación de tres de sus principales facetas: el joven héroe, el dueño del mundo y el proscrito[13]. Tales fueron los fundamentos sobre los que se construyó la infinidad de obras de vulgarización que, atraídas por la fascinación del personaje, se dedicaron a representarnos al hombre, al genio de la guerra, al héroe o al mito[14]. A lo cual contribuyó, desde el principio, los medios de propaganda utilizados por el propio Napoleón, desde el nacimiento de su celebridad hasta su caída, para forjar la imagen de un hombre de genio enteramente entregado a la causa de la nación francesa[15].

Cuestión aparte es que se consiguiera el objeto. Pues un siglo después, concretamente en 1929, la *Revue des Études Napoléoniennes* deploraba que, después de habérsele dedicado al emperador cuarenta mil publicaciones –«estelas funerarias», las llamaba–, el retrato que se desprendía de todo ello no era más que el del «soldado desconocido»[16].

Algo similar a lo que, durante el bicentenario del nacimiento de Napoleón, vino a decir el gran historiador Jacques Godechot, para quien, ya de por sí, «en su carrera prodigiosa, bajo sus actividades múltiples, es difícil encontrar al hombre», cuanto más en los retratos que se habían ensayado del personaje a lo largo del tiempo[17]. Toda una inmensa tarea por delante que a lo largo del tiempo ha movilizado a familiares, amigos, enemigos, y publicistas de toda laya (políticos, militares, periodistas, biógrafos, historiadores o literatos) interesados por Napoleón.

II

En este ambiente es en el que hay que situar la primera obra, en un primer caso dramática, que Alexandre Dumas dedicó a Napoleón, y que puso en escena con grandísimo éxito en el Odeón de París el 10 de enero de 1831[18]. Obra a la que siguió, nueve años después, en 1840, su breve y escueta biografía, *Napoleón*, que es la que publicamos[19]. Un libro éste, excesivamente breve, objetivo y ponderado, en el que el autor dio una imagen imparcial del emperador sin caer en los excesos románticos tan comunes del momento.

Razón que, más adelante, el propio autor desvelará en sus *Memorias*, al explicarnos que cuando Charles Jean Harel (1790-1846) le expuso la idea de escribir una comedia sobre Napoleón, no la aceptó con entusiasmo, a pesar de prestarse el tema a hacer un excelente negocio. Incluso rechazó inicialmente el proyecto, porque «las ofensas que Bonaparte había infligido sobre mi familia me inclinaban a ser injusto con Napoleón»[20].

Aceptada, finalmente, la realización de la obra, su autor no dejará de preguntarse sobre el papel de Napoleón en la historia de Francia. Las cuestiones que más le preocuparon son dos: «¿Por qué el mismo hombre es a un tiempo tan fuerte al inicio de su carrera y tal débil al final?» ¿Por qué, en un momento dado, en su plenitud, a los cuarenta y seis años, le abandona su genio y le traiciona la suerte? Preguntas a las que, dos años más tarde, en su obra *Gaule et France* (1833), parece haber encontrado una respuesta: Napoleón fue un mero instrumento en las manos de Dios.

Según Dumas, fue Hare, ardiente bonapartista y por entonces gerente del teatro del Odeón, a quien se le ocurrió la idea de representar a Napoleón en el teatro. En unos momentos, además, en que el Odeón pasaba por unas condiciones muy difíciles. Hasta el punto de que la mayor parte de las comedias habían dejado de representarse por falta de actores y de representación. Pero, al final, una vez escrita la obra, su representación a cargo de Frederick Le Maitre que hizo de Napoleón, resultó todo un éxito.

En verdad, la primera obra de teatro del joven Dumas –*Henri III et sa cour*– fue anterior a la revolución. Representada con gran éxito en 1829, fue uno de los primeros grandes dramas históricos románticos, que Victor Hugo había ensayado con tanto éxito en su *Cromwell* (1827), y después revalidó en *Hernani* (1830).

Su éxito lo revalidó con creces su autor al año siguiente con la representación del *Napoleón*, que le dio a Dumas una extraordinaria fama. Pues hasta entonces, con la restauración borbónica, la figura de Napoleón –durante su cautiverio en Santa Elena y después de su muerte– estuvo proscrita. Pero a medida que su figura fue convirtiéndose en una leyenda en contraste con la pérdida de popularidad de

los Borbones, su figura cobró una dimensión mítica a ojos de los mismos que durante un tiempo lo vilipendiaron.

Así que su osada representación histórica, en 1830, al igual que su brillante puesta en escena, deleitaron a un público acostumbrado a la decadente tragedia clásica, a la vez que le atrajo a Dumas la amistad de astros como Victor Hugo y Alfredo de Vigny[21]. El propio duque de Orleans estuvo presente en la representación, después de lo cual le nombró su bibliotecario en el Palais Royal[22].

Evidentemente el ambiente cortesano que le rodeaba, en el entorno de Luis Felipe, influyó en su interés inicial por este tipo de asuntos –que frecuentaba en salones bonapartistas como el de Antoine Vincent Arnault– que volvió a recrear en *Charles VII chez ses grands vassaux* (1831). Todo lo cual supone que Dumas fue un aplaudido autor de obras teatrales antes que el novelista famoso, autor de los *Tres mosqueteros* o *El conde de Montecristo.*

Su interés por los temas históricos siguió a la publicación de su celebrada obra. Sin embargo, su autor, después de haber escrito varias comedias de éxito, dedicó todos sus esfuerzos a escribir novelas por entregas, de grandísima demanda entonces, que le produjeron pingües ganancias, que el autor dilapidaba con su extravagante estilo de vida.

Por supuesto, Dumas la escribió muy de prisa, de corrido, en forma de una comedia de tipo épico, aunque con la particularidad de que si el autor tenía sus reservas con el protagonista, en su obra no dejó que se manifestaran. El subtítulo de la obra, además, no podía ser más instructivo: «Napoleón, o treinta años de la historia de Francia».

El éxito de la obra en el París inmediatamente posterior a la Revolución de Julio fue extraordinario. Enormes fueron los esfuerzos que se realizaron para su ambientación. Por su parte, Harel gastó la enorme suma de 100.000 francos en la

producción. Con máxima atención cuidaron los decorados, sin olvidar detalles importantes como que durante las intermisiones, la orquesta tocara marchas napoleónicas. Especialmente aclamadas resultaron las escenas del incendio de Moscú o el paso del Beresina. Sin embargo, el éxito económico de la representación no fue acompañado del de la crítica que, sin apreciar todavía los rasgos del melodrama romántico, no comprendió que el drama se sacrificaba al mero espectáculo.

* * *

Para entender correctamente la publicación por parte de Alexandre Dumas de sendas obras sobre Napoleón –el drama romántico de 1830, primero, y la biografía de 1840, después– es necesario tener en cuenta, aparte de la exaltación napoleónica del personaje, el nuevo régimen político de la monarquía de Luis Felipe, impuesta tras la Revolución de Julio de 1830, que, desde el primer momento, admiró con nostalgia y autocomplacencia los grandes días de gloria vividos por Francia bajo Napoleón.

Hija de la Revolución de Julio, la nueva monarquía de Orleans gustó asemejarse al emperador en su papel de continuador de la Revolución, que no en vano se presentó al emperador como un «législateur merveilleux». Desde el comienzo del nuevo reinado, la admiración por el emperador fue en aumento continuo. En favor de su rehabilitación, proscrita durante el período anterior de los Borbones, un tal Saint-Maurice le dedicó un libro con el título de *Histoire de Napoléon-le-Grand*, en el que abiertamente decía que había llegado la época en que podía pregonarse su grandeza, sometida hasta entonces a duras restricciones.

Así, no se había acabado la representación en cartelera de la obra de Dumas, cuando un decreto del nuevo rey Luis Felipe de Orleans, de 3 de abril de 1831, permitió la vuelta de Napoleón a lo alto de la estatua de la columna Vendôme, que los poetas, en especial Victor Hugo, alabaron en versos muy celebrados.

Otra cosa, sin embargo, ocurrió tras la caída de la Monarquía de Julio tras la Revolución de 1848, cuando el argumento napoleónico fue tratado por el mismo Dumas de otra forma. Que entonces fue cuando dedicó al tema, otra comedia, *La barricada de Clichy*, basada en la campaña de Napoleón contra los aliados y los acontecimientos que siguieron a su regreso de la isla de Elba. Una comedia ésta, escrita veinte años después de la anterior, cuando el príncipe Luis Napoleón ocupaba la presidencia antes de su golpe de Estado (lo que dio lugar a que el escritor fuera acusado de intentar atraerse su favor)[23].

Desde luego, en esta ocasión, la comedia no podía estar más influenciada por el momento político, por más que el punto de vista del autor fuera más personal. Su hilo argumental giraba en torno a que el coronel Bertrand ha jurado no sobrevivir a la caída de Napoleón. Cegado por una granada en las barricadas que protegen Clichy de las tropas aliadas, su hijo y su hija se esfuerzan en mantenerle en la ignorancia del exilio de Napoleón. Ellos mismos les leen informes y despachos de las victorias de Napoleón que ellos han inventado. Sin embargo, cuando el coronel se da cuenta de que su propia familia le está engañando, se produce el regreso de Napoleón de la isla de Elba, al tiempo que el joven Bertrand consigue salvarse de ser ejecutado por sus actividades bonapartistas. Mientras, por su parte, Napoleón intenta justificar su papel en la historia, explicando y

defendiendo sus acciones como si se tratara de un campeón de la libertad de Europa.

El regreso del emperador bien parecía un deseo del retorno de Luis Napoleón. Pues, por más que se aceptaran las protestas del propio Dumas de que él era un convencido republicano desde la cuna (*républicain au berceau*), su actitud en verdad no podía ser más ambigua. A pesar de que en el fondo distara de ser bonapartista, y solo viera a Napoleón con las cualidades heroicas de sus héroes, como si se tratara sencillamente de Montecristo o de uno de los Mosqueteros[24].

* * *

Evidentemente, en los veinte años transcurridos entre la representación de una y otra comedia, muchos fueron los cambios vividos en Francia, que lo mismo influyeron en el propio Dumas como en su obra. Uno tras otro se sucedieron: la Revolución de Julio de 1830, que acabó con la monarquía borbónica, la monarquía de Luis Felipe y, tras la Revolución de 1848, la ascensión de Luis Napoleón. De aquí que las razones que llevaron a Dumas a escribir su segunda comedia difícilmente puedan explicarse atendiendo los argumentos dados por su autor, según los cuales en absoluto la escribió para obtener el favor de lo que iba ser el Segundo Imperio.

Durante todos estos años, sin embargo, lo que fue en aumento fue la expansión de las grandezas consignadas en la leyenda napoleónica. De donde la multiplicación de obras de divulgación destinadas bien a los niños –*enfants petits et grands*– o a un público más amplio. Que así es como se presentó a Napoleón como el defensor de la libertad, el

misionero de la revolución o el hombre de genio que había proporcionado a Francia una gloria inolvidable[25].

A la altura, concretamente, de 1840 –fecha en este caso de la biografía de Dumas sobre Napoleón–, bajo la protección de un régimen que soñaba con emular su gloria, Napoleón siguió apareciendo como el más grande de los hombres de la historia. De esta manera, quien diez años antes todavía se presentaba por parte de sus detractores como un tirano y un monstruo sanguinario para toda Europa, aparecerá ahora como el estandarte de una Francia poderosa y respetada, modelo de la propia monarquía reinante.

Así, mientras Dumas se preocupaba por la figura del emperador en términos de alabanza, en Francia no dejaba de acrecentarse el interés por su figura. De forma que continuamente aparecían publicaciones dedicadas al gobernante según los papeles de Estado[26] o, más especialmente, a los detalles sobre su familia, su nacimiento, su educación, sus conquistas, sus generales, su exilio o su muerte[27].

Puntualmente, sin embargo, el que el novelista dedicara una biografía como la que escribió en 1840 sobre Napoleón fue fruto en particular del extraordinario fervor que marcó en Francia en este mismo año el regreso de los restos del emperador, anunciado por la Cámara de Diputados, el 12 de mayo de 1840. Con lo cual el culto oficial a su memoria por parte de la nueva monarquía llegó a su cima, a pesar de algunos gritos testimoniales en contra por parte de los legitimistas, bien lejos de contar con la simpatía del pueblo.

Enorme fue la expectación desencadenada en toda Francia sobre el regreso del emperador. Lamartine fue el primero en reconocer en Napoleón sus dimensiones –su estatua– de gran hombre, al tiempo que periódicos como *Le*

Siècle o *Le Constitutionnel* publicaron numerosos reportajes sobre la repatriación de los restos o las ceremonias anunciadas. Mientras, por su parte, Victor Hugo celebró el regreso en «le retour de l'empereur», publicado el 15 de diciembre de 1840, con los consiguientes «vivas» a Francia.

El *Napoleón* de Dumas tuvo la ventaja, además, de anticiparse al regreso a Francia de las cenizas del emperador, que fue seguido por la aparición de numerosos escritos, en su conjunto mucho más polémicos que históricos. Por su parte, Dumas supo captar mejor que nadie la cresta de la ola para de una forma breve, sencilla y fácil de leer, escribir en el momento justo el libro apropiado para el mayor número posible de lectores, empezando por los que ya le eran incondicionales. Fue la biografía de aquella hora precisa.

Después de este *boom* de fervor napoleónico, un carácter muy diferente tendrá la aparición de obras críticas como la del general Sarrazin, en otro tiempo proscrito por el emperador por haberse pasado al enemigo, y que, en 1841, volvió a presentar la imagen de éste como un monstruo sanguinario, al que le negaba toda competencia militar[28]. Obra polémica, difícilmente asumible a las que siguieron otras de muy diversa índole como la del teniente coronel Baudus[29] en 1841, todas ellas con aspiración de juzgar a Napoleón de forma más crítica y ponderada, a las que seguirán otros títulos. Pero, ya para entonces, la pequeña biografía de Dumas había cumplido su cometido[30].

* * *

Sin preámbulos ni consideraciones previas de ningún tipo, Dumas empieza su biografía con el sobrio título de *Napoleón*. No le da ningún subtítulo, no subraya ningún

aspecto que pudiera hacerlo atractivo para sus lectores o para el público en general, que difícilmente podía averiguar su contenido o su propósito o incluso su carácter, que ya por entonces diferenciaba entre los históricos y lo novelísticos. Verdaderamente para el propósito de su autor bastaba con el solo rótulo del personaje al que dedicaba el libro.

Al lector de entonces debió extrañarle lo mismo que al de hoy que, dentro de la tan sorprendente concisión por parte de su autor, éste titule su primer capítulo como «Napoleón de Buonaparte», subrayando el arcaísmo del apellido: Buonaparte en vez de Bonaparte. Igualmente no deja de llamar la atención el comienzo de este mismo capítulo al hablar del nacimiento del niño en 1769, y que «recibió de sus padres el nombre de Buonaparte y del cielo el de Napoleón».

Escribiendo después de la gloriosa Revolución de Julio que sentó en el trono a Luis Felipe de Orleans, Alexandre Dumas situó, igualmente, los primeros días de la juventud de Napoleón «en medio de una agitación febril que sigue a las revoluciones». Observación no baladí que, a la fuerza, tenía que provocar una nostalgia bien medida con las vivencias de los protagonistas coetáneos del autor, testigos a su vez de la misma «agitación febril» que ocasionó la caída de los Borbones en 1830. En este sentido también parece llamativa la alusión presentista a la situación de Córcega, tierra natal de aquel niño, «un país que en nuestros días aún lucha contra la civilización tan enérgicamente que ha conservado su carácter a falta de su independencia».

Desde las primeras páginas de su peculiar libro sobre el emperador, el lector advertirá que las páginas que tiene por delante van a ser una biografía concisa y clara, plenamente histórica, sin concesiones a lo novelesco. Contra lo que

pudiera imaginarse, apenas si encontrará alguna licencia discursiva más allá de alguna que otra anécdota reveladora de la infancia o juventud del biografiado. Muy por el contrario, apoyado en documentos fehacientes –el informe en este caso emitido por el inspector de escuelas militares al rey– el autor, en cuyo estilo no se adivina en absoluta su prodigiosa capacidad de fabulación, describirá la estatura de Napoleón (cuatro pies, diez pulgadas y diez líneas) sin el menor comentario por su parte. Desde el primer momento se nota claramente que lo que aquél pretende no es más que contar de una forma breve y verídica la vida del emperador.

En algunos casos sorprende por parte del autor algunas informaciones que en razón, probablemente, de esta brevedad le impide aclararlas al lector que, sin duda, hubiera agradecido su explicación. Tal es el caso concretamente de la acusación que se le hacía a Napoleón de «haberse vanagloriado de una nobleza imaginaria», falseando también su edad, pero que con la breve cita de un documento, el autor dice que es suficiente para rechazar tales acusaciones.

Al volver a contar determinadas anécdotas muy reveladoras del biografiado sobre las que el autor, igualmente, ha podido explayarse, éste las explica escuetamente sin sacar partido literario de ninguna de ellas. «No se extrañen nuestros lectores al vernos buscar semejantes anécdotas –advierte–: cuando se escribe la biografía de un Julio César, de un Carlomagno o de un Napoleón, la linterna de Diógenes no sirve ya para buscar al hombre; éste lo encuentra la posteridad, y aparece a los ojos del mundo radiante y sublime».

En el fondo es un poco la filosofía del *Memorial de Santa Helena*. Un recurso que será el que emplee el autor de la

biografía, y que él mismo nos explica diciendo: «Por eso, el camino que siguió para llegar a su pedestal es el que debemos seguir y cuanto más ligeras son las huellas que ha dejado en ciertos sitios a su paso, menos se conocen y por lo tanto, más curiosidad inspiran».

Hombre plenamente integrado ya dentro del régimen burgués que ha seguido a la Revolución de 1830, al novelista autor de esta biografía es evidente que le interesa reflejar el papel del gran Napoleón ante los sucesos revolucionarios de su tiempo. Un asunto que muestra con la mayor simpleza al desvelar dos episodios de su vida. El primero, la participación del joven corso en la revolución, cuando el 20 de junio de 1793 –«sombrío preludio del 10 de agosto»– Napoleón y su amigo Bourrienne, después de comer en la calle de San Honorato, siguiendo a «la canalla», fueron testigos del bochornoso espectáculo de ver al rey de Francia cubierto por un gorro frigio que un hombre del pueblo acababa de presentarle en la punta de una pica. Ante lo cual exclamó en su idioma el joven corso: «*¡Coglione! ¡coglione!* […] Debía haber mandado barrer cuatrocientos o quinientos con un cañón, y los demás correrían aún».

El segundo, sin comentarios, el de la asistencia del corso a las ejecuciones del 10 de agosto y a los asesinatos del 2 de septiembre de 1793. Refiriéndose a aquel tiempo, el biógrafo subraya: «Había llegado el año de la cifra sangrienta, el 93: la mitad de Francia luchaba contra la otra; en el oeste y en el mediodía todo era fuego y llamas».

En suma, la narración que el afamado novelista hace de la vida de Napoleón es tan aséptica y neutral que en pocas ocasiones se manifiestan de forma clara las opiniones del autor. Sin embargo, el autor no puede prescindir de incluir en la biografía a su padre, el general Alexandre Dumas, de

una manera no poco forzada. Será al hablar, nada menos, que de los sucesos de vendimiario (5 de octubre de 1795), cuando «el cañón del 13 vendimiario resonó en la capital», y Napoleón, que en aquella jornada recibió el nombre de *Ametrallador*, salvó a la Convención con una dura acción represora.

Una acción ésta en la que, según el novelista, el general Alexandre Dumas estuvo a punto de mandar, de acuerdo con una orden dirigida a él por la misma Convención, pero que cuando llegó a sus manos, en la mañana del mismo día 13, se encontraba a tres días de París. Episodio éste con el cual el novelista introduce a su padre ausente en un momento decisivo tanto de la República como del propio Napoleón. Ante lo cual no cabe más que preguntarse qué podría haber hecho su padre ante tan difícil situación, a lo que tal vez hubiera respondido su hijo que cualquier cosa menos lo que hizo el *Ametrallador*.

Pero tampoco es ésta la única vez que el autor de la biografía introduce a su padre en el relato de los hechos. Lo hace también al referir las campañas de Italia cuando, ante el sitio de Mantua –«la llave de Alemania»– un espía austriaco cayó igualmente en manos del general Dumas y, obligado a declarar tras haberse tragado la carta de que era portador, reveló los planes del general Wurmser que, puestos en conocimiento de Napoleón, fueron claves para su victoriosa campaña.

Desde luego, en pocas ocasiones de la biografía de Napoleón hay narraciones románticas, plenas de color local. Una, excepcionalmente, es la que dedica ante lo novelesco del asunto a la campaña de Egipto, a la hora de describir a los mamelucos: Nuestros soldados, ante aquella manera de combatir, no pensaban que aquellos enemigos fuesen hombres, sino que creían habérselas con fantasmas,

espectros y demonios. En fin, mamelucos furiosos, gritos de hombres, relinchos de caballos, llamas y humo, todo se desvaneció como si un torbellino los arrebatase, no quedando ya entre las dos divisiones más que un campo de batalla sangriento, erizado de armas y de estandartes y cubierto de cadáveres y de moribundos, que en su agonía se incorporaban aún como la ola de mar que todavía no se ha calmado después de la tempestad… Para los ojos de águila que se fijaban en aquel campo de batalla, debió ser maravilloso espectáculo el que ofrecían aquellos seis mil jinetes, los primeros del mundo, montados en caballos cuyos pies apenas dejaban huella, girando como una jauría alrededor de aquellos cuadros inmóviles e inflamados, estrechándolos en sus repliegues, rodeándolos con sus nudos, tratando de sofocarlos cuando no podían romperlos, dispersándose para reunirse y huir de nuevo cambiando de frente como las olas que baten la orilla.

Asimismo, digna de reseñar es la importancia que Dumas concede a «la pasión que ocupó en su alma el primer lugar después de la guerra», es decir, la pasión napoleónica de los monumentos. Un asunto no usual en las biografías del emperador, y que lleva al autor a enumerarlas, desde los arreglos en las Tullerías o las mejoras de los muelles hasta las obras en la plaza de Vendôme –donde la estatua de Luis XIV fue sustituida por una columna fundida con los cañones cogidos a los austriacos– y las construcciones de los palacios para la Bolsa e Inválidos o las importantes reformas urbanísticas.

Desde luego, en todo momento, el biógrafo muestra un interés actual y presente por el pasado próximo, como si la repatriación de los restos del emperador hiciera más inmediata la presencia en la Monarquía de Julio de aquella época de *grandeur*. Precisamente al referirse a los doce

mariscales nombrados por el emperador –en cuya designación «para nada entraron en su nombramiento el nacimiento y el favor»– dirá que aún, treinta y nueve años después, tres de ellos vivían en tiempos de Luis Felipe tres: el primero –«en la hora en que escribimos estas líneas»– gobernador de los Inválidos; el segundo presidente del Consejo de ministros, y el tercero, rey de Suecia». En este caso el biógrafo no se resistirá al comentario: «Únicos y últimos restos de la pléyade imperial, los dos primeros se han mantenido a su altura y el tercero se ha engrandecido más».

Volviendo sobre la transición del Consulado al Imperio, que a los protagonistas de la Revolución de Julio podía sugerirles algunas coincidencias, el biógrafo Dumas sentencia categóricamente: «Todo había concluido para la República a contar desde aquella hora: *la Revolución se había hecho hombre*». Lo cual no quiere decir, sin embargo, que al biógrafo no le guste comparar al emperador, que es su héroe, con personajes de la Antigüedad como Cambises, Alejandro, Aníbal o César, el conquistador de la Galia.

En referencia, concretamente, a las grandes campañas del emperador y a las batallas, poco es lo que dice sobre la guerra en España. Sin embargo, tanto por lo que dice como por lo que no, sus observaciones son interesantes. Admite, desde luego, que la invasión de Portugal no era más que un preludio de la conquista de España, donde reinaba Carlos IV, «acosado por dos poderes opuestos»: el favorito Godoy y el príncipe de Asturias. Reconoce, aunque no saque consecuencias, que «Napoleón no había hecho más que fijar una rápida mirada sobre España». Nada dice sobre el levantamiento de los españoles, sobre la revuelta de Madrid del 2 de Mayo ni siquiera sobre la batalla de Bailén, en la que, por vez primera, fue derrotado el ejército de Napoleón

en campo abierto. Una derrota que, según el decir de Stendhal, produjo en el emperador –«aquella alma generosa»– una herida más sensible que la derrota de Rusia[31].

Para ser exactos, tan sólo cabe señalar en el caso de Dumas que, sin nombrar el lugar, cuya prohibición fue decidida para evitar la denominación de la derrota, tan sólo dice que «el general Dupont debió rendir las armas». Curiosamente sin embargo nombra de manera inexacta a la «Junta provincial» de Sevilla que, a fin de cuentas, fue la que hizo pasar por las horcas caudinas al ejército de Dupont.

Al referirse a la entrada victoriosa de Napoleón en Madrid, tras la cual «la España conquistada permaneció muda», ejemplifica la resistencia en la letra de un catecismo que el lector atribuye con manifiesta inexactitud a la Inquisición. Y todo porque en dicho catecismo –bien conocido en las publicaciones generales de la época– a la pregunta de «¿quién es el enemigo de nuestra felicidad?», se contestaba: «el emperador de los franceses». Inexactamente se decía también –tal era la versión que corría por Francia hacia 1840– que, entonces, «España, pacificada al parecer, obedecía casi toda ella a su nuevo rey».

Particularmente detalladas son las descripciones, en la biografía del emperador, de la campaña de Rusia y la batalla final de Waterloo, tras el tiempo de Elba y los Cien Días de Imperio, que decidió su destino. Por poner un caso, cuando el emperador, después de haber estado trabajando dieciséis horas durante tres meses, dijo al mariscal Ney antes de entrar por última vez en acción –levantándose y poniéndole una mano en el brazo– que «los azules siempre son azules y los blancos, blancos».

Dumas termina su *Napoleón* con un testimonio personal en el que el autor se retrata a sí mismo, que dice: «El que estas líneas escribe no ha visto a Napoleón más que dos veces en toda su vida, con ocho días de diferencia y esto durante el corto espacio de un relevo; la primera vez, cuando iba a Ligny, la segunda cuando volvía de Waterloo, aquélla a la luz del sol, ésta a la de una lámpara; la primera vez en medio de aclamaciones de la muchedumbre, la segunda en medio del silencio de una población». Y agrega: «Tanto una como otra, Napoleón estaba sentado en el mismo coche, en el mismo sitio, vestido con el mismo traje; cada vez era la misma mirada vaga, extraviada; cada vez era la misma fisonomía, tranquila e impasible, sólo que al volver tenía la cabeza un poco más inclinada sobre el pecho que al ir». Una descripción que lleva al autor a preguntarse, finalmente, si el emperador iba así «por enfado, porque no podía dormir o por dolor de haber perdido el mundo».

Alexandre Dumas acaba su biografía con la estancia de Napoleón en Santa Helena y su muerte en ella el 5 de mayo de 1821. Exactamente termina contando que en el momento en que se iba a grabar en una lápida el nombre del emperador, el gobernador británico sir Hudson Lowe dijo, en nombre de su gobierno, que no se podía poner en la tumba más inscripción que la siguiente: «El General Bonaparte». Este era el personaje que, diecinueve años después, triunfalmente volvía a París. Así, para dar a conocer al público lector las hazañas de tan excepcional general, el autor del *El Conde de Montecristo* le puso al libro un título aún más corto: *Napoleón*.

Desde luego, la redacción de esta biografía, en cuanto proyecto editorial concluido en 1739, suscitó escaso entusiasmo en el autor, que muchos años después reconocerá en su última novela: «Esperaba verlo desplegar

en este episodio [la batalla de Waterloo] toda la pujanza de su talento, toda la energía de su pensamiento y de su estilo… Nada. Me ha parecido estar leyendo 10 páginas de las *Victorias y conquistas* bien escritas y bien juzgadas», escribe Marco de Sainte-Hermine, que será una de las fuentes del segundo volumen de *El caballero de Sainte-Hermine.*

III

La fortuna de sus novelas convirtió a Alexandre Dumas (1802-1870) en uno de los autores franceses más ampliamente leídos en todo el mundo. Todo lo cual hizo que ya en su época se desplegara un gran interés por la personalidad de su autor que, al igual que la de sus personajes, no podía ser más sorprendente. No en vano el autor era nieto de un noble aristócrata francés y de una esclava negra haitiana[32], pues su abuelo, el marqués Alexandre-Antoine Davy de la Pailleterie, fue *Général commissaire* en la colonia francesa de Santo Domingo. Carrera militar que siguió, a su vez, su hijo Thomas Alexandre que también llegó a ser general en tiempos de Napoleón, de cuyo matrimonio con una posadera nació el novelista Alexandre.

El padre de este, de quien su hijo habla en su biografía de Napoleón como militar en la época de la Revolución, nacido en Santo Domingo en 1762, regresó a Francia a los dieciocho años y, a consecuencia de una bronca con su padre, no tardó en enrolarse en los Dragones de la Reina. Desde el primer momento su fuerza se hizo legendaria, hasta el punto de coger sobre sí un caballo y subirlo a una viga. Todo un *Hercule noir*, como se le llamó. Que por entonces fue cuando tomó un nombre de guerra como era a

la moda: Dumas, el nombre de su madre, Marie-Cessette Dumas. En 1792, en plena Revolución, fue nombrado teniente coronel de la «Légion franche de cavalerie des Americains et du Midi», bajo las órdenes del coronel Saint Georges.

Comprometido con la causa de la Revolución, contribuyó a reventar el complot del general Dumouriez. Después de algunos combates en la frontera de los Países Bajos, fue nombrado sucesivamente general de brigada, general de división, general en jefe del ejército de los Pirineos Occidentales, además del ejército de los Alpes (22 de diciembre de 1793). Que fue entonces cuando escribió a Bouchotte, ministro de la Guerra: «La República puede contar conmigo… Descansa sobre el republicano Alexandre Dumas». Seguidamente participó, en Austria, en la campaña del Tirol, donde dirigió la caballería de Joubert, y en donde por su dureza y astucia fue llamado el «Diablo negro» (*Scharze Teufel*). El «negro Dumas» lo llamaba, sin más, Napoleón[33]. Después de varios problemas con la autoridad militar por su carácter impetuoso, irascible y caprichoso –*l'esclave du caprice*, como su hijo–, fue enviado al ejército de Oriente para mandar la caballería. Cogido prisionero por los austriacos, fue intercambiado en 1801 por el general Mack, con lo que pudo regresar a Francia.

Con la salud arruinada, el general Dumas murió oscuramente, después de varios años de retiro, en 1807, en Villers-Cotterêts (Aisne) –un pequeño enclave en el Valois– de donde era su mujer[34]. Precisamente, el hecho de que el general fuera capturado, y de que Napoleón rehusara pagar un rescate para liberarlo, y a consecuencia de ello languideciera en una prisión italiana que terminó arruinando su salud, no dejó de ejercer su influencia en la mirada

distante, casi adversaria, del futuro novelista hacia el emperador, a pesar de su confesado bonapartismo.

> Soy hijo del general republicano Alexandre Dumas, fallecido en 1806, tras once intentos de envenenamiento cometidos contra él, en las cárceles de Nápoles. Murió en desgracia del emperador, por no querer aceptar su plan de colonización de Egipto –y se equivocaba– y por no haberse negado a firmar, en el momento de su advenimiento al trono, los registros de los municipios –y tenía razón. Mi padre era uno de esos hombres de hierro que creen que el alma es la conciencia, que hacen tan sólo lo que le ésta les prescribe, y que mueren pobres. Pues mi padre murió pobre; le debían veintiocho mil francos de atrasos, y no se los pagaron a su viuda; le debían a su viuda una pensión, y no se la dieron. La sangre que derramó mi padre durante la República no se la pagaron ni el Imperio ni la Restauración. ¡Mil gracias a la Restauración y al Imperio!, pues ellos me han hecho libre[35].

En estas condiciones, incapaz su viuda de proveer a su hijo Alexandre de una buena educación, las historias de su madre sobre la valentía y hazañas de su padre durante los primeros años de las campañas napoleónicas, inspiraron la viva imaginación de Dumas por la aventura. Sin embargo, aunque pobre, la familia tuvo una posición distinguida, dados sus orígenes aristocráticos y la consabida reputación de su padre.

Fue en 1822, tras la Restauración borbónica, cuando el joven Alexandre Dumas, a los veinte años de edad, se trasladó a París, donde, gracias a la introducción del diputado de su Departamento, el general napoleónico Foy, consiguió hacerse con un trabajo gracias a su bella caligrafía en el Palacio Real, en la oficina de Luis Felipe, duque de Orleans[36]. Por su señor participó, luchando en las barricadas, en la Revolución de 1830, que elevó al trono a Luis Felipe, el «Rey ciudadano». Como confesaría muchas veces, cuando recordaba aquellas jornadas inolvidables, entró en acción «por antipatía hacia los Borbones, que

amordazaban el pensamiento, pero sobre todo por el gusto de la acción misma»[37].

> *Ceux qui ont fait la revolution de 1830! C'est cette jeuneusse ardent du proletariat héroïque qui allume l' incendie, il est vrai, mais qui l' éteint avec son sang; ce sont ces hommes du people qu'on écarte quand l'oeuvre est achevée…* Mes Mémoires*.*

Sin embargo a la hora de escribir su *Napoleón*, una «*pièce politique*», previamente le pidió, según sostiene en sus *Memorias*, una entrevista a su señor, quien le dijo: «*laissez le métier de la politique aux rois et aux ministres, vous êtes poète, vous; faites de la poésie*»[38]. Pero el poeta sabía que una pieza como aquélla sobre Napoleón bien podía significar «*une pièce pour la gloire, une pièce por une maîtresse, une pièce pour de l'argent*».

Comenzaba asimismo una nueva etapa en la historia de Francia caracterizada, después del acallamiento de las protestas de los republicanos o de los empobrecidos trabajadores urbanos, por la expansión de la economía y el enriquecimiento de la burguesía, que favoreció a su vez enormemente la divulgación de las publicaciones de Dumas, con la consiguiente fama y enriquecimiento por parte del autor.

* * *

Dumas fue un prolífico escritor no sólo de novelas, sino de lo que hoy suele llamarse libros de «no ficción». También escribió artículos de periódicos sobre política y cultura, si bien fue el pasado de la historia de Francia lo que cultivó por encima de todo. «La historia es como un clavo del que cuelgo mis novelas», decía[39]. Asimismo escribió numerosos libros de viaje por Suiza, Italia, Rusia y España

(*De París a Cádiz*)[40]. En este último caso el propósito del viaje fue asistir a la boda del duque de Montpensier con la hermana de la reina de España, Isabel II[41]. En todos ellos, como ocurre con las novelas, el interés por el pasado y lo histórico dan pábulo a la fascinación de los argumentos.

Por entonces, en compañía de varios amigos, hasta compiló *Crímenes famosos*, en donde recogió una colección de ensayos sobre criminales famosos y crímenes de la historia de Europa, incluyendo los de Beatriz Cenci, Martin Guerre, César y Lucrecia Borgia o los casos más recientes de los asesinos Karl Ludwig Sand y Antoine François Desrues. Dumas, en esta ocasión, colaboró con su maestro de esgrima Agustín Grisier en la novela, *le Maître d'armes*, en donde se relataba como telón de fondo la famosa revuelta *decabrista* de Rusia. Una novela que fue prohibida en Rusia por el zar Nicolás I, y que supuso durante años para el novelista Dumas la prohibición de visitar Rusia, donde el francés era la segunda lengua.

En 1844 Dumas publicó *Louis XIV et son siècle*, que dio lugar, inmediatamente, al ciclo de las novelas de aventuras que inició *Los Tres Mosqueteros*, en 1844, y continuó con *La reina Margot* en 1845, en que narra la historia de pasiones existente en la corte de los Médicis y Enrique de Navarra.

Un período éste, el más tratado hasta entonces por el escritor, y que éste, seguidamente, cambió en 1845-6 por el mundo napoleónico, como telón de fondo, al escribir *El Conde de Montecristo*, en donde la leyenda napoleónica aparece subyacente.

La amplísima producción novelística de Dumas se dedica a diferentes períodos históricos sucesivos que se suceden unos a otros, desde sus novelas sobre la época de los Valois hasta las referidas como fondo histórico al tiempo de la Revolución en sus comienzos (*Mémoires d'un médecin*,

Joseph Balsamo, *Le Collier de la Reine*; *Ange-Pitou* sobre la toma de la Bastilla; *La comtesse de Charny,* en que describe los intentos de salvar a la monarquía y la huida a Varennes; *Le Chevalier de maison rouge*); o sobre los momentos finales de la Revolución, como los *Blancs et les bleus.* Si bien de sus obras históricas, propiamente, la más importante es su *Louis XIV et son siècle* (4 vols., 1845). *Mes Mémoires* (20 vols., 1852-54) será la relación de su propia vida y la de su padre hasta 1832.

Pero, igualmente, escribió un libro sobre los días finales de Murat, cuñado de Napoleón, antiguo lugarteniente del emperador en España, y rey de Nápoles. El novelista presenta al mariscal viviendo escondido gracias a la caridad de algunos familiares y amigos hasta que, enterado de la derrota final de Napoleón, se puso en manos de los austriacos que le concedieron un salvoconducto, gracias al cual pudo viajar por Córcega e Italia para encontrar finalmente la muerte ante el pelotón de fusilamiento, frente al que pronunció las palabras que han pasado a la historia: «*Sauvez ma face, visez à mon coeur*».

El tema napoleónico fue el motivo de hasta su última novela, *Le Chevalier Hector de Sainte-Hermine*, con la que vuelve al tiempo de sus recuerdos de niñez contados por su propia madre. Rescatada recientemente, se trata de una novela de mil páginas, muy de Dumas, sobre el Consulado y el Imperio: una época culminante a modo de ver de su autor. A través de la cual el protagonista participó en todo tipo de asuntos: en las persecuciones de Fouché, en las epopeyas napoleónicas, en un cara a cara con Nelson en plena batalla de Trafalgar, en numerosas venturas y desventuras en Roma y en Nápoles. Uno de sus capítulos lo dedicó exclusivamente al rey José, «un hombre excelente», cuya correspondencia con el emperador en nueve

volúmenes dice taxativamente el autor que conoce. Por la novela aparecen personajes como Josefina, Talleyrand, el duque de Enghien o Cadoudal, o en el caso de Nápoles, el ministro corso Cristhophe Saliceti.

Aunque la novela no llega cronológicamente a 1808, comienzo de la guerra de España, el autor, que viajó a Cádiz desde París, dedicó el capítulo XC al «Puerto de Cádiz», en vísperas de Trafalgar. Del puerto dice que seis años antes que el almirante Villeneuve, el almirante Bruix había tardado tres días en salir de allí. ¿Pesaba en el subconsciente del novelista la resistencia de Cádiz ante el asedio napoleónico años después, entre 1810 y 1812[42]?

Pocos meses antes, en octubre de 1867, *La Petite Presse* publicó por entregas *Les Blancs et les Bleus* en cuatro secuencias autónomas, «Les Prussiens sur le Rhin», «Le Treize Vendémiaire», «Le Dix-Huit Fructidor», «La Huitième Croisade», en donde se trazaba un amplio panorama de la historia de Francia desde diciembre de 1793 hasta agosto de 1799, es decir, desde el Terror hasta el regreso de Egipto de Bonaparte. Al tiempo que escribía otra obra «para bordear la historia», obra en la que señalaba, según advertía, que «soy más bien historiador novelesco que novelista histórico». A lo que añadía: «Creemos haber dado con frecuencia suficiente muestra de imaginación como para que se nos permita demostrar exactitud, conservando no obstante en nuestro relato el punto de fantasía poética que hace la lectura más fácil y más grata que la de la historia despojada de todo ornamento»[43].

> «Henos aquí en las Tullerías –había dicho el primer cónsul Bonaparte a su secretario Bourrienne al entrar en el palacio en el que Luis XVI hiciera su penúltima estación, entre Versalles y el cadalso–; habrá que intentar quedarse», comienza diciendo la novela[44].

Tal era el planteamiento de su novela, publicada por vez primera en Francia en 2005[45], que el autor había pensado en cuatro o seis volúmenes, sobre una historia del tiempo posterior a la Revolución (el padre de Hector es el último vástago de una noble casa del Jura, Besançon). Personaje que murió guillotinado tras hacer jurar a su hijo mayor que moriría como él por la causa realista. Soldado en el ejército de Napoleón, al regreso de Rusia será Hector quien se brinda para guiar el trineo que conducirá a Francia al emperador. Después le seguirá a Elba, asistiendo como general a la batalla de Waterloo.

En el crepúsculo de su vida, Dumas volvió a su mundo de la infancia. Incluso evocó su encuentro infantil (tenía trece años) con Napoleón en la conferencia que dio en el Círculo de Bellas Artes de París, en 1865, en la que volvió a recordar su encuentro con el emperador, en marzo de 1815, a su propio paso por Villers-Cotterêts cuando, procedente de la isla de Elba, se dirigía a París. A lo que, por su cuenta, agregó el novelista: «Confieso que sentía un inmenso deseo de ver a aquel hombre que, al pesar sobre Francia con toda la fuerza de su genio, había tan poderosamente influido sobre mí, pobre átomo perdido entre treinta y dos millones de hombres, sobre mí, al que seguía aplastando, pese a ignorar mi existencia»[46].

Escritor muy prolífico, con más de mil volúmenes publicados bajo su nombre, muchas de sus obras fueron fruto de colaboraciones o del trabajo de otros escritores a quienes contrataba. Pero la mayor parte de ellas lleva la impronta inconfundible de su genio personal y de su inventiva. Victor Hugo consideró su obra como «fulgurante, innumerable, múltiple, deslumbrante, feliz, en la que resplandece el día».

En su extraordinaria producción, Dumas, como es bien sabido, hizo un extenso uso de numerosos asistentes y colaboradores (Paul Lacroix, Paul Bocage, J. P. Mallefille, P. A. Fiorentino…). De todos los cuales el que más contribuyó fue Augusto Maquet, que hizo sustanciales contribuciones a sus más famosas novelas[47]. A pesar de ello, ni la capacidad enorme de escritura y mucho mayor de invención puede discutírsele, como hizo Quérard en sus *Superchéries littéraires*, y «Eugène de Mirecourt» (C. B. J. Jacquot) en su hipertrofiada *Fabrique de romans, maison Alexandre Dumas* (1845).

Ciertamente, sus numerosos asistentes contribuyeron en alto grado a la escritura de sus obras, desde su misma concepción de los dramas y argumentación. Pese a lo cual, no puede ponerse en duda la participación final de Dumas en la realización de sus obras, muchas de las cuales, aunque no siempre en la misma medida, llevan de forma indeleble su marca. Las obras completas de Dumas, dentro de las cuales su *Napoleón* sigue sorprendiendo por su brevedad y concisión, fueron publicadas por los hermanos Michel Lévy en 277 volúmenes (1860-84).

Otro asunto es la extraordinaria fortuna que alcanzó la inmensa obra de Dumas en todo el mundo. Él mismo dijo que, en veinte años de vida de escritor, había escrito 400 volúmenes de novelas y 35 dramas. La lectura de su obra en España fue un verdadero fenómeno de masas[48]. En su viaje a España pudo comprobar el entusiasmo con que se le recibió. Estuvo feliz por la acogida franca y cordial, «que me ha causado la más viva impresión y que jamás olvidaré». Una fascinación por el escritor que dio lugar en algunos casos a una forzada manipulación de sus propios textos. ¡Tan grande era su capacidad de sugerencia![49]

Hasta Ortega elogió la forma de iluminar «deliciosamente» el pasado en aquel hombre que, verdaderamente, fue un lujo de la naturaleza[50]. Como ejemplo de ello, en la Biblioteca Nacional de Madrid existen 1.064 registros de su obra, los más de ellos en versión española. Clasificadas por años, las primeras obras publicadas en español se remontan a 1836, con *Margarita de Borgoña (drama en cinco actos y en prosa)*, o con *Ernesto*, en el mismo año, en versión de Juan Eugenio Hartzenbusch.

A través de estos mismos índices de la Biblioteca española se observa con sorpresa que Alejandro Dumas es un autor vivo, que se lee y edita año tras año. Sus obras, las más diferentes, se editaron en los momentos más inesperados[51], con la extraordinaria sorpresa de que se siguen publicando con una fidelidad incomparable. Este hecho demuestra que seguimos necesitando a Dumas, tal vez porque necesitamos una literatura más humana o porque, como ya apuntó Ortega, «la producción de nuestro tiempo es atrozmente fastidiosa»[52].

MANUEL MORENO ALONSO *UNIVERSIDAD DE SEVILLA*

---

[1]. BN 1/19038, *Napoleón*, en traducción de Enrique Leopoldo de Verneuil, Barcelona, Luis Tasso, s.a., 269 págs.

[2]. *Napoleón,* escrito en francés, traducido al castellano. Madrid, Establecimiento tipográfico de D. F. de P. Mellado, calle de Santa Teresa, núm. 8, 1846, 333 págs.

[3]. Esta admiración la mostraba Alfredo de Musset en 1833, tal como aparece en su *Servitude et Grandeurs militaires*; y tres años después, en 1836, al referirse a su juventud en su *Confession d'un enfant du siècle*.

[4]. Para el monárquico que fue Balzac, Napoleón fue un gran rey, perteneciente a la tradición de Luis IX, Luis XI o Luis XIV, al mismo tiempo que el gigante de la Revolución. Cfr. Hector Fleischmann, *Napoléon par Balzac: récits et épisodes du Premier Empire tirés de* La Comédie humaine, Paris, Librairie Universelle, 1913, págs. 12 y ss.

[5]. Victor Hugo, «Souvenir d'énfance», en *Les Feuilles d'automne*, edición establecida por Pierre Albouy, París, Gallimard, 1966, págs. 280 y ss.

[6]. Hasta en su *Grand Dictionnaire de Cuisine*, publicado póstumamente, Dumas consideró al emperador desde el punto de vista de la gastronomía. Reconociendo que no fue un gastrónomo (comía rápidamente, y le gustaban los alimentos más simples como los frijoles o las lentejas, sí señala que quería lo fuera todo alto funcionario del Imperio. No obstante lo cual, el emperador se jactaba de que el soldado francés era el único que podía combatir con el estómago vacío. Con ellos coincidía en preferir las manos a la cuchara o al tenedor. En *El caballero Hector de Sainte-Hermine*, Dumas describe detalladamente las costumbres culinarias de Napoleón: «A las diez en punto se abría la puerta y el maestresala anunciaba: ¡El general está servido! El almuerzo solía ser muy sencillo. Se componía de tres platos y postre. Uno de estos platos era casi siempre pollo frito con aceite y cebolla… Bonaparte bebía poco vino, únicamente vino de Burdeos o de Borgoña, y después de comer o de cenar se tomaba una taza de café. Si trabajaba hasta más tarde que de costumbre, a media noche le llevaban una taza de chocolate…» (pág. 71).

[7]. Jacques Marquet de Montbreton de Norvins, *Histoire de Napoléon*, Paris, Furne, 1833, 4ª edición [1ª en 1827-1828], I, 1.

[8]. En sus *Memorias de ultratumba*, Chateaubriand no dejará de reconocer cómo «el soldado y el ciudadano, el republicano y el monárquico, el rico y el pobre colocan igualmente los bustos y los retratos de Napoleón en sus hogares, en sus palacios o en sus chozas».

[9]. Jean Lucas-Dubreton, *Le Culte de Napoléon (1805-1848),* Paris, Albin Michel, 1960, págs., 189-190. Pronto, en París, al pie de la columna Vendôme, eran muchos los pobres y gente humilde que depositaba coronas en recuerdo del emperador.

[10]. Walter Scott, *Vie de Napoléon Buonaparte, empereur des Français, précédé d'un tableau préliminaire de la révolution française*, Paris, Gosselin, 1827, 9 tomos en 10 vols. Poco después aparecía en Inglaterra *The Life of Napoleon Bonaparte* de William Hazlitt, Londres, Effingham Wilson, 1828-1830, 4 vols.

[11]. La primera habrá de ser la del barón Louis Bignon, mandada a hacer por el emperador en Santa Helena, *Histoire de France depuis le 18 Brumaire (noviembre 1799) jusqu'à la paix de Tilsitt (juillet 1807),* Paris, Béchet/Fimin-Didot, 1829-1850, 14 vols.

[12]. *Conversaciones con Goethe*, en *Obras completas* de Goethe, Madrid, Aguilar, 1991, II, págs. 1.077.

[13]. Jean Tulard, *Le Mythe de Napoléon*, Paris, Colin, 1971, pág. 44.

[14]. Entre las grandes obras sobre Napoleón aparecidas en tiempos de Dumas, la más importante con diferencia fue la de Adolphe Thiers, *Histoire du Consulat et de l' Émpire*, Paris, Paulin-Lheureux, 1845-1862, 20 vols.

[15]. Publicaciones próximas a Napoleón como el *Courrier de l' armée d' Italie*, en los primeros momentos, o el *Journal de Paris*, en tiempos del Consulado, le presentaba, al igual que la historia oficial, casi como una divinidad.

[16]. «Lectures napoléoniennes», *Revues des études napoléoniennes*, agosto de 1929, pág. 124. Cit. en Natalie Petiteau, *Napoléon, de la mythologie à*

l'histoire, Paris, Éditions du Seuil, 2004, pág. 8.

[17]. Jacques Godechot, *Napoléon*, Paris, Albin Michel, coll. «Le Mémorial des siècles», 1969, pág. 97.

[18]. Alexandre Dumas, *Napoléon Bonaparte ou trente ans de l' histoire de France*, Paris, Tournachon-Molia, 16-219 págs.

[19]. Alexandre Dumas, *Napoléon*, Paris, Delloye, 1840, 410 págs.

[20]. No obstante, el propio novelista habría de confesar, sin embargo, que «sin saber por qué, pese a todos los motivos que teníamos para maldecir a Napoleón, mi madre y yo llegamos a odiar mucho más a los Borbones, que no nos habían beneficiado más que perjudicado».

[21]. A. Dumas, *El caballero Hector de Sainte-Hermine*, pág. 57. «Dumas ha utilizado palabras duras sobre los Borbones en *Napoleón* por ira contra el rey. "Han sido ingratos conmigo", dice. Le he reprochado que abrume a los vencidos».

[22]. Claude Schopp, *Alexandre Dumas*, Paris, Fayard, 1985, pág. 193. Dumas dimitió de bibliotecario del rey en una carta de 11 de febrero de 1831. Tras asegurarle que no era «ni un ingrato ni un caprichoso», le confesaba sus ambiciones políticas: «*chez moi l'homme littéraire n' était que la préface de l' homme politique*».

[23]. En noviembre de 1866, para obrar como historiador, Dumas se dirigió a Napoleón III de forma impertinente para que pusiera a su disposición una serie de documentos que precisaba: «Hallándome dedicado en este momento a escribir la historia de otro César llamado Napoleón Bonaparte, necesito documentos relativos a su aparición en el escenario del mundo». Le pidió a este respecto poder disponer de «todos los folletos» que se publicaron durante el 13 de Vendimiario, y que la Biblioteca Central le denegó. Dumas se dirige a Napoleón III como «ilustre colega de *La vida de César*» (pues con el nombre de Napoleón III se publicó una *Histoire de Jules Cesar*, Imprimerie Impériale, 1865-1866, 3 vols.). Al final tras la intervención del ministro de Educación, Victor Duruy, la carta produjo sus efectos. Así Dumas escribió «Le Treize Vendémiaire», segunda parte de *Les Blancs et les Bleus,* que se publicó en *La Petite Presse*, 1867.

[24]. Dumas dedicó un capítulo en *Les Compagnons de Jéhu* (7 vols., 1857) a Napoleón, una novela que, dramatizada después, Napoleón aparece como un carácter. Además Dumas escribió una serie de historias cortas sobre Napoleón y Josefina.

[25]. Frédéric Soulié, *La Lanterne magique. Histoire de Napoléon racontée par Frédéric Soulié, ornée de 50 vignettes avec des annotations par E. de La Bédollierre*, Paris, Henriot, 1838. También, Louis Lurine, *Histoire de Napoléon racontée aux enfants petits et grands*, Paris, Kugelmann, 1844.

[26]. P. F. Tissot, *Histoire de Napoléon rédigée d' après les papiers d' Etat*, Paris, Delange-Taffin, 1833.

[27]. Louis Ardant, *Histoire de Napoléon. Détails sus sa famille, sa naissance, son éducation, son mariage, ses conquêtes, ses généraux, son exil et sa mort*, Paris, Didier, 1833.

[28]. General Jean Sarrazin, *Histoire de Nápoleon Bonaparte depuis sa naissance, 5 février 1769, jusqu'à sa mort, 5 mai 1821, avec l'examen de ses mémoires*, Bruselas, Périchon, 1841.

[29]. Lieutenant-colonel de Baudus, *Études sur Napoléon*, Paris, Debécourt, 1841.

[30]. Drujon de Beaulieu, *Napoléon jugé par l' histoire ou précis historique et critique de la vie de cet empereur*, Paris, Maison, 1844.

[31]. Cfr. Manuel Moreno Alonso, *La batalla de Bailén. El surgimiento de una nación*, Madrid, Ed. Sílex, 2008, 450 págs.

[32]. Con el tiempo se hizo popular en Francia la historia de que, insultado por un hombre por su origen racial, el novelista le contestó: «Mi padre era un mulato, mi abuelo era un negro y mi tatarabuelo un mono. Ve usted, señor, que mi familia comienza donde la suya acaba». En las raras alusiones a los orígenes raciales de Dumas, éste convirtió al protagonista de su novela *Georges* (1843) en un hombre de color.

[33]. Alexandre Dumas, *El caballero Hector de Sainte-Hermine,* edición, prefacio y notas de Claude Shopág. Barcelona, Emecé, 2007, pág. 54.

[34]. Jean Tulard, dir., *Dictionnaire Napoléon*, Paris, Fayard, 1987, pág. 628.

[35]. Cit. en A. Dumas, *El caballero Hector de Sainte-Hermine*, pág. 57.

[36]. En reconocimiento al general napoleónico, Dumas le dedicó una oda, recogida en la *Couronne poétique du général Foy*, publicada por D. J. Magalon.

[37]. Claude Schopp, A. *Dumas*, pág. 177.

[38]. Claude Schopp, A. *Dumas*, pág. 187.

[39]. Cfr. Carlos Puyol, Prólogo a *Los tres mosqueteros*, Barcelona, Edhasa, 2008, pág. 7.

[40]. Dumas viajó a España en compañía de su hijo, del mismo nombre y célebre por haber sido autor, entre otras obras, de *La dama de las camelias*; de Augusto Maquet, su directo colaborador; Louis Boulanger, pintor a quien Victor Hugo dedicó sus cartas sobre el Rhin; Eugen Giraud, escritor y Adolfo Desbarolles, pintor.

[41]. Alexandre Dumas, *Impresions de voyage. De Paris a Cadix*, Paris, Garnier frères Editeurs, 1847-1848, 5 vols. En 1847 Víctor Balaguer realizó la traducción al español de este viaje (*Viajes por España y África*, Barcelona, Vda. e Hijos de Mayol, 1847, tomo ı). Pero como no se imprimió el segundo tomo, el editor lo tituló *De París a* Granada, dando lugar a confusión. En 1929 R. Marquina publicó la traducción completa del viaje, *De País a Cádiz. Viaje por España*, Madrid, Impág. y Edit. Espasa Calpe, 1929, 4 vols., que ha conocido posteriores ediciones. Sobre el viaje de Dumas a España: Jean Sarrailh, «Le voyage en Espagne d' A. Dumas père», en *Enquetes romantiques*, Paris, 1933, págs. 177-258; Allison Peers, «The voyage of Alexandre Dumas "père" in Spain», en *Homenaje a Antoni Rubio i Lluch*, Barcelona, 1936, págs. 553-578, y John A. Thompson, *Alexandre Dumas père and spanish romantic drama,* Louisiana, 1938, 229 págs.

[42]. Cfr. Manuel Moreno Alonso, *La verdadera historia del asedio napoleónico de Cádiz, 1810-1812. Una historia humana de la guerra de la Independencia*, Madrid, Ed. Sílex, 2011, 888 págs.

[43]. Cfr. Claude Schopp, «El testamento perdido», prefacio a *El caballero Hector de Sainte-Hermine*, Barcelona, Emecé, 2007, pág. 17.

[44]. *Ibídem*, pág. 67. Por supuesto, el novelista se documenta en las obras de época. La descripción de las Tullerías y de las costumbres del primer cónsul

están sacadas de *Mémoires de M. De Bourrienne, ministre d'État, sur Napoléon, le Directoire, le Consulat, l'Empire et la Restauration*, París, 1829.

[45]. A. Dumas, *Le Chevalier de Sainte-Hermine*, Éditions Phébus, 2005.

[46]. A. Dumas, *El caballero Hector de Sainte-Hermine*, pág. 48.

[47]. Andrew Lang, «Alexandre Dumas», en *Essays in Little* (1891).

[48]. Cfr. *Correspondencia* de Emilio Castelar, seguida de un apéndice con cartas de Victor Hugo, Renan y Alexandre Dumas, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1908, 439 págs.

[49]. Tras su experiencia viajera por España en 1846, años después, en 1854, plasmó sus recuerdos en forma de novela con la publicación de *Le Gentilhomme de la Montagne o Le Salteador*. La novela se publicó en España como folletín en *La Época* con el título *El Salteador*, entre el 17 de junio y el 27 de septiembre de 1854, y esa es la traducción que, tres años más tarde, se publicó en Madrid con el título de *El bandido de Sierra Nevada*, Madrid, Imprenta de Manuel Minuesa, 1857, 331 págs., traducción de J. M. Andueza. Existe una edición facsímil realizada en Granada en 1992.

[50]. José Ortega y Gasset, «Cuestiones novelescas», en *Obras completas*, Madrid, Revista de Occidente, 1966, III, pág. 570.

[51]. Por ejemplo las *Memorias de Garibaldi*, en traducción de Antonio Astort, Barcelona, Sopena, 1911, 235 págs.

[52]. J. Ortega, «Cuestiones novelescas», cit., III, 569. Para este autor, «las nuevas generaciones, al pairo de sus excelentes dotes, han nacido condenadas a ser almas angostas, sin aptitud de dilatación y porosidad».

NAPOLEÓN

I. NAPOLEÓN DE BUONAPARTE

El día 15 de agosto de 1769 nació en Ajaccio un niño que recibió de sus padres el nombre de Buonaparte y del cielo el de Napoleón.

Los primeros días de su juventud transcurrieron en medio de la agitación febril propia que sigue a las revoluciones. Córcega, que desde hacía medio siglo soñaba con la independencia, acababa de ser en parte conquistada y en parte vendida; no se había librado de la esclavitud de Génova sino para caer en poder de Francia. Paoli, vencido en Pontenuovo, iba a buscar con su hermano y sus sobrinos un asilo en Inglaterra, donde Alfieri le dedicó su *Timoleone*. El aire que el recién nacido respiró estaba impregnado de los odios civiles y la campana que resonó en su bautismo parecía vibrar aún con los últimos toques de alarma.

Carlos de Buonaparte, su padre, y Leticia Ramolino, su madre, ambos de raza patricia y oriundos de San Miniato, ese pueblo encantador que domina desde su colina la ciudad de Florencia, tras una larga relación de amistad con Paoli, habían decidido abandonar su partido, declarándose a favor de la influencia francesa. De esta manera no tuvieron problema para obtener la protección de M. de Marbœuf, que volvía como gobernador a la isla donde diez años antes había entrado como general, consiguiendo que el joven Napoleón pudiera ingresar en la Escuela Militar de Brienne. La petición acabó siendo admitida y algún tiempo después, M. Berton, subdirector del colegio, dejaba escrito en sus registros la nota siguiente:

> Hoy, día 23 de abril de 1779, Napoleón de Buonaparte ha ingresado en la Real Escuela Militar de Brienne-le-Château, a la edad de nueve años, ocho

meses y cinco días.

El recién llegado era corso, es decir, proveniente de un país que aún en nuestros días sigue luchando contra la civilización con tal energía, que ha conservado su carácter a falta de su independencia. El nuevo escolar no hablaba más que el idioma materno de su isla; tenía el color moreno propio del hombre meridional, los ojos sombríos, de mirada penetrante; y esto era más que suficiente para excitar la curiosidad de sus compañeros, agravando la rudeza natural del niño, pues la curiosidad infantil es burlona y sin piedad. Un profesor llamado Dupuis, compadeciéndose del aislamiento de la pobre criatura, se encargó él mismo de darle lecciones particulares de francés y, tan sólo tres meses después, el discípulo estaba ya lo bastante adelantado como para emprender los primeros pasos en latín. Sin embargo, muy pronto se manifestaría en el joven buonaparte su pertinaz repugnancia por las lenguas muertas que siempre conservaría; mientras que, por el contrario, su aptitud para las matemáticas resaltó notablemente desde las primeras lecciones, dando como resultado que, por uno de esos pactos tan frecuentes en el colegio, él resolvía la solución de los problemas que sus compañeros debían hacer, y estos, en cambio, le dejaban sus apuntes en aquellas materias en las que él no quería hacer nada.

Esta especie de aislamiento en que se halló durante algún tiempo el joven Buonaparte, le impidió comunicar sus ideas y elevó entre él y sus compañeros una barrera que nunca desaparecería completamente. Esta primera impresión de los hombres, que dejó por siempre en su ánimo un recuerdo penoso semejante al rencor, fue el germen de una misantropía precoz que le indujo a buscar diversiones

solitarias y en la cual han querido ver algunos los sueños proféticos del genio naciente. Por lo demás, varias circunstancias que en la vida de cualquier otro hubieran pasado desapercibidas, dan algún fundamento a los relatos de aquellos que han querido ver en tan impetuoso espíritu una infancia excepcional. Citaremos dos de esos relatos.

Una de las diversiones más habituales del joven Buonaparte era el cultivo de un pequeño parterre rodeado por una empalizada, al que solía retirarse en las horas de recreo. Cierto día, uno de sus compañeros, curioso por saber lo que éste podía hacer solo en su jardín, escaló la barrera y le descubrió ocupado en alinear en disposiciones militares una infinidad de guijarros, cuyo volumen indicaba la graduación. Al oír el ruido que hizo el indiscreto, Buonaparte volvió la cabeza y sintiéndose espiado, intimó al escolar a retirarse; pero éste, en vez de obedecer, se burló del joven estratega, que poco dispuesto a sufrir bromas, cogió el guijarro más grande que pudo y lo arrojó a la cabeza del incauto bromista, infringiéndole una herida en la frente de bastante gravedad.

Veinticinco años después, es decir, cuando nuestro escolar se hallaba en el apogeo de su fortuna, anunciaron a Napoleón que un individuo, que presumía de ser su compañero de colegio, deseaba hablarle. Como más de una vez los intrigantes se habían valido de este pretexto para llegar hasta él, el antiguo escolar de Brienne mandó al ayudante de campo de servicio para que preguntara el nombre de aquel condiscípulo; y, como este nombre no despertaba ningún recuerdo en el pensamiento de Napoleón, le dijo:

—Vuelva usted a preguntar a ese hombre si no podría citar alguna circunstancia que me permita acordarme de él.

El ayudante cumplió su cometido y volvió diciendo que, a modo de contestación, el desconocido simplemente le había mostrado una cicatriz que tenía en la frente.

—¡Ah! Ya lo recuerdo, exclamó el emperador; ¡yo le arrojé a la cabeza un «general en jefe»!

Durante el invierno de 1783 a 1784, cayó tal cantidad de nieve, que todos los recreos debieron interrumpirse. Buonaparte, obligado, a pesar suyo, a sufrir las ruidosas diversiones de sus compañeros en las horas en que solía dedicar el tiempo libre al cultivo de su jardín, propuso hacer una salida para con ayuda de palas y azadas formar con la nieve las fortificaciones de una pequeña ciudad helada, que sería atacada por unos y defendida por otros. La proposición era demasiado atractiva para que no se admitiese y el autor del proyecto fue elegido, naturalmente, para dirigir uno de los dos equipos. La ciudad, sitiada por él, fue tomada después de una heroica resistencia por parte de sus adversarios.

Al día siguiente, la nieve se derritió, pero aquel nuevo divertimento dejó una profunda huella en la memoria de sus compañeros, que ya de mayores, recordaron aquel juego de niños en el que Buonaparte derribaba las murallas de nieve, como las de tantas ciudades lo serían al paso de Napoleón.

A medida que el joven crecía, las primitivas ideas que en cierto modo había traído en germen se desarrollaron, mostrando los frutos que algún día iban a producir. La sumisión de Córcega a Francia, que le hacía parecer a él, su único representante en el colegio, un vencido en medio de vencedores, le era odiosa. Cierto día, comiendo a la mesa del padre Berton, los profesores, que habían observado ya varias veces la susceptibilidad nacionalista de su discípulo, fingieron hablar mal de Paoli. El joven, rojo de ira, no pudo contenerse.

—Paoli –dijo–, es un gran hombre que ama a su país como un antiguo romano y jamás perdonaré a mi padre, que fue su ayudante de campo, el haber contribuido a la anexión de Córcega a Francia: debió seguir la suerte de su general y caer preso con él.

Al cabo de cinco años el joven Buonaparte había aprendido todas las matemáticas que el padre Patrault podía enseñarle. Su edad era la idónea para pasar de la Escuela de Brienne a la de París, sus notas eran buenas y el informe fue emitido al rey Luis XVI por M. de Keralio, inspector de escuelas militares:

> El joven Buonaparte (Napoleón), nacido el 15 de agosto de 1769, de estatura cuatro pies, diez pulgadas y diez líneas, ha terminado su cuarto curso. De buena constitución y excelente salud, tiene un carácter sumiso; es honrado y agradecido, mantiene una conducta muy regular y siempre se distinguió por su aplicación en las matemáticas. Conoce bastante bien la historia y la geografía. Le agradan poco los ejercicios recreativos. Es flojo en el latín, del que no ha cursado más que el cuarto año. Será un excelente marino y merece pasar a la Escuela Militar de París.

Gracias a esta nota, el joven Buonaparte obtuvo su ingreso en la Escuela Militar de París y el día de su marcha se inscribió en los registros la mención siguiente:

> El 17 de octubre de 1784 salió de la Escuela de Brienne el joven Napoleón Buonaparte, nacido en la ciudad de Ajaccio, en la isla de Córcega, el 15 de agosto de 1769. Es hijo de noble, de Carlos María de Buonaparte, diputado de la nobleza de Córcega, habitante en la citada ciudad de Ajaccio, y de la señora Leticia Ramolino, según el acta copiada en el registro, folio 31, y recibida en este establecimiento el 23 de abril de 1779.

Se ha acusado a Napoleón de haberse vanagloriado de una nobleza imaginaria y haber falseado su edad; pero los documentos que acabamos de citar rechazan estas dos acusaciones.

Buonaparte llegó a la capital en el coche de Nogent-sur-Seine.

Ningún hecho particular merece ser destacado durante la estancia de Buonaparte en la Escuela Militar de París, como no sea una memoria que envió a su antiguo subdirector, el padre Bertón. El joven «legislador» había observado en la organización de aquella escuela vicios que su aptitud naciente para la administración no podía tolerar en silencio. Uno de estos vicios, el más peligroso de todos, era el lujo en que vivían los alumnos; y Buonaparte se declaró particularmente enérgico en contra:

> En vez de mantener una numerosa servidumbre alrededor de los alumnos, de darles diariamente comidas con dos servicios, y de hacer ostentación de un picadero muy costoso, tanto por los caballos como por los caballerizos, ¿no sería mejor, sin perturbar el curso de sus estudios, obligarles a servirse a sí mismos, excepto en lo relativo a su alimentación, de lo cual no serían capaces; hacerles comer pan de munición u otro semejante, y acostumbrarles a limpiarse la ropa, los zapatos y las botas? Puesto que son pobres y están destinados al servicio militar, ésta es la única educación que se les debería dar. Sometidos a una vida sobria y a la obligación de cuidar de sí mismos, llegarían a ser más robustos, sabrían arrostrar la intemperie de las estaciones, soportar con valor las fatigas de la guerra e inspirar un respeto y una fidelidad ciegos a los soldados que estuvieran bajo sus órdenes.

Buonaparte tenía quince años y medio cuando proponía este proyecto de reforma: veinte años después fundaría la Escuela Militar de Fontainebleau.

En 1785, después de unos brillantes resultados académicos, Buonaparte fue nombrado segundo subteniente en el regimiento de la Fere, entonces de guarnición en el Delfinado. Después de permanecer algún tiempo en Grenoble, donde su paso no dejó más vestigio que una palabra apócrifa sobre Turena, fue a vivir a Valence, donde comenzaron a deslumbrar algunos resplandores del sol del porvenir del joven ignorado. Buonaparte, como es

bien sabido, era pobre; mas por mucho que lo fuese, siempre estuvo pendiente de ayudar a su familia. Fue en ese momento cuando llamó para que fuera Francia a su hermano Louis, que tenía entonces nueve años menos que él. Los dos se alojaban en casa de la señorita Bon, en la calle Grande, núm. 4; Buonaparte tenía una alcoba, y sobre esta, el pequeño Luis habitaba una especie de buhardilla. Todas las mañanas, fiel a sus costumbres del colegio, Buonaparte despertaba a su hermano golpeando la pared con un palo, y le daba su lección de matemáticas. Cierto día, el joven Luis, a quien le costaba mucho acostumbrarse a este hábito, bajó con más disgusto y lentitud que de costumbre y justo cuando Buonaparte se disponía a golpear la pared por segunda vez, el escolar tardío entró al fin.

—¿Qué ocurre esta mañana? –preguntó Buonaparte–. ¡Parece que estamos muy perezosos!

—¡Oh! hermano –contestó el niño–, ¡estaba teniendo un sueño tan delicioso!…

—¿Y qué soñabas?

—Que era rey.

—¿Pues qué sería yo entonces… emperador? –exclamó el joven subteniente encogiéndose de hombros–. ¡Vamos a la tarea!

Y la lección diaria, como de costumbre, fue recibida por el futuro rey y dada por el futuro emperador[1].

Buonaparte se había alojado en frente del almacén de un rico librero llamado Marco Aurelio, cuya casa, que según creo data del año 1530, era una reliquia del Renacimiento. Allí pasaba casi todas las horas que su servicio y sus lecciones fraternales le dejaban libres. Según veremos, estas horas no fueron malgastadas.

El 7 de octubre de 1808, Napoleón daba una comida en Erfuth, siendo sus convidados el emperador Alejandro, la

reina de Westfalia, el rey de Baviera, el rey de Wurtemberg, el rey de Sajonia, el gran duque Constantino, el Príncipe primado, el príncipe Guillermo de Prusia, el duque de Oldemburgo, el príncipe de Mecklemburgo Schwerin, el duque de Weymar y el príncipe de Talleyrand. La conversación recayó sobre la Bula de Oro, que hasta el establecimiento de la Confederación del Rin había servido de constitución y de reglamento para la elección de los emperadores y el número y calidad de los electores. El Príncipe primado entró en algunos detalles sobre dicha bula, fijando su fecha en el año 1400.

—Creo que os equivocáis –dijo Napoleón sonriendo–; la bula a la que os referís fue proclamada en 1336, bajo el reinado del emperador Carlos IV.

—Es verdad, señor –contestó el Príncipe primado–, y ahora lo recuerdo; pero ¿cómo es que Vuestra Majestad sabe tan bien estas cosas?

—Cuando yo era un simple teniente segundo en la artillería… –comenzó a decir Napoleón.

Al tiempo que al escucharse esto, se produjo tan vivo movimiento de asombro entre los nobles convidados, que la narración tuvo interrumpirse; mas al cabo de un instante continuó:

—Cuando yo tenía el honor de ser un simple teniente segundo de artillería –dijo sonriendo–, estuve tres años de guarnición en Valence, me agradaba poco la sociedad y vivía muy retirado. Gracias a una feliz casualidad, me hallaba alojado cerca de un librero instruido y de los más amables que se pueden encontrar; leí y releí su biblioteca durante los tres años de guarnición y no he olvidado nada, ni aun aquellos asuntos que no tenían ninguna relación conmigo. La naturaleza, por otra parte, me ha dotado de una memoria especial para los números y muy a menudo

incluso soy yo el que tengo que recordar a mis ministros los detalles y la suma de sus cuentas más antiguas.

No era este el único recuerdo que Napoleón había conservado de Valence.

Entre las pocas personas que Buonaparte veía allí, se contaba M. de Tardiva, abate de Saint-Ruf, cuya orden había sido disuelta algún tiempo antes. Conoció en su casa a la señorita Gregoire de Colombier y se enamoró de ella. La familia de esta joven habitaba un campo situado a media legua de Valence, conocido con el nombre de *Bassiau. E*l joven teniente obtuvo permiso para entrar en la casa e hizo varias visitas. Entretanto se presentó, por su parte, un caballero delfinés, llamado M. de Bressieux. Buonaparte vio que era hora de hacer su declaración si no quería que le cogiesen la delantera y escribió a la señorita Gregoire una larga carta en la que expresaba todos sus sentimientos por ella, invitándole a contárselo todo a sus padres. Estos, colocados ante la disyuntiva de dar su hija a un militar sin porvenir o bien a un caballero que poseía alguna fortuna, optaron por este último: Buonaparte fue rechazado y su carta entregada en manos de tercera persona, a quien se le encargó devolverla al que la había escrito. Pero Buonaparte no quiso aceptarla.

—Guárdela usted –dijo–; algún día será testimonio de mi amor y de la pureza de mis sentimientos respecto a la señorita Gregoire.

La persona tuvo que guardar la carta y la familia aún la conserva.

Tres meses después, la señorita Gregoire se casó con M. de Bressieux.

En 1806, la señora de Bressieux fue llamada a la Corte con el título de dama de honor de la Emperatriz; su

hermano marchó a Turín en calidad de prefecto y su esposo obtuvo el cargo de administrador de los bosques del Estado.

Las demás personas con quienes Buonaparte se relacionó en Valence fueron los señores Montalivet y Bachasson, que llegaron a ser, el uno ministro del Interior y el otro inspector de los abastecimientos de París. Los domingos, los tres jóvenes paseaban casi siempre juntos fuera de la ciudad y allí se entretenían algunas veces mirando un baile al aire libre. Estos eventos eran organizados por un lonjista de la ciudad que en sus horas de ocio desempeñaba el oficio de ministerial y en cuyo baile sólo se podía participar mediante dos sous por caballero y por contradanza. Este ministril era un antiguo militar que, una vez retirado con licencia en Valence, se casó y ejercía en paz su doble industria; pero como aún era esto insuficiente, solicitó y obtuvo, al crearse los departamentos, una plaza de agente viajero en las oficinas de la administración central. Allí fue donde lo recogieron los primeros batallones de voluntarios en 1790 y se lo llevaron consigo.

Aquel antiguo soldado, lonjista, ministril y agente viajero, acabó convirtiéndose en el mariscal Victor, duque de Bellune.

Buonaparte se fue de Valence dejando una deuda de tres francos y diez sous en casa de su pastelero, llamado Coriol.

No se extrañen nuestros lectores al vernos citar semejantes anécdotas, pues cuando se escribe la biografía de un Julio César, de un Carlomagno o de un Napoleón, la linterna de Diógenes no sirve ya para conocer al hombre; éste aparece a los ojos del mundo radiante y sublime para la poesteridad. Por eso, el camino que siguió para llegar a su pedestal es el que seguiremos. Pero también es digno de nuestra atención los detalles en apariencia nimios: cuanto más ligeras son las huellas que ha dejado en ciertos sitios a

su paso, menos se conocen y por lo tanto, más curiosidad inspiran.

Buonaparte llegaba París al mismo tiempo que Paoli. La Asamblea constituyente acababa de asociar a Córcega al beneficio de las leyes francesas; Mirabeau había declarado en la tribuna que era tiempo de llamar a los patriotas fugitivos que habían defendido la independencia de la isla, y por lo tanto, Paoli pudo volver.

Buonaparte fue acogido como un hijo por el antiguo amigo de su padre. El joven entusiasta se halló frente a su héroe y éste acababa de ser nombrado teniente general y comandante militar de Córcega.

Buonaparte obtuvo licencia y la aprovechó para seguir a Paoli y ver de nuevo a su familia, de la que se había separado hacía seis años. El general patriota fue recibido con delirio por todos los partidarios de la independencia y el joven teniente presenció el triunfo del célebre desterrado. El entusiasmo fue tal, que gracias al voto unánime de sus conciudadanos, Paoli ascendió al mismo tiempo a cabeza de la guardia nacional y a la presidencia de la administración del departamento. Durante algún tiempo tuvo las mejores relaciones con la Constituyente; pero una moción del abate Charrier, que proponía ceder Córcega al duque de Parma a cambio de Plaisantín, cuya posesión debía indemnizar al Papa por la pérdida de Aviñón, fue para Paoli una prueba de la poca importancia que la metrópoli daba a la conservación de su país. Entonces fue cuando el gobierno inglés, que había acogido a Paoli en su destierro, se puso en comunicación con el nuevo presidente, quien no ocultaba su simpatía por la constitución británica, prefiriéndola a la que la legislatura francesa estaba preparando. De aquella época data el primer encontronazo entre el joven teniente y el

anciano general: Buonaparte siguió conservando la ciudadanía francesa y Paoli volvió a ser general corso.

Llamado de nuevo a París a principios de 1793, Buonaparte encontró a Bourrienne, su antiguo amigo de colegio, que llegaba de Viena después de recorrer Prusia y Polonia. Ninguno de los dos escolares de Brienne estaban boyantes, así que asociaron su miseria para que fuese más llevadera; el uno solicitaba servicio en la guerra y el otro en los negocios extranjeros: no obtuvieron respuesta alguna. Entonces pensaron en las especulaciones comerciales, que la falta de fondos les impedía casi siempre realizar. Cierto día se les ocurrió alquilar varias casas en construcción en la calle de Montholón para realquilarlas después; pero las pretensiones de los propietarios les parecieron tan desorbitadas, que se vieron obligados a renunciar a este proyecto, por el mismo motivo que abandonaron tantos otros. Al salir de la casa del constructor, los dos «especuladores» se dieron cuenta de que, no solamente no habían comido, sino que no tenían tampoco con qué pagar un mísero bocado. Buonaparte remedió el inconveniente empeñando su reloj.

Sombrío preludio del 10 de agosto, llegó el 20 de junio. Los dos jóvenes se habían dado cita para almorzar en un restaurante de la calle de San Honorato; y ya iban a levantarse de la mesa, cuando algo les atrajo a la ventana: un gran tumulto profería gritos de «*¡Ça ira!* ¡Viva la nación! ¡Vivan los descamisados! ¡Abajo el veto!». Era una muchedumbre de entre seis y ocho mil hombres, conducidos por Santerre y el marqués de Sainte Hurugues, que venían de los arrabales de San Antonio y Saint-Marceau y se dirigían a la Asamblea.

—Sigamos a esa caterva –dijo Buonaparte.

Los dos jóvenes se encaminaron hacia las Tullerías y se detuvieron en el terraplén que hay orillas del río; Buonaparte se apoyó contra un árbol y Bourrienne fue a sentarse en un parapeto.

Desde allí no veían lo que pasaba, pero adivinaron fácilmente lo que había ocurrido cuando se abrió una ventana que daba al jardín y vieron a Luis XVI asomarse con la cabeza cubierta de un gorro frigio que un hombre del pueblo acababa de ponerle con la punta de una pica.

—*¡Coglione!, ¡coglione!* –murmuró en corso, encogiéndose de hombros el joven teniente, que hasta entonces había permanecido mudo e inmóvil.

—¿Qué querías que hiciera? –dijo Bourrienne.

—Debería haber mandado barrer cuatrocientos o quinientos con un cañón –dijo Buonaparte–, y los demás aún seguirían corriendo en desbandada.

Durante todo el día no se habló más que de aquella escena, que había producido en él una de las más fuertes impresiones que jamás experimentara.

Buonaparte vio así desarrollarse ante sus ojos los primeros acontecimientos de la Revolución Francesa. Asistió como simple espectador a las ejecuciones del 10 de agosto y a los asesinatos del 2 de septiembre; y después, viendo que no podía obtener ingreso en el servicio, decidió hacer un nuevo viaje a Córcega.

Las intrigas de Paoli con el gabinete inglés habían tomado, en ausencia de Buonaparte, tal cariz, que ya no era posible engañarse sobre sus proyectos. Una entrevista que el joven teniente y el anciano general tuvieron en casa del gobernador de Corte, terminó con una ruptura de relaciones entre los dos antiguos amigos que no volverían a verse ya, mas que en el campo de batalla. Aquella misma noche, un

adulador de Paoli quiso hablar mal del joven Buonaparte para ganarse su consideración.

—¡Silencio! –exclamó el general llevándose el dedo a los labios–; ese joven valeroso es como los de antes.

Muy pronto Paoli levantó abiertamente la bandera de la rebelión. Nombrado por los partidarios de Inglaterra, el 26 de junio de 1793, generalísimo y presidente de una consulta en Corte, fue declarado fuera de la ley por la Convención nacional el 17 de julio siguiente. Buonaparte se había marchado ya de Córcega al habérsele admitido su ingreso en el servicio activo tantas veces antes solicitado. Nombrado comandante de la guardia nacional, que se hallaba en la flota del almirante Truquet, se ocupó durante este tiempo del fuerte de Saint-Étienne, que los vencedores tuvieron que evacuar muy pronto. Al entrar Buonaparte en Córcega, encontró la isla sublevada: Salicetti y Lacombe Saint-Michel, individuos de la Convención encargados de hacer ejecutar el decreto expedido contra el rebelde, se habían visto obligados a retirarse a Calvi. Buonaparte fue en busca de ellos e intentó, aliándose con los dos, un ataque contra Ajaccio. Pero fue rechazado. Aquel mismo día se declaró un incendio en la ciudad; los Buonaparte vieron arder su casa y al poco tiempo un decreto los condenó a destierro perpetuo. El fuego los había dejado sin asilo, la proscripción sin patria; no les quedó más remedio que dirigir los ojos hacia el joven Buonaparte, el único capaz de salvar a la desdichada familia, y éste, a su vez, tuvo que fijar los suyos en Francia. Toda aquella pobre familia proscrita se embarcó en una frágil nave y el futuro César se hizo a la vela, protegiendo con su fortuna a sus cuatro hermanos, tres de los cuales debían ser reyes, y a sus tres hermanas, de las que una estaba destinada a ocupar un trono.

Toda la familia se detuvo en Marsella para reclamar la protección de aquella Francia que era la causa de su destierro. El Gobierno escuchó sus quejas: José y Lucien obtuvieron destinos en la administración del Ejército; Luis fue nombrado sargento y Buonaparte ascendió a primer teniente del cuarto regimiento de infantería; poco tiempo después alcanzó por derecho de antigüedad el grado de capitán en la segunda compañía del mismo cuerpo, entonces de guarnición en Niza.

Había llegado el año de la cifra sangrienta, el 93: la mitad de Francia luchaba contra la otra; en el Oeste y en el Mediodía todo era fuego y llamas; Lion acababa de ser tomada después de un sitio de cuatro meses, Marsella había abierto sus puertas a la Convención y Tolón había entregado su puerto a los ingleses.

Un ejército de treinta mil hombres, compuesto por las tropas que, al mando de Kellermann habían sitiado a Lion, de algunos regimientos tomados del ejército de los Alpes y del de Italia y de todos los quintos alistados en los departamentos vecinos, avanzó contra la ciudad vendida. La lucha comenzó en los desfiladeros de Ollioules: el general Dutheil, que debía dirigir la artillería, se hallaba ausente; el general Dommartin, su segundo, quedó fuera de combate en aquel primer encuentro; y el primer oficial del ejército le reemplazó por el siguiente oficial en graduación: este primer oficial era Buonaparte, y aquella vez la casualidad estuvo de acuerdo con el genio, suponiendo que para el genio no se llame Providencia la casualidad.

Buonaparte recibe su nombramiento, se presenta al Estado Mayor y es presentado ante el general Cartaux, hombre excepcional y cargado de oro de pies a cabeza, que le pregunta en qué puede servirle. El joven oficial le

muestra el despacho en el que debe trabajar para dirigir las operaciones de la artillería.

—No necesitamos cañones, contesta el bravo general, pues tomaremos esta noche la ciudad de Tolón a la bayoneta y la quemaremos mañana.

Sin embargo, por mucha que fuera la seguridad del general en jefe, no podía apoderarse de Tolón sin practicar un reconocimiento antes, así que tuvo que ser paciente y esperar hasta el día siguiente. Al romper el día, llamó a su ayudante de campo, Dupas, y al jefe de batallón Buonaparte y les hizo subir a su cabriolé para inspeccionar las primeras labores de defensa. Atendiendo a las observaciones de Buonaparte, el jefe renunció a la bayoneta, aunque no sin cierto resentimiento y optó de nuevo por la artillería. Como resultado, se dieron órdenes directas por el general en jefe y él mismo se aseguró de que se iban cumpliendo correctamente, a fin de apresurar su efecto.

Pasadas ya las grandes cimas, desde se descubre Tolón, como si yaciera tumbada en medio de su jardín semi oriental con los pies metidos en el mar. El general se apea del cabriolé con los dos jóvenes y penetra en una viña en medio de la cual ve algunos cañones alineados detrás de una especie de parapeto. Buonaparte mira a su alrededor sin adivinar lo que pasa; el general se recrea un momento en el asombro de su jefe de batallón y volviéndose después hacia su ayudante de campo, le dice con una sonrisa de satisfacción.

—¿No son esas nuestras baterías, Dupas?

—Sí, general, contesta el otro.

—¿Y nuestro parque?

—Se halla a cuatro pasos.

—¿Y nuestras balas rojas?

—Las calientan en las quintas vecinas.

Buonaparte no había podido dar crédito a sus ojos; pero le fue forzoso darselo a sus oídos. Mide el espacio con su ejercitada vista de estratega y ve que hay legua y media por lo menos desde la batería a la ciudad. Al pronto cree que el general le ha querido poner a prueba por ser excesivamente joven; pero la gravedad con que Cartaux continúa dando sus órdenes no le permite ya dudar. Entonces se atreve a hacer una observación sobre la distancia y manifiesta el temor de que las balas rojas no alcancen a la ciudad.

—¿Lo creéis así? –pregunta Cartaux.

—Mucho lo temo –confirma Buonaparte–; pero, en mi opinión, antes de entorpecernos con balas rojas, se podrían probar en frío para asegurarnos de su alcance.

A Cartaux le parece una idea ingeniosa; manda cargar y disparar una pieza, y mientras que mira las murallas de la ciudad para ver el efecto que el proyectil produce, Buonaparte le muestra, a mil pasos de distancia, poco más o menos, la bala que rompe los olivos, surca la tierra, salta y finalmente, queda inmóvil a una tercera parte de la distancia que el general en jefe esperaba verla recorrer.

La prueba era concluyente; pero Cartaux, no queriendo darse por vencido, no se daba por satisfecho afirmando que «aquellos aristócratas de Marsella eran los que habían echado a perder la pólvora».

Sin embargo, estropeada o no, como la pólvora no propulsa los proyectiles más lejos, es preciso tomar otras medidas. Se vuelve al cuartel general; Buonaparte pide un plano de Tolón, lo despliega sobre una mesa y después de estudiar un instante la situación de la ciudad y sus diferentes obras defensivas, desde el reducto construido en la cima del monte Faraón, que le domina, hasta los fuertes de Lamalgue y de Malbousquet, que protegen su derecha y

su izquierda, el joven jefe de batallón pone el dedo sobre un reciente reducto levantado por los ingleses, y dice con la rapidez y la concisión enigmática del genio:

—Aquí está Tolón.

Cartaux es ahora quien a su vez no comprende nada; tomando al pie de la letra las palabras de Buonaparte, y volviéndose hacia Dupas, su fiel ayudante, le dice:

—Parece que el «*Capitán cañón*» no es muy fuerte en geografía.

Este fue el primer sobrenombre de Buonaparte; ya veremos cómo mereció después el de «*Pequeño cabo».*

En ese momento entra el representante del pueblo, Gasparin. Buonaparte había oído hablar de él, no sólo como verdadero patriota, leal e intrépido, sino también como hombre de sentido recto y de gran perspicacia. El futuro emperador de Francia se dirige a él y le dice:

—Ciudadano representante, soy jefe del batallón de artillería. Por ausencia del general Dutheil y a causa de estar herido el general Dommartin, esta arma se halla bajo mi dirección, y pido que nadie intervenga en ella más que yo, pues de lo contrario no respondo de nada.

—¿Y quién eres tú para responder de alguna cosa? –pregunta el representante del pueblo, asombrado de oír a un joven de veintitrés años hablar con semejante tono y con tal seguridad.

—¿Quién soy? –replica Buonaparte, atrayendo a Gasparín a un rincón y hablándole en voz baja–; soy un hombre que sabe su oficio y que se halla en medio de personas que ignoran el suyo. Pedid al general en jefe su plan de batalla y veréis si tengo razón o no.

El joven oficial hablaba con tal convicción que Gasparín no vaciló un momento.

—General –dice acercándose a Cartaux–, los representantes del pueblo desean que dentro de tres días les presentes tu plan de batalla.

—No has de esperar más que tres minutos –contestó Cartaux–, pues te lo daré ahora mismo.

En efecto, el general, sentándose al punto, cogió una pluma y escribió en un volante este famoso plan de campaña, que ha llegado a ser un modelo en su género:

> El general de artillería cañoneará la ciudad de Tolón durante tres días, al cabo de los cuales atacaré con tres columnas y me apoderaré de la plaza.
>
> CARTAUX

El plan fue enviado a París y se entregó al comité de ingenieros, quien lo consideró más chistoso que sabio. Se llamó a Cartaux a declarar y se envió en su lugar a Dugommier.

Al llegar el nuevo general vio que su joven jefe de batallón había tomado todas las disposiciones necesarias: era uno de esos sitios en que la fuerza y el valor no sirven para nada y en que los cañones y la estrategia son los auténticos protagonistas. No se vislumbraba ni un solo rincón de costa en el que no enfrentasen la artillería de una y otra parte, y los cañones tronaban por todas partes como una inmensa tempestad cuyos relámpagos se cruzaban; se oía su estampido en la altura de las montañas y posteriormente en las murallas, en la llanura y en el mar: se podría decir que aquello era a la vez una tempestad y un volcán.

En medio de aquella red de llamas, los representantes del pueblo quisieron hacer cambiar alguna cosa en una batería situada por Buonaparte y ya se había llevado a cabo el traslado, cuando el joven jefe de batallón llegó de pronto y ordenó que se volviera a dejar todo tal y como estaba; pero

los representantes del pueblo se resistieron a obedecer y quisieron hacer algunas observaciones.

—Atended a vuestros deberes de diputados –les dijo Buonaparte– y no vengáis a interferir en mi oficio de artillero. Esa batería está bien ahí y yo respondo de ella con mi cabeza.

El ataque general comenzó el 16 y desde entonces el sitio no fue más que un asalto prolongado. El 17 por la mañana, los sitiadores se apoderaron del Paso de Leidet y de la Cruz Faraón; a mediodía desalojaban a los aliados del reducto de San Andrés, de los fuertes de Pomets y de los dos de San Antonio; y finalmente, al declinar el día, iluminados a la vez por la tempestad y por el cañón, los republicanos penetraban en el reducto inglés. Una vez allí, conseguido su objetivo y considerándose como dueño de la ciudad, Buonaparte, herido de un bayonetazo en el muslo, le dijo al malogrado general Dugommier, herido a su vez de dos balazos, uno en la rodilla y otro en el brazo:

—Vaya usted a reposar, general, pues acabamos de tomar Tolón y pasado mañana podrá dormir en la ciudad.

El 18 se toman los fuertes de Éguillette y de Balagnier se dirigen baterías contra Tolón. Al ver varias casas que se incendian y al oír el silbido de los proyectiles que barren las calles, se produce un gran revuelo entre las tropas aliadas y entonces los sitiadores, cuyas miradas penetran en la ciudad y en la rada, observan que la conflagración se declara en varios puntos que no han atacado. Son los ingleses que, resueltos a abandonar el lugar, han prendido fuego al arsenal, a los almacenes de la marina y a los buques franceses que no podían llevarse. A la vista de las llamas, se elevó un bramido general: todo el ejército pide el asalto; pero es demasiado tarde, pues los ingleses comienzan a embarcarse bajo el fuego de nuestras baterías,

abandonando y vendiendo a los que habían traicionado a Francia por causa suya. Entretanto llega la noche y las llamas, que se han elevado en varios puntos, se extinguen en medio de grandes rumores: son los presidiarios, que han roto sus cadenas y que sofocan el incendio ocasionado por los ingleses.

Al día siguiente, el 19, el ejército republicano entra en la ciudad y por la noche, según lo había predicho Buonaparte, el general en jefe dormía en Tolón.

Dugommier no olvidó los buenos servicios del joven jefe de batallón, que doce días después de la toma de la ciudad obtendría el grado de general de brigada.

En ese momento es cuando la Historia agarra al futuro emperador en su vorágine para no soltarlo ya más.

Con paso preciso y rápido acompañaremos ahora a Buonaparte en la carrera que ha recorrido como general en jefe, cónsul, emperador y proscrito. Después lo veremos reaparecer, cual rápido meteoro y brillar un instante sobre el trono, le seguiremos a esa isla donde fue a morir, así como lo recogimos en aquella otra donde nació.

Napoléon 1840 ed. francesa_Página_048_Imagen_0002.tif

II. EL GENERAL BONAPARTE

Según acabamos de atestiguar, Bonaparte había sido nombrado general de artillería en el ejército de Niza, en recompensa de los servicios prestados a la república en el frente de Tolón. Allí fue donde conoció a un joven Robespierre, que era en aquel entonces representante del pueblo en aquel ejército. Reclamado en París algún tiempo antes del 9 termidor, Robespierre hizo todo cuanto pudo para inducir al joven general a seguirle, prometiéndole la protección directa de su hermano; pero Bonaparte rehusó siempre: aún no había llegado el tiempo en que debía tomar su partido.

Por otra parte, tal vez algún motivo le retuvo y esta vez también cabría preguntarnos si era la Providencia la que protegía al genio. En tal caso, la casualidad se había hecho de carne y hueso, tomando la forma de una joven y linda representante del pueblo, que compartía en el ejército de Niza la suerte de su esposo. Bonaparte le profesaba un afecto sincero que manifestaba con varias pruebas de una galantería esencialmente guerrera. Cierto día que paseaba con la muchacha por los alrededores del desfiladero de Tende, se le ocurrió al joven general la idea de ofrecer a su linda compañera el espectáculo de un simulacro bélico, para lo cual ordenó un ataque de avanzada: doce hombres fueron víctimas de aquel cruel pasatiempo, y el propio Napoleón ha confesado en Santa Elena más de una vez, que aquellos doce hombres, muertos sin motivo alguno y por puro capricho, significaban para él un remordimiento más grande que la pérdida de los seiscientos mil soldados que había dejado en las estepas nevadas de Rusia.

Entretanto, los representantes del pueblo cerca del ejército de Italia, adoptaron el siguiente acuerdo:

> El general Bonaparte se dirigirá a Génova para conferenciar, juntamente con el encargado de negocios de la República francesa, con el gobierno de aquel país acerca de los asuntos indicados en sus instrucciones.
>
> El encargado de negocios cerca de la República de Génova le reconocerá y se hará reconocer por aquel gobierno.
>
> LOANO, EL 25 MESIDOR DEL AÑO II DE LA REPÚBLICA.

El verdadero objeto de esta misión era enviar allí al joven general para que viese con sus propios ojos las fortalezas de Savona y de Génova, proporcionándole ocasión de tomar todos los datos posibles respecto a la artillería y los demás objetos militares, y hasta facilitándole los medios de pronosticar los propósitos del gobierno genovés relativos a la coalición.

Mientras que Bonaparte desempeñaba su cometido, Robespierre estaba en camino del cadalso y los diputados terroristas eran sustituidos por Albitte y Salicetti. Su llegada a Barcelonette se señaló por el decreto siguiente, recompensa que esperaba Bonaparte a su regreso:

> Los representantes del pueblo cerca del ejército de los Alpes y de Italia:
>
> Considerando que el general Bonaparte, comandante en jefe de la artillería del ejército de Italia, ha perdido completamente su confianza por su conducta sospechosa y, sobre todo, por el viaje que recientemente realizó a Génova, decretan lo que sigue:
>
> El general de brigada Bonaparte, comandante en jefe de la artillería del ejército de Italia, queda provisionalmente suspendido de sus funciones. El general en jefe de dicho ejército dispondrá, bajo su responsabilidad, que se arreste al citado Bonaparte para enviarle al comité de salvación pública de París con buena y segura escolta. Se pondrán los sellos en todos sus papeles y efectos, de los cuales se hará inventario por los comisionados que en la localidad nombren los representantes del pueblo Salicetti y Albitte. Dicho inventario se presentará con todos los papeles que fuesen sospechosos al comité de salvación pública.
>
> Hecho en Barcelonette el 19 termidor del año II de la República francesa, una, indivisible y democrática.

FIRMADO: ALBITTE, SALICETTI, LAPORTE

Por copia conforme, el general en jefe del ejército de Italia.

FIRMADO: DUMERBION

El decreto se cumplió; Bonaparte fue conducido a la prisión de Niza, donde permaneció catorce días, al cabo de los cuales y en virtud de un segundo decreto firmado por los mismos hombres, fue puesto en libertad provisional.

Sin embargo, Bonaparte no salió de un peligro sino para sufrir un disgusto. Los acontecimientos de termidor habían ocasionado un cambio y un trastorno en los comités de la Convención; un antiguo capitán llamado Aubry, fue elegido para dirigir el de la Guerra e hizo un nuevo cuadro del ejército en el que figuraba él mismo como general de artillería. En cuanto a Bonaparte, en cambio del grado de que se le despojaba, le daban el de general de infantería en la Vendée; pero éste, juzgando demasiado reducido el escenario de una guerra civil en un rincón de Francia, rehusó ir a ocupar su puesto; y por un decreto del comité de salvación pública, fue borrado de la lista de los oficiales generales empleados.

Bonaparte se creía ya demasiado necesario a Francia para no resentirse profundamente de semejante injusticia; pero como no había llegado todavía a una de esas alturas de la vida desde donde se ve todo el horizonte que aún se ha de recorrer, tenía esperanzas en los futuros acontecimientos, aunque no certidumbre. Estas esperanzas acabaron por frustrarse: entonces se vio, él, lleno de porvenir y de genio, condenado a una inacción larga, si no eterna. Y esto en una época en que cada cual llegaba a su destino corriendo. Alquiló provisionalmente una habitación en un hotel de la calle del Mail, vendió por seis mil francos su caballo y su coche y, reuniendo el poco dinero que le quedaba, resolvió

retirarse al campo. Las imaginaciones exaltadas saltan siempre de un extremo a otro: desterrado en los campos, Bonaparte no veía ya nada más que la vida rural; no pudiendo ser César, se convertía en Cincinato.

En ese momento fue cuando se acordó de Valence, donde había pasado tres años tan oscuros y al mismo tiempo, tan felices, y hacia este punto dirigió su exploración, acompañado de su hermano José, que regresaba a Marsella. Al pasar por Montélimart, los dos viajeros se detienen: a Bonaparte le parece conveniente el terreno y el clima de la ciudad y pregunta si hay en los alrededores algún terreno de poco valor en venta. Se le dirige a M. Grasson, agente oficial, con el que se cita para el día siguiente para ir a ver un pequeño campo llamado Beauserret, cuyo solo nombre, que en el dialecto del país quiere decir «hermosa residencia», indica su agradable posición. Bonaparte, acompañado de José, visita aquel campo; es a grandes rasgos lo que les conviene y tan sólo teme, al ver su extensión y lo bien conservado que está, que el precio sea demasiado elevado. Al final los dos hermanos se aventuran a preguntar y se les contesta que treinta mil francos: es casi regalado.

Bonaparte y José vuelven a Montélimart para reflexionar detenidamente sobre el asunto; su pequeña fortuna reunida les permite consagrar aquella suma a la adquisición de su futura propiedad. Se citan con M. Grasson para el día siguiente, pues quieren cerrar el contrato en el lugar mismo. El agente les acompaña de nuevo; visitan la propiedad más detenidamente que la primera vez, y al fin, Bonaparte, asombrado de que se dé por tan reducida suma un terreno tan encantador, pregunta si no hay algún motivo oculto que haga bajar el precio.

—Sí –contesta M. Grasson–; pero no es cosa que tenga valor para los que han de vivir aquí.

—No importa –replica Bonaparte–, quisiera saberlo.

—Es que aquí se cometió un asesinato.

—¿Por quién?

—Por un hijo que mató a su padre.

—¡Un parricidio! –exclamó Bonaparte, palideciendo más aún que de costumbre–. ¡Vámonos José!

Y cogiendo a su hermano por el brazo, se precipitó fuera de las habitaciones, volvió a subir a su cabriolé, llegó a Montélimart y pidió caballos de posta para regresar al punto a París, mientras que José continuaba su marcha hacia Marsella. Iba a casarse con la hija de un rico negociante, llamado Clary, que llegó a ser después el cuñado de Bernadotte.

En cuanto a Bonaparte, impelido otra vez por el destino hacia París, aquel gran centro de los acontecimientos importantes, continuó la vida sombría que tanto le pesaba. Entonces fue cuando, no pudiendo soportar su inacción, dirigió al Gobierno una nota en la cual exponía que estaba interesado en la campaña de hacer todo cuanto se pudiese para reforzar los medios militares de Turquía, en el momento en que la emperatriz de Rusia acababa de estrechar su alianza con Austria. De esa manera, Bonaparte se ofrecía al Gobierno para ir a Constantinopla con seis o siete oficiales de diferentes armas que pudiesen instruir en las artes militares a las numerosas e intrépidas milicias, aunque poco aguerridas, que prestaban sus servicios al Sultán.

El Gobierno no se dignó ni siquiera contestar la nota y Bonaparte se quedó en París. ¿Qué hubiera sido del mundo, si un dependiente del Ministerio hubiera escrito al pie de

aquella demanda la palabra «*concedido*»? Solamente Dios lo sabe.

El 22 de agosto de 1795 se aprobó la Constitución del año III: los legisladores que la redactaron habían estipulado que las dos terceras partes de los individuos que componían la Convención nacional formarían parte del nuevo cuerpo legislativo: esto significaba matar las esperanzas del partido opuesto, que por la renovación completa de las elecciones, confiaba en introducir una nueva mayoría que representase su opinión. Este partido opuesto estaba apoyado sobre todo por las secciones de París, que declaraban que no aceptarían la Constitución a menos de que se anulara la reelección de la dos terceras partes. La Convención mantuvo el decreto íntegro; las secciones comenzaron a murmurar; el 25 de septiembre se produjeron algunos disturbios marginales; y al fin, el día 4 de octubre (12 vendimiario), el peligro fue tan inminente, que la Convención pensó que ya era hora de prepararse formalmente. En consecuencia, se dirigió al general Alexandre Dumas, comandante en jefe del ejército de los Alpes, la siguiente carta, cuya brevedad misma indicaba la urgencia:

> El general Alexandre Dumas debe dirigirse inmediatamente a París para encargarse del mando de la fuerza armada.

La orden de la Convención se llevó al palacio Mirabeau; pero el general Dumas se había marchado tres días antes a Villers-Cotterets, donde recibió la carta en la mañana del 13.

Entretanto, el peligro iba en aumento cada hora que pasaba; no había noticias de Dumas y, debido a esto, durante la noche, un representante del pueblo, Barras, fue nombrado comandante en jefe del ejército interior. Barras necesitaba un segundo, y apostó por Bonaparte.

Según se ve, el destino había despejado su horizonte: aquella hora de porvenir que debe sonar una vez, según dicen, en la vida de todo hombre, había llegado: el 13 vendimiario los cañones resonaron en la capital.

Las secciones, que Bonaparte acababa de destruir, le dieron el nombre de «*Ametrallador*»; y la Convención, a la cual había salvado, le concedió el título de general en jefe del ejército de Italia.

Pero aquella gran jornada no influiría solamente en la vida política de Bonaparte, sino que también debía afectar a su vida privada. El desarme de las secciones acababa de verificarse con el rigor que las circunstancias exigían, cuando cierto día, un niño de diez o doce años se presentó al estado mayor suplicando al general Bonaparte que diese orden para que le devolvieran la espada de su padre, el cual había sido general de la República. Bonaparte, conmovido por la petición y por la gracia juvenil con que se hacía, mandó buscar la espada, y al ser hallada, se la devolvió. El niño, al ver aquella arma sagrada que él creía perdida, besó llorando la empuñadura que tanto había mantenido la firme mano paterna. Bonaparte, más conmovido aún por aquella muestra de amor filial, manifestó tanta benevolencia al niño, que su madre se creyó obligada a visitar al día siguiente al general para darle gracias. El niño se llamaba Eugène y la madre, Josefina.

El 21 de marzo de 1796, Bonaparte marchó para reunirse con el ejército de Italia portando con él en su coche diez mil luises: era todo cuanto había podido reunir, añadiéndolo a su propia fortuna y a la de los subsidios del Directorio. Y con esta suma emprende la marcha para conquistar Italia: era siete veces menor que la que Alejandro Magno llevaba cuando fue a conquistar la India.

Al llegar a Niza, encontró un ejército sin ninguna disciplina, sin municiones, sin víveres y sin equipo. Apenas se instaló en el cuartel general, mandó distribuir a los generales para ayudarles a entrar en campaña la suma de cuatro luises; y después se dirigió a los soldados, y mostrándoles Italia con la mano, les dijo:

—¡Compañeros! Carecéis de todo en medio de estas rocas. Fijad los ojos en las ricas llanuras que se extienden a vuestros pies: nos pertenecen y vamos a tomarlas.

Este era, poco más o menos, el discurso que Aníbal había dirigido a sus soldados mil novecientos años antes; y desde aquella época, no había pasado entre los dos hombres más que uno digno de compararse con ellos: César.

Los soldados a quienes Bonaparte dirigía estas palabras eran los restos de un ejército que, en las rocas estériles del río de Génova, se mantenían penosamente a la defensiva hacía dos años. Tenían ante sí doscientos mil hombres de las mejores tropas del Imperio y del Piamonte. Bonaparte ataca a aquel ejército con treinta mil hombres escasos y en once días le bate cinco veces, en Montenotte, en Millesimo, en Dego, en Vico y en Modovi; después, abriendo las puertas de las ciudades con una mano, mientras gana las batallas con la otra, se apodera de las fortalezas de Con, de Torteen, de Alejandría y de la Ceba. En once días, los austriacos quedan separados de los piamonteses, se toma Provea y el rey de Cerdeña se ve obligado a firmar una capitulación en su propia capital. Entonces, Bonaparte avanza sobre la alta Italia; y después, adivinando el éxito futuro con la confianza que le otorgan las victorias pasadas, escribe al Directorio:

> Mañana marcho contra Beaulieu, le obligo a repasar el Po, que cruzo en su seguimiento; me apodero de toda la Lombardía y antes de un mes

> espero estar en las montañas del Tirol. Aquí encontraré al ejército del Rin, y con su ayuda llevaré la guerra hasta Baviera.

En efecto, Beaulieu es perseguido; inútilmente se vuelve para oponerse al paso del Po, pues el ejército francés le franquea; después, el general enemigo se sitúa detrás de los muros de Lodi, pero un combate de tres horas le desaloja de allí. Entonces se alinea en batalla en la orilla izquierda del Adda, defendiendo con toda su artillería el paso del puente, que no ha tenido tiempo de cortar. El ejército francés, formándose en columna compacta, se precipita sobre el puente, derriba todo cuanto se opone a su paso, disemina el ejército austriaco y prosigue su marcha pisando los talones al enemigo. Entonces se somete Pavía; después se rinden Pizzighitone y Crémona; el castillo de Milán abre sus puertas; el rey de Cerdeña firma la paz, siguiendo su ejemplo los duques de Parma y de Módena; y Beaulieu no tiene más que el tiempo necesario para encerrarse en Mantua.

En este tratado con el duque de Módena, Bonaparte dio la primera prueba de su voluntad desinteresada, rechazando cuatro millones en oro que el comendador del Este le ofrecía en nombre de su hermano y que Salicetti, comisario del Gobierno que no se alejaba nunca demasiado del ejército, insistía que aceptase.

En aquella campaña fue también donde recibió el nombre popular que le abrió de nuevo en 1815 las puertas de Francia. He aquí en qué ocasión. Su juventud, cuando tomó el mando del ejército, había causado algún asombro a los soldados veteranos, por lo cual resolvieron conferirle ellos mismos los grados inferiores de que al parecer le había dispensado el Gobierno. Como consecuencia, se reunían después de cada batalla para conferirle un grado y cuando

entraba en el campamento le recibían los más viejos veteranos, saludándole con su nuevo título. De este modo fue nombrado cabo en Lodi y de aquí el sobrenombre de «*Pequeño cabo*» con que designaron siempre a Napoleón.

Entretanto, Bonaparte no ha hecho más que un alto muy breve; y es en ese momento cuando la envidia se cruza en su camino. El Directorio, que ha visto en la correspondencia del soldado la revelación del hombre político, teme que el vencedor se convierta en árbitro de Italia y se dispone a enviarle a Kellermann como agregado; Bonaparte recibe aviso y escribe lo siguiente:

> Reunir conmigo a Kellermann es querer perderlo todo. No puedo servir de buena voluntad con un hombre que se cree el mejor táctico de Europa; y por otra parte, me parece que un mal general vale más que dos buenos. La guerra es como el Gobierno, un asunto de tacto.

Después, Bonaparte hace su entrada solemne en Milán, donde mientras que el Directorio firma en París el tratado de paz, negociado por Salicetti en la Corte de Turín, y en tanto que se terminan las negociaciones entabladas con Parma, comenzando las de Nápoles y Roma, se prepara para la conquista de la alta Italia.

La llave de Alemania es Mantua; de modo que esta ciudad es la que se ha de tomar. Ciento cincuenta cañones confiscados en el castillo de Milán se dirigen contra Mantua; Serrurier se encarga de los preparativos exteriores, y el sitio comienza.

Entonces, el gabinete de Viena, comprendiendo toda la gravedad de la situación, envía en auxilio de Beaulieu veinticinco mil hombres a las órdenes de Quasdanovitch y treinta y cinco mil al mando de Wurmser. Un espía milanés se encarga de los partes que anuncian este refuerzo y se compromete a internarse en la ciudad.

El espía cae en manos de una ronda nocturna, mandada por el ayudante de campo Dermoncourt y es conducido a presencia del general Dumas. En vano se le registra, pues no se le encuentra nada y ya van a dejarle en libertad, cuando por una de esas revelaciones del destino, el general Dumas adivina que el hombre se ha tragado los partes. El espía lo niega, mas al oír como el general Dumas ordena que se le fusile, confiesa la verdad. Entonces se le entrega al ayudante de campo Dermoncourt y por medio de un vomitivo que el cirujano mayor administra, se obtiene una bolita de cera de regulares dimensiones, en la cual se encierra la carta de Wurmser, escrita en pergamino con una pluma de cuervo. Esta carta da los más minuciosos detalles sobre las operaciones del ejército enemigo. Pronto es enviada a Bonaparte, quien sabe así que Quasdanovitch y Wurmser se han dividido: el primero marcha sobre Brescia y el segundo en dirección a Mantua: es el mismo error táctico que ha perdido ya a Provera y Argentau. Bonaparte deja diez mil hombres delante de la ciudad; se dirige con veinticinco mil al encuentro de Quasdanovitch, a quien rechaza hasta las gargantas del Tirol, después de batirle en Salo y en Lonato. Acto seguido se vuelve contra Wurmser, que adivina la derrota de su colega por la presencia del ejército que le ha vencido. Atacado con la impetuosidad francesa, es batido en Castiglione. En cinco días, los austriacos han perdido veinte mil hombres y cincuenta cañones; mas esta victoria ha dado tiempo a Quasdanovitch para rehacerse. Bonaparte vuelve contra él; le bate en San Marco, en Serravale y en Roveredo y después de los combates de Bassano, de Rimolano y de Cavalo, pone sitio por segunda vez a Mantua, donde Wurmser ha entrado con los restos de su ejército.

Allí, mientras que se efectúan los preparativos del asalto, Bonaparte crea Estados a su alrededor, las repúblicas cispadana y transpadana, expulsa a los ingleses de Córcega, y posa su pesada mano de hierro a la vez sobre Génova, Venecia y la Santa Sede, a las cuales impide sublevarse. En medio de estas vastas operaciones políticas, recibe noticias de la llegada de un nuevo ejército imperial, conducido por Alvinzi; pero le persigue la fatalidad de todos los demás hombres cuando se enfrentan a Bonaporte, pues Alvinzi incurre en la misma falta cometida por sus predecesores. Divide su ejército en dos cuerpos, el uno compuesto de treinta mil hombres, que, conducidos por él, deben atravesar el Verones llegando luego a Mantua; y el otro, formado por quince mil que, bajo el mando de Davidovitch, se extenderá sobre el Adige. Bonaparte marcha contra Alvinzi, le alcanza en Arcole, lucha tres días en cruentas batallas cuerpo a cuerpo con él y no le deja retirarse hasta después de haberle matado cinco mil hombres en el campo de batalla, haciendo ocho mil prisioneros y apoderándose de treinta cañones. Después, palpitante aún por la lucha en Arcole, se precipita entre Davidovitch, que sale del Tirol, y Wurmser, que sale de Mantua. Rechaza al primero hasta sus montañas, obligando al otro a refugiarse en su ciudad. Recibe en su campo de batalla la noticia de que Alvinzi y Provera van a reunirse; derrota al primero en Rívoli, y por los combates de San Jorge y de la Favorita, reduce a Provera a entregar las armas. Desembarazado al fin de todos sus adversarios, vuelve hacia Mantua, la cerca, la oprime, la sofoca y le obliga a rendirse en el momento en que un quinto ejército, destacado de las reservas del Rin, avanza al mando del Archiduque. De ninguna afrenta puede escapar Austria, pues las derrotas de sus generales van a llegar hasta el trono. El 10 de marzo de 1797, el príncipe Carlos es

batido en el paso del Tagliamento, y esta victoria abre los Estados de Venecia y las gargantas del Tirol. Los franceses avanzan a la carrera por la vía que tienen abierta; triunfan en Lavis, en Trasmis y en Clausen, entran en Trieste, se apoderan de Tarvis, de Gradisca y de Villach, se encarnizan en la persecución del Archiduque, al que abandonan para ocupar los caminos de la capital de Austria, y al fin llegan a estar a treinta leguas de Viena. Aquí, Bonaparte hace un alto para esperar a los parlamentarios. No ha transcurrido más de un año desde que salió de Niza y en este tiempo ha destruido seis ejércitos, ha tomado Alejandría, Turín, Milán y Mantua y ha plantado la bandera tricolor en los Alpes del Piamonte, de la Italia y del Tirol. Alrededor de él han comenzado a brillar los nombres de Masséna, de Augereau, de Jouber, de Marmont y de Berthier. ¡La legendaria pléyade se forma, los satélites giran alrededor de su astro y el cielo del Imperio se tachona de estrellas!

Bonaparte no se había engañado: los parlamentarios llegan y se señala la ciudad de Léoben para celebrar las negociaciones. No necesita ya plenos poderes del Directorio; él es quien ha hecho la guerra y él es quien hará la paz.

«Atendido el estado de cosas –escribe–, las negociaciones, hasta con el Emperador, han llegado a ser una operación militar».

Sin embargo, esta operación languidece y se prolonga mucho, pues todas las astucias de la diplomacia la rodean y la entorpecen. Pero entonces llega el día, en medio de una discusión, en que el león se cansa de estar en la jaula. Bonaparte se levanta, coge una magnífica bandeja de porcelana, la hace pedazos y la pisa y después, volviéndose hacia los plenipotenciarios estupefactos, les dice:

—Así es como os pulverizaré a todos, puesto que es lo que queréis.

Los diplomáticos se amedrentan; se da paso a la lectura del tratado, y en el primer artículo, el emperador declara que reconoce la República francesa.

—¡Rayad ese párrafo! –exclama Bonaparte–; ¡la República francesa es como el sol en el horizonte y ciegos son aquellos que no han visto su resplandor!

Así, pues, a la edad de veintisiete años, Bonaparte empuña con una mano la espada que divide los Estados y tiene en la otra la balanza con la que pesa los reyes. Inútil es que el Directorio le intente marcar alguna pauta, pues él dirige su propio camino; y si aún no manda, tampoco obedece ya. Si el Directorio le escribe diciéndole que recuerde que Wurmser es un emigrado; si Wurmser cae en manos de Bonaparte y éste le dispensa todas las consideraciones debidas a su desgraciada situación y a la vejez, si el Directorio trata al Papa en forma injuriosa; Bonaparte le escribe siempre con respeto, llamándole muy Santo Padre, si el Directorio destierra a los sacerdotes; Bonaparte ordena a su ejército que los considere como hermanos y que los honre como ministros de Dios, si el Directorio trata de destruir todos los vestigios de la aristocracia; Bonaparte escribe a la democracia de Génova para censurar los excesos que ha cometido respecto a los nobles y le dice, que si quiere conservar su aprecio, debe acatar la estatua de Doria.

El 15 vendimiario del año VI se firma el tratado de Campo-Formio, y Austria, a la cual se le confiere Venecia, renuncia a sus derechos sobre Bélgica y a sus pretensiones expansionistas sobre Italia. Bonaparte sale de este país para dirigirse a Francia y el 15 frimario del mismo año (5 de diciembre de 1797) llega a París.

El futuro Emperador, ausente dos años, había hecho en este tiempo ciento cincuenta mil prisioneros, tomado ciento setenta banderas, quinientos cincuenta cañones, seiscientas piezas de campaña, nueve navíos de sesenta y cuatro cañones, doce fragatas de treinta y dos, doce corbetas y dieciocho galeras.

Además, habiéndose llevado diez mil luises de Francia, como ya hemos dicho, hizo numerosos envíos de dinero que ascendieron a cerca de cincuenta millones; de modo que contra todas las tradiciones antiguas y modernas, el Ejército era el que había alimentado a la patria.

Con la paz, Bonaparte presintió llegar el término de su carrera militar y no pudiendo permanecer ocioso, ambicionó la plaza de uno de los dos directores que iban a salir; pero desgraciadamente no tenía más que veintiocho años, y esto era una violación tan grande y tan prematura de la Constitución del año III, que ni siquiera se atrevió a proponerlo. Volvió, pues, a su casita de la calle Chantereine, con la idea fija de luchar de antemano contra un enemigo más terrible que todos aquellos a quienes combatiera: el olvido.

—París tiene una memoria infame, decía, y si permanezco largo tiempo ocioso, soy hombre perdido. En esta gran Babilonia, una gloria es reemplazada muy pronto por otra; y basta que me hayan visto tres veces en el teatro para que nadie me mire más.

He aquí por qué, esperando cosa mejor, se hizo nombrar miembro del Instituto.

Por fin, el 29 de enero de 1798, dijo a su secretario:

—Bourrienne, no quiero quedarme aquí porque no hay nada que hacer y todas las personas que me rodean son necias. Veo que si me quedo acabaré yéndome a pique muy pronto, pues todo se desgasta aquí en la Corte y mi gloria

se ha esfumado. En esta pequeña Europa no hay bastante espacio para mi; es una ratonera. Jamás hubo grandes imperios y grandes revoluciones más que en Oriente, donde viven seiscientos millones de hombres. Es preciso ir allá, porque de allí vienen todas las grandes hazañas.

Vemos, pues, que Bonaparte necesitaba superar a todos los hombres célebres: ha hecho ya más que Aníbal, y llegará a ser tan grande como Alejandro y César: su nombre falta en las Pirámides, donde están inscritos esos dos grandes nombres.

El 12 de abril de 1798, Bonaparte fue nombrado general en jefe del ejército de Oriente.

Según se ve, ya no tiene que hacer más que pedir algo para que se le sea concedido; su llegada a Tolón será la prueba de que le basta mandar para ser obedecido.

Un anciano de ochenta años acaba de ser fusilado la antevíspera del día en que Bonaparte llega a dicha ciudad y un 16 de mayo de 1798 escribe la siguiente carta a las comisiones militares de la novena división, establecidas en virtud de la ley del 19 fructidor:

> Bonaparte, individuo del Instituto nacional.
>
> He sabido, ciudadanos, con el más profundo pesar, que ancianos de setenta a ochenta años y pobres mujeres embarazadas y con niños de pocos años, habían sido fusilados por acusárseles de emigrantes.
>
> ¿Se habrán convertido en verdugos los soldados de la libertad? ¿Habrán muerto en sus corazones la compasión que manifestaron hasta en medio de los combates?
>
> La ley del 19 fructidor fue una medida de salvación pública; y tenía por objeto castigar a los conspiradores, pero no a míseras mujeres ni a los ancianos desvalidos.
>
> Os exhorto, pues, ciudadanos, a que cuando la ley presente ante vuestro tribunal hombres de más de sesenta años o pobres mujeres, declaréis que en medio de los combates habéis respetado a los ancianos y a las mujeres de vuestros enemigos.
>
> El militar que firma una sentencia contra cualquier persona incapaz de llevar armas, es un cobarde.

Esta carta salvó la vida a un infeliz, perteneciente a esa categoría. Bonaparte se embarca tres días después y su último adiós a Francia es el ejercicio de un acto propio de la realeza: el derecho de perdonar.

Malta estaba comprada de antemano; el flamante general hace que se la entreguen al pasar, y el 1 de julio de 1798 pisa tierra egipcia cerca del fuerte Marabou, a poca distancia de Alejandría.

Apenas recibió esta noticia, Mourad-Bey, a quien se fue a buscar como a un león guardián de su reino, llamó a sus mamelucos, hizo avanzar por la corriente del Nilo una flotilla de chalupas y otras embarcaciones armadas de guerra, y mandó que se las siguiera por las orillas del río con un cuerpo de mil doscientos o mil quinientos caballos, que Desaix, jefe de nuestra vanguardia, encontró el día 14 en el pueblo de Manich-Salam. Era la primera vez que el Oriente y el Occidente se encontraban cara a cara desde el tiempo de las cruzadas.

El choque fue terrible: aquella milicia, cubierta de oro, rápida como el viento, devoradora como la llamas, cargaba con ímpetu a las filas francesas dispuestas en cuadros, cortando los cañones de los fusiles con sus alfanjes templados en Damasco. Inmediatamente después, cuando el fuego erupcionaba de aquellos cuadros como de un volcán, su movimiento se asemejaba al de una inmensa ola de oro y seda, que atacaba al galope a todos los ángulos del muro francés de hierro, cada uno de los cuales devolvía su descarga en respuesta. Cuando veía la imposibilidad de abrir brecha, se alejaba al fin como una larga bandada de aves asustadas, dejando alrededor de nuestros batallones un montón, movible aún, de hombres y caballos mutilados.

Luego iba a reformarse a lo lejos para volver a intentar una nueva carga, tan inútil como la primera.

A la mitad del día, los mamelucos se reunieron por última vez; pero en vez de contratacar, tomaron el camino del desierto y desparecieron en el horizonte en medio de un torbellino de arena.

En Guiza fue donde Mourad tuvo noticia del descalabro de Chébreiss y el mismo día se enviaron mensajeros al Saïd, al Fayoum y por todo el desierto. Por todas partes, los beys, los jeques y los mamelucos fueron convocados contra el enemigo común, debiendo llevar cada cual su caballo y sus armas. Tres días después, Mourad tenía en torno a sí seis mil jinetes.

Toda aquella tropa que había acudido al grito de guerra de su jefe, acampó desordenadamente en la orilla del Nilo, a la vista de El Cairo y de las Pirámides, entre el pueblo de Embabeh, donde apoyaba su derecha, y Guiza, residencia favorita de Mourad, que se extendía su izquierda. En cuanto a este último, había mandado colocar su tienda de campaña alrededor de un sicomoro gigantesco, cuya sombra bastaba para cubrir cincuenta jinetes. En aquella posición fue donde, después de reordenar un poco su milicia, esperó al ejército francés que remontaba el Nilo.

El 23, al rayar el día, Desaix, que iba siempre a la vanguardia, divisó una partida de quinientos mamelucos enviados a la descubierta y que se replegaron sin dejar de mantenerse a la vista. A las cuatro de la madrugada, Mourad oyó grandes voces: era el ejército francés que saludaba a las Pirámides.

A las seis, franceses y mamelucos estaban en presencia unos de otros.

Imagínense el campo de batalla. Era el mismo que Cambises, el antiguo conquistador que llegara del otro

extremo del mundo, eligiera para aniquilar a los egipcios. Dos mil cuatrocientos años habían transcurrido; el Nilo y las Pirámides permanecían allí, pero la esfinge de granito, cuyo rostro mutilaron los persas, no conservaba más que su cabeza gigantesca fuera de la arena. El coloso de que Herodoto nos habla estaba caído, Memfis no existía y la ciudad de El Cairo había surgido. Todos estos recuerdos, bien presentes en el pensamiento de los jefes franceses, se cernían vagamente sobre las cabezas de los soldados, como aquellas misteriosas aves que en otro tiempo pasaban por encima de las batallas y que presagiaban la victoria.

En cuanto al lugar, una vasta llanura de arena, como conviene a las maniobras de la caballería; en el centro se eleva un pueblo llamado Bekir y un arroyuelo le limita un poco más allá de Djizh. Mourad y toda su caballería estaban adosados al Nilo, teniendo el Cairo tras sí.

Bonaparte vio, por esta disposición del terreno y de sus enemigos, que le era posible no sólo vencer a los mamelucos, sino también exterminarlos y, en consecuencia, desarrolló su ejército en semicírculo, formando de cada división gigantescos cuadros, en cuyo centro se colocó la artillería. Desaix, acostumbrado a ir a la vanguardia, mandaba el primer cuadro, situado entre Embabeh y Guiza; después seguían la división Régnier, la división Kléber, privada de su jefe herido en Alejandría y mandada por Dugua; la división Menou, a las ordenes de Vial; y por último, formando la extrema izquierda, apoyada en el Nilo y la más próxima a Embabeh, la división del general Bon.

Todos los cuadros debían ponerse en movimiento juntos para marchar sobre Embabeh, arrollando al pueblo, a los caballos, a los mamelucos y sus trincheras y rechazándolos hasta el Nilo.

Pero Mourad no era hombre para esperar detrás de algunos terromonteros de arena y apenas los cuadros hubieron tomado posición, los mamelucos salieron de sus atrincheramientos en masas desiguales, y sin elegir, sin calcular, se precipitaron contra los cuadros que hallaron más próximos: eran las divisiones de Desaix y Régnier.

Llegados a tiro de fusil, los mamelucos se dividieron en dos columnas: la primera, con sus jinetes inclinados sobre la silla, marchaba contra el ángulo izquierdo de la división Régnier y la segunda sobre el derecho de la división Desaix. Los cuadros dejaron que las columnas se acercaran a diez pasos de distancia y después rompieron fuego: jinetes y caballos se vieron detenidos por un muro de llamas; las dos primeras filas de los mamelucos cayeron como si la tierra hubiera temblado bajo sus pies; el resto de la columna, impulsada por la inercia su carrera, detenida ante aquella muralla de hierro y de fuego y no pudiendo ni queriendo retroceder, flanqueó, ignorando todo el frente del cuadro Régnier, cuyo fuego les rechazó y les desvió directos sobre la división Desaix. Esta última división, hallándose atrapada entonces entre aquellas dos trombas de hombres y de caballos que se agitaban a su alrededor, presentó las puntas de las bayonetas de su primera fila, mientras que las otras dos, inflándose de pronto, entreabrían sus ángulos para dar paso a las balas de los cañones, impacientes por tomar parte en aquella sangrienta lucha.

Llegó un momento en que las dos divisiones se hallaron completamente cercadas y se echó mano de todos los medios para romper aquellos cuadros impasibles y mortales. Los mamelucos cargaban a la distancia de diez pasos, recibiendo el doble de fuego de la fusilería y de los cañones; después frenaban sus caballos, espantados por la repentina visión de las bayonetas, obligándoles a avanzar,

volviendo grupas, encabritándoles y dejándose caer con ellos. Como si volvieran a la vida, los jinetes desmontados reptaban como serpientes para atacar a los pies de nuestros soldados. Tal lucha sin cuartel continuó durante los tres cuartos de hora que duró aquella terrible batalla. Nuestros soldados, ante aquella manera de combatir, no creían que se las estaban viendo con hombres, sino con fantasmas y demonios. Finalmente, los sanguinarios mamelucos, los gritos de horror, los relinchos de caballos espantados, las llamas, el humo… todo se desvaneció como si un torbellino se lo llevara, no quedando ya entre las dos divisiones mas que un campo de batalla ensangrentado, erizado de armas y de estandartes y cubierto de cadáveres y de moribundos. De estos últimos incluso algunos en su agonía lograban incorporarse como la ola de mar que todavía no se ha calmado después de la tempestad.

En aquel momento, todos los cuadros, con paso regular, como si se tratase de un desfile, avanzaban encerrando a Embabeh en su círculo de hierro. Pero de repente, la línea del Bey se revolvió como un animal malherido al tiempo que treinta y siete cañones hacían fuego contra el hierro francés. La flotilla saltaba sobre el Nilo, sacudida por el retroceso de las bombardas, y el mismo Mourad, a la cabeza de sus jinetes, se lanzó a la desesperada con la esperanza de poder abrir brecha en esos cuadros infernales. Entonces la columna, que había cedido en un primer instante antes este inesperado ataque, rápidamente se recompuso, fijo su mirada en el Bey y se abalanzó contra sus mortales enemigos.

A los ojos de un águila que contemplara en aquel campo de batalla, debió de ser un maravilloso espectáculo el que ofrecían aquellos seis mil jinetes, los más hábiles del mundo, montados en caballos cuyos pies apenas dejaban

huella en la arena, dando vueltas como una jauría alrededor de aquellos cuadros inmóviles y expectantes, estrechándolos en sus repliegues, rodeándolos con sus nudos, tratando de sofocarlos si no romperlos, dispersándose, reuniéndose, y huyendo de nuevo, cambiando de frente como las olas que baten la orilla. Después, se volvieron sobre una sola línea semejante a una serpiente gigantesca, en cuya cabeza se descubría algunas veces el infatigable Mourad, elevándose por encima de los cuadros y dirigiendo los continuos ataques. De repente, las baterías de los atrincheramientos mamelucos fueron tomadas y los mamelucos se vieron atacados por los proyectiles de sus propias piezas, que dejaban numerosos heridos a lo largo de todo el campo de batalla. Su flotilla corrió la misma suerte, y devorada por el fuego que los franceses le causaron, fue tragada por el río. Mientras que Mourad dirigía sus garras y sus dientes contra nuestros cuadros, las tres columnas de ataque ya se habían apoderado de los atrincheramientos; y Marmont, dominando el llano, abrasaba desde las alturas de Embabeh a los mamelucos encarnizados contra nosotros.

En ese momento, Bonaparte ordenó una nueva maniobra suficiente para que todo concluyera: los cuadros se abrieron, se unieron después y se soldaron como los anillos de una gran cadena. Mourad y sus mamelucos se vieron así cogidos entre sus propios atrincheramientos y la línea francesa: el jefe de los mamelucos comprendió que la batalla había terminado. En consecuencia, reunió a todo los hombres que le quedaban y entre aquella doble línea de fuego, al galope aéreo de sus caballos, se lanzó agazapado por el hueco que la división Desaix dejaba entre ella y el Nilo. Después pasó como una centella bajo la última descarga de nuestros soldados, penetró en el pueblo de

Guiza y salió a los pocos segundos por la parte contraria, retirándose hacia el alto Egipto con el resto de su ejército: doscientos o trescientos jinetes.

Había abandonado en el campo de batalla tres mil hombres, cuarenta piezas de artillería, cuarenta camellos cargados, sus tiendas de campaña, sus esclavos y sus caballos. Aquella rica llanura, cubierta de oro, de cachemira y de seda, quedó a disposición de los soldados vencedores, que hicieron un inmenso botín, pues todos aquellos mamelucos llevaban las armas más ricamente adornadas e iban engalanados con todo tipo de alhajas de oro y plata.

Aquella misma noche Bonaparte pasó la noche en Guiza y al día siguiente entró en El Cairo por la puerta de la Victoria.

Apenas recién instalado en El Cairo, Bonaparte sueña con no solamente la colonización del país que acaba de apoderarse, sino también con la conquista de la India a través del Éufrates. Pero antes redacta para el Directorio una nota en la cual pide refuerzos, armas, equipos de guerra, cirujanos, farmacéuticos, médicos, fundidores, licoristas, cómicos, jardineros, fabricantes de muñecos para el pueblo y una cincuentena de mujeres francesas. Envía a Typpo-Saeb un correo para proponerle una alianza contra los ingleses; y después, mecido por esta doble esperanza, comienza a perseguir a Ibrahim, el más influyente de los beys después de Mourad. Le alcanza y le derrota en Saheley’h, y al tiempo que es felicitado por esta victoria, un mensajero le trae la noticia de la pérdida completa de su escuadra. Nelson ha destrozado a Brueys; la flota entera ha naufragado y se han roto las comunicaciones con Francia y con ellas la esperanza de conquistar la India. Es preciso reafirmarse en Egipto para salir victoriosos como los antiguos y gloriosos ejércitos. Bonaparte vuelve a El Cairo, donde celebra el aniversario del nacimiento de Mahoma y la

fundación de la República. En medio de las fiestas, la ciudad se amotina y la respuesta del general francés no se hace esperar: desde lo alto del Mokattam, cañonea la ciudad. Dios acude en su auxilio y apacigua el temporal; todo se calma en cuatro días. Bonaparte marcha a Suez; quiere ver el mar Rojo y poner el pie en Asia con la misma edad de Alejandro.

Después fija los ojos en Siria, pues la campaña del desembarco de Egipto ha finalizado, y no debe volver hasta el mes del julio siguiente. Antes debe realizar una expedición por Gaza y el Arich, porque Djezzar-Bajá, apellidado el «*Carnicero*», acaba de apoderarse de esta última ciudad. Es preciso destruir aquella vanguardia de la Puerta Otomana, derribar los muros de Jaffa, de Gaza y de Acre, asolar el país y dar fin a todos sus recursos, a fin de hacer imposible el paso de un ejército por el desierto. Este es el plan «oficial»; pero tal vez, estas titánicas expediciones oculten algún secreto que sólo Bonaparte conoce. Parte a la cabeza de diez mil hombres, divide la infantería en cuatro cuerpos, poniéndolos bajo las órdenes de Bon, de Kléber, de Lannes y de Régnier; pone a su disposición la caballería a Murat, la artillería a Dammartin, y los ingenieros a Cafarelli-Dufalga. El Arich es atacado y tomado el 1 ventoso; el 7 se ocupa Gaza, sin resistencia; el 17 se toma Jaffa por asalto, pasando por el cuchillo a la guarnición compuesta de cinco mil hombres; después continúa la marcha triunfal, llega ante San Juan de Acre, y el 30 del mismo mes queda abierta la brecha: aquí es donde van a comenzar los reveses.

Paradójicamente un francés manda en la plaza y además antiguo compañero suyo de graduación en la Escuela Militar. Fueron enviados el mismo día a sus respectivos cuerpos. Afiliado al partido realista, Phelippeaux, tal es su nombre,

consigue escapar con Sydney-Smith de la prisión del Temple, le sigue a Inglaterra y es dejado al mando por éste en Siria. Bonaparte choca contra su genio más que contra las murallas de Acre y al primer golpe de vista se convence de que la defensa la dirige un hombre superior. Un sitio en regla es imposible y se hace preciso tomar la ciudad; pero tres asaltos sucesivos no producen ningún resultado. Durante uno de ellos una bomba cae a los pies de Bonaparte; dos granaderos se precipitan al punto sobre él, la colocan entre ellos, elevando sus brazos sobre la cabeza y protegiéndole con sus vidas. La bomba estalla y como por milagro sus cascos recompensan aquella abnegación por su general, de modo que ninguno queda herido. Uno de estos granaderos se llama Daumesnil; será general en 1809, perderá una pierna en Moscú en 1812 y mandará en Vincennes en 1814.

Entretanto, de todas partes llegan auxilios a Djezzar; las bajas de Siria han reunido sus fuerzas y marchan sobre Acre; Sydney-Smith acude con la flota inglesa y por último, la peste, ese otro ejército más terrible que todos los demás, viene en auxilio del verdugo de Siria. Es preciso librarse del ejército de Damasco: Bonaparte, en vez de esperarle o retroceder a su aproximación, marcha a su encuentro, le alcanza, le dispersa en la llanura del monte Tabor y después vuelve para intentar otros cinco asaltos, tan inútiles como los primeros. San Juan de Acre es para él la ciudad maldita, su némesis, y no pasará de ella.

Todos se asombran de que el general se obsesione así con la toma de una bicoca, de que arriesgue diariamente su vida, la de sus mejores oficiales y más valiosos soldados; todos censuran aquella obstinación, sin objeto al parecer. Él mismo explicó este aparente sinsentido a Duroc, después de que en uno de esos infructuosos asaltos éste quedara

herido, porque necesitaba que algún espíritu grande como el suyo supiera que no procedía como un loco.

—Sí –dijo–, veo que esta bicoca me ha costado bastante gente y mucho tiempo; pero las cosas están demasiado adelantadas para no intentar otro esfuerzo. Si lo consigo al fin, encontraría en la ciudad los tesoros del Bajá y armas para trescientos mil hombres; sublevaría y armaría a Siria, tan indignada por el yugo cruel de Djezzar que a cada asalto la población pide a Dios que la ciudad caiga en mis manos; y marcharía al fin sobre Damasco y Alepo. Después avanzo por el país, cuanto más crece mi ejército más insurgentes se alían a la causa; anuncio al pueblo la abolición de la servidumbre del gobierno tiránico de los bajás; llego a Constantinopla con grandes grupos armados; derribo el imperio turco; fundo en Oriente un nuevo y gran imperio que fije mi lugar en la posteridad y vuelvo a París por Andrinópolis y Viena después de haber aniquilado la casa de Austria –y dejando escapar un suspiro, continuó: si no consigo mi objeto en el último asalto que voy a intentar marcharé al punto, porque otros asuntos me reclaman. No estaré en El Cairo antes de mediados de junio; los vientos serán entonces favorables para ir desde el Norte a Egipto. Constantinopla enviará tropas a Alejandría y Rosetta, y es preciso que yo esté allí. En cuanto al ejército que venga más tarde por tierra, no lo espero hasta este año; mandaré destruir todo hasta la entrada del desierto e imposibilitaré el paso de un ejército, al menos de aquí a dos años: no podrán vivir en medio de las ruinas.

Napoléon 1840 ed. francesa_Página_092_Imagen_0002.tif

Este último plan es el que se hace necesario adoptar: el ejército se retira hacia Jaffa. Antes sucederá el famoso episodio en el que Bonaparte visita el hospital de los apestados, acto que servirá de asunto a la más hermosa composición del pintor Gros. Todo cuanto es transportable se envía por mar a Damieta y por tierra a Gaza y a Arich. Tan sólo quedan unos sesenta hombres que no vivirán más de un día, pero que dentro de una hora caerán en poder de los turcos. El mismo corazón de hierro que ha hecho pasar a cuchillo la guarnición de Jaffa, eleva de nuevo la voz: el farmacéutico personal de Bonaparte manda distribuir, según dicen, un veneno a los moribundos; y en vez de los tormentos que los turcos les reservan, tendrán al menos una corta agonía.

Por fin, el 26 pradial, después de una marcha larga y penosa, el ejército entra en El Cairo, y ciertamente que ya era hora. Mourad Bey, que ha escapado de manos de Desaix, amenaza el bajo Egipto y por segunda vez espera a los franceses al pie de las pirámides: Bonaparte lo dispone todo para una batalla y en esta ocasión él es quien toma las posiciones de los mamelucos, teniendo el río a su espalda, Pero a la mañana del día siguiente, Mourad Bey se ha esfumado. Bonaparte se asombra; mas en el mismo día obtiene la explicación del hecho: la flota, cuya presencia adivina él, acaba de presentarse en Aboukir, precisamente sobre las fechas que Bonaparte predijo; y Mourad, tomando caminos apartados, se ha dirigido al campamento de los turcos.

Al llegar, encuentra al Bajá lleno de orgullo y esperanzas, pues cuando se ha presentado, los destacamentos

franceses, demasiado reducidos para combatirle, se han replegado a fin de concentrarse.

—Y bien –dice Mustafá-Bajá al bey de los mamelucos–, has de saber que esos franceses tan temidos a quienes no pudiste resistir, han salido despavoridos apenas me presenté.

—Bajá –contesta Mourad Bey–, dad gracias al Profeta de que les haya convenido a los franceses retirarse, porque si se volvieran contra ti, desaparecerías delante de ellos como el polvo ante el aquilón.

El hijo del desierto lo profetizó: pocos días después, Bonaparte llega, y después de tres horas de combate, los turcos dan principio a la retirada y al fin emprenden la fuga. Mustafá-Bajá entrega con una mano ensangrentada su sable al general Murat; doscientos hombres se rinden con él, dos mil se hallan tendidos en el campo de batalla y diez mil se han ahogado, veinte cañones, las tiendas de campaña y los bagajes quedan en manos francesas; el fuerte de Aboukir se toma de nuevo; los mamelucos son rechazados hasta más allá del desierto y los ingleses y los turcos han ido a refugiarse a sus barcos. Bonaparte envía un parlamentario al buque almirante para negociar la libertad de los prisioneros, que le es imposible conservar en su poder y que juzga inútil fusilar como en Jaffa: en cambio, el almirante envía a Bonaparte vino, frutas, y la *Gazzete de Francfort* del 10 de junio de 1799

Desde el mes de junio de 1798, es decir, hace más de un año, Bonaparte no ha recibido noticias de Francia; fija su vista en el diario, lo recorre rápidamente, y exclama:

—Mis presentimientos no me han engañado, Italia se ha perdido; es preciso que vaya en persona inmediatamente.

En efecto, los franceses han llegado al punto en que él los quiere; son lo bastante desgraciados para verle llegar, no

como un personaje ambicioso, sino como un salvador de la patria.

Gantheaume, llamado por él, llega muy pronto; Bonaparte le da orden de preparar las dos fragatas *El Muiron* y *La Carrere,* y dos barcos pequeños *La Ravanche* y *La Fortune,* con víveres como para alimentar a cuatrocientos o quinientos hombres durante dos meses. El 22 de agosto escribe al ejército:

> Las noticias de Europa me han obligado a marchar a Francia. Confío el mando al general Kléber.
>
> El ejército recibirá muy pronto noticias mías. Ahora no puedo decir más. Me cuesta mucho separarme de los soldados a quienes tanto aprecio; pero será tan sólo momentáneamente. El general a quien dejo mi lugar merece la confianza del ejército y la mía.

Al día siguiente se embarca en *El Muiron.* Gantheaume quiere tomar la ruta por alta mar; pero Bonaparte se opone a ello.

—Iremos costeando África –dice–, en la medida de los posible, y seguiréis esta vía hasta el sur de Cerdeña. Tengo un puñado de valientes y un poco de artillería y si los ingleses se presentan, encallaré en las arenas para ganar por tierra Orán, Túnez u otro puerto, donde hallaré medio de embarcarme otra vez.

Durante veintiún días, los vientos del Oeste y del Noroeste repelen a Bonaparte hacia el puerto de donde acaba de salir; pero al fin se sienten las primeras brisas de un viento del Este. Gantheaume manda desplegar todas las velas; en poco tiempo se pasa el punto donde se elevababa en otro tiempo Cartago, se dobla Cerdeña, corriéndose por la costa occidental, y el 1 de octubre se penetra en el puerto de Ajaccio, donde se cambian diecisiete mil francos de zequíes turcos en dinero francés: es todo lo que Bonaparte ha traído de Egipto. Por último, el 7 del mismo

mes se abandona Córcega, haciéndose a la vela para Francia, distante tan sólo setenta leguas. En la noche del 8, se señala una escuadra de cuarenta buques: Gantheaume propone virar de bordo y volver a Córcega.

—¡No! –exclama Bonaparte imperiosamente–; ¡haced fuerza de velas, todo el mundo a su puesto, y enderezad el rumbo al Noroeste; adelante!

Toda la noche transcurre con nerviosismo: Bonaparte no abandona el puente; manda preparar una chalupa grande, poniendo en ella doce marineros; ordena a su secretario que recoja sus papeles más importantes y llama a veinte hombres, con los cuales se hará encallar en las costas de Córcega. Al rayar el día, todas estas precauciones son ya inútiles; la preocupación se desvanece, y los barcos continúan su ruta hacia el Nordeste. El 8 de octubre, al amanecer, se divisa Frejus y a las ocho se entra en la bahía. Al momento se propaga el rumor de que una de las dos fragatas está conducida por Bonaparte; el mar se cubre de embarcaciones, todas las medidas sanitarias se ignoran y olvidadas por el pueblo y en vano se les advierte del peligro de contagio que les amenaza.

—Preferimos la peste a los austriacos –contesta sin vacilar.

Bonaparte es conducido en medio de vítores; aquello se convierte en una fiesta, es una ovación, un triunfo; y al fin, en medio del entusiasmo, de las aclamaciones y del delirio, César pone el pie en aquella tierra donde no hay un Bruto.

Seis semanas después, Francia no tiene ya directores, sino tres cónsules, y entre ellos se cuenta uno, que responde al nombre de Sieyès, que lo sabe todo, que lo dispone todo y que todo lo puede.

Hemos llegado al 18 brumario.

Napoléon 1840 ed. francesa_Página_102_Imagen_0002.tif

III. BONAPARTE PRIMER CÓNSUL

La primera intención de Bonaparte al ocupar la suprema magistratura de un Estado, lleno de sangre aún por la guerra civil y extranjera, y exhausto por sus propias victorias, fue tratar de establecer la paz sobre sólidas bases. El 5 nivoso del año VIII de la República, dejando a un lado todas las formas diplomáticas con que los soberanos suelen ocultar sus pensamientos, escribió directamente de su puño y letra al rey Jorge III, proponiéndole una alianza entre Francia e Inglaterra. El Rey guardó silencio y William Pitt se encargó de contestar, es decir, que la alianza fue rehusada.

Bonaparte, viéndose rechazado por Jorge III, se dirigió a Pablo I. Conociendo de antemano el carácter caballeresco de este príncipe, pensó que era necesario proceder con él como caballero. Reunió en el interior de Francia las tropas rusas apresadas en Holanda y en Suiza, mandó que los uniformaran de nuevo, y las envió a su patria sin exigir rescate ni cambio alguno. Bonaparte no se equivocó al dar este paso para desarmar a Pablo I: éste, al tener conocimiento de la cortesía del primer cónsul, retiró las tropas que aún conservaba en Alemania y declaró que no formaba ya parte de la coalición.

Francia y Prusia mantenían buenas relaciones y el rey Federico Guillermo había mantenido escrupulosamente las condiciones del tratado de 1795. Bonaparte envió a Duroc con la misión de persuadirle para para que extendiera el cordón de sus tropas hasta el bajo Rin, y así no verse obligado a defender una línea tan considerable. El rey de Prusia consintió, prometiendo emplear su fuerza cerca de

Sajonia, Dinamarca y Suecia, a fin de conservar la neutralidad.

Faltaban, pues, Inglaterra, Austria y Baviera; pero estas tres potencias distaban mucho de hallarse en disposición de comenzar otra vez hostilidades y Bonaparte tuvo así tiempo, sin perderlas de vista, de fijar su atención en el interior.

La residencia del nuevo gobierno se situó en las Tullerías. Bonaparte habitaba el palacio de los reyes y poco a poco las antiguas costumbres de la Corte, desterradas por los convencionales, reaparecieron en aquellas habitaciones. Por lo demás, es sintomático que el primero de los privilegios de la corona que Bonaparte se arrogó fue el de perdonar. M. Defeu, emigrado francés, fue hecho prisionero en el Tirol y conducido a Grenoble, donde fue condenado a muerte. Bonaparte, al recibir esta noticia, manda a su secretario escribir el siguiente volante: «El primer cónsul ordena que se suspenda la ejecución de M. Defeu». Firma esta orden lacónica, se la envía al general Ferino, y M. Defeu se salva.

Muy pronto comienza a salir a flote la pasión que siempre ocupó en su alma el segundo lugar después de la guerra: los monumentos. Desde el primer día que habita las Tullerías ordena que se despeje de tiendas portátiles el patio, ya que entorpecen el paso. Poco después, al mirar por una de las ventanas, fastidiado por la obstrucción del muelle de Orsay, por el que el Sena se desborda todos los inviernos e impide las comunicaciones con el arrabal de Saint Germain, escribe estas palabras: «El muelle de la Escuela de Natación deberá ser concluido en la próxima campaña». Envía esta nota al ministro del Interior y este se apresura a obedecerle. El tráfago diario de personas que cruzan el Sena en barcas, entre el Louvre y las Cuatro Naciones, indica la necesidad de un puente en aquel punto: el primer cónsul manda llamar a los señores Percier y Fontaine y el puente de las

Artes se extiende muy pronto entre ambas orillas como una construcción mágica. En la plaza de Vendôme no se ve ya la estatua de Luis XIV: una columna fundida con los cañones confiscados a los austriacos en la campaña de tres meses la sustituirá. El mercado del trigo, que se había incendiado, se reconstruirá en hierro; y leguas enteras del muelle retendrán, desde un extremo a otro de la capital, las aguas del río en su lecho. Se construirá un palacio para la Bolsa; la iglesia de los Inválidos se destinará al mismo uso de antes, brillante como el día en que resplandeció por primera vez al fuego del sol de Luis XIV. Cuatro cementerios, que recordarán las necrópolis de El Cairo, se colocarán en los cuatro puntos cardinales de París; y al fin, con si Dios le proveiera con una fuerza y tiempo sobrehumanos, el primer cónsul manda abrir una calle que deberá extenderse desde Saint Germain-l'Auxerrois hasta la barrera del Trono; tendrá cien pies de anchura, se plantarán árboles como en los bulevares, flanqueándola de arcadas como la calle de Rívoli; mas para ver esta calle los franceses aún tendrán que esperar, porque Napoleón tiene pensado darle el nombre de calle *Imperial.*

Entretanto, el primer año francés del siglo XIX preparaba sus maravillas guerreras; la ley de reclutamiento se llevaba a cabo con entusiasmo, se organizaba un nuevo material militar y a medida que se iban formando las levas de hombres, se dirigían desde el río de Génova hasta el bajo Rin. En el campamento de Dijón se reunía un ejército de reserva, componiéndose en gran parte del ejército de Holanda, que acababa de pacificar la Vendée.

Por su parte, los enemigos contestan a estas medidas con armamentos semejantes; Austria apresuraba la organización de sus levas, Inglaterra tomaba a sueldo un cuerpo de doce mil bávaros y uno de sus más hábiles agentes reclutaba

unidades en Suavia, en Franconia y en el Odenval. Seis mil wurtembergueses, los regimientos suizos y el cuerpo de emigrados nobles, bajo las órdenes del príncipe de Condé, pasaban del servicio de Pablo I al de Jorge III. Todas estas tropas estaban destinadas a las operaciones en el Rin, y Austria enviaba sus mejores soldados a Italia, porque allí era donde los aliados tenían intención de abrir la campaña.

El 17 de marzo de 1800, en medio de los preparativos del establecimiento de las escuelas diplomáticas fundadas por M. de Talleyrand, Bonaparte se vuelve de pronto hacia su secretario y con visible expresión alegre, le dice:

—¿Dónde os parece que batiré a Melas?

—No lo sé –contesta el secretario con natural asombro.

—Pues id a confeccionar en mi gabinete un gran mapa de Italia y os mostraré el punto.

El secretario se apresura a obedecer; Bonaparte coge algunos alfileres, unos con la cabeza de lacre rojo y otros de lacre negro, se inclina sobre el inmenso mapa, señala su plan de campaña, coloca en todos los puntos donde el enemigo le espera sus alfileres de cabeza negra, alinea los de cabeza encarnada en toda la extensión por donde espera conducir su tropas y después, volviéndose hacia su secretario, que se mantiene silenciosamente, le dice:

—Y bien, ¿qué os parece?

—Pues que sigo sin saber mucho más que antes.

—¡Sois un torpe! Mirad un poco: Melas se halla en Alejandría, donde tiene su cuartel general, y permanecerá allí mientras que Génova no se rinda. En Alejandría tiene sus almacenes, sus hospitales, su artillería y sus reservas. Atravieso los Alpes por aquí –indicando San Bernardo–, caigo sobre su retaguardia antes de que sospeche que estoy en Italia, corto sus comunicaciones con Austria, le alcanzo

en las llanuras de la Escrivia –colocando un alfiler de cabeza roja en San Giuliano–, y le bato aquí.

El plan de batalla de Marengo era lo que el primer cónsul acababa de trazar, y cuatro meses después se había completado en todos sus puntos: se franquearon los Alpes, el cuartel general se hallaba en San Giuliano, Melas tenía cortadas sus comunicaciones y no faltaba más que batirle: Bonaparte acababa de escribir su nombre en la Historia junto a los de Aníbal y de Carlomagno.

El primer cónsul estaba en lo cierto: había rodado desde la cima de los Alpes como una avalancha; el 2 de junio se hallaba ante Milán, donde penetró sin resistencia, bloqueando al punto su fuerte. El mismo día, Murat es enviado a Plaisance y Lannes a Montebello; los dos iban a combatir, sin sospechar aún que el uno obtendría una corona y el otro un ducado.

Al día siguiente de la entrada de Bonaparte en Milán, un espía que le había servido en sus primeras campañas de Italia se presenta y solicita una reunión con el general: éste se da cuenta de una primera ojeada de que está al servicio de los austriacos y de que Melas le envía para vigilar a su ejército. Pero al parece el sospechoso no quiere ejercer ya más su peligroso oficio y pide mil luises para vender a Melas, aunque necesita algunos detalles exactos para dárselos a su general y no levantar sospechas.

—No hay inconveniente –dice el primer cónsul–, pues poco me importa que se conozcan mis fuerzas y mi posición, con tal de que yo sepa también cuáles son las de mi enemigo. Dime algo que merezca la pena y los mil luises serán tuyos.

Y vaya si merece la pena. El espía le explica cuántos y cuáles son los cuerpos de ejército, cuál su fuerza y la posición que ocupan, los nombres de los generales, su valor

y su carácter; el primer cónsul sigue atento su relato sin dejar de fijar la vista en el mapa, que llena de pinchazos por todos lados.

—Por lo demás –continúa el espía–, Alejandría no tiene bastantes abastecimientos; Melas está muy lejos de esperar un sitio, tiene muchos enfermos y carece de medicamentos.

A cambio de estos informes, Berthier entrega al espía una nota casi exacta sobre la posición del ejército francés. El primer cónsul ve claramente la de Melas, como si el genio de las batallas le hubiese transportado sobre las llanuras del Escrivia.

En la noche del 8 de junio, un correo llega de Plaisance enviado por Murat portando una carta interceptada. Es de Melas; va dirigida al Consejo áulico de Viena y anuncia la capitulación de Génova, ocurrida el 4: Massena ha tenido que rendirse después de comerse hasta las sillas de sus caballos.

Se despierta a Bonaparte en mitad de la noche, respetando su precepto: «Dejadme dormir si las noticias son buenas: despertadme si son malas».

—¡Bah! Si no sabéis alemán –contesta a su secretario.

Pero después, obligado a reconocer que éste ha dicho la verdad se levanta, pasa el resto de la noche dando órdenes y enviando cartas. A las ocho de la mañana todo está preparado para hacer frente a las consecuencias probables de este acontecimiento imprevisto.

El mismo día, el cuartel general se traslada a Stradella, donde permanece hasta el 12, habiendo llegado el día anterior el general Desaix. El 13, marchando sobre la Escrivia, el primer cónsul atraviesa el campo de batalla de Montebello y encuentra las iglesias llenas aún de muertos y de heridos.

—¡Diablos! –dice al general Lannes, que le sirve de cicerone–; parece que la pelea ha sido muy reñida.

—¡Ya lo creo! –contesta Lannes–, en mi división los huesos crujían como granizo que cae sobre vidrio.

Por último, en la noche del 13, el primer cónsul llega a Torre di Galifolo, y aunque sea tarde y esté rendido de fatiga, no quiere acostarse hasta haber averiguado si los austriacos tienen un puente sobre el Bormida. A la una de la madrugada, el oficial encargado de esta misión vuelve y dice que no existe. Esta noticia tranquiliza al primer cónsul, que quiere se le explique por última vez cuál es la posición de las tropas. Hecho esto, se acuesta, sin creer que haya ningún encuentro al día siguiente.

Las tropas francesas ocupaban estas posiciones:

Las divisiones Gardanne y la de Chamberliac, formando el cuerpo de ejército del general Victor, se hallaban acampadas en las tierras de Pedra-Bona, antes de llegar a Marengo, y a la misma distancia del pueblo y del río.

El cuerpo del general Lannes estaba más allá del pueblo de San Giuliano, a la derecha del gran camino de Tortona, a seiscientas toesas poco más o menos del pueblo de Marengo.

La guardia de los cónsules se había situado como reserva detrás de las tropas que mandaba el general Lannes, a la distancia de unas quinientas toesas.

La brigada de caballería a las órdenes del general Kellermann y algunos escuadrones de húsares y montaraces y cazadores, formando la izquierda, llenaban en la primera línea los intervalos de las divisiones Gardanne y Chamberliac.

Una segunda brigada de caballería, mandada por el general Champeaux, formaba la derecha, llenando en la

segunda línea los intervalos vacíos de la infantería del general Lannes.

Por último, el regimiento 12º y el 21º de cazadores, destacados por Murat bajo las órdenes del general Rivaud, ocupaban el frente de Sale, pueblo situado en el extremo derecho de la posición general.

Todos estos cuerpos, reunidos y escalonados oblicuamente, con la izquierda delante, formaban un efectivo de dieciocho mil o diecinueve mil hombres de infantería y dos mil quinientos de caballería, a los cuales debían agregarse al día siguiente las divisiones de Mounier y Boudet, que, según las órdenes del general Desaix, ocupaban detrás, a unas diez leguas de Marengo, los pueblos de Acqui y de Castel-Nuovo.

Por su parte, durante el día 13, el general Melas había acabado de reunir las tropas de los generales Haddik, Kaim y Ott. El mismo día había cruzado el Tanaro para ir a vivaquear más allá de Alejandría con treinta y seis mil infantes, siete mil jinetes y numerosa artillería, bien servida y equipada.

A las cinco, despertó a Bonaparte el estampido de un cañón. En el mismo instante y cuando acababa de vestirse, un ayudante de campo del general Lannes, que había llegado galopando con su caballo, le anuncia que el enemigo ha cruzado el puente, llegando a la llanura y que las tropas se están batiendo.

El oficial de Estado Mayor a quien Bonaparte enviara antes, no había avanzado lo necesario para ver que había un puente sobre el río. Bonaparte monta al punto a caballo y se dirige a toda prisa al sitio donde se está desarrollando la batalla.

Encuentra al enemigo formado en tres columnas: una de ellas, la de la izquierda, compuesta por toda la caballería y

la infantería ligera, se dirige hacia Castel-Ceriolo por el camino de Sale, mientras que las columnas del centro y de la derecha, apoyadas una en otra y compuestas de los cuerpos de infantería de los generales Haddik, Kaim y O'Reilly y de la reserva de granaderos a las órdenes del general Ott, avanzan por el camino de Tortona y el de Fragarolo, remontando el Bormida.

A los primeros pasos que dieron estas dos columnas, se encontraron con las tropas del general Gardanne, apostadas, como hemos dicho, en la granja y sobre el barranco de Pedra-Bona. El estrépito de la numerosa artillería que iba delante de las dos columnas, detrás de la cual se desplegaban los batallones, tres veces superiores en número a los franceses, era lo que había despertado a Bonaparte, atrayendo fatalmente al león sobre el campo de batalla.

Llegaba en el momento en que la división Gardanne, agobiada por el enemigo, comenzaba a replegarse y en que el general Victor hacía avanzar en su auxilio a la división Chamberliac. Protegidas por este movimiento, las tropas de Gardanne efectúaban su retirada en buen orden e iban a cubrir el pueblo de Marengo.

En ese momento, los austriacos dejan de marchar en columna y aprovechándose del terreno que se ensancha ante ellos, se despliegan en líneas paralelas, pero numéricamente muy superiores a las de los generales Gardanne y Chamberliac. La primera de estas líneas va mandada por el general Haddik y la segunda por el general Melas en persona, mientras que el cuerpo de granaderos del general Ott se formaba un poco más atrás, a la derecha del pueblo del Castel-Ceriolo.

Un barranco, socavado como un atrincheramiento, formaba un semicírculo alrededor el pueblo de Marengo: el

general Victor sitúa allí en línea las divisiones Gardanne y Chamberliac, que van a ser atacadas por segunda vez. Apenas alineadas en batalla, Bonaparte envía la orden de defender Marengo todo cuanto sea posible: el general en jefe había comprendido que la batalla debía llevar el nombre de este pueblo.

Al cabo de un instante, la acción se desempeña de nuevo en el frente de la línea; los tiradores se disparan desde cada lado del barranco y los cañones retumban, enviándose mutuamente la metralla a tiro de pistola. Protegido por su terrible artillería, el enemigo, superior en fuerzas, no tiene que hacer más que esperar para dominar la situación. El general Rivaud, que manda el flanco derecho de la brigada Gardanne, se adelanta entonces, sitúa fuera del pueblo, bajo el fuego más terrible del enemigo, un batallón en campo raso, y les ordena que no retroceda ni un palmo; es un punto de mira para la artillería austriaca, cuyos proyectiles hacen todos blanco. En ese momento, el general Rivaud forma su caballería en columna, da la vuelta al batallón protector, cae sobre tres mil austriacos que avanzan a paso de carga, los rechaza y aunque son diezmados, les obliga, después de haberlos desbaratado, a ir a formarse de nuevo detrás de su línea. Conseguido esto, el general Rivaud vuelve a colocarse en línea de batalla a la derecha del batallón, que ha permanecido firme como una muralla.

En aquel momento, la división del general Gardanne, contra la cual se dedica desde la mañana todo el fuego el enemigo, es rechazada hasta Marengo, donde la primera línea de los austriacos la sigue, mientras que la segunda impide a la división Chamberliac y a la brigada de Rivaud ir en su auxilio; rechazadas también estas tropas, muy pronto

no tienen más remedio que batirse en retirada a cada lado del pueblo.

Detrás de éste se concentran; el general Victor las forma de nuevo y recordándoles la importancia que para el primer cónsul tiene la posesión de Marengo, se pone a su cabeza, penetra a su vez en las calles, donde los austriacos no han tenido aún tiempo de levantar barricadas, vuelve a tomar el pueblo, lo pierde otra vez y lo recobra de nuevo, hasta que al fin, agobiado por la superioridad en número, le es forzoso abandonarlo por última vez y apoyado por las dos divisiones de Lannes, que llegan en su auxilio, rehace su línea paralelamente al enemigo, que a su vez sale de Marengo y se despliega, presentando un inmenso frente de batalla. En el mismo instante, Lannes, al ver las dos divisiones del general Victor reunidas y dispuestas para sostener de nuevo el combate, se extiende sobre la derecha precisamente cuando los austriacos están a punto de asfixiar a los franceses. Esta maniobra le pone enfrente a las tropas del general Kaim, que acaban de apoderarse de Marengo; los dos cuerpos, el uno exaltado por rozar ya la victoria y el otro fresco por su reposo, chocan con rabia y el combate, un instante interrumpido por la doble maniobra de los dos ejércitos, vuelve a comenzar en toda la línea con más encarnizamiento que nunca.

Al cabo de una hora de lucha, codo con codo, bayoneta contra bayoneta, el cuerpo de ejército del general Kaim se repliega y retrocede; el general Champeaux a la cabeza del primero y del 8º regimiento de dragones, carga sobre él y provoca su desorden; mientras que el general Watrin, con el 6º de ligeros y el 22º y 40º de línea, se lanza en su persecución y le rechaza hasta cerca de mil toesas detrás del arroyo de la Barbotta. Pero el movimiento que acaba de practicar le ha separado de su cuerpo de ejército; las

divisiones del general Victor van a ver comprometida su victoria y es preciso volver a ocupar la posición que ha dejado un momento descubierta.

En ese instante, Kellermann disponía en el ala izquierda lo que Watrin acababa de hacer en la derecha: dos de sus cargas de caballería habían perforado la línea enemiga; pero después de ésta encontró otra, y no atreviéndose a arriesgar el combate a causa de la superioridad del número, perdió los frutos de esta victoria momentánea.

A mediodía, la línea francesa, que ondulaba como una serpiente de fuego a lo largo de una extensión de más de una legua, quedó rota en su centro, después de hacer todo cuanto era humanamente posible, y comenzó a retirarse, no sólo vencida, sino abrasada por el fuego de artillería y atosigada por el choque de las masas.

Al retroceder el cuerpo principal, descubría sus alas, que debieron seguir forzosamente el movimiento retrógrado del centro; y el general Watrin por un lado y el general Kellermann por el otro, dieron orden a sus divisiones para emprender la retirada.

La desbandada se efectuó al momento y en buen orden, bajo el fuego de ochenta cañones que seguían de cerca a los batallones austriacos en su marcha. Durante dos horas, todo el ejército, surcado por las balas, diezmado por la metralla, destrozado por los obuses, retrocedió sin que un solo hombre abandonara su fila para huir y ejecutando siempre los diversos movimientos ordenados por el primer cónsul con la regularidad y la sangre fría propias de un desfile. En aquel momento, la primera columna austriaca, que según hemos dicho se había dirigido a Castel-Ceriolo, se presentó flanqueando el flanco derecho del ejército francés. No se hubiera podido aguantar semejante refuerzo y Bonaparte decidió hacer uso de la guardia consular, que

guardaba como reserva con dos regimientos de granaderos. La hizo avanzar hasta que estuvo a trescientas toesas del extremo derecho; dispuso que se formara en cuadro, y les ordenó detener a Elsnitz y su columna, «*como si fuese un reducto de granito*».

El general Elsnitz cometió entonces un error irreversible, que era precisamente el que Bonaparte había esperado que cometiera. En vez de mirar con indiferencia aquellos novecientos hombres, que eran insignificantes a los ojos de un ejército victorioso, y de seguir adelante para ir en auxilio de los generales Melas y Kaim, se detuvo y se encarnizó con aquel puñado de héroes, que gastaban todos sus cartuchos casi a bocajarro sin ser vencidos y que cuando no tuvieron ya más municiones, recibieron al enemigo con las puntas de sus bayonetas.

Sin embargo, aquellos pocos hombres valientes no podían resistir mucho más tiempo así y Bonaparte iba a darles la orden de seguir el movimiento de retirada con el resto del ejército, cuando una de las divisiones de Desaix, la del general Mounier, apareció detrás de la línea francesa. Bonaparte se estremeció de alegría, porque eran el doble de efectivos de los que esperaba. Rápidamente cruza algunas palabras con el general Dupont, jefe del Estado Mayor; éste se apresura a cumplir las nuevas órdenes y toma el mando. Durante un momento se ve rodeado por la caballería del general Esnitz, pasa a través de sus filas y llega a chocar con terrible ímpetu contra la división Kaim, que comenzaba a cargar sobre el general Lannes. Después impele al enemigo hasta el pueblo de Castel-Ceriolo, destaca una de sus brigadas al mando del general Carra Saint-Cyr, que desaloja a los cazadores tirolianos, sorprendidos de repente por aquel brusco ataque; le ordena, en nombre del primer cónsul, morir antes que rendirse; y luego, prestando auxilio

a su vuelta al batallón de la guardia consular y a los dos regimientos de granaderos, que a los ojos de todo el ejército han hecho tan magnífica defensa, se une al movimiento de retaguardia, que continúa efectuándose con el mismo orden e igual precisión.

Eran las tres de la tarde, de los diecinueve mil hombres que habían comenzado a las cinco de la mañana la batalla, apenas quedaban en un radio de diez leguas, ocho mil infantes, mil caballos y seis cañones en estado de hacer fuego; una cuarta parte del ejército estaba fuera de combate y más de otra cuarta se ocupaba, por falta de vehículos, en transportar los heridos, que Bonaparte había dado orden de no abandonar. Todos retrocedían excepto el general Carra Saint-Cyr, que, aislado en el pueblo de Castel-Ceriolo, se hallaba ya a una legua del cuerpo del ejército. Media hora después, se hacía evidente para todos que la retirada se convertiría en derrota, cuando de repente, llega un ayudante de campo cabalgando a galope tendido y anunciando que la vanguardia de sus columnas se divisa a la altura de San Giuliano. Este ayudante había sido enviado previamente al encuentro de la división Desaix, de la cual dependía no solo la suerte de jornada sino el destino de toda Francia. Bonaparte vuelve:

—¡Alto!

La palabra cruza el frente de batalla como una corriente eléctrica y todo se detiene.

En aquel momento, Desaix llega, adelantándose en un cuarto de hora a su división; Bonaparte le muestra la llanura sembrada de muertos, y le pregunta que qué piensa de la batalla. Desaix lo abarca todo de una ojeada.

—Pienso que se ha perdido –contesta. Y sacando su reloj añade al punto: pero aún no son más que las tres y todavía nos queda tiempo para ganar otra.

—Es también mi parecer –replica Bonaparte lacónicamente– y ya he ordenado las maniobras para eso.

En efecto, aquí comenzaba el segundo acto de la jornada o más bien de la segunda batalla de Marengo, como Desaix la llamó.

Bonaparte pasa al frente de la línea que dado la vuelta y que se extiende ahora desde San Giuliano a Castel-Ceriolo.

—¡Compañeros! –grita en medio de las balas que levantan la tierra bajo las piernas de su caballo–, hemos retrocedido demasiado y ahora llega el momento de avanzar. ¡Recordad que mi costumbre es dormir en el campo de batalla!

Los gritos de «¡Viva Bonaparte!» y «¡Viva el primer cónsul!» se elevan por todas partes y apagan el estrépito de los tambores que baten la carga.

Los diferentes cuerpos de ejército se hallaban escalonados entonces en el orden siguiente:

El general Carra Saint-Cyr ocupaba siempre, a pesar de los esfuerzos que el enemigo había hecho para recobrar, el pueblo de Castel-Ceriolo, eje de todo el ejército.

Después de él hallábase la segunda brigada de la división Mounier, y los granaderos con la guardia consular que durante dos horas habían resistido solos a todo el cuerpo de ejército del general Elsnitz. Seguían las dos divisiones de Lannes.

Más lejos la división Boudet, que no había combatido aún y a la cabeza de la cual se hallaba el general Desaix, quien decía sonriendo que algo malo debía sucerderle, pues las balas austriacas no le habían ni rozado después de los dos años que había estado en Egipto.

Y por último, las dos divisiones Gardane y Chamberliac, las más debilitadas durante toda la jornada y de las que apenas quedaban mil quinientos hombres.

Todas estas divisiones se habían situado diagonalmente unas detrás de otras.

La caballería estaba en la segunda línea, dispuesta a cargar entre los intervalos de los cuerpos; la brigada del general Champeaux se apoyaba en el camino de Tortona, y la del general Kellermann hallábase en el centro, entre las tropas de Lennes y la división Boudet.

Los austriacos, que no tenían noticia de los refuerzos franceses que habían llegado, creen que el éxito de la jornada les pertenece y continúan avanzando en buen orden. Una columna de cinco mil granaderos, al mando del general Zach, desemboca por el camino real y marcha a paso de carga contra la división Boudet, que cubre San Giuliano. Bonaparte manda poner en batería quince cañones que acaban de llegar, y que la división Boudet oculta. De un bramido proferido por la extensión de una legua, manda a toda la línea marchar adelante. Es la orden general. He aquí las órdenes particulares:

Carra Saint-Cyr abandonará el pueblo de Castel-Ceriolo, arrollando todo cuanto se opone a su paso y se apoderará de los puentes sobre el Bormida para cortar la retirada a los austriacos. El general Marmont descubrirá la artillería cuando no esté más que a tiro de pistola del enemigo; Kellermann con sus coraceros, abrirá en la línea opuesta uno de esos boquetes que tan bien sabe hacer; Desaix, con sus tropas de refresco, aniquilará la columna de granaderos del general Zach; y por último, Champeaux con su caballería ligera, atacará cuando las tropas enemigas, antes vencedoras, emprendan la retirada.

Napoléon 1840 ed. francesa_Página_128_Imagen_0002.tif

Desaix

Las órdenes se ejecutan apenas dadas. Las tropas francesas, con un solo movimiento, vuelven a tomar la ofensiva y en toda la línea se abre el fuego de fusilería, resonando también el estampido de los cañones. Se oye el terrible paso de carga al son de la «*Marsellesa*», y cada jefe llegado a espaldas del desfiladero, está preparado para entrar en la llanura. La batería descubierta por Marmont arroja un torrente de fuego sobre el enemigo; Kellermann se precipita con sus coraceros y atraviesa las dos líneas; Desaix salta sobre los fosos, franquea las rocas, llega a una pequeña eminencia y cae muerto en el momento de volverse para ver si su división le sigue. Su muerte en vez de disminuir la bravura de sus soldados la redobla; el general Boudet ocupa su lugar y se precipita sobre la columna de granaderos, que le recibe con bayonetas. En aquel momento, Kellermann que, como hemos dicho, ha cruzado ya las dos líneas, se vuelve, ve a la división Boudet batiéndose contra aquella masa inmóvil que no retrocede a pesar de sus esfuerzos, y carga sobre ella de flanco, penetra en su interior, la abre, la divide, la rompe; y en menos de media hora, los cinco mil granaderos son arrollados y dispersados, desapareciendo como una nube de humo, completamente aniquilada. El general Zach y su Estado Mayor caen prisioneros. Son todo cuanto queda.

Entonces el enemigo quiere apoyarse a la desesperada en su numerosa caballería; pero el fuego continuo de fusilería, la metralla abrasadora y las terribles bayonetas la detienen en el camino. Murat opera contra sus flancos con dos piezas de artillería ligera y un obús que lleva la muerte grabada en él. En aquel momento un arcón de explosivos se esparce por las filas austriacas con lo que aumenta el desorden. Esto es lo que espera el general Chapeaux con su caballería: se lanza al punto, ocultando sus reducidas fuerzas con una

hábil maniobra y penetra en lo más profundo del cuerpo enemigo; las divisiones Gardanne y Chamberliac, resentidas por las continuas retiradas durante todo el día, caen sobre los austriacos con el delirio de la venganza; y Lannes, poniéndose a la cabeza de sus dos cuerpos de ejército, se adelanta a ellos gritando:

—¡Montebello, Montebello!

Bonaparte está en todas partes.

Entonces, todos se doblegan, todos retroceden, todos se desbandan; inútilmente tratan los generales austriacos de sostener la retirada; esta última se convierte en derrota caótica. Las divisiones francesas franquearon durante media hora la llanura que han defendido palmo a palmo durante cuatro horas y el enemigo no se detiene hasta llegar a Marengo, donde vuelve a formarse bajo el fuego de los tiradores que el general Carra Saint-Cyr ha situado desde Castel-Ceriolo hasta el arroyo de la Barbotta. Sin embargo, la división Boudet y las de Gardanne y Chamberliac persiguen al enemigo calle por calle, de plaza en plaza, de casa en casa y al fin toman el pueblo de Marengo. Los austriacos se retiran hacia la posición de Pedra-Bona, donde son atacados, de una parte por las tres divisiones encarnizadas, y de la otra por media brigada de Carra Saint-Cyr.

A las nueve de la noche, Pedra-Bona cae en poder de los franceses y las divisiones Gardanne y Chamberliac vuelven a ocupar sus posiciones de la mañana. El enemigo se precipita hacia los puentes para pasar el Bormida, pero encuentra a Carra Saint-Cyr, que se ha adelantado. Por suerte, acaban encontrando un vado y atraviesan el río bajo el fuego de toda nuestra línea, que no cesa hasta las diez de la noche. Los restos del ejército austriaco vuelven a su

campamento de Alejandría y el ejército francés vivaquea delante de los atrincheramientos de la cabeza del puente.

La jornada había costado a los austriacos cuatro mil quinientos muertos, ocho mil heridos, siete mil prisioneros, doce banderas y treinta y siete cañones.

Tal vez jamás la fortuna se había manifestado en un mismo día bajo dos fases tan diversas: a las dos de la tarde los franceses sufrían una derrota de desastrosas consecuencias, mientras que a las cinco ésta se había convertido en gloriosa victoria, otra vez fiel a la bandera de Arcole y de Lodi. A las diez Italia era reconquistada de un solo golpe y Francia la sobrevolaba dominante.

A la mañana siguiente, el príncipe de Liechtenstein se presentó en las avanzadas para comunicar al primer cónsul las proposiciones del general Melas; pero a Bonaparte no le convencían y dictó las suyas, que el príncipe se llevó en respuesta de las que había traído. El ejército del general Melas debía salir de Alejandría libre y con los honores de la guerra, pero mediante las condiciones son bien conocidas por todo el mundo y que volvían a poner la Italia entera bajo la dominación francesa.

El príncipe de Liechtenstein volvió por la noche. Las condiciones habían parecido duras a Melas, que, hasta las tres de la tarde, considerando la victoria como suya y confiado en que sus generales liquidarían la derrota francesa, se había retirado a Alejandría para descansar; pero a las primeras observaciones que el enviado le hizo, Bonaparte le interrumpió.

—Caballero –le dijo–, os he manifestado mis últimas voluntades, comunicádselas a vuestro general y volved pronto, porque son irrevocables. Pensad que conozco vuestra situación tan bien como vosotros mismos y que no hago la guerra desde ayer. Estáis bloqueados en Alejandría,

tenéis muchos heridos y enfermos y os faltan víveres y medicamentos. Estoy a vuestra retaguardia; habéis perdido entre muertos y heridos la flor de vuestro ejército; de modo que podría exigir más, pues mi posición me autoriza para ello; pero moderaré mis pretensiones por respeto a las sienes plateadas de vuestro general.

—Esas condiciones son duras, señor –contestó el príncipe–, sobre todo la de entregar Génova, que sucumbió apenas hace quince días, después de tan largo sitio.

—Que no os inquiete eso –replicó el primer cónsul mostrando al príncipe la carta interceptada–; vuestro emperador no ha sabido aún nada de la toma de Génova y bastará con que no le habléis de ello.

Aquella misma noche, todas las condiciones impuestas por el primer cónsul quedaban concedidas y Bonaparte escribió a sus colegas:

> Al día siguiente de la batalla de Marengo, ciudadanos cónsules, el general Melas envió a pedir permiso a las avanzadillas para que se dejase pasar al general Skal y durante el día se ajustó el convenio adjunto, que ha sido firmado por la noche por los generales Berthier y Melas. Espero que el pueblo francés quede satisfecho de su ejército.
>
> BONAPARTE

Y fue así como se amplió la predicción que el primer cónsul había hecho a su secretario cuatro meses antes en el gabinete de las Tullerías.

Bonaparte volvió a Milán, donde encontró la ciudad iluminada y poseída del mayor alborozo. Massena, a quien no había visto desde la campaña de Egipto, le esperaba y obtuvo el mando del ejército de Italia en premio de su heroica defensa de Génova.

El primer cónsul volvió a París en medio de las aclamaciones de los pueblos. Su entrada en la capital se

efectuó de noche; pero cuando al día siguiente los parisienses supieron su regreso, se dirigieron en masa a las Tullerías con tantos gritos y entusiasmo, que el joven vencedor de Marengo se vio obligado a salir al balcón y saludar a las masas congregadas.

Pocos días después, una dolorosa noticia vino a consternar la alegría nacional: Kleber había caído en El Cairo bajo el puñal de Soliman-al-Alebi, el mismo día en que Desaix caía en las llanuras de Marengo bajo las balas de los austriacos.

El convenio firmado por Berthier y el general Melas en la noche que siguió a la batalla, condujo a un armisticio concluido el 5 de julio, roto el 5 de septiembre y renovado después de ganarse la batalla de Hohenlinden.

Napoléon 1840 ed. francesa_Página_140_Imagen_0002.tif

Kleber

Durante este tiempo, las conspiraciones seguían su curso. Ceracchi, Arena, Topineau-le-Brún y Demerville, habían sido detenidos en la Ópera, donde se acercaban al primer cónsul para asesinarle. La máquina infernal había estallado en la calle de Saint-Nicaise, a veinticinco pasos detrás de su coche. Por si esto fuera poco, Luis XVIII escribía a Bonaparte una carta tras otra para que le devolviese su trono[2].

Por último, el 9 de febrero de 1801 se firmó el tratado de Luneville, que reforzaba todas la cláusulas del tratado de Campo-Formio; cedía de nuevo a Francia los estados situados en la orilla izquierda del Rin, señalando el Adige como límite de las posesiones austriacas, obligaba al

emperador de Austria a reconocer las repúblicas cisalpina, bátava y helvética y, por último, cedía la Toscana a Francia.

La República estaba en paz con el mundo entero, excepto con Inglaterra, su antigua y eterna enemiga. Bonaparte quiso intimidarla con una gran demostración. En Bolonia se formó un campamento de doscientos mil hombres y en todos los puertos del norte de Francia se reunió un inmenso número de buques chatos, destinados a transportar este ejército. Inglaterra se atemorizó ante el poder militar francés y el 25 de marzo de 1802 se firmó el tratado de Amiens.

Entretanto, el primer cónsul avanzaba insensiblemente hacia el trono y Bonaparte se iba convirtiendo poco a poco en Napoleón. El 15 de julio de 1801 firmaba un concordato con el Papa; el 21 de enero de 1802 aceptaba el título de presidente de la república cisalpina; el 2 de agosto siguiente era nombrado cónsul perpetuo y el 21 de marzo de 1804 mandaba fusilar al duque de Enghien en los fosos de Vincennes.

Concedido este último testimonio a la Revolución, se planteó a los franceses la siguiente cuestión:

«¿Debe ser Napoleón Bonaparte emperador de los franceses?».

Cinco millones de firmas contestaron afirmativamente y Napoleón subió al trono de Luis XVI.

Sin embargo, tres hombres protestaban en nombre de las letras, esa eterna república que no tiene Césares ni reconoce Napoleones.

Estos hombres eran Lemercier, Ducis y Châteaubriand.

Napoléon 1840 ed. francesa_Página_150_Imagen_0002.tif

IV. NAPOLEÓN EMPERADOR

Los últimos momentos del Consulado se habían empleado en despejar el camino del trono mediante castigos o gracias. Una vez llegado al poder absoluto, Napoleón se ocupó organizar un imperio a su medida.

Se creó una nobleza popular que sustituyera a la antigua nobleza feudal. Las diferentes órdenes de caballería habían caído en descrédito; Napoleón instituyó la Legión de Honor. Desde hacía doce años, la más alta distinción militar era el generalato; Napoleón instituyó doce mariscales.

Estas doce personalidades habían sido compañeros de fatigas y no tuvo que ver para nada en su nombramiento el lugar de nacimiento y ningún otro privilegio, pues todos tenían el valor por padre y la victoria por madre. Aquellos doce elegidos eran: Berthier, Murat, Moncey, Jourdan, Masséna, Augereau, Bernadotte, Soult, Brune, Lannes, Mortier, Ney, Davoust, Bessières, Kellermann, Lefebvre, Perignon y Serrurier. Al cabo de treinta y nueve años, aún viven tres que han visto salir el sol de la República y ponerse el astro del Imperio: el primero es, en la hora en que escribimos estas líneas, gobernador de los Inválidos; el segundo presidente del Consejo de ministros, y el tercero, rey de Suecia: únicos y últimos restos de la pléyade imperial. Los dos primeros han mantenido su gran altura y el tercero se ha engrandecido aún más.

El 2 de diciembre de 1804, la consagración se efectuó en la iglesia de Nuestra Señora. El papa Pío VII había venido expresamente de Roma para ceñir con la corona la cabeza del nuevo emperador. Napoleón fue a la iglesia metropolitana escoltado por su guardia, conducido en un

coche de ocho caballos y llevando a su lado a Josefina. El Papa, los cardenales, los arzobispos, los obispos y todos los grandes cuerpos del Estado le esperaban en la catedral, en cuyo atrio se situó para escuchar un discurso y contestar a él. Una vez terminado, entró en la iglesia y subió a un trono que se había dispuesto para él, con la corona en la cabeza y el cetro en la mano.

En el momento señalado por la ceremonia, un cardenal, el gran limosnero y un obispo, le condujeron al pie del altar; el Papa se acercó a él y haciéndole una triple unción en la cabeza y en las manos, pronunció en voz alta las siguientes palabras:

—¡Dios todopoderoso, que elegisteis a Hazal para gobernar a Siria y que hicisteis a Jesús rey de Israel, manifestándole vuestras voluntades por mediación del profeta Elías; vos Señor, que habéis aplicado igualmente la santa unción de los reyes sobre la cabeza de Saúl y la de David por el ministerio del profeta Samuel, conceded por mis manos los tesoros de vuestras gracias y bendiciones a vuestro servidor Napoleón, que a pesar de nuestra indignidad personal consagramos hoy emperador en vuestro nombre!

El Papa volvió a subir después lenta y majestuosamente a su trono; se presentaron los santos evangelios al nuevo Emperador, que extendió la mano sobre ellos para prestar el juramento prescrito por la nueva Constitución y después, hecho esto, el jefe de los heraldos de armas gritó con voz sonora:

—El muy glorioso y muy augusto emperador de los franceses está coronado y entronizado. ¡Viva el Emperador!

En la iglesia resonó al punto el mismo grito. Una salva de artillería contestó con su voz de bronce, y el Papa entonó el «*Te Deum*».

Todo había concluido para la República a contar desde aquel preciso instante: «*la Revolución se había hecho hombre*».

Pero no era suficiente una corona y se podría haber dicho que el gigante, teniendo los cien brazos de Gerión, tenía también las tres cabezas. El 17 de marzo de 1805, el señor de Melzi, vicepresidente de la consulta de Estado de la república cisalpina, se presentó a Napoleón para invitarle a unir el reino de Italia con el imperio francés; y el 26 de mayo fue a recibir en Milán, bajo la cúpula cuya primera piedra había colocado Galeas Visconti, y en la cual él debía esculpir los últimos florones, la corona de hierro de los antiguos reyes lombardos, que Carlomagno había ceñido y que colocó sobre su cabeza, diciendo:

—Dios me la ha dado, ¡desgraciado el que ose tocarla!

Desde Milán, donde deja a Eugène con el título de virrey, Napoleón se dirige a Génova, donde renuncia a su soberanía y cuyo territorio, reunido con el Imperio, forma los tres departamentos de Génova, de Montenotte y de los Apeninos: la república de Lucca, englobada en esta distribución, se convierte en principado de Piombino. Napoleón, haciendo un virrey de su hijastro y una princesa de su hermana, se prepara para dar coronas a sus hermanos.

En medio de toda esta organización de lo destruido por la guerra, Napoleón recibe noticia de que para evitar el futurible desembarco francés del que se siente amenazada, Inglaterra ha inducido de nuevo a Austria a declarar la guerra a Francia. Pero esto no es todo, Pablo I, nuestro caballeresco aliado, ha sido asesinado y Alejandro ha heredado la doble corona de pontífice y emperador. Uno de sus primeros actos como soberano ha sido pactar, el 11 de abril de 1805, un tratado de alianza con el ministro británico

y con Austria, que ha accedido en el 9 de agosto a este tratado, por el cual subleva a Europa para pactar una tercera coalición.

Napoléon 1840 ed. francesa_Página_159_Imagen_0002.tif

El príncipe Eugène de Beauharnais

Esta vez son también los soberanos aliados los que han obligado al Emperador a deponer el cetro, y al general a empuñar nuevamente la espada. Napoleón se dirige al Senado el 23 de septiembre, obtiene una leva de ochenta mil hombres, parte al día siguiente, franquea el Rin el 1 de octubre, entra el 6 en Baviera, libera Múnich el 12, toma Ulm el 20, ocupa Viena el 13 de noviembre, efectúa su unión con el ejército de Italia el 29, y el 2 de diciembre, aniversario de su coronación, está frente a los rusos y los austriacos en las llanuras de Austerlitz.

Desde la víspera, Napoleón había descubierto el error cometido por sus enemigos, que consistía en concentrar todas sus fuerzas en el pueblo de Austerlitz para flanquear la izquierda de los franceses. Hacia mediodía había montado a caballo con los mariscales Soult, Bernadotte y Bessieres, y recorriendo las filas de la infantería y de la caballería de la guardia que estaban sobre los cañones en la llanura de Schlapanitz, avanzó hasta la línea de los tiradores de la caballería de Murat, que cruzaban algunos tiros de carabina con los del enemigo. Desde allí había observado, en medio de las balas, los movimientos de las diversas columnas, e iluminado por una de esas revelaciones súbitas de su genio, adivinó el plan entero de Kutúzov. Desde aquel instante, el general ruso quedó batido en su pensamiento y

al volver a la barraca que había mandado construir para su guardia, en una meseta que dominaba toda la llanura, volvió la cabeza y dijo, dirigiendo la última mirada al enemigo.

—Antes de mañana por la noche todo ese ejército será mío.

A eso de las cinco de la tarde se puso en la orden del día la siguiente proclama:

> Soldados:
>
> El ejército ruso se presenta ante vosotros para vengar al ejército austriaco de Ulm: son los mismos batallones que habéis batido en Hollabrunn y que después perseguisteis seguidamente hasta aquí. Las posiciones que ocupamos son formidables y mientras que ellos marchen para flanquear mi derecha, me dejarán su izquierda descubierta.
>
> Soldados, yo mismo dirigiré vuestros batallones, manteniéndome lejos del fuego si con vuestra bravura acostumbrada lleváis el desorden y la confusión a las filas enemigas, pero si la victoria se tambaleara un momento, veríais a vuestro emperador exponerse a los primeros golpes, pues la victoria no debe ser vacilante, sobre todo en este día, en el que se trata del honor de la infantería francesa, tan importante para el de toda la nación.
>
> Que no se ralenticen las filas bajo el pretexto de llevarse a los heridos, y que cada cual sea consciente de que es preciso vencer a estos asalariados de Inglaterra, a quienes anima tan enconado odio contra el nombre francés.
>
> Esta victoria terminará nuestras campaña, y podremos volver a nuestros cuarteles de invierno, donde se reunirán con nosotros los diversos ejércitos que se forman en Francia. Entonces, la paz que yo haga será digna de mi pueblo, de vosotros y de mí.

Demos paso ahora al mismo Napoleón; escuchémosle como a César relatando la batalla de Farsalia:

> El 30, los enemigos vivaquearon en Hogieditz. Pasé ese día cabalgando por los alrededores y me di cuenta de que tan sólo de mí dependía apoyar bien mi derecha y burlar los planes del enemigo, ocupando con numerosas fuerzas la meseta de Pratzen desde el Satón hasta Kresenowitz para detenerle de frente. Pero yo aspiraba a algo mejor.
>
> El inminente ataque de los aliados por mi derecha era evidente: creí que podría dar un golpe seguro dejándoles la libertad de maniobrar para

extender su izquierda, y no situé en las alturas de Pratzen más que un destacamento de caballería.

El 1 de diciembre, el enemigo, llegando a Austerlitz, se situó, en efecto, frente a nosotros en la posición de Pratzen, extendiendo su izquierda hacia Anjest. Bernadotte, llegado de Bohemia, entró en línea, y Davoust alcanzó la abadía de Raigern con una de sus divisiones, vivaqueando la de Gudín en Nicolsburgo.

Los informes que yo recibía de todas partes sobre la marcha de las columnas enemigas confirmaron mi sospecha. A las nueve de la noche recorrí mi línea, tanto para predecir la dirección de los fuegos del enemigo como para animar a mis tropas, a las cuales se les acababa de leer una proclama, prometiéndoles, no sólo la victoria, sino explicando las maniobras que a ella nos conduciría. Sin duda era la primera vez que un general comunicaba a todo su ejército en confianza la estrategia que debía asegurar el triunfo; pero yo no temía que se la revelasen al enemigo, pues no le habría dado crédito ninguno. Aquella visita de inspección dio lugar a uno de los acontecimientos más conmovedores de mi vida. Mi presencia al frente de los cuerpos de ejército dio un impulso eléctrico que llegó hasta la extremidad de la línea con la rapidez del relámpago; y por un movimiento espontáneo, todas las divisiones de infantería, levantando haces de paja encendida en la extremidad de grandes pértigas, me proporcionaron una iluminación cuya visión, a la vez impotente y extraña, tenía algo de majestuoso: era el primer aniversario de mi coronación.

El aspecto de aquellos fuegos trajo a mi memoria el recuerdo de los haces de sarmiento con que Aníbal engañó a los romanos, y las tiendas del campamento de Liegnitz, que habían salvado al ejército de Federico, engañando a Daun y a Laudon. Al pasar por delante de cada regimiento resuenan los gritos de «¡Viva el Emperador!» que, repetidos a lo lejos por cada cuerpo a medida que avanzaba, llevan al campamento enemigo pruebas fehacientes del entusiasmo que anima a mis soldados. Jamás ninguna escena guerrera presentó una pompa más solemne; cada soldado participaba con una abnegación inspiradora.

Aquella línea, que recorrí hasta media noche, se extendía desde Kobelnitz hasta el Santon: el cuerpo de ejército de Soult formaba la derecha, y colocado entre Sokolnitz y Puntowitz, hallábase frente al centro del enemigo: Bernadotte vivaqueaba detrás de Girskowitz, hallándose Murat a la izquierda de este pueblo, y Lannes a caballo, ocupaba con sus fuerzas la calzada de Brunn. Mis reservas se situaron entonces detrás de Soult y de Bernadotte.

Poniendo mi derecha, bajo las órdenes de Soult, frente al centro enemigo, claro era que sobre él recaería el menor peso de la batalla; mas para que el movimiento diese el resultado que yo esperaba, era preciso comenzar por alejar de él las tropas enemigas que se dirigían hacia Blasowitz por la calzada de Austerlitz. Era probable que los emperadores y el cuartel general se hallasen allí, y era menester descargar ante todo los

primeros golpes en este punto, a fin de volver después sobre su izquierda por un cambio de frente: de este modo se podía también cortar para esa izquierda el camino de Olmutz.

Resolví, pues, apoyar el movimiento de las fuerzas de Bernadotte sobre Blasowitz con más guardias y la reserva de granaderos, para rechazar la derecha del enemigo y volver después a la izquierda, que se hallaría tanto o más comprometida a medida que avanzara más allá de Telnitz.

Mi propósito era tener la cosa bien resuelta desde la víspera, puesto que le anuncié a mis soldados que lo esencial era aprovechar el movimiento oportuno. Yo había pasado la noche en la tienda, y los mariscales se hallaban a mi alrededor para recibir mis últimas órdenes.

Cabalgué a las cuatro de la mañana; la luna se había ocultado, y aunque el tiempo estaba tranquilo, la noche era fría y bastante oscura. Me importaba saber si el enemigo no habría practicado algún movimiento nocturno que pudiera entorpecer mis proyectos. Los informes de los guardias confirmaban que todo el ruido se percibía desde la derecha enemiga a la izquierda, y los fuegos eran, al parecer más extensos hacia Anjest. Al rayar el día, una ligera bruma oscureció algo el horizonte, sobre todo en los terrenos bajos, pero de improviso aquella niebla se desvaneció y el sol comenzó a dorar con sus rayos las cimas de las alturas, mientras que los valles se hallaban rodeados aún de una nube vaporosa. Nosotros divisamos muy claramente las alturas de Pratzen, antes cubiertas de tropas y abandonadas ahora en favor de su izquierda. Es evidente que han persistido en el proyecto de extender su línea más allá de Telnitz, pero descubro con la misma facilidad otra marcha desde el centro hacia la derecha, en la dirección de Holibitz, de modo que es indudable que el enemigo presenta por sí mismo su centro indefenso a todos los ataques que me plazca. Eran las ocho de la mañana, las tropas de Soult se habían concentrado en dos líneas de batallones en columna de ataque, en el fondo de Puntowitz. Pregunto al mariscal cuánto tiempo necesita para ganar las alturas de Pratzen y me promete estar allí en menos de veinte minutos.

—Esperemos aún –contesté–, pues cuando el enemigo realiza un falso movimiento no se le debe interrumpir.

Muy pronto se rompe el fuego de fusilería, más vivamente de Sokelnitz y de Telnitz; un ayudante de campo me anuncia que el enemigo se dirige hacia nosotros con fuerzas amenazadoras. Esto era lo que esperaba. Doy la señal, y al punto, Murat, Lannes, Bernadotte y Soult se lanzan a galope. Yo también cabalgo arrojadamente para trasladarme al centro, y al pasar por delante de las tropas las arengo de nuevo, diciendo:

—El enemigo viene a entregarse imprudentemente en vuestras manos; terminad la campaña con un golpe decisivo.

Los gritos de «¡Viva el Emperador!» atestiguan que se me ha comprendido, y pasan por ser la verdadera señal de ataque. Antes de hablar de esto último, veamos lo que pasaba en el ejército de los aliados.

Si hemos de creer en la disposición proyectada por Weyrother, su objetivo era proceder con táctica practicando maniobras estratégicas, es decir, haciendo un esfuerzo con su izquierda para ganar mi derecha, cortarme el camino de Viena, y rechazarme, derrotado, sobre Brunn. Aunque no fuese mi propósito tomar este camino, y por más que prefiriera el de Bohemia, como ya he dicho, lo cierto es que dicho proyecto no dejaba de ofrecer probabilidades a favor de los aliados, mas para que diese buen resultado, no se debía aislar aquella izquierda de acción, siendo esencial, por el contrario, hacer que la siguieran sucesivamente el centro y la derecha, los cuales se prolongarían en la misma dirección. Weyrother, según lo había hecho en Rívoli, maniobró por las dos alas, o por lo menos, si no fue este su propósito, procedió de manera que se creyese que así era.

La izquierda, al mando de Buxhowden, constituida por la vanguardia de Kienmayer y de tres divisiones rusas, Doctorov, Langeron y Pribitchefsky, contaba con treinta mil hombres, y debió de avanzar en tres columnas desde las alturas de Pratzen por Anjest, y sobre Telnitz y Sokelnitz, franquear el arroyo que forma dos lagos a la izquierda, y reconcentrarse sobre Turas.

La cuarta columna, a las órdenes de Kolowrath, con la que marchaba el cuartel general, constituía el centro: debía de avanzar por Pratzen hacia Kobelnitz, un poco más atrás de la tercera, y se componía de doce batallones rusos al mando de Miloradovitch, y quince austriacos formados por nuevas levas.

La quinta, compuesta de ochenta escuadrones a las órdenes del príncipe Jean de Liechtenstein, debía de haber abandonado el centro, detrás del cual había pasado la noche, y apoyar la derecha, marchando sobre la calzada de Brunn.

La sexta, en la extrema derecha, formada por la vanguardia de Bagration, contaba con doce batallones y cuarenta escuadrones, destinados para atacar, en el gran camino de Brunn, las alturas del Santon y de Bosenitz.

La séptima, compuesta por los guardias, al mando del gran duque Constantino, formaría la reserva del ala derecha en la calzada de Brunn.

Bien se ve que el enemigo quería flanquear mi derecha, suponiendo que se extendía hasta Melnitz; mientras que mi ejército estaba concentrado entre Schlapanitz y el camino de Brunn, dispuesto a todo contratiempo.

Según este plan, Buxhowden, estaría más adelantado, ya que el resto del ejército se había puesto en movimiento antes que las demás columnas, y además, la caballería de Liechenstein marcharía nuevamente desde el centro hacia la derecha. De modo que las alturas de Pratzen, llave de todo el campo de batalla, se hallarían desguarnecidas.

En el instante que di la señal, todas mis columnas comienzan a ponerse en movimiento: Bernadotte franquea el desfiladero de Girskowitz y avanza sobre Blasowitz, sostenido en la izquierda por Murat. Lannes marcha a la misma altura por ambos lados de la calzada de Brunn, y mi guardia con mis

reservas siguen a corta distancia el cuerpo de Bernadotte, dispuestas a caer sobre el centro si el enemigo trata de llevar allí sus fuerzas.

Soult parte como relámpago desde los barrancos de Kobelnitz y de Puntowitz a la cabeza de las divisiones Saint-Hilaire y Vandamme, sostenidas por la brigada Levasseur. Otras dos brigadas de la división Legrand flanquean, cubren y disputan a Buxhowden los desfiladeros de Telnitz y de Sokelnitz. Como es evidente que forzará el paso, el mariscal Davoust recibe orden de salir de Raigern con la división Friant y los dragones del general Bourcier, para detener las cabezas de las columnas rusas hasta que nos convenga atacarlas más seriamente.

Apenas Soult ha franqueado la altura de Pratzen, se encuentra inopinadamente con la columna de Kolowrath, la cuarta, que marchaba en el centro detrás de la tercera, y que creyéndose protegida por la precedente, avanzaba en columna de camino por pelotones: el emperador Alejandro, Kutuzóv y su Estado Mayor iban con ellas. Todo cuanto sucede inesperadamente en medio de un cuartel general, asombra y desconcierta. Miloradovitch, que marchaba a la cabeza, apenas halla tiempo para conducir al combate los batallones que van llegando, y se le rechaza vigorosamente, así como a los austriacos que le siguen. El emperador Alejandro se expone, y da pruebas de sangre fría para reunir las tropas; pero gracias a las ridículas disposiciones de Weyrother, no tiene a mano una sola división que pueda servirle de reserva, y las tropas aliadas son rechazadas hacia Hostiradeck. La brigada Kaminsky, perteneciente a la tercera columna, acometida así por su flanco derecho, llega a reunir sus esfuerzos con los de Kutúzov, restableciendo un instante el orden; mas el socorro no puede resistir los esfuerzos combinados de Saint-Hilaire, de Vandamme y de Levasserur. La línea de Koluowrath, a punto de ser precipitada en el pequeño valle pantanoso de Birnbaun, se repliega sobre Waschau, como lo prescribía la orden; pero toda la artillería de esta columna, hundida en el barro medio congelado, queda en nuestro poder, y la infantería, privada de caballería y de cañones, no puede ya nada contra Soult victorioso.

En el momento en que se daba este golpe decisivo, las dos columnas de la derecha de Buxhowden se cruzaron y se entorpecieron alrededor de Sokelnitz, y el mismo Buxhowden salió a la vez de Telnitz: no pudiendo detenerle los esfuerzos de cuatro batallones.

En aquel instante, Davoust llegaba de Raigern, y las divisiones Friant rechazaban sobre Telnitz a las vanguardias enemigas. Como el combate tomaba un cariz más serio hacia Sokelnitz, Davoust no deja sobre Telnitz más que los dragones de Bourcier, y remonta el arroyo hasta Sokelnitz con la división Friant; en este punto se desenvuelve uno de los combates más reñidos: Sokelnitz, tomado y recobrado, queda un momento en poder de los rusos, e incluso Langeron y Pribitchefsky logran alcanzar las alturas de Marxdorf. Nuestras tropas, dispuestas en media luna, atacan varias veces sus flancos con éxito. Esta lucha, bastante sangrienta, no es, sin embargo,

más que una perdida de tiempo; hubiera bastado detener al enemigo sin rechazarle, y hasta no habría habido inconveniente en dejarle avanzar un poco más.

Mientras que las cosas tomaban este aspecto tan favorable en nuestra derecha, no obteníamos menos ventaja en el centro y en la izquierda: aquí, al gran duque y a la guardia rusa les sucedió lo que al cuartel general y a la cuarta columna: debían estar de reserva, y fueron los primeros en ser acometidos.

Bagration se extendía por la derecha hacia Duaroschena para atacar la posición del Santon; la caballería de Liechtenstein, que estaba en el centro, fue llamada para apoyar dicho movimiento; pero se cruzó en el camino con las demás columnas; de modo que el gran duque y sus guardias, llegando hacia Drug antes que ella, se hallaron en primera línea en el momento en que Bernadotte avanzaba sobre Blasowitz, y Lannes por los dos lados de la calzada de Brun. El combate en ese punto se avivó con dureza.

Cuando llegué al final después de un largo paseo, a la derecha del gran duque, el príncipe de Liechtenstein no había empezado a formarse, cuando los hulanos de la guardia rusa, impulsados por un valor intempestivo, se precipitaron entre las divisiones de Bernadotte y de Lannes para alcanzar a la caballería ligera de Kellermann, que se replegaba delante de ellos. Víctimas de su arrojo, fueron atacados por las reservas de Murat, que los acosó y rechazó bajo el fuego de nuestras líneas de infantería, matando a la mitad de ellos.

Nuestro avance por el lado de Pratzen había obligado a Kutuzóv a llamar de nuevo a Liechtestein en auxilio de su centro; pero este príncipe, igualmente amenazado por derecha e izquierda, no sabía a quién escuchar ni adónde dirigir los primeros pasos, así que se apresuró a avanzar cuatro regimientos de caballería, que llegaron sólo para ser testigos de la derrota de Kolowrath. El general Ouvarof se situó con treinta escuadrones entre Bagration y el gran duque, y el resto de la caballería se colocó a la izquierda.

Por su parte, el gran duque, viendo a las columnas de infantería francesa penetrar en Blasowitz y salir de aquí, toma la decisión de bajar de las alturas para ahorrarles la mitad del camino, movimiento que le parece necesario tanto para su propia seguridad como para despejar y aliviar el centro, que comienza a provocar inquietud.

Mientras que se libraba una furiosa batalla de infantería entre la guardia rusa y la división de Erlon, el gran duque ordena a los guardias a caballo cargar sobre el flanco derecho de aquella, formado por el cuarto regimiento de línea separado de la división Vandamme para cubrir el intervalo. Los coraceros rusos se precipitan sobre este regimiento, destrozan un batallón, pero pagan con las vidas de las unidades más intrépidos la gloria de haberles arrebatado un águila. Esta escaramuza aislada no era peligrosa por si misma, pero al no estar seguro de que el enemigo la sostendría, juzgué necesario llamar a este punto al mariscal Bessières con la caballería

de mi guardia: era preciso concluir de una vez, y cargar. La línea rusa, después de la más honrosa de las defensas, se ve obligada a ceder ante los efectivos reunidos de Bernadotte y de Bessières; y la infantería de los guardias, no pudiendo resistir más tiempo, se repliega sobre Krzenowitz. Los guardias que llegan en aquel momento de Austerlitz, se vanaglorian de recobrar lo perdido; pero este regimiento de tropa escogida no podía hacer ya nada: acribillado a su vez por mis granaderos a caballo, lanzados al punto a las órdenes de Rapp, lo desbaratan muy pronto, y todo el centro toma entonces el camino de Austerlitz.

Entretanto, Murat y Lannes habían pasado a la ofensiva con un gran éxito, desmantelando el cuerpo de Bagration y la caballería de Ouvarov, que le apoyaba. Nuestros coraceros rompen la izquierda de aquel ala, acosada ya por las divisiones Suchet y Caffarelli, y por todas partes la victoria corona nuestras combinaciones.

Cierto que Bernadotte, Lannes y Murat hubieran sido más que suficientes para rematar el enemigo por este lado, pero me concentré a la derecha con mis guardias y la reserva de Oudinot para ayudar a Soult a destruir el ala izquierda, cogida por retaguardia y atrapada en medio de los lagos. Eran las dos cuando Soult, enardecido por nuestra aproximación, reunió las dos divisiones. Saint-Hilaire y Legrand atacaban a Sokelnitz por un lado, mientras que las tropas de Davoust le asaltaban de frente. Vandamme, por su parte, se precipitó sobre Aujest, y mi guardia, con los granaderos, le siguieron para reforzar en caso necesario aquellos ataques.

La división Pribitchefsky, cercada en Sokelnitz, rinde las armas, y solamente algunos rezagados llevan la noticia de este fracaso. Langeron, con efectivos muy desgastados a su vez, no es mucho más afortunado, y tan sólo la mitad de sus fuerzas consiguen reunirse con Buxhowden. Este último, que había perdido cinco o seis horas con la columna de Doctorov en una inútil escaramuza cerca de Telnitz, en vez de dirigirse desde las diez sobre Sokelnitz, considera finalmente que ya era hora de pensar en su propia salvación. Emprende la marcha a eso de las dos o las tres para volver a Aujest, y se propone salir de la ratonera en que se hallaba, metiéndose entre los lagos y las alturas. Ya estaba saliendo del pueblo en columna, cuando Vandamme se precipita impetuosamente sobre su flanco, penetra en Aujest y divide la columna en dos. Buxhowden, no pudiendo retroceder, continúa su marcha con los dos batallones a la cabeza, para reunirse con Kutúzov; pero Doctorov y Lageron, con los veintiocho batallones restantes, se hallan oprimidos entre los lagos y las alturas coronadas por Saint-Hilaire, Vandamme y mis reservas. La cabeza de la columna que está por parte de Aujest, y que escolta la artillería, quiere huir a través de los canales formados en el lago seco; pero el puente se rompe bajo el peso de los cañones. Aquellas valerosas tropas, para salvar sus piezas, tratan de atravesar la extremidad del lago helado pero el hielo, roto por nuestras balas, se hunde bajo el peso de aquella masa; hombres y cañones desaparecen; y más de dos mil almas se ahogan. A Doctorov no le

quedaba más remedio que costear, bajo nuestro fuego, la orilla del lago hasta Telnitz, y ganar un dique que separa el lago de este nombre del de Melnitz. Finalmente lo consigue, pero no sin sufrir enormes pérdidas. Llega a Satschann protegido por la caballería de Kienmayer, que hizo esfuerzos dignos de elogio, y tomaron juntos el camino de Czeitsch a través de las montañas, enérgicamente perseguidos por los nuestros. La poca artillería que el enemigo había salvado del centro y de la izquierda fue abandonada a su suerte, en caminos horribles que estaban impracticables a causa de la lluvia de la víspera y del deshielo.

La posición del enemigo era desafortunada: yo me había adelantado por el camino de Wischan, que ellos no hubieran podido seguir, porque ya estaban asolados y alcanzar los restos de su izquierda era ya completamente imposible. De modo que debieron tomar forzosamente el camino de Hungría; pero Davoust, liderando una de cuyas divisiones llegaba a Nicolsbourg, podía, por una marcha de flanco, adelantarse a él en Gading, mientras que nosotros le acosaríamos vivamente por retaguardia. El ejército aliado, que había perdido veinticinco mil hombres, entre muertos, heridos, prisioneros y muchos rezagados fugitivos, y además ciento ochenta cañones, se hallaba en el mayor de los desordenes.

He aquí el relato del mismo Napoleón: claro, sencillo y grave, como conviene a semejante asunto. Su instinto no le habían engañado un instante. La batalla se desarrolló como en un tablero, y un solo golpe aniquiló, como él había dicho, a la tercera coalición.

Al día siguiente, el emperador de Austria se presentó en persona a pedir de nuevo la paz que había roto. La entrevista de los dos emperadores tuvo lugar cerca de un molino, junto al camino real y al aire libre.

—Señor –dijo Napoleón adelantándose a su encuentro–, os recibo en el único palacio que habito desde hace dos meses.

—Pero sacáis muy buen partido de esta habitación; es más agradable estar aquí que en el más lujoso de los palacios –contestó el emperador austriaco.

En aquella entrevista se convino en la firma de un armisticio y se ajustaron las principales condiciones de la paz. Los rusos, a quienes se les hubiera podido aniquilar hasta el último de ellos, tuvieron parte en la tregua a ruegos

del emperador Francisco II, y por la simple promesa del emperador Alejandro de que evacuaría la Alemania y la Polonia austriaca y prusiana. El convenio se cumplió, retirándose las fuerzas por etapas.

La victoria de Austerlitz fue para el Imperio lo que la de Marengo para el Consulado: símbolo de la sanción del pasado y la fuerza del porvenir. El rey Fernando de Nápoles, que había infringido durante la última guerra el tratado de paz con Francia, fue destituido del trono de las Dos Sicilias, que José obtuvo en su lugar. La república bátava, erigida en su reino, se le otorgó a Luis; Murat recibió el gran ducado de Berg; el mariscal Berthier fue nombrado príncipe de Neufchâtel, y M. de Talleyrand príncipe de Bénévent. Dalmacia, Istria, el Friul, Cadore, Conegliano, Bellune, Trevisa, Feltre, Bassano, Vicencia, Padua y Rovigo se convirtieron en ducados; y el gran Imperio, con sus reinos secundarios, sus feudos, su confederación del Rin y su mediación suiza, quedó formado en menos de dos años como el de Carlomagno lo hiciera.

No era un cetro lo que Napoleón tenía en la mano: era un globo.

La paz de Presbourg duró un año, más o menos. En este tiempo, Napoleón fundó la Universidad Imperial, e hizo promulgar el conjunto del código de procedimiento civil. No había podido dedicarse a estos trabajos administrativos por la actitud hostil de Prusia durante las últimas guerras, que había dejado las fuerzas intactas a Francia. Napoleón se ve muy pronto obligado a combatir contra una cuarta coalición. La reina Luisa ha recordado al emperador Alejandro que ambos juraron sobre la tumba del gran Federico una alianza indisoluble contra Francia, y el emperador Alejandro olvida su segundo juramento para no acordarse sino del primero:

Napoleón se ve obligado a mandar a sus tropas a atravesar el Rin, si quiere evitar la guerra.

El Emperador envía a buscar a Berthier y mostrándole el ultimátum de Prusia, le dice:

—Nos retan a un duelo de honor y un francés jamás faltó a esa llamada, y puesto que una hermosa reina quiere presenciar el combate, seamos corteses, no debemos hacerle esperar; marchemos a Sajonia sin demora.

Esta vez, por pura galantería, repite lo de la campaña de Austerlitz, procediendo con más rapidez aún. Las luchas comienza el 7 de octubre de 1806 con los cuerpos de Murat, Bernadotte y de Davoust, la guerra continúa en los días siguientes por los combates de Austaed, de Schelitz y de Saalfeeld, terminando el 14 por la batalla de Jena. El 16, catorce mil prusianos rinden las armas en Erfuth, y el 25, el ejército francés hace su entrada en Berlín. Siete días han bastado para que la monarquía de Federico caiga en poder de ese gran hacedor y deshacedor de tronos, que ha dado reyes a Baviera, a Wurtemberg y a Holanda, que ha expulsado a los Borbones de Nápoles y a la casa de Lorena de Italia y de Alemania.

El 27, Napoleón, desde su cuartel general de Postdam, dirige a sus soldados la siguiente proclama, que resume toda la campaña:

> Soldados:
>
> Habéis justificado mis esperanzas, correspondiendo dignamente a la confianza del pueblo francés, soportando las privaciones y las fatigas con tanto valor, como intrepidez y sangre fría demostrasteis en los combates. Sois los dignos defensores del honor de mi corona y de la gloria de un gran pueblo; mientras estéis instigados por ese espíritu, nada se os podrá resistir. La caballería ha rivalizado con la infantería y la artillería, y en adelante no sabré a qué división dar preferencia, porque todos habéis demostrado ser excepcionales soldados. He aquí los frutos de nuestros trabajos: una de las primeras potencias de Europa, que osó en otro tiempo proponernos una vergonzosa capitulación, está aniquilada. Los bosques, los

desfiladeros de Franconia, el Sale y el Elba, que nuestros padres no habrían podido atravesar en siete años, han sido franqueados por nosotros en siete días, con tan sólo cuatro combates y una gran batalla. Hemos hecho justicia en Potsdam y en Berlín a la fama de nuestras victorias. Hemos hecho sesenta mil prisioneros, cogido sesenta y cinco banderas, entre las cuales figuran las de los guardias del rey de Prusia, seiscientos cañones, tres fortalezas, más de veinte generales; y sin embargo, más de la mitad de vosotros no ha disparado todavía un tiro. Todas las provincias de la monarquía prusiana, hasta el Oder, se hallan en nuestro poder. Soldados, los rusos se vanaglorian de venir a buscarnos, y nosotros marcharemos a su encuentro, ahorrándoles la mitad del camino. Volverán a encontrar Austerlitz en medio de Prusia. La nación que ha olvidado tan pronto la generosidad que tuvimos con ella después de aquella batalla en que su emperador, su corte y los restos de su ejército no encontraron su salvación más que en la generosa capitulación que les concedimos, no logrará vencernos. Sin embargo, mientras que marchamos al encuentro de los rusos, nuevos ejércitos, formados en el interior del Imperio, vendrán a reemplazarnos para conservar nuestras conquistas. El pueblo francés está indignado por la vergonzosa capitulación que los ministros prusianos nos han propuestos en su delirio. Nuestros caminos y ciudades fronterizas están llenos de desterrados que arden en deseos de seguir vuestras huellas. En adelante no seremos ya juguetes de una paz traidora, ni depondremos las armas hasta que hayamos obligado a los ingleses, esos eternos enemigos de nuestra nación, a renunciar al proyecto de perturbar al continente, usurpando el reino de los mares. Soldados, sólo puedo expresaros lo que siento diciendo que mi corazón os profesa el mismo cariño de que me dais pruebas todos los días.

Mientras que el rey de Prusia entrega a los franceses todas las plazas que le quedan, en virtud del armisticio firmado el 16 de noviembre, Napoleón se vuelve hacia Inglaterra y, a falta de otras armas, la hiere con un decreto. Gran Bretaña queda declarada en estado de bloqueo, prohibiéndose todo comercio y toda correspondencia con las Islas Británicas. A ninguna carta en lengua inglesa se le dará curso en el correo, todo súbdito del rey Jorge a quien se encuentre en Francia o en los países ocupados por nuestras tropas y las de nuestros aliados, de cualquier estado y condición que sea, se considerará prisionero. Todo almacén, toda propiedad, toda mercancía perteneciente a

un inglés, pasarán a ser propiedad del Imperio. El comercio de géneros pertenecientes a Inglaterra o que procedan de sus fábricas o colonias queda prohibido. Y por último, ningún barco que llegue de Inglaterra o de las colonias inglesas será admitido en puerto alguno.

Y después de lanzar contra todo un reino esta especie de excomunión, como pontífice político y supremo, nombra al general Hullín gobernador de Berlín, permite al príncipe Hazfeld conservar su mando civil, y marcha contra los rusos, que así como en Austerlitz, acuden al socorro de sus aliados y que lo mismo que entonces, llegan cuando estos están ya vencidos. Napoleón no se demora más que para enviar a París, donde se hallan depositados en el Palacio de los Inválidos, la espada del gran Federico, su cordón del Águila negra, su faja de general, y las banderas que llevaba su guardia en la famosa Guerra de los Siete Años. Después sale de Berlín el 25 de noviembre y marcha al encuentro del enemigo.

Antes de llegar a Varsovia, Murat, Davoust y Lannes encuentran a los rusos. Después de un ligero combate, Benigsen evacua la capital de Polonia, donde los franceses entran entre vítores. Todo el pueblo polaco se subleva a favor de ellos, ofrece su fortuna, su sangre y su vida y no pide a cambio más que su independencia. Napoleón recibe noticia de esta primera victoria hallándose en Posen, donde se ha detenido para nombrar un rey, que es el anciano elector de Sajonia, cuya corona quiere afianzar.

El año 1806 termina con los combates Pulstusk y de Golymin y el año 1807 comienza con la batalla de Eylau, batalla extraña e infructuosa en la que los rusos perdieron ocho mil hombres y los franceses diez mil, en la que la victoria fue atribuida a ambos bandos y en la que el Zar hizo cantar un *tedéum* por haber dejado en manos francesas

quince mil prisioneros, cuarenta cañones y siete banderas. Era la primera vez que se encontraban el invencible emperador francés y él. Había resistido su embestida y por lo tanto, era vencedor.

Aquel destello de orgullo fue breve: el 16 de mayo, Dantzig es tomado por los franceses. Pocos días después se bate a los rusos en Spanden, en Domitten, en Altkirchen, en Wolfesdorff, en Gutstad y en Heilsberg; y al fin, en la noche del 13 de junio, los dos ejércitos se encuentran en línea de batalla delante de Friedland. A la mañana siguiente se oyen los primeros cañonazos, y Napoleón marcha contra el enemigo gritando:

—Esta fecha siempre trae recuerdos felices: ¡es el aniversario de Marengo!

Y como en Marengo, en efecto, la batalla fue letal y definitiva. Los rusos quedaron aniquilados. Alejandro dejó sesenta mil hombres en el campo de batalla, incluyendo los ahogados en el Albe y los prisioneros, ciento veinte cañones y veinticinco banderas fueron los trofeos. El resto del ejército vencido, no atreviéndose ni siquiera a resistir, corrieron a ponerse a cubierto cruzando el Pregel y destruyendo todos los puentes.

A pesar de esta precaución, los franceses pasaron el río el 16, marchando al punto sobre Niemen, última barrera que Napoleón debía franquear para llevar la guerra al territorio mismo del emperador de Rusia. El Zar estaba atemorizado, y el prestigio británico desvanecido. Se halla en la misma situación que después de la batalla Austerlitz, sin esperanza de recibir auxilio. No tiene más remedio que tomar la resolución de humillarse por segunda vez. Esta paz, que él mismo rehusó tan tenazmente y de la cual pudo dictar las condiciones, viene a pedirla él mismo, sometiéndose a las que el vencedor le imponga. El 21 de junio se firma un

armisticio, y el 22 se da la siguiente proclama en la orden del día:

> Soldados:
>
> El 5 de junio hemos sido atacados en nuestros acantonamientos por el ejército ruso. El enemigo dio un paso en balde engañándose sobre las causas de nuestra poca actividad y se dio cuenta tarde que nuestro reposo era el del león: ahora se arrepiente de haberlo olvidado.
>
> En las jornadas de Gutstadt, en la de Heilsberg, y en la para siempre memorable de Friedland, en diez días de campaña, nos hemos hecho con ciento veinte cañones, setenta banderas; entre muertos, heridos y prisioneros, sesenta mil rusos han quedado en el campo de batalla; hemos tomado al ejército enemigo todos sus almacenes, sus hospitales y ambulancias, la plaza de Kœnigsberg, los edificios que tenían en su puerto, llenos de municiones y ciento sesenta mil fusiles que Inglaterra enviaba para armar a nuestros enemigos. Desde las orillas del Vístula hemos llegado a las del Niemen con la rapidez del águila. Celebrasteis en Austerlitz el aniversario de la coronación; este año habéis celebrado dignamente el de Marengo, que puso término a la segunda coalición. Franceses, habéis sido dignos de vosotros y de mí, y entraréis de nuevo en Francia cubiertos de laureles, después de haber obtenido una paz sempiterna. Ya es tiempo de que nuestra patria viva en reposo al abrigo de la maligna influencia de Inglaterra. Mis beneficios os probarán mi agradecimiento y toda la extensión del amor que os profeso.

El día 24 de junio, el general de artillería La Riboissiere mandó situar en el Niemen una balsa y sobre ella un pabellón, destinado a recibir a los dos emperadores: cada uno de ellos debía ir desde la orilla que ocupaba.

El 25, a la una de la tarde, el emperador Napoleón acompañado de Murat, de los mariscales Berthier y Bessières, del general Duroc y del caballerizo mayor Caulaincourt, partió de la orilla izquierda del río para dirigirse al pabellón preparado. Al mismo tiempo, el emperador Alejandro, a quien acompañaban el gran duque Constantino, el general en jefe Benigsen, el príncipe Labanov, el general Onvarov, y el ayudante de campo general conde de Lieven, salió de la orilla derecha.

Los dos barcos llegaron a la vez y al poner el pie en la balsa, los dos emperadores se abrazaron. Este abrazo fue el preludio de la paz de Tilsitt, que se firmó el 9 de julio de 1807.

Prusia pagó los gastos de la guerra; los reinos de Sajonia y de Westfalia quedaron erigidos como dos fortalezas para vigilarla; Alejandro y Federico Guillermo reconocieron solemnemente a José, Louis y Jerôme, como sus hermanos. Bonaparte primer cónsul, había creado repúblicas; Napoleón emperador, las convertía en feudos. Heredero de las tres dinastías que habían reinado en Francia, quiso aumentar más aún la sucesión de Carlomagno, y Europa se vio obligada a dejarle obrar a su antojo.

El 27 de julio del mismo año, después de terminar aquella magnífica campaña con un rasgo de clemencia, Napoleón, de camino a París, no tenía más enemigos que Inglaterra, ensangrentada y resentida por las derrotas de sus aliados, pero siempre constante en su odio, siempre expectante en las dos extremidades del continente, en Suecia y Portugal.

Por el decreto de Berlín sobre el bloqueo continental, Inglaterra estaba proscrita de Europa: en los mares del Norte, Rusia y Dinamarca, en el Atlántico y en el Mediterráneo, Francia, Holanda y España, le habían cerrado sus puertas, comprometiéndose solemnemente a no hacer ningún comercio con ella. Faltaban, pues, solamente, como hemos dicho, Suecia y Portugal. Napoleón se encargó de esta última y Alejandro de la primera. Por un decreto fechado el 27 de octubre de 1807, Napoleón declaró que la casa de Braganza había dejado de reinar y el 27 de septiembre de 1808, Alejandro se comprometió a marchar contra Gustavo IV.

Al cabo de un mes, los franceses se hallaban en Lisboa.

Pero la invasión de Portugal no era más que un preludio para la conquista de España, donde reinaba Carlos IV, acosado por dos poderes opuestos: el favorito Godoy y el príncipe de Asturias, Fernando. Molesto por un armamento torpe que Godoy dispuso en la guerra de Prusia, un solo golpe de vista sobre España le bastó a Napoleón para ver en ella un trono que podía tomar. Sus tropas penetraron en la Península, y bajo pretexto de guerra marítima y de bloqueo a Inglaterra, ocuparon primeramente las costas, luego las principales plazas y formaron al fin alrededor de Madrid un círculo que estrecharon durante tres hasta ser dueños de la capital. Entretanto estalló un motín contra el ministro y el príncipe de Asturias fue proclamado rey en lugar de su padre bajo el nombre de Fernando VII: esto era lo que Napoleón esperaba.

Los franceses entran al punto en Madrid. El emperador corre a Bayona, llama a los príncipes españoles, obliga a Fernando VII a devolver la corona a su madre y le envía prisionero a Valençay. Muy pronto el anciano Carlos IV abdica en favor de Napoleón y se retira a Compiegne. La corona de Carlos IV se confiere a José por una junta suprema, por el Consejo de Castilla y por la municipalidad de Madrid. El trono de Nápoles queda vacante en virtud de esta mutación y Napoleón dispone los medios para que lo ocupe Murat. Hay cinco coronas en su familia, sin contar la suya.

Pero al extender su poder, Napoleón extendía también la lucha abierta a muchos flancos: los intereses de Holanda comprometidos por el bloqueo; Austria humillada por la creación de los reinos de Baviera y de Wurtemberg; Roma engañada en sus esperanzas por la negativa de restituir a la Santa Sede las provincias que el Directorio había agregado a la república cisalpina; y por último, España y Portugal

violentados en sus territorios nacionales. Eran muchos los ecos en que resonaba a la vez el llamamiento incesante de Inglaterra. En todas partes se organizó al mismo tiempo una gran reacción, por más que estallase en épocas diferentes.

Roma fue la que se atrevió a dar el primer paso: el 3 de abril, el legado del Papa salió de París y acto seguido el general Miollis recibió orden de ocupar militarmente la ciudad de Roma. El Papa amenazó a las tropas francesas con la excomunión y estas le contestaron apoderándose de Ancona, de Urbino, de Macerata y de Camerino.

Después siguió España. Sevilla, en una junta provincial, reconoció a Fernando VII por rey y llamó a las armas a todas las provincias españolas que no estuvieran ocupadas. Las provincias se insurreccionaron, el general Dupont debió rendir las armas y José no tuvo más remedio que salir de Madrid.

Después, Portugal. Los portugueses se sublevaron el 16 de junio en Oporto. Junot, no teniendo suficientes tropas para evacuar la ciudad por el tratado de Cintra. Wellington se aprovechó de la situación y ocupó la ciudad con veinticinco mil hombres.

Napoleón juzgó que la gravedad de la situación exigía su presencia: sabía perfectamente que Austria se estaba armando en secreto, pero no estaría preparada antes de un año; y sabía también que Holanda se quejaba de la ruina de su comercio, pero mientras que se limitara a quejarse, estaba resuelto a no ocuparse de ella y por consiguiente, le quedaba suficiente tiempo para reconquistar Portugal y España.

Las tropas francesas comandadas por su emperador se presentaron en las fronteras de Navarra y de Vizcaya con ochenta mil veteranos procedentes de Alemania: la toma de Burgos fue la señal de su llegada, seguida de la victoria de

Tudela. Después se tomaron las posesiones de Somosierra a punta de lanza; y el 4 de diciembre Napoleón hizo su entrada solemne en Madrid, precedido de esta proclama.

> Españoles:
>
> No me presento entre vosotros como amo, sino como libertador. He abolido el tribunal de la Inquisición, completamente anacrónico en este siglo y en esta Europa. Los sacerdotes deben guiar las conciencias, pero no ejercer jurisdicción alguna exterior y corporal sobre los ciudadanos. He suprimido los derechos feudales y cada cual podrá establecer hosterías, hornos, molinos y almadrabas, dando libre impulso a su industria; el egoísmo, la riqueza y la prosperidad de un reducido número de hombres perjudican a vuestra agricultura más que los rigores de la canícula. Así como no hay más que un Dios, no debe haber en ningún estado más que una justicia. Todas las justicias particulares habían sido usurpadas; eran contrarias a los derechos de la nación, y yo las he suprimido. La generación presente podrá variar en su opinión, porque se han puesto en juego demasiadas pasiones, pero vuestros hijos me bendecirán como renovador, recordando entre el número de vuestros días memorables aquel en que yo me presenté ante vosotros, desde el cual datará el inicio de la prosperidad de España.

La España conquistada permaneció muda. La Inquisición contestó con este catecismo:

> —Dime, hijo mío, ¿qué eres tú?
> —Español, por la gracia de Dios.
> —¿Qué quieres decir con eso?
> —Hombre de bien.
> —¿Quién es el enemigo de nuestra felicidad?
> —El emperador de los franceses.
> —¿Cuántas naturalezas tiene?
> —Dos: la naturaleza humana y la diabólica.
> —¿Cuántos emperadores franceses hay?
> —Uno verdadero y tres personas engañosas.
> —¿Cómo se llaman?
> —Napoleón, Murat y Manuel Godoy.
> —¿Cuál de los tres es el más malo?
> —Los tres lo son igualmente malos.
> —¿De quién proviene Napoleón?
> —Del pecado.
> —¿Y Murat?
> —De Napoleón.

—¿Y Godoy?
—De la formación de los dos.
—¿Cuál es el espíritu del primero?
—El orgullo y el despotismo.
—¿Y del segundo?
—La rapiña y la crueldad.
—¿Y del tercero?
—La codicia, la traición y la ignorancia.
—¿Qué son los franceses?
—Antiguos cristianos que se han convertido en herejes.
—¿Es pecado dar muerte a un francés?
—No, padre; se gana el cielo matando a uno de esos perros herejes.
—¿Qué suplicio merece el español que falta a sus deberes?
—La muerte y la infamia de los traidores.
—¿Quién nos librará de nuestros enemigos?
—La confianza entre nosotros y las armas.

Sin embargo, España, pacificada al parecer, era leal casi toda ella a su nuevo rey José. Por otra parte, los preparativos hostiles de Austria reclamaban la presencia de Napoleón en París. De regreso a la capital el 23 de enero de 1809, pidió al punto explicaciones al embajador austriaco, y pocos días después de haberlas rechazado por insuficientes, supo que el 9 de abril el ejército del emperador Francisco había cruzado el Inn e invadido la Baviera. Esta vez, Austria era la que se adelantaba, hallándose preparada antes que Francia: Napoleón hizo un llamamiento al Senado.

El 14, el Senado contestó con una ley que ordenaba una leva de cuarenta mil hombres; el 17, Napoleón estaba en Donawert, a la cabeza de su ejército; el 20, había ganado la batalla de Tann; el 21, la de Abensberg; el 22, la de Ekmuhl; el 23, la de Ratisbona y el 24, dirigía esta proclama a su ejército:

Soldados:

Habéis justificado mis esperanzas, supliendo con vuestra bravura la falta de medios. Habéis señalado gloriosamente la diferencia que existe entre las legiones del César y las masas armadas de Jerjes. En cuatro días hemos triunfado en las batallas de Tann, de Abensberg, de Ekmuhl, y en los

> combates de Peyssing, de Landshutt y de Ratisbona. Cien cañones, cuarenta banderas y cincuenta mil prisioneros es el resultado de la rapidez de vuestras marchas y de vuestro valor. El enemigo, engañado por un gabinete perjuro, no conservaba ya, al parecer, ningún recuerdo de vosotros; pero pronto ha despertado ante vuestra fuerza, más terrible que nunca. En otro tiempo atravesó el Inn, invadiendo el territorio de nuestros aliados, pero hoy, derrotado y presa del horror, huye en desorden. Mi vanguardia ha traspasado ya el Inn y antes de que pase un mes nos hallaremos en Viena.

El 27, Baviera y el Palatinado se habían evacuado; el 3 de mayo, los austriacos perdían el combate de Elesberg; el 9, Napoleón se hallaba ante los muros de Viena; el 11, esta ciudad abría sus puertas, y el 13, Napoleón hacía su entrada triunfal.

Cien mil hombres, a las órdenes del príncipe Carlos, se habían retirado a la orilla izquierda del Danubio. Napoleón los persigue y los alcanza el 21 en Essling, donde Massena cambia su título de duque por el de príncipe. Durante el combate, los puentes del Danubio son arrastrados por una súbita crecida; pero en quince días, Bertrand hace construir otros tres nuevos, el primero de sesenta arcos, por el cual pueden pasar de frente tres coches; el segundo sobre vigas, y de ocho pies de anchura; el tercero, sobre barcas. El Boletín del 3 de julio, fechado en Viena, anuncia que ya no hay Danubio, como Luis XIV anunciara que ya no existían Pirineos.

En efecto, el 4 de julio se cruza el Danubio; el 5, se gana la batalla de Enzersdorf, y por último, el 7, los austriacos dejan cuatro mil muertos y nueve mil heridos en el campo de batalla de Wagram, quedando en poder de los vencedores veinte mil prisioneros, diez banderas y cuarenta piezas de artillería.

El 11, el príncipe de Liechtenstein se presentó en las avanzadas para pedir una suspensión de hostilidades. Era

un antiguo conocido, pues al día siguiente de Marengo se presentó ya, con una misión análoga. El 12, quedó concluida en Znaim esta suspensión y al punto se dio principio a las conferencias que duraron tres meses, en cuyo tiempo Napoleón vivió Schœnbrunn, donde se libró como por milagro del puñal de Staps. La paz se firmó al fin el 14 de octubre.

Austria cedía a Francia todos los países situados a la derecha del Save, el círculo de Goritz, el territorio de Montefeltro, Trieste, la Carniola y el círculo de Villach. Reconocía la reunión de las provincias ilirias al Imperio francés, así como todas las futuras incorporaciones que la conquista o las combinaciones diplomáticas pudieran producir tanto en Italia, como en Portugal y España y renunciaba irrevocablemente a la alianza con Inglaterra para aceptar el sistema continental francés con todas sus exigencias.

Napoléon 1840 ed. francesa_Página_204_Imagen_0002.tif

Así pues, todo comenzaba a rebelarse contra Napoleón, pero nada se le resistía aún: Portugal se había comunicado con los ingleses y lo invadió. Godoy manifestó sentimientos hostiles, ordenando un armamento desacertado, aunque inofensivo y obligó a Carlos IV a abdicar. El Papa había hecho de Roma el punto de reunión general de los agentes de Inglaterra y, tratándole como un soberano temporal, le depuso. Josefina se mostraba incapaz de tener hijos y se casó con María Luisa, con la cual tuvo un hijo. Holanda, a pesar de sus promesas, había llegado a ser un depósito de mercancías de Inglaterra y Napoleón desposeyó a Louis de su reino y se anexionó el reino holandés.

El Imperio comprendía ciento treinta departamentos, extendiéndose desde el océano bretón hasta los mares de Grecia, desde el Tajo hasta el Elba: ciento veinte millones de hombres, obedeciendo a una sola voluntad, sometidos a un poder único y avanzando en una misma dirección, gritaron en ocho lenguas diferentes: *¡Vive Napoléon!*

El general ha llegado al cénit de su gloria y el emperador al apogeo de su fortuna. Hasta este día, le hemos visto subir sin cesar, pero a partir de ahora se detendrá durante un año en la cima de sus prosperidades, para tomar aliento antes de bajar.

El 1 de abril de 1810, Napoleón contrae matrimonio con María Luisa, archiduquesa de Austria; y once meses después, ciento y un cañonazos anunciaron el mundo al nacimiento de un heredero al trono.

Uno de los primeros efectos de la alianza de Napoleón con la casa de Lorena, fue producir cierta frialdad entre él y el emperador de Rusia, que si hemos de creer al doctor

O'Meara, le había ofrecido a su hermana, la gran duquesa Ana. Desde 1810, el Zar, que veía el imperio de Napoleón acercarse a él amenazante como la marea de un océano que sube, había aumentado sus ejércitos y renovado sus relaciones con Gran Bretaña. Todo el año 1811 transcurrió en negociaciones infructuosas, que a medida que fracasaban hacían cada vez más probable una guerra inminente. Cada cual por su parte comenzó los preparativos antes de la esperada declaración de guerra. Rusia, por el tratado de 24 de febrero, y Austria, por el del 14 de marzo proporcionaron a Napoleón respectivamente, veinte mil y treinta mil hombres; y por su parte Italia y la Confederación del Rin cooperaron a esta grandiosa empresa; la una, con veinticinco mil combatientes, y la otra, con ochenta mil. En fin, un *senatus-consultus* dividió la guardia nacional en tres cuerpos para el servicio del interior: el primero, destinado al servicio activo, ponía a disposición del Emperador, además del gigantesco ejército que se encaminaba hacia Niemen, cien cohortes de mil hombres cada una.

El 9 de marzo, Napoleón partió de París, ordenando al duque de Bassano que hiciera esperar sus pasaportes el mayor tiempo posible al príncipe Kourakine, embajador del Zar. Esta recomendación, que al primer golpe de vista parecía indicar una esperanza de paz, no tenía en realidad más objeto que dejar a Alejandro la incertidumbre de las verdaderas disposiciones de su enemigo. El plan era, en efecto, caer de improviso sobre su ejército. Esta era la táctica habitual de Napoleón y como siempre, tuvo buen resultado. Por eso el *Moniteur* se contentó con anunciar que el emperador salía de París con el objeto de pasar revista al gran ejército reunido sobre el Vístula y que la emperatriz le acompañaría hasta Dresde para ver a su ilustre familia.

Después de permanecer allí quince días y de haber hecho trabajar, según la promesa que les hizo en París, a Talma y a la señorita Mars delante de los reyes, Napoleón salió de Dresde y llegó a Thorn el 2 de junio. El 22 anunció su regreso a Polonia por la siguiente proclama, fechada en el cuartel general de Wilkowsky.

> Soldados:
> Rusia ha jurado eterna alianza a Francia y guerra a Gran Bretaña, pero hoy viola sus juramentos, y no quiere dar ninguna explicación de su extraña conducta hasta que las águilas francesas hayan rebasado el Rin, dejando así a nuestros aliados a su desprotegidos a su merced. ¿Nos creen por ventura tan degradados? ¿Acaso no somos todavía los soldados de Austerlitz? Esta nación nos coloca entre la deshonra y la guerra, y no hay lugar a dudas en la elección que tomar. Marchemos adelante, y cruzando el Niemen llevemos la guerra al territorio ruso, guerra que será gloriosa para las armas francesas. La paz que concluiremos pondrá fin a la funesta influencia que el gabinete moscovita ejerce desde hace cincuenta años en los asuntos de Europa.

Napoleón dirigía estas palabras al ejército más poderoso que jamás había existido. Estaba dividido en quince cuerpos, cada cual a las órdenes de un duque, de un príncipe o de un rey, y constituía una fuerza de cuatrocientos mil infantes, setenta mil caballos y mil cañones.

Necesitó tres días para atravesar el Niemen: el 23, el 24 y el 25 de junio se emplearon en esta operación.

Napoleón se detuvo un instante pensativo e inmóvil en la orilla izquierda de este río, donde tres años antes le había jurado amistad eterna el emperador Alejandro, y exclamó:

—¡La fatalidad arrastra a los rusos: que se cumpla su funesto destino!

Sus primeros pasos fueron, como siempre, los de un gigante: al cabo de dos días de una habilidosa marcha, el ejército ruso, sorprendido de pronto, era desbaratado y veía

separado de sí uno de sus cuerpos. Entonces Alejandro, reconociendo a Napoleón en aquellos golpes rápidos, terribles y decisivos, envió misivas para instigarle a abandonar el terreno invadido y volver al Niemen. A Napoleón le pareció tan extraña esta proposición, que no contestó a ella más que entrando al día siguiente en Vilna.

Allí permaneció unos veinte días y nombró un gobierno provisional, mientras que una dieta debía reunirse en Varsovia para ocuparse en reconstituir Polonia. Después continuó la persecución del ejército ruso.

Al segundo día de marcha se inquietó un poco al observar el sistema defensivo adoptado por Alejandro. Los rusos habían destruido todo en su retirada, mieses, castillos y cabañas; y un ejército de quinientos mil hombres avanzaba por los desiertos que no habían podido proporcionar alimento suficiente en otro tiempo a Carlos XII y a sus veinte mil suecos. Desde el Niemen al Willia se marchó a la luz de los incendios, pisoteando cadáveres, escombros y ruinas. En los últimos días de julio, el ejército llegó a Vitepsk, asombrado ya de una guerra que no se parecía a ninguna otra, en la cual no se encontraban enemigos, y en la que parecía que tan sólo se luchaba contra un espíritu de la destrucción. El mismo Napoleón, estupefacto ante aquel plan de campaña que no pudo imaginar en sus previsiones, no veía ante sí más que desiertos infinitos. Al menos necesitaría un año para llegar al fin, y cada etapa que hacía le alejaba de más y más Francia, de sus aliados y de todos sus recursos. Al llegar a Vitepsk, se dejo caer agobiado en un sillón, y envió a llamar al conde Daru.

—Me quedo aquí –dijo–. Quiero reflexionar y dar algún descanso a mi ejército, para organizar después Polonia. La campaña de 1812 ha terminado; la de 1813 hará lo demás. En cuanto a vos, caballero, encargaos de mantenernos con

vida aquí, pues no haremos la locura de Carlos XII. –Luego dirigiéndose a Murat, añadió–: Plantemos nuestras águilas aquí. En 1813 estaremos en Moscú, y en 1814 en San Petersburgo: la guerra de Rusia es una guerra de tres años.

Esta era la resolución que, al parecer, había tomado, pero no podía evitar una molesta sensación de temor por esa inactividad. Poco dura ésta: Alejandro adelanta ficha y los rusos, que hasta entonces se habían escapado como si fuesen fantasmas, se dejan ver. Despertando del letargo como un jugador al ruido del oro, Napoleón no puede contenerse y se lanza en su persecución. El 14 de agosto los alcanza y los bate en Krasnoi; el 18 los expulsa de Smolensko, entregando esta ciudad a las llamas, y el 30, se apodera de Viazma, donde encuentra todos los almacenes destruidos. Desde que ha puesto el pie en territorio ruso, todas las señales apuntan a una gran guerra nacional.

Napoleón recibe en aquella ciudad la noticia de que el ejército ruso ha cambiado de jefe y se dispone a librar batalla en una posición atrincherada apresuradamente. El emperador Alejandro, cediendo a la voz pública, que atribuye los desastres de la guerra a la mala elección de sus generales, acaba de nombrar para el mando supremo al general Kutúzov, vencedor de los turcos. Si daban crédito a la voz pública, el prusiano Pfuhl ha sido causa de las primeras desgracias de la campaña, y el extranjero Barclay de Toly, sospechoso para los moscovitas puros por su pertinaz y nocivo sistema de retiradas, ha sido el causante de la situación. En una guerra nacional se necesita un ruso para salvar la patria y todos están de acuerdo, desde el Zar hasta el último siervo, en que el vencedor de Roudschouk y el negociador de Bucarest son los únicos capaces de salvar a Rusia. Por otra parte, el nuevo general, convencido de que para conservar su popularidad en el ejército y en la nación

debe librar una batalla antes de permitir a los franceses llegar a Moscú, ha resuelto afianzar la posición que ocupa, cerca de Borodino, donde se le agregan, el 4 de septiembre, diez mil milicianos de Moscú, apenas organizados.

El mismo día, Murat alcanza entre Gjatz y Borodino al general Konovitzine, encargado por Kutúzov de mantenerse en una vasta meseta protegida por un barranco. Konovitzine obedece estrictamente la orden dada, conservando su posición hasta que fuerzas que le duplican le impelen o más bien le hacen retroceder. Se siguen sus huellas sangrientas hasta el convento fortificado de Kolostkoi. Aquí trata de resistir un instante pero flanqueado por todas partes, le es forzoso continuar la retirada sobre Golovino sin mirar atrás. La vanguardia francesa sale de este pueblo confundida con los movimientos de la retaguardia rusa. En aquel momento se presenta Napoleón a caballo y desde la altura en la que se posiciona domina toda la llanura: los pueblos están saqueados, los centenos destruidos y los bosques llenos de cosacos. Todo indica que la llanura que se extiende delante de él ha sido elegida por Kutúzov para su campo de batalla. Detrás de esta primera línea hay tres pueblos en la extensión de una legua; en sus intervalos, cortados por barrancos y con numerosos boscajes, miles de hombres hormiguean en la lejanía; todo el ejército ruso se encuentra allí esperando al enemigo, y la prueba es que se ha mandado construir un reducto delante de su izquierda, cerca del pueblo de Schvardino.

Napoleón abarca todo el horizonte de una ojeada, siguiendo en el espacio de algunas leguas las dos orillas del Kalouga, sabe que este río forma un ángulo a la izquierda y aunque no ve las cimas que le obligan a esta desviación, las adivina, comprendiendo que allí están las principales posiciones del ejército ruso. Pero el río, protegiendo la

extrema derecha del enemigo, deja al descubierto su centro y su izquierda: solamente por este punto es vulnerable y por consiguiente, por aquí se le debe atacar.

Lo más importante es destruir el reducto que protege su izquierda como una obra avanzada. Desde allí, se podrá reconocer mejor su posición. El general Compáns recibe orden de tomar el reducto: tres veces se apodera de él y otras tantas es rechazado, pero a la cuarta, al fin, entra y se establece definitivamente.

Desde allí, Napoleón puede ver las aproximadamente dos terceras partes de la extensión del campo de batalla donde ha de maniobrar.

El resto del día 5 lo emplea en observaciones respectivas: por ambas partes se prepara una batalla homérica. Los rusos dedican este tiempo a las pompas del culto griego, e invocan por sus cantos el auxilio poderoso del venerado santo Nievsky. Los franceses, acostumbrados al «*Te Deum*» y no a las oraciones, llaman a todos sus compañeros destacados, estrechan sus masas, preparan sus armas, y disponen sus parques. Por ambas partes las fuerzas numéricas son equivalentes: los rusos tienen ciento treinta mil hombres y los franceses ciento veinticinco mil.

El Emperador acampa detrás del ejército de Italia, a la izquierda del camino real. La guardia veterana se forma en cuadro alrededor de su tienda y se encienden los fuegos. Mientras que los de los rusos forman un semicírculo vasto y regular, los de los franceses son débiles, desiguales y sin orden. No se ha especificado aún las posiciones de los diferentes cuerpos y falta leña. Durante toda la noche ha caído una lluvia menuda y fina que indica la llegada del otoño. Napoleón manda despertar once veces al príncipe de Neuchatel para dar órdenes y preguntar si el enemigo parece dispuesto a mantener posiciones: se ha despertado

varias veces sobresaltado por el temor de que los rusos se le escapen, creyendo oír rumores de marcha. Pero todo temor es injustificado pues la claridad del día eclipsa el resplandor de las tiendas enemigas.

A las tres de la madrugada, Napoleón cabalga, y perdido en el crepúsculo con una ligera escolta, rodea a la distancia de medio tiro de cañón toda la línea enemiga.

Los rusos coronan todas las crestas, están a caballo en el camino de Moscú y en el barranco de Gorka, en cuyo fondo se desliza un arroyuelo y otras fuerzas se hallan encerradas entre el antiguo camino de Smolensko y el Moscova. Barclay de Tolly, con tres cuerpos de infantería y uno de caballería, forma la derecha, desde el gran reducto bastión hasta el Moscova; Bagration forma la izquierda, con el séptimo y octavo cuerpo, desde el gran reducto hasta el bosque que se extiende entre Semenofskoe y Oustiza.

Por fuerte que fuese esta posición, era defectuosa, debido a la poca táctica del general Benigsen, que desempeñaba las funciones de mayor general del ejército y que había fijado toda su atención en la derecha, defendida por el terreno, descuidando la izquierda, a pesar de que era la parte débil. Es cierto que estaba protegida por tres reductos, mas entre estos y el antiguo camino de Moscú quedaba un espacio de quinientas toesas guarnecido solamente con alguna infantería.

He aquí lo que Napoleón hará:

Con su extrema derecha, mandada por Poniatovsky, ganará el camino de Moscú, para dividir el ejército en dos y mientras que Ney, Davoust y Eugène detendrán la izquierda, él rechazará a todo el centro y la derecha hasta el Moscova. Es la misma disposición que en Friedland, sólo que allí el río estaba a espaldas del enemigo, cortándole toda

retirada, mientras que aquí, el Moscova flanquea su derecha y tiene tras sí un terreno favorable si quiere retirarse.

Este plan de batalla sufrió una modificación durante el día: ya no es Bernadotte, sino Eugène quien atacará el centro: Poniatovsky, con toda su caballería, se deslizará entre el bosque y el camino grande, atacando después la extremidad del ala izquierda; mientras que Davoust y Ney abordarán de frente; Poniatovsky recibe a tal efecto, además de su caballería, dos divisiones del cuerpo de Davoust. Esta disminución de una parte de sus tropas pone en el colmo del mal humor al mariscal, que había propuesto un plan infalible que fue rechazado sin explicación. Este plan consistía en dar vuelta a la posición antes de atacar los reductos y situarse perpendicularmente sobre la extremidad del enemigo. La maniobra era buena pero aventurada, porque los rusos, al verse cortados y sin salida en caso de una derrota, podían abandonar por la noche su campamento, tomando el camino de Mojaisk con lo que no encontraría al día siguiente más que una llanura desierta y reductos vacíos. Esto era lo que Napoleón temía tanto como una derrota.

A las tres sale por segunda vez a caballo para asegurarse de que nada se ha movido en el tablero. Llega a las alturas de Borodino y, anteojo en mano, retoma sus observaciones Aunque le acompañan pocas personas muy pronto es reconocido. Un cañonazo, el único que se había disparado en todo el día, sale disparado de las líneas rusas y la bala rebota a pocos pasos del Emperador.

A las cuatro y media, Napoleón retorna a su campamento, donde encuentra a M. de Beausset, que le entrega cartas de María Luisa y el retrato del rey de Roma, por Gerard: el retrato está expuesto delante de la tienda y alrededor de él

se forman un círculo de mariscales, de generales y de oficiales.

—Retirad ese retrato –dice Napoleón–; es demasiado pronto para enseñarlo en un campo de batalla.

De vuelta a su tienda, Napoleón dicta las órdenes siguientes:

> Durante la noche se construirán dos reductos frente a los que el enemigo ha levantado y que fueron descubiertos durante el día.
>
> El reducto de la izquierda se armará con cuarenta y dos cañones, y el de la derecha con setenta y dos.
>
> Al romper el día, el reducto de la derecha abrirá fuego y el de la izquierda comenzará apenas oiga los disparos.
>
> El Virrey enviará entonces a la llanura una fuerza considerable de tiradores para hacer un fuego de fusilería bien nutrido.
>
> El tercer cuerpo y el octavo, a las órdenes del mariscal Ney, enviarán también algunos tiradores de avanzada.
>
> El príncipe de Ekmuhl quedará en su posición.
>
> El príncipe Poniatovski, con el quinto cuerpo, se pondrá en marcha antes de amanecer para flanquear la izquierda enemiga antes de las seis de la mañana.
>
> Una vez comience la acción, el Emperador dará sus órdenes según lo exija el caso.

Acordado este plan, Napoleón dispone sus fuerzas de modo que no llamen demasiado la atención del enemigo. Cada cual recibe sus instrucciones, se levantan los reductos, la artillería toma posición y al romper el día, ciento veinte cañones acribillan a balazos las obras defensivas que la derecha está encargada de tomar.

Apenas puede Napoleón dormir una hora. A cada instante envía a preguntar si el enemigo permanece en su posición. Varios movimientos que ejecutan los rusos le hacen creer dos o tres veces que se retiran, pero no es así, los rusos no hacen más que reparar la falta que le ha servido a Napoleón para trazar su plan de batalla, llevando a su izquierda todo

el cuerpo de Touczkof, que guarnece todos los puntos débiles.

A las cuatro, Rapp entra en la tienda del Emperador y le encuentra con la frente apoyada las manos; pero muy pronto levanta la cabeza.

—Y bien, Rapp, ¿qué tenemos? –le pregunta.

—Señor, no se mueven de allí.

—¡Será una batalla terrible!... ¿Confiáis en la victoria, Rapp?

—Sí, señor; pero será una victoria sangrienta.

—Ya lo sé –replica Napoleón–, pero tengo ochenta mil hombres. Puedo permitirme perder veinte mil, y entrar con sesenta mil en Moscú. Los rezagados se agregarán a nosotros, así como también los batallones de marcha, y seremos más fuertes que antes de la batalla.

En estas cifras Napoleón no contaba ni con su guardia ni con su caballería. Está decidido a alcanzar la victoria sin su auxilio, y todo será cuestión de artillería.

En aquel momento resuenan los gritos de «¡Viva el Emperador!» que se corren por toda la línea debido a que en los primeros albores del día se acababa de leer a los soldados la siguiente proclama, una de las más hermosas, de las más francas y concisas de Napoleón:

> Soldados:
>
> He aquí la batalla que tanto habéis ansiado. Ahora, la victoria no dependerá más que de vosotros. La necesitamos porque traerá abundancia, asegurándoos buenos cuarteles de invierno y un pronto regreso a la patria. Sed los hombres de Austerslitz, de Friendland, de Vitespk y de Smolensko y que la más remota posteridad diga al hablar de nosotros: «¡Tomó parte en la gran batalla bajo los muros de Moscú!».

Apenas han cesado los gritos, cuando Ney, siempre impaciente, pide permiso para comenzar el ataque. Todos toman al punto las armas. Cada cual se prepara para esa

gran escena que debe decidir de la suerte de Europa y los ayudantes de campo parten como flechas en todas direcciones.

Compans, que tan bien ha preludiado la antevíspera, se deslizará a lo largo del bosque, comenzando la lucha por la toma del reducto que defiende la extrema izquierda de los rusos y Davoust le secundará, avanzando a cubierto por el mismo bosque, mientras que la división Friant aguarda a modo de reserva. Apenas Davoust se haga dueño del reducto, Ney avanzará, escalonando sus fuerzas para apoderarse de Semenofskoe. Sus divisiones han sufrido mucho en Valoutina y apenas cuentan con quince mil combatientes, pero diez mil westfalianos deberán reforzarlas para formar la segunda línea, mientras que la guardia joven y la veterana formarán la tercera y la cuarta. Murat dividirá su caballería. A la izquierda de Ney, frente al centro enemigo, se situará el cuerpo de Montbrun. Nansouti y Latour-Maubourg deberán colocarse de modo que puedan seguir los movimientos de nuestra derecha. Por último, Grouchy secundará al Virrey, que reforzado con las divisiones Morand y Gerard, tomadas por Davoust, comenzará a apoderarse de Borodino, dejará aquí la división Delzons y atravesando con las otras tres el Kalouga por los tres puentes improvisados durante la mañana, atacará el gran reducto del centro, situado en la orilla derecha. Media hora bastará para llevar a cabo todas estas órdenes.

Son las cinco y media de la mañana, el reducto de la derecha rompe el fuego, el de la izquierda le contesta, y todo se agita, todo se mueve y marcha hacia delante[3].

Davoust se precipita con sus dos divisiones: la izquierda de Eugène, compuesta por la brigada Plausonne, que debía permanecer en observación limitándose a ocupar Borodino, se deja llevar por el furor de la batalla a pesar de los gritos

de su general, franquea el pueblo y llega a la alturas de Gorky, donde los rusos les reciben con un fuego de frente y de flanco. Entonces el regimiento 92º acude por su propio impulso en auxilio del 106º, recoge los restos aún servibles y los trae; pero la mitad de las fuerzas han quedado aniquiladas y también ha muerto su general.

En ese momento, Napoleón, juzgando que Poniarovsky había tenido tiempo de efectuar su maniobra, envía a Davoust al primer reducto: las divisiones Compans y Desaix le siguen, posicionando treinta cañones ante ellas. Toda la línea enemiga se incendia como un reguero de pólvora.

La infantería avanza sin disparar, apresurándose a llegar a la posición del fuego del enemigo a fin de aplacarlo. Compans cae herido; Rapp acude para sustituirle y se lanza a la carrera con la bayoneta delante; mas en el momento en que pisa el reducto le alcanza una bala y esta es su vigésima segunda herida. Desaix le reemplaza y cae a su vez. El caballo de Davoust quedó muerto de un balazo; el príncipe de Ekmuhl rueda por el cieno y se le cree muerto; pero se levanta y vuelve a montar a caballo. No ha recibido más que una contusión.

Rapp ordena que le lleven en presencia del Emperador.

—Y bien, Rapp –le dice Napoleón–, ¿otra vez herido?

—Siempre, señor; V. M. sabe muy bien que es costumbre en mí.

—¿Qué hacen por allí las tropas?

—Maravillas, pero se necesitaría a la guardia para liquidar del todo a los rusos.

—Me guardaré muy bien de usarla –contesta Napoleón con un movimiento que se asemeja al espanto–; no quiero que me la destruyan. Ganaré la batalla sin su auxilio.

Entonces Ney, con sus tres divisiones, se lanza a la llanura y avanzando por escalones, se dirige, a la cabeza de

la división Ledrú, contra aquel reducto fatal que ha dejado ya a la división Compans viuda de sus tres generales: entra por la izquierda, mientras que los valientes que han comenzado el ataque escalan por la derecha.

Ney y Murat envían la división Razout contra los otros dos reductos y ya está a punto de tomarlos, cuando es atacada por los terribles coraceros rusos. Tras un momento de caos e incertidumbre, la infantería se detiene, aunque sin retroceder. La caballería de Bruyère llega en su auxilio y los coraceros rusos son rechazados, Murat y Razout atacan denodadamente y los atrincheramientos son ya suyos.

Dos horas se han empleado en estos ataques. Napoleón se espanta al no oír el cañón de Poniatovsky y de no ver movimiento alguno que anuncie en el enemigo un cambio de posición. Durante este tiempo, Kutúzov, que ha podido descubrir fácilmente las considerables fuerzas dispuestas a caer sobre su izquierda, ha separado de los demás el cuerpo de Vagavout, y la dirige a Oustiza, penetrando la otra en el bosque. En aquel momento, Poniatovsky vuelve sin haber podido encontrar paso alguno por el bosque y Napoleón le envía a formar con la extrema derecha de Davoust.

Finalmente, la izquierda de la línea rusa queda rota al fin y la llanura abierta para los franceses: los tres reductos son de Ney, de Murat y de Davoust; pero Bagration continúa manteniendo una actitud amenazadora y recibe un refuerzo tras otro; de modo que es preciso apresurarse hasta llegar detrás del barranco de Semenofskoe, pues de lo contrario podrá tomar de nuevo la ofensiva. Acto seguido se envía a los reductos toda la artillería disponible y se apoya el movimiento. Ney se precipita hacia delante seguido de quince o veinte mil hombres.

En vez de esperarle, Bagration, que teme ser rechazado por el choque, se lanza a la cabeza de su línea y los rusos

avanzan con las bayonetas bajas. Los dos cuerpos de ejército se encuentran y se desata una titánica lucha cuerpo a cuerpo: es un duelo entre cuarenta mil hombres. Bagration es herido gravemente y los rusos, sin dirección durante un instante, comienzan a moverse como para emprender una retirada. Pero de repente Konovnitzie toma el mando, vuelve a reunir las fuerzas detrás del barranco de Semenofskoe y, protegido por una artillería bien situada, contiene el impulso de las columnas francesas. Murat y Ney, rendidos de fatiga por el esfuerzo sobrehumano, piden refuerzos a Napoleón. El Emperador manda a la joven guardia avanzar y esta se pone en movimiento, pero casi en el mismo instante, fijando la vista en Borodino y al ver algunos regimientos de Eugène rechazados por la caballería de Ouvarov, juzga que todas las fuerzas del Virrey se baten en retirada, y ordena a la guardia joven detenerse. En su lugar envía a Ney y Murat todos los cañones de reserva, y un centenar de ellos salen a toda velocidad para tomar posición en las alturas conquistadas.

He aquí lo que había sucedido con las tropas de Eugène. Después de estar en suspenso una hora por el combate de la brigada Plausonne, el Virrey ha cruzado el Kalouga por los cuatro puentecillos que los ingenieros han echado, y apenas llegan a la otra orilla se apresuran a tomar la derecha para tomar el gran reducto situado entre Borodino y Semenofskoe, que cubre el centro del enemigo. La división Morand llega la primera a la meseta, envía el regimiento 30º sobre el reducto, y avanza en columnas compactas para apoyarle. Los que las forman son antiguos veteranos, tan serenos ante el fuego como en el paso de revista. Estos guerreros se adelantan con el arma al brazo y sin disparar un solo tiro penetran en el reducto, a pesar del fuego terrible que cae sobre ellos de la primera línea de

Paschevitch. Pero este ha previsto la jugada y se precipita con la segunda línea sobre los flancos de la columna, mientras que Yermolof avanza con una brigada de los guardias para apoyarle. Al ver el socorro que llega, la primera línea vuelve la espalda; la división Mourand queda atrapada en un triángulo de fuego y retrocede, dejando en el reducto al general Bonami, que ha caído y una mitad del regimiento 30º que cae a su alrededor. En este momento es cuando Napoleón ha visto algunos regimientos cruzar el Kalouga y creyendo que el enemigo amenaza su línea de retirada, ha retenido su guardia joven.

Sin embargo, Kutúzov sabe aprovecharse del momento de vacilación de Ney y en Murat y mientras que estos se esfuerzan para conservar sus posiciones, el general enemigo llama en auxilio de su izquierda todas sus reservas, incluida la guardia rusa. Gracias a todos estos refuerzos, Konovnitzine, que ha remplazado a Bagration, por estar herido, consigue reforzar su línea. Su derecha se apoya en el gran reducto atacado por Eugène y su izquierda linda con los bosques. Cincuenta mil hombres, como en una masa compacta, se ponen apresuradamente en movimiento para obligar a los franceses a retroceder. Su artillería retumba, acompañada del fuego de fusilería, las balas destrozan las filas francesas, los soldados de Friant, que están en primera línea, reciben una granizada de metralla, vacilan y se turban y un coronel ordena la retirada. Pero Murat, que anda por todas partes y se halla detrás de él, le detiene, le coge por el cuello y mirándole cara a cara, exclama:

—¿Qué hacéis?

—Es evidente que no podemos resistir aquí –contesta el coronel mostrándole la tierra cubierta de muertos y heridos.

—¿Eh? Pues yo me quedo aquí –contesta Murat.

—Si así lo desea, vos es muy justo –dijo el coronel–. ¡Soldados, adelante hasta que nos maten!

Y vuelven a ocupar la misma posición con su regimiento, sufriendo la metralla con un valor sobrehumano.

En aquel instante nuestros reductos se ensanchan: ochenta cañones de refresco rompen fuego a la vez, el auxilio que Murat y Ney esperaban ha llegado, diferente del que esperaban, pero no menos terrible.

Sin embargo, las masas compactas del enemigo, puestas en movimiento, siguen avanzando a pesar de que nuestras balas abren profundos boquetes en sus filas. Pero nada les detiene. No obstante, a los proyectiles le sigue la metralla y atrapados en este huracán de hierro, los rusos tratan de reordenarse, a pesar de que la lluvia mortal se recrudece. Se acaban deteniendo sin atreverse a dar un paso más, pero también se resisten a retroceder. Todo se precipita: las tropas o no oyen las órdenes de sus generales, o estos, incapaces de maniobrar con tan considerables cuerpos de ejército, pierden la cabeza. Como quiera que sea, allí permanecen cuarenta mil hombres bajo el fuego cruzado durante dos horas: es una matanza espantosa, una carnicería sin fin. De pronto Ney y a Murat avisan que las municiones se están agotando. Los vencedores son los que primero se cansan.

Ney se precipita hacia delante, extendiendo su línea derecha para flanquear la izquierda del enemigo: Murat y Davoust secundan el movimiento, las bayonetas y los fusiles destruyen lo que ha escapado de la artillería y la izquierda del ejército ruso queda aniquilada. Los vencedores, llamando a gritos a la guardia, se vuelven hacia el centro, y acuden en socorro de Eugène: todo se prepara para el ataque del gran reducto.

Montbrun, cuyas fuerzas están situadas frente al centro enemigo, marcha contra él a paso de carga, pero apenas ha recorrido la cuarta parte del camino, cuando una bala de cañón le parte en dos. Caulaincourt le reemplaza, poniéndose a la cabeza del quinto de coraceros y se precipita contra el reducto, al mismo tiempo que las divisiones Morand, Gerard y Bourcier, sostenidas por las legiones del Vístula, le atacan por tres lados a la vez. En el momento de penetrar, Caulaincourt cae mortalmente herido. Su intrépido regimiento, destrozado por el fuego de la infantería de Ostermann y de la guardia rusa, situadas detrás de la obra defensiva, se ve obligado a retroceder, y corre a formarse de nuevo bajo la protección de las columnas francesas. Pero enseguida, Eugène ataca a su vez, a la cabeza de sus tres divisiones, se apodera del reducto, haciendo preso al general Lichatschefs. Conseguido esto, envía las fuerzas de Grouchy contra el resto de los batallones de Doctorov; los caballeros guardias y la guardia rusa avanzan al encuentro de nuestras tropas y Grouchy se ve obligado a practicar un movimiento retrógrado; pero con esto ha dado tiempo a Belliard para reunir treinta cañones, que se han puesto ya en batería en el reducto.

Los rusos vuelven a rehacerse con la misma tenacidad que antes: sus jefes los hacen avanzar y acercarse en columnas compactas para recobrar el reducto que tan caro han pagado los franceses. Eugène los deja aproximarse a tiro de fusil, y después descubre sus treinta cañones, que abren fuergo todos a la vez: los rusos se arremolinan sin orden durante un instante, pero se reforman de nuevo, y esta vez se acercan hasta casi tocar las bocas de las piezas, que los destrozan con su fuego: Eugène, Murat y Ney envían continuas misivas a Napoleón, pidiendo a gritos la guardia, porque el ejército ruso quedará destruido del todo si

Napoleón los apoya; Belliard, Daru y Berthier se unen al ruego.

—¿Y si hay una segunda batalla –pregunta el Emperador–, con qué me sostendré?

La victoria y el campo de batalla son franceses, pero no pueden perseguir al enemigo, que se retira bajo una lluvia de fuego sin dejar de responder a él. Muy pronto se detiene y se atrinchera en una segunda posición.

Entonces Napoleón monta a caballo, avanza hacia Semenofskoe, visita todo el campo de batalla adonde llega de vez en cuando alguna bala perdida; y al fin, llama a Portier y le ordena que haga avanzar la guardia joven, pero sin pasar del nuevo barranco que la separa del enemigo. Después vuelve a su tienda.

A las diez de la noche, Murat, que se bate desde la seis de la mañana, acude para anunciar que el enemigo cruza en desorden el Moscova y que escapará irremediablemente de nuevo. Pide otra vez apoyo de aquella guardia que no ha combatido en todo el día y se compromete a sorprender a los rusos y rematarlos, pero también esta vez, como las otras, Napoleón rehúsa y deja escapar aquel ejército que tanto anhelaba alcanzar. Al día siguiente los rusos habían desaparecido del todo, dejando a Napoleón dueño del más horrible campo de batalla que jamás existió: ¡sesenta mil hombres!, de los que una tercera parte eran franceses, estaban tendidos en la tierra. El enemigo había eliminado nueve generales y herido a treinta y cuatro, y las pérdidas eran inmensas, sin resultados que las compensasen.

Con fecha de 14 de septiembre, el ejército victorioso entró en Moscú.

En aquella guerra todo debía ser sombrío, hasta los triunfos. El ejército francés se había acostumbrado a entrar en capitales y no en necrópolis y Moscú parecía una

inmensa tumba: por todas partes desierta y silenciosa. Napoleón se alojó en el Kremlin, mientras que el ejército se dispersó por la ciudad. Después llegó la noche, y en mitad de ella Napoleón se despertó al grito de «¡Fuego!». Rojizos resplandores penetraban hasta su lecho y corrió a la ventana: Moscú entero estaba ardiendo. ¡Eróstrato sublime, Rostopchine había inmortalizado su nombre salvando a la vez su país!

Fue forzoso escapar de aquel océano de llamas que crecía como una marea. El 16, Napoleón, rodeado de ruinas, envuelto por un incendio infinito, tuvo que salir del Kremlin y retirarse al palacio de Peteroskoi. Aquí empieza su lucha con sus generales, que le aconsejan que se ponga a salvo mientras aún está a tiempo y abandone su fatal conquista. Al oír este tipo de consejo, extraño, inusitado para él, vacila y vuelve alternativamente su mirada hacia París y San Petersburgo: ciento cincuenta leguas de frente solamente le separan de esta última ciudad y ochocientas atrás de la primera. Marchar sobre San Petersburgo es demostrar su victoria al mundo mientras que retroceder a París sería confesar su derrota.

Entretanto el terrible invierno ruso llega, que no aconseja, sino que ordena. Los días 15, 16, 17 y 18 de octubre se envían los enfermos a Mojaisk y Smolensko. El 22, Napoleón sale de Moscú. Por espacio de once días se verifica la retirada sin grandes desastres, pero el 7 de noviembre el termómetro baja de pronto de 5 a 18 grados bajo cero. El día 29, el boletín con fecha del 14 lleva a París la noticia de los inauditos desastres a los cuales no darían crédito los franceses si no fuese el mismo Emperador quien se los contara.

Desde aquel día todo deriva en un continuo desastre que igualaba a las más grandes victorias conseguidas hasta

ahora. Es Cambises sepultado entre las arenas del desierto de Ammón, es Jerjes repasando el Helesponto en una barca, es Varrón llevando a Roma las reliquias del ejército de Cannas. De los setenta mil jinetes que han cruzado el Niémen, apenas se pueden formar cuatro compañías de ciento cincuenta hombres cada una para servir de escolta a Napoleón. Es el batallón sagrado, en el que los oficiales ocupan el puesto de simples soldados, los coroneles el de subalternos y los generales el de capitanes. Hay un mariscal por coronel, un rey por general y el depósito que le está confiado, el paladión que defienden, es el Emperador.

En cuanto al resto del ejército, ¿queréis saber qué fue de él? ¿Qué hacen en mitad de aquellas infinitas estepas inundadas? ¿A dónde se dirigen estos hombres envueltos entre un cielo que no deja de nevar y que pesa sobre sus cabezas, y lagos congelados en los que se hunden las plantas de sus pies?

> Generales, oficiales y soldados; todos estaban medio desnudos y marchaban confundidos. La situación límite en la que se hallaban había borrado las clases y las categorías: caballería, artillería, infantería, etc. Todo andaba revuelto.
>
> La mayoría llevaban a la espalda unas alforjas llenas de harina y al costado un jarro atado con una cuerda; otros de las bridas no arrastraban caballos, sino sombras de caballos, que iban cargados con los utensilios de cocina y con escasas e insuficientes provisiones.
>
> Los mismos caballos transportaban parte de esas provisiones teniendo la ventaja de que no tenían que ser transportadas: cuando sucumbía alguno servía de alimento a sus amos. No se esperaba a que hubiesen expirado para descuartizarlos. Apenas caían, se echaban los famélicos soldados encima de ellos y se apresuraban a aprovechar todas las partes carnosas.
>
> La mayor parte de los cuerpos del ejército estaban disueltos y se habían ido formado un puñado de pequeñas agrupaciones compuestas de entre ocho a diez individuos que se reunían para marchar juntos, y cuyos recursos servían para todos.
>
> Muchas de estas agrupaciones tenían un caballo para llevar sus equipajes, los chismes de cocina y las provisiones, o bien cada uno de sus individuos iba provisto de un morral destinado a este uso.

Esas pequeñas comunidades cerradas, enteramente separadas de la masa general, tenían una forma de actuar y sobrevivir aislada del resto, y rechazaban en su seno a todo extraño ajeno a ellos. Todos los individuos de la familia marchaban como pegados, por decirlo de alguna forma, cuidando mucho de no dividirse en medio de la muchedumbre. ¡Desgraciado de aquel que perdía su corporación! Pues en ninguna otra parte encontraba luego quien se tomara por él el menor interés ni quien le prestara el auxilio más insignificante. Donde iba, lo maltrataban y perseguían con dureza; se le arrojaba despiadadamente de todos los sitios en que quería refugiarse, e incluso le acometían cuando había conseguido ya reunirse con los suyos. Napoleón vio pasar ante sus ojos esa masa, verdaderamente increíble, de hombres fugitivos y desorganizados.

Es difícil imaginar a estos cien mil desdichados, todos con un morral a la espalda y apoyando su paso en largos palos, cubiertos grotescamente de andrajos, llenos de parásitos y sufriendo los horrores del hambre. Y a esos atavíos, indicio de la miseria más espantosa, añádase además las fisonomías más descompuestas por el sufrimiento de todos estos males. Eran hombres pálidos, cubiertos de tierra de las tiendas, ennegrecidos por el humo, con la barba larga y sucia. Si se intenta representar la escena sólo se conseguirá una débil idea, un esbozo del cuadro que presentaba el ejército.

Caminaban penosamente, abandonados a ellos mismos, en medio de las nieves, por caminos sin trazar a través de desiertos y de inmensos pinares.

Algunos infelices, en un estado de absoluta desesperación, minados hacía largo tiempo por las enfermedades, sucumbían bajo el peso de sus males, y expiraban al fin sufriendo inefables tormentos. Se lanzaban con furor sobre aquel desesperado que sospecharan que llevaba provisiones, y se las arrebataban a pesar de su porfiada resistencia y de sus horribles juramentos.

Pareciera que estuvieran atravesando el infierno. Por un lado, se oía el ruido que producían los cadáveres, ya mutilados, al triturarlos los caballos con sus patas o las ruedas de los carros; por otro, los gritos y los gemidos de las víctimas a quienes habían faltado las fuerzas, y que, tendidas en el camino y luchando desesperadamente con la más espantosa agonía, no paraban de gemir esperando la muerte.

Más lejos, se veían grupos reunidos alrededor del cadáver de un caballo, luchando entre sí para disputarse sus trozos; y mientras unos cortaban las partes carnosas exteriores, otros se metían hasta la cintura en las entrañas para arrancar el corazón y el hígado.

Donde quiera que se mirase sólo se podía ver caras siniestras, aterradas, mutiladas por la congelación; esto es, la consternación, el dolor, el hambre, la muerte…

Para soportar estas espantosas calamidades que pesaban sobre sus cabezas, era menester estar dotado de una fortaleza inusual y a prueba de bombas. Era indispensable ser un tipo de hombre cuya fuerza moral

creciese a medida que las circunstancias se hacían más peligrosas. Dejarse afectar por la visión de las escenas deplorables de las que uno era testigo, equivalía a condenarse a sí mismo: había que cerrar el corazón a todo sentimiento de piedad. Los que fueron bastante aguerridos como para encontrar dentro de sí mismos la suficiente fuerza de reacción para resistir tantos males, hicieron gala de la más fría insensibilidad y de la entereza más imperturbable.

En medio de los horrores que les rodeaban, se les veía serenos e intrépidos, soportado las vicisitudes, arrostrando todos los peligros, y a fuerza de ver la muerte presentarse ante ellos bajo las más asquerosas formas, se acostumbraban, por decirlo de algún modo a contemplarla sin temor ninguno.

Ajenos a los gritos de dolor que de todas partes amartillaban sus oídos, si algún infortunado sucumbía en su presencia, volvían fríamente la vista, y sin sentir la menor emoción, proseguían su camino.

Así era como estas desgraciadas víctimas quedaban abandonadas en la nieve, levantándose de nuevo mientras tenían fuerza, cayendo luego insensiblemente, sin obtener de nadie una mera palabra de conmiseración, y sin que nadie se creyera obligado a prestarles el menor de los auxilio. Marchaban siempre con grandes pasos, silenciosos y cabizbajos y no se detenían hasta muy entrada la noche.

Muertos de cansancio y de necesidad, cada cual tenía que ocuparse entonces de buscar, ya no alojamiento, sino también un abrigo donde guarecerse de la aspereza de la brisa glacial, y todos se precipitaban hacia las casas, las granjas, los cobertizos y todas las construcciones que se pudieran encontrar a su paso. A los pocos instantes estaban tan amontonados en ellas, que ya no se podía entrar ni salir. Los que no podían penetrar, se instalaban fuera, detrás de los muros o cerca de ellos. Su primera preocupación consistía en proporcionarse leña y paja para dormir. Escalaban las casas para arrancar primero las techumbres, y luego si era menester quitar las vigas de los graneros, los tabiques, de modo que acababan por destruir el edificio, lo arrasaban por completo quitando el cobijo de los que en él se habían refugiado y que lo defendían con su vida. Si no mataban a aquellos que buscaban asilo en las cabañas y para los que no había espacio suficiente, corrían el riesgo de ser devorados por las llamas, pues con frecuencia, cuando no se podía entrar en las casas, se les pegaba fuego para hacer salir a cuantos allí había. Esto es lo que sucedía principalmente cuando los oficiales generales se apoderaban de ellas, tras haber expulsado a los primeros ocupantes.

Había, pues, que resignarse a vivaquear, y en lugar de cobijarse en las casas, se acostumbraron a derribarlas y a dispersar los materiales por los campos para construir abrigos aislados. Tan pronto como se conseguía esto, en cuanto lo permitía el terreno, se encendía fuego, y cada uno de los individuos de estas pequeñas corporaciones espontáneas se apresuraba a tomar parte en la preparación de la cena.

> Mientras unos se ocupaban en preparar gachas, los otros amasaban galletas para cocerlas al rescoldo. Cada cual sacaba de su morral las lonjas de carne de caballo que había conservado, y las echaba sobre las brasas para asarlas.
>
> Las gachas eran el alimento más frecuente y eran preparadas de una forma muy peculiar. Como era imposible proporcionarse agua, porque el hielo cubría todas las fuentes y todos los pantanos, se derretía en una marmita una gran cantidad de nieve para producir la de agua que se necesitaba. En esta agua, negra y cenagosa, se diluía enseguida una porción de harina, y se espesaba esta mezcla hasta darle la consistencia de una papilla. Enseguida se sazonaba con sal, o a falta de ella se echaban dos o tres cartuchos que, dándole el gusto de la pólvora, le quitaban su gran insipidez, y la teñían de un color oscuro, haciéndola parecer mucho a la menestra negra de los espartanos.
>
> Mientras se preparaba una especie de sopa, se iba echando en las brasas carne de caballo, cortada en delgadas lonjas, que eran espolvoreadas de pólvora. Terminada la cena, cada cual se dormía en seguida, abrumado de fatiga de todo tipo de males, para volver empezar al día siguiente la dura jornada que les esperaba.
>
> Al rayar el día, sin que ningún instrumento militar diese la señal de marcha, la masa entera levantaba espontáneamente sus tiendas y emprendía otra vez su movimiento[4].

De este modo transcurrieron veinte días, durante los cuales el ejército fue dejando en el camino un reguero de hasta doscientos mil hombres y quinientas piezas de cañón; que fue todo a parar al Berézina como un torrente a un precipicio.

El 5 de diciembre, mientras los restos del ejército agonizaban en Vilna, Napoleón, a instancias del rey de Nápoles, del virrey de Italia y de sus principales capitanes, partió en trineo desde Smorgoni a Francia. El frío llegaba entonces a 27 grados bajo cero.

El 18 por la noche, Napoleón se presentaba en un mal pertrechado carruaje en las puertas de las Tullerías. En un principio no quisieron abrirle: todo el mundo le creía aún en Vilna.

A los dos días, las grandes corporaciones del Estado acudieron a felicitarle por su llegada. El 12 de enero de

1813, un senado-consulto puso a disposición del ministro de la Guerra trescientos cincuenta mil reclutas. El 10 de marzo se supo la defección de Prusia. Por espacio de cuatro meses Francia entera fue una plaza de armas. El 15 de abril, Napoleón salía de nuevo de París, a la cabeza de nuevas y jóvenes legiones.

El 1 de mayo estaba en Lutzen listo para atacar al ejército combinado ruso y prusiano, con doscientos cincuenta mil hombres, doscientos mil de los cuales pertenecían a Francia, y los otros cincuenta mil eran sajones, bávaros, westfalianos, wurtembergueses y del gran ducado de Berg. El gigante, al que se creía batido, se había levantado de súbito: Anteo había mordido el polvo momentáneamente pero no estaba ni mucho menos derrotado.

Como de costumbre, sus primeros golpes fueron terribles y decisivos. Los ejércitos combinados dejaron en el campo de batalla de Lutzen quince mil hombres muertos o heridos, y en poder de los vencedores dos mil prisioneros. Los jóvenes reclutas se habían puesto desde el primer momento al nivel de las tropas veteranas. Napoleón se había expuesto como si fuera un subteniente.

Al siguiente día dirigió al ejército esta proclama:

> Soldados:
>
> Me siento muy orgulloso: habéis hecho cuanto esperaba de vosotros. La batalla de Lutzen figurará por encima de las de Austerlitz, Jena, Friedland y Moscú. En un solo día habéis frustrado todos los complots parricidas de vuestros enemigos. Arrojaremos a los tártaros a sus horrendos climas, de los que no deben salir, que se queden en sus desiertos de hielo, mansión de esclavitud, de barbarie y de corrupción en donde el hombre no tiene más remedio que estar relegado a la categoría de animal. Habéis merecido bien de la Europa civilizada. Soldados: Italia, Francia y Alemania os dan las gracias.

La victoria de Lutzen abrió de nuevo al rey de Sajonia las puertas de Dresde.

El 8 de mayo, el ejército francés penetró en la ciudad. El 9, el Emperador mandó construir un puente sobre el río Elba, ya que el anterior había sido destruido por los enemigos después de retirarse. El 20 alcanzó a las tropas enemigas y las venció en la posición atrincherada de Bautzen. El 21 continuó la victoria de la víspera, y en estos dos días, en las que Napoleón desarrolló las maniobras más sabias de estrategia, rusos y prusianos perdieron dieciocho mil hombres, muertos o heridos, y tres mil quedaron prisioneros.

Al otro día, en un desgraciado encuentro de retaguardia, el general Bruyére perdió las dos piernas y un mismo cañonazo mató a los generales Kirgener y Duroc.

El ejército combinado está en plena retirada. Ha atravesado el Neisse, el Queiss y el Bober. Es acorralado una vez más en el combate de Sprotteau, en el que Sebastiani le coge veintidós cañones, ochenta cajones y quinientos hombres. Napoleón le sigue pisándole los talones y no le da un momento de tregua. Sus campamentos de un día son usados de tiendas por los franceses al día siguiente.

El 29, el conde Schouvalov, ayudante de campo del emperador de Rusia y el general prusiano Kleist, se presentan en las avanzadas para pedir un armisticio.

El 30 se celebra una nueva conferencia en el castillo de Liegnitz, pero es infructuosa completamente.

Austria se debatía ante un nuevo cambio de alianza. Para permanecer neutral el mayor tiempo posible, se presentó a sí misma como mediadora y se la aceptó en calidad de tal. El resultado de la mediación fue un armisticio pactado en Pleisswitz el 4 de junio.

Enseguida se reunió un congreso en Praga para negociar la paz, que parecía a estas alturas imposible. Las potencias confederadas exigieron que el Imperio quedara limitado a

sus fronteras del Rin, de los Alpes y del Mosa. Napoleón consideró estas pretensiones como un insulto y se rompieron las negociaciones. Austria pasó a la coalición y la guerra, que era lo único que podía terminar este gran proceso diplomático, empezó de nuevo.

Los adversarios marcharon de nuevo hacia el campo de batalla. Los franceses, con trescientos mil hombres, destacando los cuarenta mil de caballería, que ocupaban el corazón de la Sajonia a la orilla derecha del Elba; los soberanos aliados, con quinientos mil hombres, de los cuales cien mil eran de caballería, amenaban al ejército francés desde tres direcciones: Berlín, Silesia y Bohemia. Napoleón, sin pararse a sopesar esta gran diferencia numérica, toma la ofensiva con su acostumbrada rapidez. Divide su ejército en tres grandes grupos: el primero lo envía hacia Berlín, donde debe operar contra los prusianos y los suecos, deja el segundo estacionado en Dresde, para observar al ejército ruso de Bohemia y él, marcha al frente de la tercera división que va contra Blücher, dejando una reserva en Littaw.

Alcanza a Blücher y le derrota; pero mientras está dando caza a su enemigo, llega a su conocimiento que ciento ochenta mil aliados están atacando a los sesenta mil franceses que ha dejado en Dresde, por lo que destaca de su cuerpo de ejército unos treinta y cinco mil hombres, y mientras le creen en persecución de Blücher, cae rápido y mortal sobre sus enemigos como un relámpago. El 29 de agosto los aliados atacan de nuevo Dresde y son rechazados. Al siguiente día vuelven a la carga con todos sus efectivos, pero sus masas están ya rotas, deshechas y aniquiladas. Todo este ejército, que combate a la vista de Alejandro, está a un instante de la destrucción total y no

consigue salvarse sino dejando cuarenta mil hombres en el campo de batalla.

Es en esta batalla, donde una de las primeras balas de cañón dirigida por el mismo Napoleón, arranca de cuajo las dos piernas de Moreau. La reacción esperada finalmente llega: al día siguiente de esta terrible carnicería, un agente de Austria se presenta en Dresde, portador de proposiciones amistosas. Pero mientras se discuten las primeras negociaciones, Napoleón es informado de que el ejército de Silesia, al que él había encomendado la misión de seguir a Blücher, ha perdido veinticinco mil hombres, que el que marchaba sobre Berlín ha sido batido por Bernadotte y, finamente, que casi todo el cuerpo del general Vandamme, que estaba persiguiendo a los rusos y a los austriacos con una tercera parte de ejército que el de estos, ha sido rechazado por la fuerza enemiga, que ha descubierto la inferioridad numérica de su perseguidor.

Así, esa famosa creencia establecida a partir de 1814, de que Napoleón será vencedor donde quiera que se presente personalmente y vencido allí donde no esté en persona, comienza en 1813.

Al saberse estas noticias, quedan rotas las negociaciones.

Napoléon 1840 ed. francesa_Página_257_Imagen_0001.tif

Napoleón, apenas repuesto de una indisposición que se cree efecto de un envenenamiento, marcha al punto sobre Magdeburgo con la intención de avanzar hacia Berlín y apoderarse de ella bordeando el Elba por Wittemberg. Muchos cuerpos habían llegado ya a esta población, cuando una carta del rey de Wurtemberg anuncia que Baviera ha cambiado de bando y que sin declaración de guerra alguna ni previo aviso se han reunido los dos ejércitos, austriaco y bávaro, acantonados en el Inn. Ochenta mil hombres, a las órdenes del general Urede, dirigen su marcha hacia el Rin y Wurtemberg, siempre leal de corazón en su alianza, pero forzado por semejante ejército, se ha visto obligado a reunir allí su contingente. Dentro de quince días, cien mil hombres bloquearán Maguncia.

Austria ha dado un ejemplo de defección y muy pronto surgirán imitadores.

El plan de Napoleón y las disposiciones de fortalezas y almacenes, meditado por espacio de dos meses y para el cual todo estaba preparado, queda cambiado en una hora. En lugar de intentar empujar a los aliados entre el Elba y el Saale, maniobrando bajo la protección de las plazas de Torgau, Wittemberg, Magdeburgo y Hamburgo, y establecer la guerra entre el Elba y el Order, donde el ejército francés posee a Glaugau, Custrin y Stettin, Napoleón decide replegarse sobre el Rin. Pero antes es preciso herir de muerte a los aliados y evitar cualquier intento de persecución en su retirada. Por eso, marcha contra ellos sorpresivamente en lugar de esquivarlos y el 16 de octubre chocan ambos ejércitos en Leipzig. Los franceses y los aliados se encuentran frente a frente, los primeros con

ciento cincuenta y siete mil combatientes y seiscientos cañones; y los segundos con trescientos cincuenta mil hombres y el doble de artillería.

Aquel mismo día se combate ocho horas seguidas. El ejército francés se hace con la victoria, pero un esperado cuerpo de ejército que se aguarda de Dresde no acude para sentenciar la derrota de los enemigos. Los franceses, a pesar de ello, pernoctan en el campo de batalla.

El 17, los ejércitos de Rusia y Austria reciben un refuerzo. El 18, atacan de nuevo.

Durante cuatro horas se combate con ventaja francesa hasta que treinta mil sajones que ocupan una de las posiciones más importantes de la línea, de repente se pasan al enemigo y vuelven contra los franceses sesenta piezas de artillería. Todo parece perdido en aquella inaudita defección: la situación había dado un vuelco.

Napoleón en persona acude con la mitad de su guardia, ataca a los sajones, los hace retroceder, les quita una parte de su artillería y los abrasa con los cañones cargados por ellos mismos. Los aliados retroceden: en estas dos jornadas han perdido ciento cincuenta mil hombres de sus mejores tropas y aquella noche los franceses vuelven a dormir en el campo de batalla.

El cañón, siempre leal a Napoleón, si no ha establecido un completo equilibrio, ha hecho desaparecer por lo menos la gran desproporción. Todo parece favorable para la victoria francesa en una tercera batalla cuando Napoleón es informado de que no quedan en los parques más que dieciseis mil tiros, habiéndose disparado doscientos veinte mil durante las últimas batallas: la retirada es obligada. Se ha malogrado el resultado de dos victorias y se han sacrificado inútilmente cincuenta mil hombres.

A las dos de la mañana comienza el movimiento de retirada con dirección Leipzig. El ejército se retira por detrás del Elster para comunicarse con Erfurth, donde se guardan las municiones de las que carecen. Pero no logran retirarse tan furtivamente como para que el ejército aliado no lo sospeche, aunque tardan en darse cuenta porque se hallaban en posición de guardia esperando el ataque francés. Al rayar el día los aliados atacan la retaguardia y penetran en Leipzig. Los soldados franceses se revuelven, hacen frente al enemigo y defienden el terreno palmo a palmo para dar tiempo al ejército de pasar el único puente sobre el Elster por el cual se efectúa la retirada. De pronto suena una terrible detonación y saltan las alarmas: un sargento ha volado el puente sin haber recibido la orden de su jefe. Cuarenta mil franceses perseguidos por doscientos mil rusos y austriacos, quedan separados de su ejército por un río torrencial. Sólo queda rendirse o dejarse matar. Una parte de ellos se ahoga y la otra queda sepultada bajo los escombros del arrabal de Ranstadt.

El 20, el ejército francés llega a Weissenfels y se pasa por primera vez revista. El príncipe Poniatovski, los generales Vial, Dumoutier y Rochambeau se han ahogado o han perecido; el príncipe del Moscú, el duque de Ragur, los generales Souham, Compáns, La Tuur-Maubourg y Friedrichs están heridos; el príncipe Emilio de Darmstadt, el conde de Hochberg, los generales Lauriston, Delmas, Rozniecky Krasinsky, Valory, Bertrand, Dorsenne, d’Etzko, Colomy, Bronikovsky, Sliwowitz, Mahlakovsky, Rautenstrauch y Stockhorn han caído prisioneros. Diez mil muertos, quince mil prisioneros, ciento cincuenta piezas de artillería y quinientos carros han sido la factura que han tenido que pagar en el Elster y en los arrabales de la ciudad.

Por lo que respecta a las tropas de la confederación que aún quedaban, han desertado en el trayecto de Leipzig a Weissenfels.

El ejército francés llega a Erfuth el 23, reducido a sus mínimas fuerzas, pues sólo cuenta ochenta mil hombres aproximadamente.

El 28, al llegar a Schluchtern, Napoleón tiene noticias sobre los movimientos del ejército austro-bávaro, que ha conseguido llegar al Mein a marchas forzadas.

El 30, el ejército francés lo encuentra formado en batalla delante de Hanau e interceptando el camino de Francfurt. No tiene más remedio que abrirse paso a través de él perdiendo seis mil hombres y cruza el Rin en los días 5, 6 y 7 de noviembre.

El 9, Napoleón está de regreso en París.

Allí se persiguen las defecciones, que como una plaga, desde el exterior van a extenderse al interior: después de Rusia, Alemania; después de Alemania, Italia; después de Italia, Francia.

La batalla de Hanau ha dado lugar a nuevas conferencias. El barón de Saint-Aignan, el príncipe de Metternich, el conde Nesselrode y Lord Aberdeen se reunen en Francfort. Napoleón conseguiría la paz abandonando la confederación del Rin, renunciando a Polonia y a los departamentos del Elba. Francia quedaría en sus límites naturales, los Alpes y el Rin. Luego se discutiría en Italia una frontera que les separara de la casa de Austria.

Napoleón aceptó estas bases y sometió a la consideración del Senado y del cuerpo legislativo los documentos relativos a las negociaciones, declarando que estaba dispuesto a hacer los sacrificios exigidos. El cuerpo legislativo, descontento porque el Emperador le había impuesto un presidente sin previa presentación de candidatos, nombró

una comisión de cinco individuos para examinar estas actas. Los cinco dictaminadores, conocidos por su oposición al sistema imperial, eran MM. Lainé, Gallois, Flaugergues, Raynouard y Maine de Birau. Redactaron un dictamen en el que aparecía, después de once años de olvido, la palabra libertad. Napoleón rompió el dictamen y despidió al cuerpo legislativo. Mientras tanto, iban revelándose las verdaderas intenciones de los soberanos en medio de sus falaces protocolos. Lo mismo que en Praga, donde sólo habían querido ganar tiempo, rompieron de nuevo las conferencias, indicando la reunión de un próximo congreso en Châtillon-sur-Seine. Era a la vez un reto y un insulto. Napoleón aceptó el uno y juro vengarse del otro. El 25 de enero de 1814 partió de París, dejando a su mujer y a su hijo bajo la protección de los oficiales de la guardia nacional.

El Imperio estaba invadido por todas partes. Los austriacos avanzaban en Italia, los ingleses habían pasado el Bidasoa y aparecían en los Pirineos; Schwartzemberg, con su gran ejército de ciento cincuenta mil hombres, desembocaba en Suiza; Blücher había entrado por Francfort con ciento treinta mil prusianos; Bernadotte había invadido Holanda y penetraba en Bélgica con diez mil suecos y sajones. Setecientos mil hombres formados, por sus derrotas mismas, en la gran escuela de la guerra napoleónica, avanzaban hacia el corazón de Francia, sin detenerse a atacar las plazas fuertes y respondiendo unos a otros con un solo grito: «¡París! ¡París!».

Napoleón se queda solo contra el mundo entero. Apenas dispone de ciento cincuenta mil hombres para oponerlos a tan inmensas masas, pero ha recobrado, si no la confianza, al menos el genio de sus juveniles años: la campaña de 1814 será su gran obra maestra en lo tocante a la estrategia.

Con un rapidez inusitada lo ve todo, lo abarca todo y, todo cuanto está en sus manos lo atiende sin demora. Maisón queda encargado de contener a Bernadotte en Bélgica; Augereau marchará el encuentro de los austriacos en Lion; Soult contendrá a los ingleses detrás del Loira; Eugène defenderá Italia y él se encargará de Blücher y de Schwartzemberg.

Se lanza entre ellos con sesenta mil hombres, se desplaza de un ejército al otro, destroza a Blücher en Chapaubert, en Montmirail, en Chateau-Thierry y en Montereau. En diez días, Napoleón ha alcanzado cinco victorias y los aliados han perdido noventa mil hombres.

Entonces se reanudan nuevas negociaciones en Chântillon-sur-Seine, pero los soberanos aliados, cada vez más exigentes, proponen condiciones inaceptables. No sólo pretenden que Napoleón abandone todas sus conquistas, sino que los límites de la República queden reducidos a los de la antigua Monarquía.

Napoleón respondió con uno de esos arranques feroces que eran tan conocidos. Saltó de Mery-sur-Seine a Craonne, de Craone a Reims y de Reims a Saint-Dizier. En todas partes el enemigo se encuentra con él, es cazado, arrollado, desbaratado, y deshecho. Pero también consigue rehacerse y, siempre vencido, avanza a duras penas.

Dondequiera que Napoleón no está, la fortuna le abandona. Los ingleses han entrado en Burdeos; los austriacos ocupan Lion; el ejército de Bélgica, reunido con las reliquias del de Blücher, reaparece sobre su retaguardia. Sus generales se ablandan, están cansados de combatir. Los ejércitos de Napoleón llenos de títulos nobiliarios ahítos de oro, no quieren ya batirse. Tres veces se le escapan los prusianos, a quienes creía tener a su merced: la primera en la orilla izquierda del Marne, gracias a una helada repentina

que da consistencia a los lodazales, en medio de los cuales debían perecer; la segunda, junto a Aisne, a causa de la rendición de Soissons, que les abre un paso de avance en el momento en que no podían retroceder; y por fin, en Craone, por la negligencia del duque de Raguse, que se deja arrebatar parte de su material en una emboscada nocturna. Napoleón no deja de apreciar todos estos presagios y reconoce que, a pesar de sus esfuerzos, Francia se le escapa de las manos. Sin esperanza ya de conservar un trono, quiere al menos encontrar un sitio donde cavar una tumba y hace, aunque inútilmente, todo cuanto es posible para hacerse matar en Arcis-sur-Aube y en Saint-Dizier. Sin embargo, parece que ha hecho un pacto con las balas de fusil y de cañón para salir siempre ileso.

El 29 de marzo recibe en Troyes, hasta donde ha perseguido a Wintzingerode, la noticia de que los rusos y los prusianos marchan en columnas cerradas sobre París.

Parte enseguida, llega el 1 de abril a Fontainebleau y sabe que Marmont ha capitulado la víspera, a las cinco de la tarde y que desde aquella mañana los aliados ocupan la capital.

Tres recursos le quedaban:

El primero es que aún tenía a sus órdenes cincuenta mil soldados, de los más bravos y decididos del universo. Bastaba reemplazar a los viejos generales, que se exponían a perderlo todo, por los coroneles, que podían ganarlo todo. A su voz, potente todavía, podía levantarse la población. Pero entonces, la ciudad de París quedaría sacrificada, los aliados la quemarían al retirarse, y no hay más que un pueblo, a quien pueda salvar semejante remedio: el ruso.

El segundo consistía en dirigirse hacia Italia, reunir los veinticinco mil hombres de Augereau, los dieciocho mil del general Grenier, los quince mil del mariscal Suchet y los

cuarenta mil del mariscal Soult. Pero esta opción no iba a dar ningún buen resultado: Francia continuaría ocupada por el enemigo, y de esta ocupación podrían sobrevenir las mayores desgracias para ella.

Quedaba el tercero, que era retirarse a la otra parte del Loira y hacer la guerra de guerrillas.

Los aliados acabaron por hacerle adoptar una resolución, declarando que él era el único obstáculo para la paz general.

Y ante esta declaración a Napoleón no le quedaban mas que dos opciones: morir a la manera de Aníbal, o bajar del trono a la manera de Sila.

Y se dice que intentó la primera, pero que el veneno de Cabanis no fue lo suficientemente potente.

Sea como fuere, al final decidió optar por la segunda. En un pedazo de papel, hoy perdido, escribió las siguientes líneas, tal vez las más importantes que jamás hayan trazado mano mortal:

> Habiendo proclamado las potencias aliadas que el emperador Napoleón era el único obstáculo para el restablecimiento de la paz en Europa, el emperador Napoleón, fiel a su juramento, declara que renuncia por sí y por sus herederos al trono de Francia y de Italia, porque no hay ningún sacrificio personal, ni aun el de la vida, que no esté dispuesto a hacer en obsequio de Francia.

Por espacio de un año, el mundo pareció vacío.

Napoléon 1840 ed. francesa_Página_273_Imagen_0002.tif

Mariscal Suchet

V. NAPOLEÓN EN LA ISLA DE ELBA

Napoleón era el rey de la isla de Elba.

Había perdido el imperio del mundo y sólo quería estar a solas con su desventura.

—Todo cuanto necesito –dijo–, es un mísero escudo diario y un caballo.

Por eso, obligado a la fuerza por los que le rodeaban, y a pesar de poder elegir entre Italia, Toscana y Córcega, fijó la vista en este pequeño y humilde rincón de la tierra donde se encontaba: la isla de Elba.

Pero si descuidó sus intereses, no por eso dejó de defender los derechos de los que le acompañaban: el general Bertrand, gran mariscal de palacio; el general Drouot, ayudante de campo del Emperador; el general Cambronne, comandante del primer regimiento de cazadores de la guardia; el barón Jermanovsky, comandante de lanceros polacos; el caballero Malet, los capitanes de artillería Cornuel y Raoul, los capitanes de infantería Loubers, Lamourette, Hureau y Combi y por último, los capitanes de lanceros polacos Balnisky y Schoultz.

Estos oficiales mandaban sobre cuatrocientos hombres, sacados de los granaderos y cazadores de la antigua guardia, que habían obtenido permiso para acompañar en el destierro a su emperador. En caso de que regresaran a Francia, Napoleón había estipulado para ellos la conservación de sus derechos de ciudadanos.

A las seis de la tarde del 3 de mayo de 1814, la fragata *The Undaunted* fondeó en la rada de Portoferraio.

El general Dalesme, que mandaba todavía en la isla de Elba en nombre de Francia, pasó a bordo para, al momento,

ponerse a las órdenes de Napoleón.

El conde Drouot, nombrado gobernador de la isla, saltó a tierra para hacerse reconocer en calidad de tal y tomar el mando de los fuertes de Portoferraio. El barón Jermanovsky, nombrado comandante de armas de la plaza, lo acompañaba, así como el caballero Baillón, jefe de palacio, para preparar el alojamiento de Su Majestad.

Aquella misma noche, todas las autoridades, el clero y los principales habitantes, fueron en comisión a bordo de la fragata a presentarse ante la presencia del Emperador. El día siguiente, el 4 por la mañana, un destacamento de tropas llevó a la ciudad la nueva bandera adoptada por el emperador, y que era la de la isla, es decir, de plata con banda de gules y tres abejas de oro en la banda. Se enarboló al punto en el fuerte de la Estrella a los estampidos de las salvas de artillería. La fragata inglesa devolvió el saludo a su vez, así como todos los barcos anclados en el puerto.

A eso de las dos, Napoleón desembarcó con toda su comitiva. En el momento en que puso el pie en el suelo de la isla, fue saludado con una salva de ciento y un cañonazos disparados por la artillería de los fuertes, y a los cuales la fragata inglesa respondió con veinticuatro cañonazos y los gritos de vivas de la tripulación.

El Emperador llevaba el uniforme de coronel de cazadores de a caballo de la guardia, y en lugar de la escarapela tricolor llevaba en el sombrero la encarnada y blanca de la isla.

Antes de entrar en la ciudad fue recibido por las autoridades, el clero y los notables, precedidos por el alcalde, que le entregó las llaves de Portoferraio en una bandeja de plata. Las tropas de la guarnición estaban posicionadas indicando el recorrido, y detrás de ellas toda la

población, no sólo de la capital, sino de los demás pueblos y aldeas, que había acudido de todos los puntos de la isla. Aquellos pobres pescadores no podían creer que tuviesen por rey al hombre cuyo poderío, nombre y hazañas habían llenado el mundo. Napoleón estaba tranquilo, afable, casi alegre.

Después de responder al discurso de bienvenida del alcalde, pasó con su comitiva a la catedral, donde se cantó el «*Te Deum*». A la salida de la iglesia se trasladó a la casa consistorial, destinada a servirle de alojamiento. Por la noche la ciudad y el puerto se iluminaron espontáneamente.

El general Dalesme publicó el mismo día la siguiente proclama redactada por Napoleón:

> Habitantes de la isla de Elba:
>
> Las vicisitudes humanas han conducido entre vosotros al emperador Napoleón: su propia elección os lo da por soberano. Antes de penetrar en vuestros muros, vuestro nuevo monarca me ha dirigido las siguientes palabras, que me apresuro a transmitiros, porque son la garantía de vuestra propia felicidad.
>
> «General –me ha dicho el Emperador–, he sacrificado mis derechos al interés de la patria, y me he reservado la soberanía y propiedad de la isla de Elba. Todas las potencias han accedido a este arreglo. Al dar a conocer a los habitantes este estado de cosas, decidles que he elegido esta isla para mi residencia, teniendo en consideración la dulzura de sus costumbres y de su clima y aseguradles que serán el objeto constante de mi más vivo interés».
>
> Elbenses, estas palabras no necesitan comentarios, ellas formarán vuestro destino. El Emperador os ha juzgado bien, os debo esta justicia y os la hago.
>
> Habitantes de la isla de Elba, pronto me alejaré de vosotros, y esta separación me será penosa, pero la idea del vuestro bienestar mitiga la amargura de mi partida, y en cualquier sitio en que me encuentre, conservaré siempre el recuerdo de las virtudes de los habitantes de la isla de Elba.
>
> DALESME

Los cuatrocientos granaderos llegaron el 26 de mayo, mientras que el 28, partió el general Dalesme con la antigua

guarnición. La isla quedaba entregada enteramente a su nuevo soberano.

Napoleón no podía permanecer mucho tiempo inactivo. Después de haber dedicado los primeros días a los trabajos indispensables para su instalación, montó a caballo el 18 de mayo y recorrió toda la isla. Quería cerciorarse por sí mismo del estado en que se encontraba la agricultura y cuáles eran los productos más o menos seguros de la isla en cuanto a comercio, pesca, extracción de mármoles y de metales y sobre todo hizo un reconocimiento con especial atención de las canteras y las minas que constituyen su principal riqueza.

De regreso en Portoferraio, después de haber visitado hasta la última aldea y dado en todas partes a los habitantes pruebas de solicitud, se ocupó en organizar su Corte y en aplicar las rentas públicas a las más urgentes necesidades. Estas rentas se componían de las minas de hierro, de las que se podía sacar un millón anual; de la pesca del atún, que estaba arrendada por cuatrocientos a quinientos mil francos; de las salinas, cuya explotación, concedida a una sociedad, podía producir, poco más o menos, la misma suma, y en fin, del impuesto territorial y de algunos derechos de aduanas. Todos estos productos, unidos a los dos millones que había conseguido llevarse de Francia, podían formarle unos cuatro millones y medio de renta.

Napoleón solía decir a menudo que jamás había sido tan rico.

Había dejado la casa ayuntamiento para ir a vivir a una bonita casa que llamaba pomposamente su «palacio». Esta casa estaba situada en una peña, entre el fuerte Falcone y el de la Estrella, en un baluarte llamado *Baluarte de los Molinos; que* consistía en dos pabellones unidos por un

edificio. Desde sus ventanas se veía la ciudad y el puerto, tendidos a sus pies, de suerte que ningún objeto nuevo podía escapar a la mirada del nuevo dueño.

En cuanto a su casa de campo, estaba situada en San Martino. Antes de su llegada no era más que una cabaña que había mandado reconstruir y arreglar con gusto, pero jamás pernoctaba allí, limitándose a dar un paseo hasta ella y nada más. Situada al pie de una montaña muy elevada, rodeada por un torrente y por una pradera, vislumbraba desde ella el pueblo, el puerto, y en el horizonte, más allá de la superficie vaporosa del mar, las playas de Toscana.

Al cabo de seis semanas, la emperatriz madre llegó a la isla de Elba y a los pocos días la princesa Paulina. Esta última se había reunido con el Emperador en Fréjus y quiso embarcarse con él; pero estaba tan enferma, que el médico se opuso. El capitán inglés se comprometió entonces a volver a recoger a la princesa en un día prefijado, y como aquel día transcurrió sin presentarse dicha fragata, la princesa aprovechó que un barco napolitano se dirigía a la isla para reunirse con el Emperador sin demora. En este primer viaje no pasó más que dos días en la isla y partió para Nápoles, pero el 1 de noviembre el bergantín *Inconstant* la condujo de nuevo a la isla y no se separó ya más del Emperador.

Se comprende que al pasar de una actividad tan grande a un reposo tan absoluto, Napoleón tuviera necesidad de crearse obligaciones regulares que le ocuparan todas las horas. Se levantaba al rayar el día, se encerraba en su biblioteca y se dedicaba a escribir sus memorias militares hasta las ocho de la mañana. Luego salía a inspeccionar las obras, se paraba a interrogar a los trabajadores que eran casi todos soldados de su guardia. A eso de las once almorzaba frugalmente. Durante las horas de más calor,

cuando había hecho largas caminatas o trabajado mucho, dormía unas dos horas después de almorzar, y salía otra vez a eso de las tres, unas veces a caballo y otras en carretela, acompañado del gran mariscal Bertrand y del general Drouot, que en estas excursiones nunca se apartaban de él. Por el camino atendía a todas las reclamaciones que se le pudieran presentar, y nunca se alejaba de nadie sin dejarle satisfecho. A las siete, regresaba, comía con su hermana, que habitaba en el primer piso de su palacio, e invitaba a su mesa al intendente de la isla, M. de Balbiani, al chambelán Vanatini, o bien al alcalde de Portoferraio o al coronel de la guardia nacional, y a veces incluso a los alcaldes de Porto Longone y de Río. Luego pasaba la velada en las habitaciones de la princesa Paulina.

La Emperatriz madre vivía en una casa aparte que el chambelán Vantini le había cedido.

Entretanto, la isla de Elba se había convertido en punto de reunión de todos los curiosos de Europa y en breve fue tanta la frecuencia de extranjeros, que hubo que tomar medidas para evitar los desórdenes debido a la aglomeración de tantos individuos desconocidos entre los cuales había muchos aventureros que buscaban fortuna bajo el ala del Emperador. Los productos de la tierra fueron muy pronto insuficientes y fue menester traerlos del continente. Aumentó el comercio de Portoferraio y este aumento mejoró la situación general. Incluso en calidad de desterrado, la presencia de Napoleón era una fuente de prosperidad para el país que le daba cobijo. Su influencia se había extendido hasta las últimas clases de la sociedad y una atmósfera nueva rodeaba a la isla.

De aquellos extranjeros, había ingleses, que tenían un gran interés en verle y oírle. Napoleón, por su parte, los recibía con benevolencia. Lord Bentink, lord Douglas y otros

muchos señores de la alta aristocracia, se llevaron a Inglaterra un grato recuerdo de su visita a la isla de Elba.

De todas las visitas que recibía el Emperador, las más agradables eran las de un gran número de oficiales de todas las naciones, especialmente franceses, polacos y alemanes, que iban a ofrecerle sus servicios y a los que Napoleón tenía que responder que no tenía empleos ni grados que darles.

—Pues bien, os serviremos como soldados –le decían.

Y casi siempre los incorporaba a los granaderos. Estas adhesiones a su nombre le halagaban y le emocionaban profundamente.

Llegó el 15 de agosto, día del santo del Emperador, que se celebró con un entusiasmo tan difícil de describir que incluso al propio Napoleón, tan acostumbrado como estaba a las fiestas oficiales, le pareció un espectáculo totalmente nuevo para él. La ciudad organizó un baile al Emperador y a la guardia, a cuyo efecto se levantó en la plaza mayor de la ciudad una espaciosa tienda de campaña. Napoleón mandó que la dejasen abierta para que el pueblo entero tomara parte en la fiesta.

Las obras que se emprendían en la ciudad y en la isla, rayaban lo fastuoso. Dos arquitectos italianos, los señores Bargini, romano, y Bettarini, toscano, trazaban los planos de las construcciones resueltas; pero casi siempre el Emperador introducía en ellos algunas modificaciones con arreglo a sus ideas, pareciendo que era él el verdadero arquitecto. Así, cambió el trazado de muchos caminos comenzados, encontró una fuente cuya agua parecía de mejor calidad que la que se bebía en Portoferraio y dirigió la corriente hasta la ciudad.

Aunque no eran ajenos a su mirada de águila los acontecimientos europeos, Napoleón estaba, en apariencia, sometido a su destino de desterrado. Nadie ponía ya en

duda que con el tiempo el Emperador se acostumbraría a aquella nueva vida, rodeado del cariño de cuantos se acercaban a él. Pero entonces los mismos soberanos aliados se encargaron de despertar al león, que probablemente dormía con un ojo medio abierto.

Hacía ya muchos meses que Napoleón habitaba en su pequeño imperio, ocupándose de embellecerlo por todos los medios que su genio infatigable e inventivo le sugería, cuando se le avisó secretamente de que su nuevo alojamiento estaba dando lugar a numerosos debates. Francia, por mediación de M. de Talleyrand, reclamaba con vehemencia como medida necesaria en el congreso de Viena el fin de su estancia en la isla, exponiendo cuán peligroso era para la dinastía reinante que Napoleón residiera tan cerca de las costas de Italia y de Provenza. Se destacó en el congreso, sobre todo, que si el ilustre proscrito se cansara de su destierro, podría lograr llegar a Nápoles en cuatro días y desde allí, con la ayuda de su cuñado Murat, que todavía reinaba en aquel país, pasar a la cabeza de un ejército a las descontentas provincias del norte de Italia, y sublevarlas a un primer llamamiento, renovado así la lucha mortal que apenas acababa de terminar.

Para apoyar esta violación del tratado de Fontaineblau, se recurría a la correspondencia del general Excelmans con el rey de Nápoles, que acababa de ser interceptada y que hacía sospechar una flagrante conspiración cuyo centro era la isla de Elba, con ramificaciones en Italia y en Francia. Vino a apoyar estas sospechas otra conspiración que se descubrió en Milán y en la cual estaban implicados muchos oficiales generales del antiguo ejército italiano.

Austria tampoco veía con buenos ojos tan peligrosa vecindad. *La Gaceta de Augsburgo,* órgano de su gobierno,

se explicaba con toda claridad sobre este punto. En ella se leían textualmente estas palabras:

> Por alarmantes que sean los acontecimientos de Milán, conviene, sin embargo, tranquilizarse. Pensamos que tal vez puedan contribuir a alejar lo más pronto posible a un hombre que en la roca de la isla de Elba, tenía en sus manos los hilos de esas tramas urdidas con su oro y que mientras continúe cerca de las costas de Italia, no dejará a los soberanos de esos países gozar tranquilamente de sus posesiones.

Pero el congreso, a pesar de la convicción general que reinaba, basándose en pruebas tan débiles, no se atrevía a tomar una determinación que estaba en contradicción manifiesta con los principios de moderación tan fastuosamente emitidos por los soberanos aliados. De modo que se decidió presentar una propuesta a Napoleón, y así hacer ver que los tratados existentes no se violaban, para determinarle a salir voluntariamente de la isla de Elba, sin perjuicio de apelar a la violencia en el caso de que se negara a ello. En consecuencia, el congreso se ocupó inmediatamente en elegir una nueva residencia para él. Se designó Malta, pero Inglaterra vio en ello inconvenientes, porque de prisionero, Napoleón podría pasar a convertirse en gran maestre.

Y optó finalmente por Santa Elena.

El primer pensamiento que se le cruzó a Napoleón fue que estos rumores los difundían sus mismos enemigos para obligarle a llevar a cabo cualquier acto de desesperación que permitiera violar las promesas que se le habían hecho. Seguro de ello, hizo salir para Viena un agente discreto y fiel, con el encargo de averiguar qué crédito podía dar a los avisos que le habían dado. Éste fue recomendado al príncipe Eugène de Beauharnais, que, hallándose a la sazón en Viena y gozando de la confianza del emperador Alejandro, debía de saber lo que pasaba en el congreso. El

espía de Napoleón recopiló en poco tiempo todos los datos necesarios y se los comunicó inmediatamente. Organizó, además, una correspondencia activa y segura, por la cual Napoleón podía estar al corriente de todo lo que pasaba.

Además de esta correspondencia con Viena, el Emperador nunca había perdido comunicaciones con París, y cada noticia que le llegaba le indicaba que iba surgiendo un poderoso movimiento rebelde contra los Borbones.

Colocado en esta doble posición, se le ocurrieron entonces las primeras ideas del gigantesco proyecto que no tardó en poner en marcha.

Napoléon 1840 ed. francesa_Página_290_Imagen_0002.tif

Talleyrand

Napoleón hizo en Francia lo que había hecho en Viena. Envió emisarios provistos de instrucciones secretas para cerciorarse de la verdad y entablar, si ello fuera posible, relaciones con los amigos que habían permanecido fieles, y con los jefes del ejército que, por estar más desatendidos, debían de estar más descontentos.

Estos emisarios confirmaron a su regreso las sospechas a las que Napoleón no daba crédito en un primer momento y al mismo tiempo le dieron la certeza de que en el pueblo y en el Ejército la revolución se estaba fermentando; que todos los descontentos, y su número era inmenso, volvían los ojos hacia él y anhelaban su regreso. En definitiva, que era inevitable una explosión social e imposible que los Borbones lucharan más tiempo contra la animadversión que habían suscitado la impericia e imprevisión de su gobierno.

Las cartas estaban echadas: por un lado estaba el peligro y por el otro, la esperanza; una prisión eterna en una roca en medio del océano o el imperio del mundo.

Napoleón tomó una resolución con su rapidez habitual y en menos de ocho días lo tuvo todo organizado en su mente. Ya no había más que hacer los preparativos de esta tamaña empresa sin despertar las sospechas del comisario inglés encargado de ir de vez en cuando a visitar la isla de Elba y bajo cuya vigilancia indirecta se habían puesto todos los pasos y acciones del Emperador.

Este comisario era el coronel Campbell, que había acompañado al Emperador a su llegada. Tenía a su disposición una fragata inglesa en la que iba continuamente de Portoferraio a Génova, de Génova a Liorna y de Liorna a Portoferraio. En esta última rada permanecía comúnmente unos veinte días, durante los cuales el coronel bajaba a tierra, e iba a hacer, en apariencia, una visita a la Corte a Napoleón.

Era preciso también engañar a los agentes secretos que pudiera haber en la isla, distraer la instintiva y perspicaz sagacidad de los habitantes. En una palabra, hacerlo todo para que nadie pudiera suponer sus intenciones.

Con tal objeto, Napoleón mandó proseguir con las obras empezadas; dispuso que se hiciera el trazado de nuevos caminos que se proponía abrir en todas direcciones alrededor de la isla para la circulación de Portoferraio y Porto Longone, y como en la isla había gran escasez de árboles, hizo traer del continente gran cantidad de morales que plantó a ambos lados del camino. Luego se ocupó activamente en la conclusión de su casita de San Martino, cuyas obras iban muy despacio y así fingir que recibía por su parte todos los cuidados como si fuera a vivir allí largo

tiempo. Así fue que pidió a Italia estatuas y jarrones y compró naranjos y plantas raras.

En Portoferraio mandó derribar las casuchas que rodeaban su palacio. Aumentó las dimensiones de un largo edificio que servía de alojamiento a los oficiales, hasta hacer de él una plaza de armas y poder pasar revista a dos batallones. Se concedió a los habitantes una antigua iglesia abandonada para la construcción de un teatro en el que debían de trabajar los mejores actores de Italia. Se recompusieron todas las calles. Se ensanchó la puerta de Tierra, que no era practicable más que para mulas, y añadiéndole un terraplén quedó convertida en un camino de fácil transporte para toda clase de carruajes.

Mientras tanto, y para facilitar aún más la ejecución de su proyecto, hacía que el bergantín *Inconstant,* que se había adjudicado en plena propiedad, y el jabeque *Étoile,* que había comprado, efectuaran frecuentes viajes a Génova, Liorna, Nápoles, costas de Berbería y hasta a Francia, para que los cruceros ingleses y franceses se acostumbraran a verlos. Así, estos barcos salieron sucesivamente en todas direcciones y muchas veces pasaban por el litoral Mediterráneo con bandera elbense, sin que nadie los molestara. Esto era lo que buscaba Napoleón.

Poco a poco se fue ocupando más seriamente de los preparativos de su partida. Hizo llevar de noche a bordo del *Inconstant* y con el mayor secreto, gran cantidad de armas y municiones; mandó renovar los uniformes, ahora con ropa blanca y calzado de su guardia; llamó a los polacos que estaban destacados en Porto Longone y en la pequeña isla de la Pianosa, en la cual custodiaban un fuerte; y activó la organización de la instrucción del batallón de montaraces que formaba con hombres reclutados solamente en Córcega y en Italia. Finalmente, a principios de febrero todo estuvo

listo a la espera de la primera ocasión favorable en que tuvieran noticia de Francia.

Estas noticias llegaron por fin de la mano de un coronel del antiguo ejército, que partió casi al punto para Nápoles.

Por desgracia, el coronel Campbell y su fragata estaban entonces en el puerto, por lo que fue preciso esperar, sin revelar la menor impaciencia, a que transcurriese el tiempo de su permanencia habitual, teniendo con él las acostumbradas atenciones para no levantar sospechas. En la tarde del 24 de febrero, Campbell pidió permiso para ofrecer sus respetos al Emperador; iba a despedirse de él y a preguntarle si se le ofrecía algo para Liorna. Napoleón le acompañó hasta la puerta y los criados pudieron oír estas últimas palabras que le dirigió:

—Adiós, señor coronel. Os deseo buen viaje. Hasta la vista.

Apenas salió el coronel, Napoleón mandó llamar al gran mariscal, pasó una parte del día y de la noche encerrado con él, se acostó a las tres de la mañana y se levantó al rayar el día.

Al echar una ojeada al puerto, vio que la fragata estaba haciendo los preparativos para darse a la vela. Desde aquel momento y como si un poder mágico hubiera encadenado sus miradas a aquel buque, no apartó de él los ojos; le vio desplegar una tras otra todas sus velas, levar anclas, ponerse en marcha y con un viento favorable de sudeste, salir del puerto y emprender el rumbo hacia Liorna.

Entonces subió a la azotea con un anteojo y continuó observando la marcha del barco que se alejaba; al mediodía la fragata no parecía ya más que un punto blanco en el mar. A la una, había desaparecido del todo.

Napoleón dio rápidamente sus órdenes. Una de sus principales disposiciones fue embargar por tres días todos

los buques que había en el puerto; hasta las más pequeñas embarcaciones quedaron sujetas a esta medida, que se ejecutó al instante.

Luego, como el bergantín *Inconstant* y el jabeque *Étoile* no eran suficientes para el propósito de Napoleón, entró en negociaciones con los patrones de tres o cuatro barcos mercantes que se escogieron entre los mejores veleros. Aquella misma noche los tratos estaban cerrados y todos los buques a disposición del Emperador.

En la noche del 25 al 26, es decir, del sábado al domingo, Napoleón convocó a las principales autoridades y a los habitantes más notables, con los que formó una especie de consejo de regencia; luego nombró al coronel de la guardia nacional Lapi comandante de la isla, confió la defensa del país a sus habitantes, encomendándoles la protección de su madre y su hermana y, finalmente, sin indicar precisamente el objeto de la expedición que iba a intentar, tranquilizó de antemano a aquellos a quienes se dirigía sobre el éxito que debía alcanzar, prometiendo que en caso de guerra enviaría socorros para defender la isla, por lo que jamás la entregarán a ninguna potencia sin previa orden suya.

Por la mañana dio los últimos detalles concernientes a la administración de su casa, se despidió de su familia y dio la orden de embarque.

Al mediodía se dio el toque a generala.

A las dos, el de llamada. Entonces Napoleón anunció a sus antiguos compañeros de armas los nuevos destinos a los que estaban llamados. Al oír el nombre de Francia, ante la esperanza del próximo regreso a la patria, resonó un grito de entusiasmo y brotaron lágrimas; los soldados rompieron sus filas abrazándose unos a otro, corriendo como locos y echándose de rodillas a los pies de Napoleón como ante un dios.

La Emperatriz madre y la princesa Paulina contemplaban, llorando, esta escena desde las ventanas del palacio.

A las siete quedaba terminado el embarque.

A las ocho Napoleón se embarcó en una canoa y a los pocos minutos estaba a bordo del *Inconstant.* En el momento en que puso el pie en él, resonó un cañonazo: era la señal de partida.

Al punto zarpó la escuadrilla y con un viento sudsudeste bastante fresco, salió de la rada, después del golfo, dirigiéndose hacia el nordeste y costeando a cierta distancia las playas de Italia.

En el mismo momento en que la escuadrilla se daba a la vela, varios emisarios partían para Nápoles y Milán, mientras que un oficial superior marchaba a Córcega, con la misión de intentar allí un levantamiento que deparase un refugio al Emperador en caso de que fracasara su empresa en Francia.

El 27, al rayar el día, todos subieron sobre cubierta para averiguar cuánto se había avanzado durante la noche: cuán grande fue su asombro al comprobar que a lo sumo se habían navegado seis leguas; pues no bien doblaron el cabo de San Andrés cuando aflojó el viento, sucediéndole una calma desesperanzadora.

Cuando el sol iluminó el horizonte, se divisó al Oeste en las costas de Córcega dos fragatas francesas que cruzaban aquel mar: *La fleur de lys* y la *Melpomène.*

Al verlas, cundió rápidamente la alarma en todos los buques. Parecía tan crítica la situación, tan inminente el peligro, que en el *Inconstant* se empezó a debatir la cuestión de regresar a Portoferraio para aguardar allí un viento favorable. Pero el Emperador hizo cesar al punto la indecisión, mandando proseguir la marcha, y asegurando que la situación se calmaría. Y en efecto, como si el viento

hubiera obedecido sus órdenes, refrescó a eso de las once y a las cuatro la escuadrilla se encontraba a la altura de Liorna, entre Caprera y la Górgona.

Pero entonces saltó otra alarma más grave aún que la primera; de pronto se avistó al norte, a sotavento, y a unas cinco leguas, una fragata. Al mismo tiempo apareció otra por las costas de Córcega; y después otro barco de guerra que iba viento en popa sobre la escuadrilla.

No era momento para vacilaciones; había que tomar una decisión en el acto, pues iba a hacerse de noche y con la ayuda de la oscuridad se podría escapar de las fragatas. Pero el buque de guerra seguía avanzando y no se tardó en desvelar como un bergantín francés. Lo primero que se les pasó por la cabeza a todos fue que la misión había sido descubierta o vendida y que se iban a encontrar en presencia de fuerzas superiores. El Emperador fue el único que sostuvo que aquellos tres barcos se habían reunido por casualidad, sin tener nada común entre manos. Estaba seguro de que una expedición preparada con tanto misterio no podía haber sido prevista tan a tiempo para que se hubiese podido poner una escuadra entera en su persecución.

A pesar de esta convicción, mandó tapar las portas de los cañones, y decidió que en caso de ataque se iría derecho al abordaje, seguro de que con su tripulación de veteranos se apoderaría de golpe del bergantín y en segunda podría continuar su marcha tranquilamente, esquivando con una contramarcha nocturna la persecución de las fragatas. Sin embargo, animado siempre por la esperanza de que la casualidad tan sólo había reunido en aquel punto los tres barcos que tenía a la vista, mandó a los soldados y a todas las personas que podían despertar sospechas, que bajaran al entrepuente y al mismo tiempo se transmitió la misma

orden a los otros buques por medio de señales. Tomadas estas disposiciones, se aguardó el resultado.

A las seis de la tarde, los dos barcos estaban a la vista y al alcance de la voz; y aunque empezaba a hacerse de noche con rapidez, se reconoció que era el bergantín francés *Zéphir,* capitaneado por Andrieux. Por lo demás, fácil era ver por su maniobra que se presentaba con intenciones pacíficas, por lo que se vieron cumplidas las previsiones del Emperador.

Al reconocerse, los dos bergantines se saludaron según costumbre, y sin dejar de proseguir su marcha, cambiaron algunas palabras. Los dos capitanes se preguntaron recíprocamente cuál era el punto de destino: el capitán Andrieux contestó que iba a Liorna; la respuesta del *Inconstant* fue que iba a Génova y que aceptaría de buen grado cualquier encargo para aquel puerto. El capitán Andrieux dio las gracias y preguntó que cómo seguía el Emperador; entonces Napoleón no pudo resistir al deseo de mezclarse en una conversación tan interesante, tomó como portavoz al capitán Chotard, y contestó:

—¡A las mil maravillas!

Terminado este intercambio de cumplidos, los dos bergantines continuaron su rumbo, perdiéndose recíprocamente en las tinieblas nocturnas.

Siguieron navegando a toda vela y con un tiempo muy fresco, de suerte que al día siguiente, el 28, se dobló el cabo Córcega. Aquel día se avistó también a lo lejos un buque de guerra de 74, que se dirigía a Bastia; pero no causó ninguna zozobra. Desde el primer momento dio a entender que no tenía malas intenciones.

Antes de salir de la isla de Elba, Napoleón había redactado dos proclamas; pero cuando quiso pasarlos a limpio, nadie, ni aun él mismo, pudo descifrarlas. Entonces

las echó al mar y dictó al punto otras dos; una dirigida al Ejército y otra al pueblo francés. Todos los que sabían escribir se transformaron al punto en secretarios; todo se convirtió en pupitre: tambores, bancos, gorros y cada cual puso manos a la obra. Estando en esta tarea se divisaron las costas de Antibes, cuya vista saludaron todos con gritos de entusiasmo.

VI. LOS CIEN DÍAS

El 1 de marzo, a las 3 de la tarde, la escuadrilla fondeó en el golfo Juan. A las cinco, Napoleón saltó a tierra y decidió preparar su tienda en un frondoso olivar. Rápidamente envió veinticinco granaderos y un oficial de la guardia a Antibes para procurar atraer a su causa a la guarnición; pero estos, arrastrados por el entusiasmo, entraron en la ciudad gritando: «¡Viva el Emperador!». Como se ignoraba el desembarco de Napoleón, se les tuvo por locos. El comandante de la plaza mandó levantar el puente, y los veinticinco soldados quedaron prisioneros.

Semejante incidente podría hacer fracasar todos los planes de Napoleón; por lo que algunos oficiales propusieron marchar a Antibes y apoderarse de la ciudad a la fuerza, a fin de evitar el mal efecto que pudiera producir en el espíritu público la resistencia de esta plaza. Napoleón contestó que hacia donde convenía marchar era a París, no a Antibes, y cumpliendo con su palabra, al salir la luna, el improvisado campamento se levantó.

La pequeña columna llegó a Cannes a media noche, pasó por Grasse a las seis de la mañana y descansó en una altura que domina la ciudad. Apenas se instaló Napoleón, cuando los habitantes de los pueblos circundantes se acercaron curiosos. Ya sabían de su milagroso desembarco y él los recibió como lo hubiera hecho en las Tullerías; escuchando sus quejas, recibiendo sus peticiones y prometiendo hacer justicia. El Emperador tenía previsto encontrar en Grasse un camino que había mandado hacer en 1813; pero el camino no estaba hecho y le fue, pues, forzoso, dejar en el pueblo su carruaje y los cuatro pequeños cañones que había

sacado de la isla de Elba. Se echaron a andar por senderos de montañas aún cubiertos de nieve y por la noche, después de caminar veinte leguas, fueron a pernoctar a la aldea de Cérénon. El 3 de marzo llegaron a Barème; el 4, a Digne; el 5, a Gap. En esta ciudad se detuvieron el tiempo necesario para la impresión de las proclamas que al día siguiente repartieron a millares por el camino.

En medio de este clima agradable, el Emperador no podía dejar de estar inquieto. Hasta entonces sólo había tenido que vérselas con pueblos cuyo entusiasmo no se podía poner en duda; pero no se habían encontrado ningún soldado, ningún cuerpo organizado se había unido a la pequeña columna. Napoleón hubiera deseado que su presencia influyera ante todo, a los regimientos. Por fin llegó el momento tan deseado y tan temido: entre la Mure y Vizille, el general Cambronne, que marchaba a la vanguardia con cuarenta granaderos, encontró un batallón enviado desde Grenoble para cerrarles el paso. El jefe del destacamento se negó a reconocer al general Cambronne y éste inmediatamente mando avisar de lo sucedido al Emperador.

Napoleón seguía su marcha en un mal coche de viaje que se había proporcionado en Gap cuando supo esta noticia. Al punto mandó que le trajeran su caballo, montó en él, y trotó a galope hasta unos cien pasos de los soldados, sin que estos le saludasen con un solo grito o aclamación.

Había llegado el momento de perder o ganar la partida. La disposición del terreno no permitía retorcer: a la izquierda del camino había una montaña abrupta; a la derecha un pequeño prado que apenas tenía treinta pasos de ancho y que daba a un precipicio; enfrente, el batallón en armas.

Napoleón se detuvo en un altozano, a diez pasos de un arroyo que atraviesa el prado; y, volviéndose al general Bertrand y entregándole la brida del caballo, le dijo:

—He sido engañado; pero no importa, ¡en marcha!

Y diciendo esto, echa pie en tierra, cruza el arroyo, se encamina derecho al batallón, que continúa inmóvil y se detiene a veinte pasos de la línea justo en el momento en que el ayudante de campo del general Marchand saca la espada y manda hacer fuego.

—¿No me reconocéis, amigos míos? Soy vuestro Emperador. Si hay entre vosotros algún soldado que quiera matar a su general, aquí me tiene.

Apenas ha pronunciado estas palabras, cuando de todas las bocas sale el grito de «¡Viva el Emperador!». El ayudante de campo manda otra vez hacer fuego, pero los clamores ahogan su voz. Presa del pánico decide huir al galope. Cuatro lanceros polacos, por iniciativa propia, rompen filas al momento y se lanzan a su persecución. Después todos los soldados se desbandan hacia delante, rodean a Napoleón, se postran a sus pies, le besan las manos, se arrancan la escarapela blanca sustituyéndola con una tricolor. Los gritos, aclamaciones y el frenesí hacen saltar las lágrimas de su antiguo general. Sin embargo, no hay tiempo que perder: Napoleón manda dar media vuelta a la derecha, se pone a la cabeza de la columna y precedido de Cambronne y de sus cuarenta granaderos y seguido del batallón enviado para cerrarle el paso, llega a lo alto de la montaña de Vizille. Desde allí distingue, media legua más abajo, al ayudante de campo perseguido sin cesar por los cuatro lanceros, que les va ganando terreno gracias a su caballo fresco. Entra al pueblo y reaparece a los pocos segundos por el otro extremo, logrando escapar por un

camino de travesía por donde los caballos de los polacos, rendidos de cansancio, no pueden seguirle.

Por desgracia para los planes de Napoleón: la persecución de los caballos, pasando como relámpagos por las calles de Vizille, ha revelado todo con su sola presencia. Por la mañana se había visto pasar al ayudante de campo a la cabeza de su batallón y poco tiempo después, se le ve de nuevo, esta vez, solo y perseguido como un traidor. Bastaba esto para que el pueblo supiera que era cierto que Napoleón había vuelto y se acercaba. Todos salen a la calle excitados; hasta que de pronto se atisba a lo lejos la columna bajando la cuesta de Lamure. Hombres, mujeres, niños y ancianos, todos corren a su encuentro; la ciudad entera rodea al Emperador antes de que pueda llegar a las puertas de la ciudad, en tanto que los campesinos bajan de las montañas saltando como cabras, y haciendo resonar de roca en roca el grito de: «¡Viva el Emperador!».

Napoleón decide descansar en Vizille, cuna de la libertad francesa. 1814 no ha traicionado el espíritu de 1789: el Emperador es recibido por una población ebria de júbilo. Pero Vizille es una ciudad sin puertas, sin murallas, sin guarnición; es preciso marchar a Grenoble y una parte de sus habitantes se une a la causa Napoleón.

A una legua de Vizille se ve en el camino un oficial de infantería que llega corriendo, todo cubierto de polvo a punto de caer de cansancio, como el griego de Maratón. Es portador de buenas nuevas.

A eso de las dos de la tarde, el regimiento séptimo de infantería, mandado por el coronel Labédoyère, sale de Grenoble para avanzar contra el Emperador. Pero a media legua de la ciudad, el coronel, que iba a caballo a la cabeza de su regimiento, se vuelve de pronto y manda hacer alto. Un tambor del ejército mandado por Napoleón se le acerca y

le entrega su caja; el coronel mete la mano en ella, saca un águila y alzándose sobre los estribos, para que todos le vean, exclama:

—Soldados: esta es la enseña gloriosa que os guiaba en vuestras inmortales jornadas. El que tan a menudo nos condujo a la victoria avanza hacia nosotros para vengar nuestra humillación y nuestros reveses. Ya es tiempo de volar a cobijarnos bajo su bandera, que jamás ha cesado de ser la nuestra. Los que la amen que me sigan. ¡Viva el Emperador!

Todo el regimiento le sigue al punto.

El oficial ha querido ser el primero en llevar la noticia al Emperador y se ha adelantado con el caballo; pero el regimiento entero marcha tras él.

Napoleón espolea su caballo, y todo su reducido ejército le sigue, gritando y corriendo. Al llegar a lo alto de una colina ve al regimiento de Labédoyère que avanza a paso acelerado. Apenas lo divisan estas tropas, resuenan los gritos de «¡Viva el Emperador!» a los que los hombres de la isla de Elba responden con sus aclamaciones. Nadie conserva su puesto; todos corren, se desbandan en algarabía. Napoleón se lanza en medio del refuerzo que le llega; Labédoyère se apea presuroso de su caballo para abrazar las rodillas del Emperador; pero éste le recibe en sus brazos y le estrecha contra su pecho.

—Coronel, le dice, vos me colocáis de nuevo en el trono.

Labédoyère está loco de contento. Aquel abrazo le costará la vida, pero ¿qué importa? Cuando se oyen semejantes palabras, te conviertes en inmortal.

Se ponen en marcha al instante, porque Napoleón no se siente seguro mientras no se halle en Grenoble. Esta ciudad tiene una guarnición, que según se espera, no se entregará. En vano los soldados afirman responder por sus

compañeros, pues Napoleón, que no está tan convencido como ellos, ordena marchar sin demora sobre la ciudad.

A las ocho de la noche alcanzan los muros de Grenoble.

Los baluartes están guarnecidos por el tercer regimiento de ingenieros, compuesto de dos mil veteranos; por el cuarto regimiento de artillería de línea, en el cual ha servido Napoleón, por dos batallones del quinto de línea y por los húsares del cuarto. Por lo demás, la marcha del Emperador ha sido tan rápida que ha frustrado todas las medidas de defensa: no ha habido tiempo de cortar los puentes, pero las puertas están cerradas y el comandante se niega a abrirlas.

Napoleón comprende que a la menor vacilación está perdido; las sombras de la noche le arrebatan el prestigio de su persona; es muy probable, casi seguro, que todos los ojos le busquen, pero ninguno le encuentre. Para no perder el factor sorpresa, ordena a Labédoyère que arengue a los artilleros y entonces el coronel sube a un pequeño montículo en el terreno y grita con voz robusta:

—Soldados: os traemos al héroe a quien habéis seguido en tantas batallas, de vosotros depende recibirle y repetir con nosotros el antiguo grito de los vencedores de Europa «¡Viva el Emperador!».

En efecto, al punto se repite este grito mágico, no solo en los baluartes, sino también en todos los barrios de la ciudad. Todos corren a las puertas, pero las puertas están cerradas y las llaves están en poder del comandante. Los soldados que acompañan a Napoleón se acercan; hablan con los de la ciudad, se dan unos a otros la mano a través de los postigos, pero no pueden abrir las puertas. El Emperador se siente turbado por una gran inquietud.

De pronto resuenan los gritos de «¡Plaza, plaza!». Provienen del arrabal Très-Cloître que traen maderos y vigas

para derribar las puertas. Todos dejan paso libre: los arietes empiezan a golpear; las puertas rechinan, se quiebran y finalmente se abren. Seis mil hombres pasan atropelladamente a la vez.

Aquello ya no es entusiasmo: es furor, es rabia. Todos aquellos hombres se precipitan sobre Napoleón como si quisieran hacerle pedazos; en un instante, le sacan de su caballo y se lo llevan en volandas lanzando gritos frenéticos. Jamás en ninguna batalla ha corrido tanto peligro; todos sus lugartenientes tiemblan por él, pero él es el único que entiende que la oleada que lo arrastra es puramente de entusiasmo y cariño.

Por fin, se detienen en una fonda, su Estado Mayor le rodea. Apenas empieza cada cual a respirar, cuando se oye un nuevo tumulto: son los habitantes de la ciudad que, no pudiendo llevarle las llaves, acuden a ofrecerle las puertas.

La noche no es más que una prolongada fiesta durante la cual fraternizan soldados y paisanos. Napoleón la emplea en hacer reimprimir sus proclamas. El 8 por la mañana aparecen en todas las paredes; salen emisarios de la ciudad que las distribuyen por los pueblos inmediatos, anunciando la toma de posesión de la capital del Delfinado y la próxima intervención de Austria y del rey de Nápoles. En Grenoble es donde Napoleón tiene ya la certeza de que llegará a París.

Al siguiente día, el clero, el Estado Mayor, la Audiencia, los tribunales y todas las autoridades civiles y militares, se presentan a felicitar al Emperador. Terminada la recepción, pasa revista a la guarnición, en número de seis mil hombres y en seguida emprende la marcha para Lion.

Al día siguiente, después de promulgar tres decretos que anuncian que ha vuelto a sus manos el poder imperial, se pone en marcha y pernocta en Bourgoin. El gentío y el

entusiasmo van siempre en aumento; diríase que Francia entera le acompaña y avanza con él hacia la capital.

En el camino de Bourgoin a Lion, Napoleón sabe que el duque de Orleáns, el conde de Artois y el mariscal Macdonald quieren defender la ciudad y que se va a cortar el puente Morand y el de Guillotière. El Emperador se ríe de estas disposiciones que no cree que se lleven a cabo, porque conoce el patriotismo de los lioneses, y manda al cuarto de húsares que haga un reconocimiento de la situación en Guillotière. El regimiento es recibido a los gritos de «¡Viva el Emperador!», que llegan a los oídos de Napoleón. Éste, que les sigue a cosa de un cuarto de legua, marcha a galope, llegando solo y confiado cuando menos se le espera, en medio de aquella población cuya exaltación se convierte en locura con su sola presencia.

En el mismo instante, los soldados de los dos bandos se lanzan a las barricadas que los separan y trabajan con ahínco en deshacerlas. Al cuarto de hora, unos y otros se abrazan entusiasmados. El duque de Orléans y el general Macdonald se ven obligados a retirarse; el conde de Artois emprende la fuga, llevando por toda escolta un fiel voluntario que no le ha abandonado.

A las cinco de la tarde toda la guarnición corre al encuentro del Emperador.

Una hora después, el ejército toma posesión de la ciudad.

A las ocho, Napoleón hace su entrada en la segunda capital del reino.

Durante los cuatro días que permaneció en ella, estuvo bajo la mirada atenta de veinte mil almas.

El 13, el Emperador parte de Lion y duerme en Macon. El entusiasmo crece sin cesar, se desata. Ya no eran algunos individuos aislados, sino los magistrados los que salían a recibirle a las puertas de las ciudades.

El 17, un prefecto le recibió en Auxerre: era la primera autoridad superior que se aventuraba a hacer semejante demostración.

Por la noche se anunció al mariscal Ney que, avergonzado de su anterior frialdad y de haber jurado lealtad a Luis XVIII, pedía un puesto en las filas de los granaderos. Napoleón le abrió los brazos, le llamó «*el valiente de los valientes*», y todo quedó olvidado.

Otro abrazo mortal.

El 20 de marzo, a las dos de la tarde, Napoleón llegó a Fontainebleau. Aquel palacio conservaba terribles recuerdos: en una de sus cámaras estuvo a punto de perder la vida; en otra había perdido el Imperio. Sólo se detuvo lo necesario, y continuó su marcha a París.

Llegó de noche, como a Grenoble y como a Lion, al final de una de sus largas jornadas y a la cabeza de las tropas. Si hubiese querido habría podido entrar con dos millones de hombres.

A las ocho y media de la noche entró en el patio de las Tullerías. Allí, lo mismo que en Grenoble, la población se precipita sobre él, se extienden millares de brazos, lo cogen, lo arrebatan con tales gritos y tal delirio que la vida de Napoleón corre peligro. La muchedumbre es tan grande, que no hay medio de contenerla; es un torrente al que es forzoso dejar seguir su curso. Napoleón sólo puede arrojar estas palabras:

—¡Amigos míos, me estáis ahogando!

En las habitaciones, el Emperador encuentra otra muchedumbre, dorada y respetuosa, muchedumbre de cortesanos, generales y mariscales. Estos no ahogan a Napoleón, pero se encorvan ante él.

—Señores, les dice el Emperador, las gentes desinteresadas son las que me han traído a mi capital; los

subtenientes y los soldados son los que lo han dispuesto. Todo se lo debo al pueblo y al Ejército.

Esa misma noche, Napoleón se ocupa en reorganizarlo todo. Cambaceres fue nombrado ministro de Justicia; el duque de Vicenza, de Negocios Extranjeros; el mariscal Davoust, de Guerra; el duque de Gaeta, de Hacienda; Decres, de Marina; Fouché, de Policía; Carnot, del Interior; el duque de Bassano fue nombrado de nuevo para la secretaría de Estado; el conde Mollien, para Tesorería; el duque de Rovigo, para comandante general de la Gendarmería; M. de Montalivet, intendente de Palacio, Letort y Labedoyere ascendieron a generales; Bertrand y Drouot conservaron sus puestos de gran mariscal de palacio y mayor general de la Guardia. Finalmente se llamó a todos los chambelanes, caballerizos y maestros de ceremonias de 1814.

El 26 de marzo, todas las grandes corporaciones del Imperio fueron llamadas a jurar a Napoleón los votos de Francia.

El 27, se hubiera dicho que los Borbones no habían existido jamás y que toda la nación creía haber tenido un mal sueño del que se habían despertado.

En efecto, la revolución había concluido en un día sin derramar una sola gota de sangre. Aquella vez nadie tenía que echar en cara a Napoleón la muerte de un padre, de un hermano o de un amigo. Los únicos cambios visibles que hubo fue el de los colores de las banderas y que los gritos de «¡Viva el Emperador!» resonaban de un extremo a otro de Francia.

Entretanto la nación, ufana del gran acto de espontaneidad que acababa de realizar, de la magnitud de la empresa que habían acometido tan bien juntos, parecía

borrar los reveses de los tres últimos años y estaba jubilosa porque Napoleón hubiera vuelto a ocupar el trono.

Napoleón examina el estado de las cosas y recapacita. Ante él se abren dos caminos:

Intentar la paz, preparándose para la guerra, o comenzar la guerra con uno de esos golpes imprevistos, fulminantes, que han hecho de él el Júpiter tonante de Europa.

Ambos acciones tienen sus inconvenientes.

Intentarlo todo por la paz es dar tiempo a los aliados para prepararse: calcularán sus soldados y los compararán con que dispone Napoleón: tendrán así tantos ejércitos como las divisiones francesas; resultando una desigual batalla de uno contra cinco. Pero, ¡qué demonios!, más de una vez habían vencido en esa situación.

Comenzar la guerra es dar razón a los que dicen que Napoleón no busca la paz. Además, no puede disponer más que de cuarenta mil hombres. Es verdad que bastan para reconquistar Bélgica y entrar en Bruselas; mas al llegar a esta capital, se encontrará encerrado en un círculo de plazas fuertes que será preciso rendir una tras otra. Maestricht, Luxemburgo y Amberes no son de esas bicocas que se arrebatan de un solo golpe. Aparte de esto, Vandea se subleva, el duque de Angulema marcha sobre Lion y los marselleses sobre Grenoble. Hay que atajar a tiempo esta convulsión nacional que atormenta a Francia para que se presente ante el enemigo con toda su pujanza y toda su fuerza.

Napoleón se decide por la primera de estas dos opciones. La paz, que fue rechazada en Châtillon en 1814 después de la invasión de Francia, puede ser aceptada en 1815 después de su regreso de la isla de Elba. Es posible detenerse cuando se sube, nunca cuando se baja.

Para demostrar a la nación su buena voluntad, dirige esta circular a los soberanos de Europa:

> Señor y hermano mío:
>
> Durante el mes anterior habréis tenido noticia de mi regreso a las costas de Francia, de mi entrada en París y de la partida de los Borbones. V. M. debe de conocer ya la verdadera naturaleza de estos acontecimientos: son obra de una potencia irresistible, la obra y la voluntad unánime de una gran nación que conoce sus deberes y sus derechos. La expectativa creada tras el mayor de los sacrificios no deja lugar a dudas; desde el momento en que he tocado la orilla francesa, el amor de mis súbditos me ha conducido hasta la capital. La primera necesidad de mi corazón es pagar tanto cariño con una tranquilidad honrosa. Siendo necesario el restablecimiento del trono imperial para la felicidad de los franceses, mi justo propósito consiste en hacerlo al mismo tiempo útil para afirmar el reposo de Europa. Ya es bastante la gloria que ha honrado alternativamente a las banderas de las diferentes naciones. Las vicisitudes de la fortuna han hecho que a grandes reveses sucedan grandes triunfos; hoy se abre ante los soberanos un palenque más hermoso, y yo soy el primero en subir a él. Después de haber presentado al mundo el espectáculo de grandes combates, será más grato no conocer en adelante más rivalidad que la de las ventajas de la paz, más lucha que la santa lucha de la felicidad de los pueblos. Francia se complace en proclamar con franqueza esta noble aspiración de todos sus deseos. Celosa de su independencia, el principio invariable de su política será el respeto más absoluto a la independencia de las demás naciones. Si son tales, según confío, los sentimientos personales de V. M, la tranquilidad general quedará asegurada por largo tiempo y la justicia, sentada en los confines de los Estados, bastará por sí sola para guardar sus fronteras.

Esta carta, que propone una paz con el respeto más absoluto a la independencia de las demás naciones, llega a manos de los soberanos aliados en el momento en que se disponían a repartirse Europa. En esta gran trata y pública adjudicación de las almas, Rusia se apodera del gran ducado de Varsovia; Prusia devora una parte del reino de Sajonia, otra parte de Polonia, de Westfalia, de Franconia y cual inmensa serpiente cuya cola toca en Memel, aspira a llegar con su cabeza a Thionville, siguiendo la orilla izquierda del Rin; Austria reclama su Italia, tal cual estaba antes del tratado de Campo-Formio, así como todo cuanto

su águila de dos cabezas ha dejado desprenderse de sus garras después de los tratados sucesivos de Lunéville, de Presburgo y de Viena; el estatúder de Holanda, elevado al grado de rey, pide que se confirme la anexión a sus Estados hereditarios de Bélgica, del país de Lieja y del ducado de Luxemburgo; en fin, el rey de Cerdeña solicita la reunión de Génova a su Estado continental, del que está separado hace más de quince años. Cada gran potencia quiere, como un león de mármol, tener bajo su garra, en lugar de una bola, un pequeño reino. Rusia tendrá Polonia, Prusia a Sajonia, España a Portugal, Austria a Italia, en cuanto a Inglaterra, que corre con el gasto de todas estas revoluciones, tendrá dos en lugar de uno, Holanda y Hanover.

Como se ve, el momento de mandar esta carta no era el adecuado. Sin embargo, la proposición del Emperador podía haber tenido algún resultado si el congreso hubiera estado disuelto y se hubiese podido tratar aisladamente con los soberanos aliados; pero colocados como estaban unos enfrente de otros, esta misiva exaltó el amor propio de cada monarca y Napoleón no recibió ninguna contestación.

No extrañó este silencio al Emperador: lo había previsto. Por lo que no perdió tiempo a la hora de prepararse para la guerra. Cuanto más examinaba sus medios defensivos, más se felicitaba de no haber cedido a su primer impulso: todo estaba desorganizado en Francia; apenas quedaba un núcleo de ejército. En cuanto al material militar, como pólvora, fusiles o cañones, todo parecía haber desaparecido.

Durante tres meses, Napoleón trabajó dieciséis horas diarias. A su voz, Francia se cubrió de talleres, de manufacturas, de fundiciones y solamente los armeros de la capital proporcionaron hasta tres mil fusiles cada veinticuatro horas, mientras que los talleres de sastrería confeccionaban en el mismo espacio de tiempo mil

quinientos y aun mil ochocientos uniformes. Se elevaban los cuadros de los regimientos de línea de dos a cinco batallones; se reforzaban los de caballería con dos escuadrones, se organizaban doscientos batallones de guardias nacionales; se pusieron en estado de servicio veinte regimientos de marina y cuarenta de guardias jóvenes. Se llamaron a las armas a los antiguos soldados licenciados, así como las quintas de 1814 y 1815 y los soldados y oficiales retirados fueron también llamados al servicio. Se formaron seis ejércitos con los nombres de ejércitos del Norte, del Mosela, del Rin, del Jura, de los Alpes y de los Pirineos, mientras que otro, el séptimo, con el nombre de ejército de Reserva, se reúne ante los muros de París y de Lion, que se fortifican.

En efecto, toda gran ciudad debe estar a cubierto en sus murallas de un próximo ataque como si de la antigua Lutecia se tratara. Si en 1805 Viena hubiera estado defendida, la batalla de Ulm no habría decidido la guerra; si en 1806 Berlín hubiera estado fortificado, el ejército prusiano, derrotado en Jena, se habría rehecho en la capital y el ruso se habría reunido con él; si en 1808 Madrid se hubiera hallado en estado de defensa, el ejército francés no se habría atrevido a marchar sobre la capital, ni aun después de las victorias de Burgos, de Espinosa, de Tudela y de Somosierra, puesto que dejaba tras de sí, en Salamanca y Valladolid, los ejércitos inglés y español. En fin, si en 1814 París hubiera podido sostenerse siquiera diez días, el ejército aliado habría quedado ahogado entre sus murallas y los ochenta mil hombres que Napoleón reunió en Fontainebleau.

El general de ingenieros Haxo queda encargado de la obra magna de fortificar a París. El general Lery, en cambio, fortificará Lion.

Así pues, si los soberanos aliados dieran tiempo a los franceses siquiera hasta el 1 de junio, el efectivo de nuestro ejército se elevaría de doscientos mil a cuatrocientos catorce mil hombres y si les dejaran hasta el 1 de septiembre, no sólo se duplicaría este efectivo, sino que todas las ciudades quedarían fortificadas hasta el centro de Francia y servirían, en cierto modo, de obras avanzadas a la capital. De este modo, 1815 rivaliza con 1793 y Napoleón ha obtenido el mismo resultado que la comisión de salvación pública, sin necesidad de apelar a las doce guillotinas que formaban parte del bagaje del ejército revolucionario.

Pero no hay momento que perder: los aliados, que se disputan Sajonia y Cracovia, han continuado arma al brazo y mecha encendida. Se han dado cuatro órdenes y Europa marcha otra vez contra Francia. Wellington y Blücher reúnen doscientos veinte mil hombres, ingleses, prusianos, hannoverianos, belgas y brunswickenses, entre Lieja y Courtray; los bávaros, los badenses y los wirtembergueses se aglomeran en el Palatinado y en la Selva Negra; los austriacos avanzan a marchas forzadas para reunirse con ellos; los rusos atraviesan la Franconia y la Sajonia y en menos de dos meses llegarán desde Polonia a las orillas del Rin. Novecientos mil hombres están dispuestos y pronto lo estarán otros trescientos mil. La coalición tiene el secreto de Cadmo: a su voz los soldados brotan de tierra.

Sin embargo, a medida que Napoleón ve engrosar los ejércitos enemigos, siente cada vez más la necesidad de apoyarse en ese pueblo que frustró sus esperanzas en 1814. Por un momento vacila pensando si le convendrá dejar la corona imperial para empuñar de nuevo la espada de primer cónsul; pero Napoleón, nacido en medio de las revoluciones, las teme. Tiene miedo de los arrebatos

populares, porque sabe que no hay nada que contenga al pueblo cuando se desborda. Si la nación se ha quejado de carecer de libertad, le dará el acta adicional; 1790 ha tenido su federación, 1815 tendrá su Campo de Marte. Quizás así Francia le dé total respaldarazo. Napoleón pasa revista a los federados, y el 1 de junio presta juramento de fidelidad a la nueva constitución. Aquel mismo día abre las Cámaras.

Libre ya de esta comedia política que representa a regañadientes, recobra su verdadero papel y vuelve a ser general. Tiene ciento ochenta mil hombres disponibles para abrir la campaña. ¿Qué hacer? ¿Marchar al encuentro de los anglo-prusianos para alcanzarlos en Bruselas o en Namur? ¿Aguardar a los aliados ante los muros de París o de Lion? En definitiva: ser Aníbal o Fabio.

Si aguarda a la embestida de los aliados, ganará tiempo hasta el mes de agosto y habrá completado sus levas, terminado sus preparativos y organizado todo su material; lucharía con todos sus recursos contra un ejército mermado en sus dos tercios por las tropas de reconocimiento que habrá tenido que sacrificar forzosamente.

Pero la mitad de Francia, entregada a la causa bélica, no comprenderá la prudencia de su general en esta maniobra. Se puede imitar a Fabio cuando se tiene, como Alejandro, un imperio que ocupa la séptima parte del globo, o cuando, como Wellington, se maniobra en imperio ajeno. Pero esta estrategia no casa bien con el carácter del Emperador.

Está decidido: llevará la iniciativa atacando Bélgica, dejará asombrado al enemigo, que no le cree en estado de entrar en campaña. Puede batir, dispersar e incluso destrozar a Wellington y a Blücher, antes de que el resto de las tropas aliadas haya tenido tiempo de reunirse con ellos. Entonces Bruselas se declarará a favor suyo, las orillas del Rin tomarán las armas; Italia, Polonia y Sajonia se

sublevarán y de este modo, justo al principio de la campaña, el primer golpe, si se asesta bien, puede disolver la coalición.

También es cierto que en caso de un revés, se atraería al enemigo a Francia desde principios de julio, es decir, cerca de dos meses antes de lo previsto. Pero ¿acaso se puede dudar de este ejército y prever una derrota después de su marcha triunfal del golfo Juan a París?

El Emperador tiene que desviar la cuarta parte de sus ciento ochenta mil hombres para guarnecer a Burdeos, Toulouse, Chabéry, Bélfort, Estrasburgo y sujetar la Vendée, ese antiguo cáncer político mal extirpado por Hoche y por Kléber. Le quedan, pues, ciento veinticinco mil hombres que concentra desde Philippeville hasta Maubeuge. Es cierto que tiene enfrente doscientos mil, pero si deja pasar tan sólo seis semanas, tendrá que combatir contra los ejércitos de toda Europa. Parte de París el 12 de junio, el 14 establece su cuartel general en Beaumont rodeado de sesenta mil hombres, echando a su derecha dieciséis mil hombres sobre Philippeville y cuarenta mil a su izquierda hacia Solre-sur-Sambre. En esta posición Napoleón tiene delante el río Sambre, a la derecha el Mosa, a la izquierda y a la retaguardia los bosques de Avesne, de Chimay de Gedine.

Por su parte, el enemigo, situado entre el Sambre y el Escalda, se escalona en un espacio de veinte leguas, poco más o menos.

El ejército pruso-sajón, dirigido por Blücher, forma la vanguardia: ochenta mil hombres y trescientos cañones. Se divide en cuatro grandes cuerpos: el primero mandado por el General Ziéthen, que tiene su cuartel general en Charleroi y Fleurus, y forma el punto de concentración; el segundo, mandado por el general Pirsch, acantonado en los alrededores de Namur; el tercero, a las órdenes del general

Thielmann, situado a orillas del Mosa en las cercanías de Dinant; el cuarto, mandado por el general Bulow y que, establecido detrás de los tres primeros, tiene su cuartel general en Lieja. El ejército pruso-sajón, distribuido de este modo, presenta la forma de una herradura cuyos dos extremos avanzan, por un lado, hasta Charleroi, y por el otro hasta Dinant. Se halla un extremo a tres leguas y el otro a legua y media de las avanzadas francesas.

Wellington dirige el ejército anglo-holandés, que se compone de ciento cuatro mil doscientos hombres y forma diez divisiones, separadas en dos grandes cuerpos de infantería y uno de caballería. El primer cuerpo de infantería dirigido por el príncipe de Orange, que tiene su cuartel general en Braine-le-Comte; el segundo, por el teniente general Hill, cuyo cuartel general está en Bruselas. Por fin, la caballería, estacionada alrededor de Gramont, tiene a la cabeza a lord Uxbridge y el parque de artillería está acantonado en Gante.

El segundo ejército presenta la misma disposición de líneas que el primero, sólo que la herradura está vuelta en dirección contraria, y en lugar de ser los extremos, es el centro el que se halla más inmediato a nuestro frente de batalla, pero enteramente separado por el ejército pruso-sajón.

Napoleón ha llegado, en la noche del 14, a dos leguas de los enemigos, todavía sin que el enemigo haya tenido noticia de su marcha. Pasa una parte de la noche inclinado sobre un mapa del país y rodeado de espías que le llevan informes seguros sobre las diferentes posiciones del enemigo. Reconoce el terreno, calcula, con su rapidez habitual, que el enemigo ha extendido de tal modo sus líneas que necesitaría tres días para reunirse: atacándolos de improviso puede dividir los dos ejércitos y batirlos por

separado. De antemano ha concentrado en un solo cuerpo veinte mil caballos; el sable de esta caballería está llamado a cortar por la mitad esta serpiente, cuyos trozos separados aplastará con facilidad.

El plan de la batalla queda trazado: Napoleón dirige en todas direcciones sus órdenes, continúa examinando el terreno e interrogando a los espías. Está seguro de conocer perfectamente la posición del enemigo y de que éste, en cambio, ignora la suya. Cuando de pronto llega al galope un ayudante del general Gérard, trayendo la noticia de que el teniente general Bourmont y los coroneles Clouet y Willoutrey se han pasado al enemigo. Napoleón lo escucha con la tranquilidad del hombre acostumbrado a las traiciones y volviéndose a Ney, que está de pie junto a él, le dice:

—Ya lo oís, mariscal; se trata de vuestro protegido, en el que yo no tenía ninguna confianza, del que me habéis respondido y al que he concedido un puesto en consideración. Ya lo veis, se ha pasado al enemigo.

—Señor –le contestó el mariscal–, perdonadme; pero le creía tan leal que habría respondido de él como de mí mismo.

—Señor mariscal –replicó Napoleón levantándose y poniéndole una mano en el brazo–, los azules siempre son azules y los blancos, blancos.

Con la misma tranquilidad, vuelve a sentarse y hace en su plan de ataque las modificaciones que esta defección exige.

Al rayar el día, sus columnas se pondrán en movimiento. La vanguardia de la izquierda, compuesta de la división de infantería del general Jerôme Bonaparte, rechazará la vanguardia del cuerpo prusiano del general Ziéthen y se apoderará del puente de Marchiennes. La derecha, mandada por el general Gérard, sorprenderá muy temprano

el puente del Châtelet, mientras que la caballería ligera del general Pajol, formando la vanguardia del centro, avanzará sostenida por el tercer cuerpo de infantería y se apoderará del puente de Charleroi. A las diez, el ejército francés habrá pasado el Sambre y estará en el territorio enemigo.

Todo se ejecuta como Napoleón lo ha mandado. Jerôme desbarata a Ziéthen y le hace quinientos prisioneros. Gérard se apodera del puente del Châtelet y rechaza al enemigo a más de una legua al otro lado del río. Sólo Vandamme se ha retrasado, pues a las seis de la mañana aún no ha levantado su campamento.

—Ya nos alcanzará –dice Napoleón–; cargad, Pajol, con vuestra caballería ligera; yo os sigo con mi guardia.

Pajol parte y arrolla todo cuanto se le presenta: un cuadro de infantería quiere resistir, pero el general Desmichels se precipita sobre él a la cabeza de los regimientos cuarto y noveno de cazadores, lo rompe, lo hace pedazos y hace unos cuantos centenares de prisioneros. Pajol llega, descargando sablazos, delante de Charleroi, donde penetra a galope, seguido de Napoleón. A las tres llega Vandamme; un malentendido en la escritura de una cifra ha sido causa de su retraso; ha entendido un cuatro por un seis. En su error ha recibido él mismo su castigo, porque no ha podido disfrutar del honor del combate. Aquella misma noche todo el ejército francés ha pasado el Sambre: el de Blücher está en retirada sobre Fleurs, dejando entre él y el anglo-holandés un espacio vacío de cuatro leguas.

Napoleón se da cuenta de este punto débil y se apresura a aprovecharse; da a Ney orden directa de partir con cuarenta y dos mil hombres por la calzada de Bruselas a Charleroi y de no detenerse hasta el caserío Quatre-Bras, encrucijada situada en la intersección de los caminos de Bruselas, de Nivelles, de Charleroi y de Namur. Allí

contendrá a los ingleses, mientras que Napoleón batirá a los prusianos con los setenta y dos mil hombres que le quedan. El mariscal parte al punto.

Napoleón, que cree ejecutadas sus órdenes se pone en marcha el 16 de junio por la mañana y descubre al ejército prusiano listo para la batalla entre Saint Amand y Sombref, de frente al Sambre. Se compone de tres cuerpos que estaban acantonados en Charleroi, Namur y Dinant. Su posición es desafortunada porque presenta su flanco derecho a Ney, quien, si ha seguido las instrucciones recibidas, debe estar a estas horas en Quatre-Bras, es decir, a dos leguas a su retaguardia. Napoleón toma sus disposiciones en consecuencia: forma su ejército en una misma línea que el de Blücher para atacarle de frente, y envía un oficial de confianza a Ney para ordenarle que deje un destacamento en Quatre-Bras y marche a toda prisa hacia Bry para caer sobre la retaguardia de los prusianos. Otro oficial parte al mismo tiempo para hacer detener el cuerpo del conde de Erlon, que forma la retaguardia francesa y que por lo tanto no debe haber pasado todavía de Villers-Perruin. Debe girar a la derecha y avanzar hacia Bry. Esta nueva instrucción adelanta una hora la situación de las cosas y duplica las probabilidades, puesto que si uno falla, el otro no fallará: todo el ejército prusiano está perdido. Los primeros cañonazos que Napoleón oirá por la parte de Bry o de Vagnelee serán la señal del ataque de frente. Tomadas estas disposiciones, el Emperador hace un alto y aguarda.

Pasa el tiempo y Napoleón no oye nada. Son las dos, las tres, las cuatro de la tarde; el mismo silencio. Pero la jornada es demasiado preciosa para desaprovecharla de este modo; la del día siguiente puede dar como resultado la reunión de los ejércitos enemigos, y entonces habrá que

trazar un nuevo plan, menos favorable claro está. Napoleón da la orden de ataque; la batalla mantendrá ocupados a los prusianos y no podrán percatarse de la presencia de Ney, que llegará sin duda al oír el cañoneo.

Napoleón concentra el combate con un gran ataque a la izquierda, a fin de atraer hacia este lado la mayor parte de las fuerzas del enemigo y alejarlos de su línea de retirada para el momento en que Ney llegue por la antigua calzada Brunequilda, que es el camino de Gembloux. Luego lo dispone todo para arrollar su centro y cortarlo así en dos partes, encerrando la parte más considerable del ejército en el triángulo de hierro que ha preparado desde la víspera. Se traba el combate y dura dos horas sin que se reciba ninguna noticia de Ney ni de Erlon. Sin embargo, deben de estar avisados, piensa Napoleón, desde las diez de la mañana el uno no tenía más que dos leguas que andar y el otro dos y media. Napoleón se ve obligado a vencer solo. Da orden de hacer entrar en combate a sus reservas para operar sobre el centro el movimiento que decidirá el éxito de la jornada. En este momento se le anuncia que una fuerte columna enemiga aparece en la llanura de Heppignies, amenazando su ala izquierda. ¿Cómo ha logrado pasar esta columna entre Ney y Erlon? ¿Cómo ha ejecutado Blücher la maniobra que él había pensado? No acierta a comprenderlo. Pero no importa: detiene sus reservas para oponerlas a aquel nuevo ataque, y suspende el movimiento sobre el centro.

Un cuarto de hora después, se entera de que aquella columna no es otra que el cuerpo de Erlon que ha enfilado el camino de Saint-Amand en lugar del de Bry. Entonces vuelve a ordenar su maniobra interrumpida, marcha sobre Ligny, se apodera de él a paso de carga y pone al enemigo en retirada. Pero se hace de noche y todo el cuerpo de Blücher desfila por Bry, que debería estar ocupado por Ney

y veinte mil hombres. Sin embargo, se ha ganado la jornada: cuarenta piezas de artillería caen en poder francés y quedan fuera de combate veinte mil hombres. Además, el ejército prusiano está tan desmoralizado, que de los setenta mil hombres de que se compone, apenas los generales han podido reunir treinta mil a media noche[5].

El mismo Blücher ha sido derribado del caballo y gracias a la oscuridad, ha escapado lleno de contusiones.

Durante la noche, Napoleón recibe noticias de Ney. Los fallos de 1814 se repiten en 1815: Ney, en lugar de marchar al amanecer según la orden recibida hacia Quatre-Bras, y de apoderarse de esta plaza que sólo estaba ocupada por diez mil holandeses, ha partido de Gosselies al mediodía, de suerte que como Quatre-Bras estaba designado por Wellington como punto de reunión sucesivo de los diferentes cuerpos de ejército, estos cuerpos habían llegado de las doce a las tres de la tarde, por lo cual Ney no encontró allí diez mil sino treinta mil hombres. El mariscal, que ante el peligro recobraba siempre su energía habitual y que creía que era seguido por los veinte mil hombres de Erlon, no vaciló en atacar. Pero su asombro fue grande cuando el cuerpo con que contaba no acudía en su auxilio y que, rechazado por fuerzas superiores, no encontraba su reserva en el sitio donde debía estar. En consecuencia, envió a buscarla con la orden terminante de acudir. Pero en este momento recibió a su vez el aviso de Napoleón. Era ya demasiado tarde: el combate estaba trabado y se necesitaba sostenerlo. Sin embargo, envió un nuevo aviso al conde de Erlon para autorizarle a continuar su marcha sobre Bry, y mientras tanto se revolvió con furia sobre el enemigo. En aquel instante llegó otro refuerzo de doce mil ingleses, conducidos por Wellington, y Ney tuvo que batirse en retirada sobre Erasmo, mientras que el cuerpo de ejército

del conde de Erlon, gastando la jornada en marchas y contramarchas, se había paseado constantemente entre dos cañones en un radio de tres leguas, sin ninguna utilidad para Ney ni para Napoleón.

Con todo, si la victoria era menos decisiva de lo que hubiera podido ser, no por eso dejaba de ser una victoria. Al retirarse por la izquierda, el ejército prusiano había dejado al descubierto al inglés, que resultaba así el más avanzado. Napoleón, para impedir que se rehiciese, destacó en su seguimiento a Grounchy con treinta y cinco mil hombres, ordenándole que lo acosase hasta que hiciese frente. Pero Grounchy cometerá a su vez el mismo error que Ney; sólo que las consecuencias serán esta vez más terribles.

Por acostumbrado que estuviera el general inglés a la rapidez de los golpes de Napoleón, creyó que podía llegar a Quatre-Bras a tiempo de reunirse con Blücher. En efecto, el 15, a las siete de la tarde, lord Wellington recibe en Bruselas un correo del mariscal de campo anunciándole que todo el ejército francés está en movimiento y que ha estallado ya la batalla. Cuatro horas después, en el momento en que va a cabalgar, recibe la noticia de que los franceses se han apoderado de Charleroi y que su ejército, de ciento cincuenta mil hombres, marcha sobre Bruselas, cubriendo todo el espacio que se extiende entre Marchiennes, Charleroi y Châtelet. Al punto se pone en marcha, ordenando a todas sus tropas que salgan de sus acantonamientos y se concentren en Quatre-Bras, adonde llega a las seis, según ha quedado dicho, para conocer la derrota del ejército prusiano. Si el mariscal Ney hubiera seguido las instrucciones recibidas, habría descubierto un ejército destrozado[6].

Por lo demás, dos muertes, la del duque de Brunswick que ha perecido en los Quatre-Bras y la del general Letort, en

Fleurus, han introducido un cambio terrible.

He aquí la posición respectiva de los tres ejércitos en la noche del 16 al 17:

Napoleón acampó en el campo de batalla; el tercer cuerpo, delante de Saint-Amand; el cuarto, delante de Vichy; la caballería del general Grouchy, en Sombref; la guardia, en las alturas de Bry; el sexto cuerpo, detrás de Ligny y la caballería ligera, hacia la carretera de Namur, en la cual tenía sus avanzadas.

Blücher, repelido levemente por Grouchy, que después de una hora de persecución lo había perdido de vista, había practicado su retirada en dos columnas y se había detenido detrás de Gembloux donde se le había reunido el cuarto cuerpo, dirigido por el general Bulow, llegado de Lieja.

Wellington se había mantenido en Quatre-Bras, donde las divisiones de su ejército se habían reunido sucesivamente, muertas de cansancio, habiendo marchado toda la noche del 15 al 16, todo el día del 16 y casi toda la noche del 16 al 17.

A eso de las dos de la madrugada, Napoleón envía un ayudante de campo al mariscal Ney. El Emperador supone que el ejercito anglo-holandés seguirá el movimiento retrógrado del ejercito pruso-sajón y manda al mariscal que comience de nuevo su ataque sobre Quatre-Bras. El conde Loban, que se ha dirigido por el camino de Namur con dos divisiones del sexto cuerpo, su caballería ligera y los coraceros del general Milhaud, le apoyarán en este ataque. Todo parece indicar que no tendrá que vérselas más que con la retaguardia del ejército.

Al amanecer, el ejército francés se pone en marcha dividido en dos columnas: una de sesenta y ocho mil hombres, mandada por Napoleón, que irá contra los

ingleses, y otra de treinta y cuatro mil, a las órdenes de Grouchy, que perseguirá a los prusianos.

Ney sigue retrasado y Napoleón es el primero que llega a ver en el horizonte la granja de Quatre-Bras, donde se encuentra un cuerpo de caballería inglesa. Para hacerla salir y reconocerla, lanza una partida de cien húsares, que regresa rechazada vivamente por el regimiento enemigo. Entonces el ejército francés hace alto y ocupa su posición de batalla; los coraceros del general Milhaud se extienden por la derecha, la caballería ligera se escalona a la izquierda, la infantería se coloca en el centro y en segunda línea, y la artillería se aprovecha de los movimientos del terreno y se sitúa en posición.

Ney no se ha presentado todavía, y Napoleón, que teme perderle como pasó el día anterior, no quiere comenzar ninguna maniobra sin él. Envía quinientos húsares hacia Frasne, donde debe de estar, para intentar comunicarse con él. Al llegar al bosque Delhutte, que está entre las carreteras de Namur y de Charleroi, el destacamento cree ver en un regimiento de lanceros rojos, perteneciente a la división de Lefèbre-Desnouettes, un cuerpo ingles, y rompe fuego contra él. Al cabo de un cuarto de hora se dan cuenta del error que ha desatado el fuego amigo. Ney está en Frasne, como pensó Napoleón. Dos oficiales se desmarcan y le dan la orden de apresurarse en su marcha a los Quatre-Bras. Los húsares regresan y ocupan su puesto a la izquierda del ejército francés y los lanceros rojos continúan en el suyo con premura. Napoleón, para no perder tiempo, manda poner en batería doce cañones que rompen fuego. Buena prueba de que el enemigo ha evacuado Quatre-Bras durante la noche y no ha dejado más que una retaguardia para proteger su retirada es que tan solo dos piezas le contestan. Por lo demás, nada puede hacerse sino por

instinto o por apreciación, porque la lluvia, que cae a torrentes, limita de sobremanera la visión del horizonte. Después de una hora de cañoneo, durante la cual Napoleón tiene la vista fija hacia el lado de Frasne, viendo que el mariscal sigue tardando, envía orden tras orden. Entonces acuden a decirle que el conde de Erlon ha aparecido por fin con su cuerpo de ejército, y como no ha llegado todavía a Quatre-Bras ni a Ligny, Napoleón le encarga la persecución del enemigo. En seguida se pone a la cabeza de la columna y marcha a paso de carga hacia Quatre-Bras. El segundo cuerpo aparece detrás de él. Napoleón a galope, atraviesa, acompañado solamente de treinta hombres, el espacio que se extiende entre las dos carreteras. Se acerca al mariscal Ney, a quien echa en cara no sólo la lentitud del día anterior, sino también la de ese día, que le ha hecho perder dos horas preciosas durante las cuales, quizá habría derrotado al enemigo. Luego, sin dar tiempo a las disculpas del mariscal, se pone a la cabeza del ejército que marcha con el barro hasta las rodillas. Piensa que el mismo inconveniente lo tendrá también el ejército anglo holandés y que experimenta, por añadidura, todos las desventajas de la retirada. Entonces manda a la artillería volante que tome la delantera por la carretera, por donde puede rodar con toda facilidad, y que no cese un momento el fuego, aunque sólo sea más que por indicar su posición y la del enemigo. Los dos ejércitos continúan marchando por aquel pantano, en medio de la bruma, arrastrándose por el lodo, semejantes a dos inmensos dragones antediluvianos, como los soñados por Bróngniart y Cuvier, que se enviaban uno a otro llamas y humo.

A eso de las seis de la tarde, el cañoneo se fija y aumenta: el enemigo ha presentado una batería de quince piezas. Napoleón adivina que se ha reforzado la retaguardia

y que, como Wellington debe de haber llegado cerca del bosque de Soignes, va a tomar por la noche posición cerca de este bosque. El Emperador quiere cerciorarse de ello y manda desplegar los coraceros del general Milhaud, que simulan cargar, bajo la protección de cuatro baterías de artillería ligera. El enemigo deja ver entonces cuarenta piezas, que rompen fuego a la vez. No queda duda: todo el ejército está allí. Esto es lo que Napoleón quería saber. Llama a sus coraceros, a los que necesita para el día siguiente, toma posición delante de Plancenoit, establece su cuartel general en la granja del Caillou (Guijarro), y manda que durante la noche se establezca un observatorio, desde lo alto del cual pueda descubrir al día siguiente toda la llanura. Todo parece indicar que Wellington aceptará la batalla.

Durante la noche, Napoleón trata de interrogar a muchos oficiales ingleses de caballería cogidos prisioneros aquel día, pero de ninguno puede conseguir algún informe.

A las diez, el Emperador, que cree que Grouchy está en Wavre, le envía un oficial para comunicarle que tiene ante sí a todo el ejército angloholandés en posición, delante del bosque de Soignes, apoyando su derecha en el caserío de la Haie, y que con toda probabilidad, le presentará batalla al día siguiente. En respuesta a esto, le manda que dos horas antes de amanecer destaque de su campamento una división de siete mil hombres con dieciséis piezas de artillería y se encamine con ésta hacia Saint Lambert, a fin de que pueda ponerse en comunicación con la derecha del grueso del ejercito y operar sobre la izquierda del angloholandés. En cuanto a él, tan pronto como se cerciore de que el ejército prusosajón ha evacuado Wavre para encaminarse a Bruselas, o para seguir otra dirección, marchará con la mayor parte de sus tropas en la misma

dirección que la división que le servirá de vanguardia, y cuidará de llegar con todas sus fuerzas, hacia las dos de la tarde, hora en que su presencia será decisiva. Por lo demás, Napoleón, para no atraer a los prusianos con sus cañones, no empezará la acción hasta muy entrada la mañana.

Apenas acaba de expedir este despacho, cuando un ayudante del mariscal Grouchy llega con un parte escrito a las cinco de la tarde y fechado en Gembloux. El mariscal ha perdido la pista del enemigo; ignora si se ha dirigido a Bruselas o a Lieja, por lo cual establece avanzadas en cada uno de estos caminos. Como Napoleón andaba visitando los puestos, no encuentra el parte hasta su vuelta, y al punto expide otra orden semejante a la que había enviado a Wavre. Al poco rato de salir el oficial portador de esta orden, llega otro ayudante con un segundo parte, fechado también en Gembloux. Grouchy ha sabido a las seis de la tarde, que Blücher se ha encaminado a Wavre con todas sus fuerzas. Su primera intención era seguirle en el mismo instante pero las tropas habían establecido ya su campamento y estaban haciendo el rancho; por consiguiente no partirá hasta la mañana siguiente. Napoleón no se explica esta ominosa pereza de sus generales que, desde 1814 a 1815 habían tenido un año para descansar, y envía al mariscal una tercera orden más apremiante que las primeras.

Tras estos sucesos, en la noche del 17 al 18 las posiciones de los cuatro ejércitos son estas:

Napoleón, con el primero, segundo y sexto cuerpos de infantería, la división de caballería ligera del general Subervie, los coraceros y los dragones de Milhaud y de Kellermann y, en fin, con la guardia imperial, es decir, con sesenta y ocho mil hombres y doscientos cuarenta cañones, acampa detrás y delante de Plancenoit, ocupando la carretera de Bruselas a Charleroi.

Wellington, con todo el ejército anglo-holandés, fuerte de más de ochenta mil hombres y de doscientas cincuenta piezas, tiene su cuartel general en Waterloo, y se extiende sobre la cresta de una eminencia desde Braine-Leland hasta la Haie.

Blücher está en Wavre, donde ha reunido setenta y cinco mil hombres, con los cuales está dispuesto a marchar adonde el cañón le indique que se necesita de él.

Por último, Grouchy está en Gembloux, donde descansa después de haber andado tres leguas en dos días.

La noche transcurre de este modo. Todo el mundo presiente que se está en vísperas de la batalla de Zama; pero aún se ignora quién será Escipión y quién Aníbal.

Al despuntar un nuevo día, Napoleón sale visiblemente turbado de su tienda, porque no espera encontrar a Wellington en la misma posición; cree que los generales inglés y prusiano han aprovechado la noche para reunirse delante de Bruselas y que le aguardan a la salida de los desfiladeros de la selva de Soignes. Pero a la primera ojeada se tranquiliza; las tropas anglo holandesas siguen coronando la línea de las alturas donde se detuvieron la víspera: en caso de derrota, su retirada es imposible. Napoleón no dirige más que un golpe de vista sobre sus disposiciones; luego, volviéndose a los que le acompañan, dice:

—La jornada depende de Grouchy; si cumple las órdenes que le he dado, tenemos noventa y nueve probabilidades contra una.

A las ocho de la mañana se aclara el tiempo, y algunos oficiales de artillería enviados por Napoleón a reconocer la llanura, vuelven informándole de que las tierras empiezan a secarse, y de que dentro de una hora la artillería podría empezar a maniobrar. Napoleón, que ha echado pie en

tierra para desayunar, se encamina a la Belle-Alliance y reconoce la línea enemiga; pero dudando aún de sí mismo, encarga al general Haxo que se acerque a ella todo lo posible, para cerciorarse de que el enemigo no está protegido por algún atrincheramiento levantado durante la noche. A la media hora este general está de vuelta, diciendo que no ha visto ninguna fortificación y que el enemigo no está defendido más que por la naturaleza misma del terreno. Los soldados reciben la orden de prepararse y de sacar sus armas.

Napoleón había tenido al principio la idea de empezar el ataque por la derecha; pero a eso de las once de la mañana, Ney, que se ha encargado de examinar esta parte del terreno, acude a decirle que un riachuelo que cruza el barranco se ha convertido, a consecuencia de la lluvia, en un torrente cenagoso que le será imposible cruzar con la infantería. Entonces Napoleón cambia de plan; esquivará esta dificultad local, se remontará al origen del barranco, romperá el ejército enemigo por el centro, lanzará caballería y artillería por el camino de Bruselas y así los dos cuerpos de ejército, divididos por el medio, encontrarán cortada la retirada, el uno por Grouchy, que no puede menos de llegar a las dos o las tres de la tarde, y el otro por la caballería y la artillería, que defenderán la carretera de Bruselas. Para llevar a cabo esto, el Emperador lleva todas sus reservas al centro.

Luego, como todo el mundo está en su puesto aguardando la orden de marcha, Napoleón pone su caballo a galope y recorre la línea, despertando por dondequiera que pasa los ecos de las músicas militares y los clamores de los soldados, maniobra que da siempre a los comienzos de sus batallas un aire de fiesta que contrasta con la frialdad de los ejércitos enemigos, en los que ninguno de los

generales incita jamás bastante confianza o simpatía para despertar semejante entusiasmo. Wellington, con un anteojo en la mano y apoyado contra un árbol del camino de travesía delante del cual sus soldados están formados en línea, presencia ese espectáculo imponente de todo un ejército que jura vencer o morir.

Napoleón regresa a la altura de Rossomme, donde se apea del caballo y contempla todo el campo de batalla. Detrás de él, los ritos y la música siguen resonando, semejantes a la llama de un reguero de pólvora. Luego, todo queda en ese silencio solemne que se cierne siempre sobre dos ejércitos a punto de combatir.

En breve queda roto ese silencio por una descarga de fusilería que estalla hacia la extrema izquierda francesa y cuya humareda se divisa por encima del bosque de Gormont; son los tiradores de Jerôme que han recibido la orden de empezar el combate para llamar la atención de los ingleses hacia aquel lado. En efecto, el enemigo descubre su artillería y el estampido de los cañones se sobrepone al ruido de los fusiles. El general Reille hace avanzar la batería de la división Foy y Kellermann lanza a galope a sus doce piezas de artillería ligera. Al mismo tiempo, en medio de la inmovilidad general del resto de la línea, la división Foy se pone en movimiento y marcha en auxilio de Jerôme.

En el momento en que Napoleón tiene los ojos fijos en este primer movimiento, un ayudante enviado por el mariscal Ney, encargado de dirigir el ataque del centro sobre la granja de la Haie-Sainte por la carretera de Bruselas, llega a galope y anuncia que todo está dispuesto y que el mariscal sólo aguarda la señal. En efecto, Napoleón ve las tropas designadas para este ataque, escalonadas ante él en masas profundas; y va a dar la orden de ataque, cuando de pronto al echar una postrera ojeada sobre el

conjunto del campo de batalla, divisa entre la bruma algo así como una nube que avanza en dirección de Saint-Lambert. Se vuelve hacia el duque de Dalmacia, que en calidad de jefe de Estado Mayor estaba a su lado, y le pegunta qué piensa de aquella aparición. Al punto se dirigen sus anteojos hacia aquel lado; unos sostienen que son árboles, otros que son hombres: Napoleón es el primero en reconocer que es una columna. ¿Será Grouncy? ¿Será Blücher? Se ignora. El mariscal Soult supone que es Grouchy; pero Napoleón, como por presentimiento sigue dudando; manda llamar al general Domont y le ordena que marche a Saint-Lambert, con su división de caballería ligera y la del general Subervie, para reconocer la derecha, comunicar prontamente los cuerpos que llegan, efectuar su reunión con ellos si es el destacamento de Grouchy, o contenerlos si es la vanguardia de Blücher.

No se acaba de dar la orden, cuando se ejecuta un nuevo movimiento. Tres mil hombres de caballería salen repentinamente en diagonal, se desarrollan como una inmensa cinta, serpentean un momento por las líneas del ejercito y, luego, escapándose por la extrema derecha francesa, avanzan rápidamente y se forman como para una parada, a unas tres mil toesas de su punto de partida.

Mientras se ejecuta este movimiento, que por su precisión y por lo vistoso ha distraído un momento la atención de lo que pasa en el bosque de Goumont, donde continúa el fuego de artillería, un oficial de cazadores lleva a presencia de Napoleón un húsar prusiano, al que se acaba de coger prisionero en un reconocimiento entre Wavre y Plancenoit. Este húsar es portador de una carta del general Bulow, que anuncia a Wellington que llega por Saint-Lambert y le pide sus órdenes. Además de esta explicación, que disipa todas las dudas relativas a las masas de tropas que se descubren

en el horizonte, el prisionero da nuevos informes, a los que hay que dar crédito por increíbles que parezcan. Y es que, esa misma mañana, los tres cuerpos del ejército pruso sajón, estaban en Wavre sin que Grouchy los hubiera molestado: no hay ningún francés a la vista, ya que una patrulla de su regimiento, al hacer un reconocimiento, ha avanzado hasta dos leguas de Wavre sin encontrar nada.

Napoleón se vuelve al mariscal Soult y le dice:

—Esta mañana teníamos noventa y nueve probabilidades en nuestro favor. La llegada de Bulow nos hace perder treinta; pero aún nos quedan sesenta contra cuarenta. Y si Grouchy remedia la horrible metedura de pata que cometió ayer entreteniéndose en Gembloux, si envía su destacamento con rapidez, la victoria será todavía más decisiva, porque el cuerpo de Bulow quedará enteramente destrozado. Que venga un oficial.

Al punto acude un oficial de Estado Mayor, a quien el Emperador encarga que lleve a Grouchy la carta de Bulow y le apremie para que llegue cuanto antes. Según lo que él mismo ha dicho, a aquella hora debe de estar delante de Wavre. El oficial dará un rodeo y le alcanzará por su retaguardia; tendrá que andar cuatro o cinco leguas por caminos excelentes; cuenta con un buen caballo, y promete ver a Grouchy dentro de hora y media. En el mismo instante, el general Domont envía un ayudante que confirma la noticia; son los prusianos los que tiene a la vista, y por su parte acaba de destacar algunas fuerzas escogidas para ponerse en comunicación con el mariscal Grouchy.

El Emperador manda al general Lobau que cruce con dos divisiones la carretera de Charleroi y se encamine a la extrema derecha para sostener la caballería ligera; escogerá una buena posición donde con diez mil hombres

pueda contener a treinta mil. Tales son las órdenes que da Napoleón cuando confía en sus hombres. Se verifica al punto este movimiento y Napoleón fija la vista en el campo de batalla.

Los tiradores acaban de romper fuego en toda la línea, y sin embargo, a excepción del combate que prosigue con el mismo encarnizamiento en el bosque de Goumont, todavía no hay nada verdaderamente serio. Aparte de una división que el ejército inglés ha destacado de su centro y enviado en socorro de los guardias, toda la línea angloholandesa está inmóvil y las tropas de Bulow descansan en su extrema izquierda, y se forman aguardando su artillería, metida aún en el desfiladero. En aquel momento, Napoleón envía al mariscal Ney la orden de que sus baterías rompan fuego, marche sobre la Haie-Sainte, se apodere de este punto a la bayoneta, deje en él una división de infantería, se lance en seguida sobre las dos granjas de Papelotte y de la Haie, y eche de ellas al enemigo para separar el ejército anglo holandés del cuerpo de Bulow. El ayudante portador de esta orden, parte, cruza la pequeña llanura que media entre Napoleón y el mariscal, y desaparece entre las compactas filas de las columnas que aguardan la señal. A los pocos minutos, ochenta cañones rompen fuego a la vez y anuncian que se va a ejecutar la orden del jefe supremo.

El conde de Erlon avanza con tres divisiones cubierto por aquel fuego terrible, que empieza a causar vacíos en las líneas inglesas, cuando de pronto, al atravesar una hondonada, la artillería se atasca. Wellington, que desde la altura en que está situado ve este percance, lo aprovecha para lanzar sobre aquélla una brigada de caballería que se divide en dos cuerpos, y carga con la rapidez del rayo, en parte a la división Marcognet, y en parte a las piezas alejadas de todo socorro y que, no pudiendo maniobrar, no

sólo han suspendido su ataque, sino que tampoco se hallan en estado de defenderse. La infantería, demasiado agobiada, queda rota y pierde dos águilas; la artillería es acuchillada, se cortan los tiros de los cañones y se desjarreta a los caballos; siete cañones quedan ya fuera del servicio. Cuando Napoleón observa este desgraciado suceso, manda a los coraceros del general Milhaud a que corran en socorro de sus hermanos. Aquella muralla de hierro se pone en movimiento, apoyada por el cuarto regimiento de lanceros. La brigada inglesa, sorprendida en flagrante matanza, desaparece ante aquel choque terrible, abrumada, despedazada: dos regimientos de dragones, entre otros, han sido totalmente aniquilados, se recobran los cañones y se salva la división Marcognet.

Aquella orden, tan admirablemente ejecutada, la dirigió el mismo Napoleón, lanzándose a la cabeza de la línea, entre balas y granadas, que dieron muerte a su lado al general Devaux e hirieron al general Lallemand.

Entretanto Ney, aunque privado de artillería, sigue avanzando, y mientras aquel descalabro tan fatal, aunque prontamente remediado, sucede a la derecha de la carretera de Charleroi a Bruselas, hace marchar por el camino y a la izquierda, campo a través, otra columna que llega por fin a la Haie-Saine.

Allí, bajo el fuego de toda la artillería, a la cual la francesa apenas puede contestar, se concentra todo el combate. Por espacio de tres horas, Ney, que ha recobrado toda la fuerza de sus verdes años, se ocupa en atacar vivamente aquella posición, de la que consigue por fin apoderarse, llena de cadáveres enemigos. Tres regimientos escoceses han quedado tendidos en su mismo puesto, muertos tal como habían combatido, y la segunda división belga, las quinta y sexta divisiones inglesas, han dejado un tercio de su gente.

Napoleón lanza sobre los fugitivos los infatigables coraceros de Milhaud, que los persiguen a sablazos hasta en medio de las filas del ejército inglés en el que introducen el desorden. Desde la altura en que está situado, el Emperador ve los bagajes, los carros y las reservas inglesas alejándose del combate y arremolinándose en el camino de Bruselas. Si Grouchy aparece, la jornada será suya.

Napoleón tiene la vista constantemente fija en dirección de Saint-Lambert, donde los prusianos han iniciado por fin el combate. Estos, a pesar de la superioridad de su número, están contenidos por los dos mil quinientos jinetes de Domont y de Subervie y por los siete mil hombres de Lobau, que están aguantando excepcionalmente la embestida, y permitiendo a Napoleón sostener su ataque del centro. Mientras, él, se mantiene impasible, sin oír ni ver nada que le anuncie la tan esperada llegada de Grouchy.

Napoleón envía al mariscal la orden de mantenerse a todo trance en su posición: necesita un rato para determinar su plan.

Por la extrema izquierda, Jerôme se ha apoderado de una parte del bosque y del castillo de Goumont, del que no quedan más que las cuatro paredes, pues todos los techos han sido derribados por las granadas. Pero los ingleses continúan sosteniéndose en el camino hondo que hay a lo largo de la huerta; por lo tanto, este frente no ha sido más que una victoria pírrica.

Enfrente y hacia el centro, el mariscal se ha apoderado de la Haie-Sainte y se mantiene allí a pesar de la artillería de Wellington y de sus cargas constantes de caballería, que se frenan ante el fuego espantoso de nuestra fusilería. Por este lado hay victoria completa.

A la derecha de la carretera el general Durutte acomete las granjas de Papelotte y la de Haie, donde hay

probabilidad de triunfo.

En fin, a la extrema derecha, los prusianos de Bulow, que han entrado por fin en acción, se establecen perpendicularmente a la derecha francesa. Treinta mil hombres y sesenta bocas de fuego marchan contra diez mil hombres de los generales Domont, Subervie y Lobau. Allí está, por el momento, el verdadero peligro.

Pero más peligro acecha todavía tras escuchar las noticias que van llegando: las patrullas del general Domont regresan sin haber visto a Grouchy, pero en breve, al fin, se recibe un despacho del mismo mariscal. En lugar de partir de Gembloux al amanecer, como había prometido hacerlo en su carta de la víspera, no había emprendido la marcha hasta las nueve y media de la mañana. Esto son muy malas noticias para los franceses, que necesitan su apoyo inmediato. Sin embargo, son las cuatro y media de la tarde y hace cinco horas que el cañón retumba. Napoleón confía en que, obedeciendo a la primera ley de la guerra, acudirá al ruido de los cañones. A la siete y media podría estar en el campo de batalla: hasta entonces hay que redoblar los esfuerzos y sobre todo detener los progresos de los treinta mil hombres de Bulow, que, si Grouchy llegara por fin, se encontrarán a aquella hora cogidos entre dos fuegos.

Napoleón ordena al general Duhesme, que dirige las dos divisiones de la guardia joven, que se encamine a Plancenoit, hacia donde Lobau, acosado por los prusianos, se bate en retirada por escalones. Duhesme parte a galope con ocho mil hombres y veinticuatro cañones, los pone en batería y rompen fuego en el momento en que la artillería prusiana barre con su metralla la calzada de Bruselas. Este refuerzo contiene el movimiento progresivo de los prusianos y aun hay momentos en que parece que los hace retroceder. Napoleón aprovecha este respiro y manda a Ney que

marche a paso de carga hacia el centro del ejército anglo-holandés y lo desbarate; llama a sí a los coraceros de Milhaud, que cargan a la cabeza para abrir un hueco; el mariscal lo sigue, y al poco rato corona la meseta con sus tropas. Toda la línea inglesa es amputada y atacada a quemarropa. Wellington lanza contra Ney toda la caballería que le queda, mientras que su infantería forma el cuadro. Napoleón comprende la necesidad de sostener el movimiento y envía al conde de Valmy la orden de trasladarse con sus dos divisiones de coraceros a la meseta para apoyar las divisiones de Milhaud y Lefèvre-Desnouettes. En el mismo momento, Ney hace avanzar la caballería pesada del general Guyot, a la cual se une las divisiones de Milhaud y Lefebre-Desnouettes, que vuelven a la carga. Tres mil coraceros y tres mil dragones de la guardia, es decir, los mejores soldados del mundo, avanzan a galope tendido y chocan con los cuadros ingleses, que se abren, vomitan su metralla y vuelven a cerrarse. Pero no hay nada que contenga el ímpetu terrible de nuestros soldados. La caballería inglesa, rechazada y acuchillada por la larga espada de los coraceros y de los dragones, penetra por los intervalos y corre a rehacerse a retaguardia bajo la protección de la artillería. Al punto, coraceros y dragones se precipitan sobre los cuadros, rompiendo alguno de ellos, pero los soldados mueren sin retroceder un paso. Entonces comienza una horrorosa carnicería, interrumpida de vez en cuando por cargas desesperadas de caballería, contra las cuales tienen que revolverse los soldados franceses y durante las cuales los cuadros ingleses respiran y vuelven a formarse para ser rotos de nuevo. Wellington, perseguido de cuadro en cuadro, vierte lágrimas de rabia al ver acuchillar de aquel modo a su vista doce mil hombres de sus mejores tropas; pero sabe que no retrocederán un ápice, y

calculando el tiempo que debe transcurrir antes que la destrucción sea completa, saca el reloj y dice a los que le rodean:

—Aún quedan para dos horas; pero antes de una, o habrá cerrado la noche o habrá llegado Blücher.

La lucha continúa así tres cuartos de hora.

Entonces, desde la altura en que domina todo el campo de batalla, Napoleón ve desembocar una masa profunda por el camino de Wavre. Por fin llega Grouchy, que tanto se ha hecho esperar; tarde, es verdad, pero aún lo bastante a tiempo para contemplar la victoria. Al ver aquel refuerzo, envía un ayudante a anunciar a todas direcciones que Grouchy aparece y va a entrar en línea. En efecto, sucesivamente se van desplegando masas que se ponen en orden de batalla; nuestros soldados redoblan su ardor porque creen que sólo tienen que descargar el último golpe. De pronto una formidable artillería retumba delante de los recién llegados y las balas, en vez de ir dirigidas contra los prusianos derriban filas enteras de franceses. Todos cuantos rodean a Napoleón se miran estupefactos; el Emperador se da una palmada en la frente: no es Grouchy, es Blücher.

Napoleón no aparta la vista de la situación, que es terrible. Sesenta mil hombres de tropas de refresco, con las cuales no contaba, caen sucesivamente sobre sus tropas, rendidas por ocho horas de lucha. La ventaja se mantiene por él en el centro, pero ya no tiene el ala derecha; empeñarse en dividir en dos el ejército enemigo sería ya cosa inútil y hasta peligrosa. El Emperador concibe y ordena entonces una de las más ingeniosas maniobras de cuantas ideó en sus más aventuradas combinaciones estratégicas: consiste en un gran cambio de frente oblicuo sobre el centro, merced al cual hará frente a los dos ejércitos.

Además, el tiempo transcurre, y la noche que debía llegar para los ingleses, llega también para él.

Entonces da orden a su izquierda de dejar a retaguardia el bosque de Goumont y a los pocos ingleses que se mantienen todavía al abrigo de los muros almenados del castillo y de acudir a reemplazar al primero y al segundo cuerpo, que han sufrido mucho, al mismo tiempo que libertará a la caballería de Kellermann y de Milhaud, demasiado comprometida en la meseta del monte Saint Jean. Manda a Lobau y a Duhesme que continúen la retirada y vayan a situarse en línea por encima de Plancenoit; al general Pelet que se sostengan con firmeza en esta aldea a fin de apoyar el movimiento; el centro que gire sobre sí mismo; al mismo tiempo un ayudante de campo recibe la orden de recorrer la línea y anunciar la llegada del mariscal Grouchy.

Al saberse esta noticia se reanima el entusiasmo; todo se pone en movimiento en la inmensa línea. Ney, que ha perdido ya cinco caballos, desenvaina la espada. Napoleón se pone a la cabeza de su reserva y avanza personalmente por la carretera. El enemigo continúa plegando su centro y su primera línea queda rota; la guardia la rebasa y se apodera de una batería desenganchada. Pero allí tropieza con la segunda línea, que se compone de una masa terrible, compuesta de los restos de los regimientos dispersados dos horas antes por la caballería francesa y que han podido rehacerse. Son de las brigadas de las guardias inglesas, del regimiento belga de Chassé y de la división de Brunswick. No importa. La columna se despliega como en una maniobra; pero de pronto, diez piezas de batería rompen el fuego a tiro de pistola y arrebatan toda su cabeza, mientras que otros veinte cañones la cogen de soslayo y causan estragos en las masas amontonadas alrededor de la Belle

Alliance, que su movimiento acaba de dejar al descubierto. El general Friant queda herido; los generales Michel, Jamin y Mallet, muertos; así como los mayores Augelet, Cardinal y Agnès; el general Guyot, al dar por octava vez una carga con su caballería pesada, recibe dos balazos; Ney tiene su ropa y su sombrero acribillados de balazos, y en toda la línea se nota un momento de vacilación.

En ese momento, Blücher ha llegado al caserío de Haie y arrojado de él a los dos regimientos que lo defienden. Estos, que por espacio de media hora han hecho frente a diez mil hombres, se ponen en retirada; pero Blücher llama seis mil hombres de caballería inglesa que guardan la izquierda de Wellington y que son ya inútiles desde el momento en que esta izquierda está ocupada por los prusianos. Estos seis mil hombres, que llegan mezclados con aquellos a quienes persiguen, abren un hueco horrible en el corazón del ejército mismo. Cambronne se arroja entonces con el segundo batallón del primer regimiento de cazadores entre la caballería inglesa y los fugitivos, forma el cuadro y protege la retirada de los demás batallones de la guardia. Este batallón atrae para sí todo el choque y se ve rodeado, apretado, atacado por todos lados. Entonces es cuando Cambronne, a quien se le conmina para que se rinda, contesta no con la frase florida que se le ha atribuido, sino una sola palabra, palabra de cuerpo de guardia, pero a la cual su energía no quita nada de su sublimidad. Casi al punto, cae del caballo, derribado por un casco de metralla que le hiere en la cabeza.

En el mismo instante Wellington hace avanzar toda su extrema derecha, de la que puede disponer, y que a causa del movimiento francés, ya no hay nada que la contenga, y tomando a su vez la ofensiva, la lanza como un torrente desde las alturas de la meseta. Esta caballería envuelve los

cuadros de la guardia, a la que no se atreve a atacar, luego da media vuelta a la derecha y embiste a nuestro centro más abajo de la Haie-Sainte. Entonces se sabe que Bulow rebasa la extrema derecha francesa, que el general Duhesme está peligrosamente herido y, en fin, que Gouchy, con el cual se contaba, no acaba de llegar. El fuego de fusilería y de cañón estalla a quinientas toesas a nuestra retaguardia: Bulow nos ha desbordado. Resuena el grito de «*¡Sálvese quien pueda!*» Y comienza la derrota. Los fugitivos desorganizan los batallones que se sostienen todavía. Napoleón, en el momento de quedar envuelto, se encierra en el cuadro de Cambronne con Ney, Soult, Bertrand, Corbineau, Flahaut, Gourgand y Labédoyère, que se encuentran sin soldados. La caballería multiplica su cargas. La artillería inglesa barre todo el llano desde la cresta de sus alturas; la francesa, que ya no tiene quien la sirva, permanece callada; aquello no es ya un combate, es una carnicería.

En aquel momento se despeja algo el cielo; Blücher y Wellington, que acaban de reunirse en la granja de la Belle Alliance, se aprovechan de esta circunstancia para poner su caballería en persecución de las tropas francesas; se rompen los restos que hacían mover este cuerpo gigantesco, y el ejército se dispersa. Únicamente algunos batallones de la guardia se sostienen y mueren.

En vano intenta Napoleón contener este desorden. Se echa en medio de la derrota, encuentra un regimiento de la guardia y dos baterías de reserva detrás de Plancenoit, y procura reunir a los fugitivos. Por desgracia, la noche impide que le vean y el tumulto que le oigan. Entonces se apea del caballo y se arroja, espada en mano, en medio de un cuadro; Jerôme le sigue diciendo:

—Tienes razón, hermano; aquí debe caer todo lo que lleva el nombre Bonaparte.

Pero lo cogen sus generales y sus oficiales de Estado Mayor y lo empujan sus granaderos, que están dispuestos a morir, pero no quieren que su Emperador muera con ellos. Lo montan a caballo, un oficial coge la brida y se lo lleva a galope, y así pasa entre los prusianos, que lo han desbordado por espacio de más de media legua. No hay bala de fusil ni de cañón que le hiera. Por fin llega a Jemmapes, se detiene un instante, renueva sus tentativas de reunión de los fugitivos, a las cuales siguen oponiéndose la noche, la confusión, la derrota general y la encarnizada persecución de los prusianos. Convencido al fin de que, como en Moscú, todo había concluido por segunda vez y que solamente en París podría reunir el ejército y salvar la Francia, prosigue su marcha, hace un alto en Philippeville, y llega el 20 a Laon.

El que escribe estas líneas no ha visto a Napoleón más que dos veces en toda su vida con ocho días de diferencia. Y esto durante el corto espacio de un relevo. La primera vez, cuando iba a Ligny, la segunda cuando volvía de Waterloo, aquella vez, a la luz del sol, ésta a la de una lámpara; la primera vez en medio de aclamaciones de la muchedumbre, la segunda en medio del silencio de una población.

Tanto una como otra, Napoleón estaba sentado en el mismo coche, en el mismo sitio, vestido con el mismo traje, la misma mirada vaga, extraviada, la misma fisonomía, tranquila e impasible, sólo que al volver tenía la cabeza un poco más inclinada sobre el pecho que al ir.

¿Era por enfado porque no podía dormir, o por dolor de haber perdido el mundo?

El 21 de junio, Napoleón está de regreso en París.

El 22, la cámara de los pares y la de los diputados se declaran en sesión permanente y proclaman traidor a la patria a quien intente suspenderlas o disolverlas.

El mismo día, Napoleón abdica a favor de su hijo.

El 8 de julio, Luis XVIII vuelve a París.

El 14, Napoleón, después de rechazar la oferta del capitán Baudin, hoy vicealmirante, que le propone llevarle a los Estados Unidos, pasa a bordo del *Bellérophon,* tripulado por el capitán Maitland, y escribe al príncipe regente de Inglaterra:

> Alteza Real:
>
> Blanco de las facciones que dividen mi país y de la enemistad de las más grandes potencias de Europa, he consumido mi carrera política. Como Temístocles, acudo a tomar asiento en el hogar del pueblo británico. Me pongo bajo la protección de sus leyes, que reclamo de Vuestra Alteza Real, como la del más poderoso, del más constante, del más generoso de mis enemigos.
>
> NAPOLEÓN

El 16 de julio, el *Bellérophon* se hace a la vela para Inglaterra.

El 24, fondea en Torbay, donde Napoleón supo que el general Gourgaud, portador de su carta, no había podido saltar a tierra y tuvo que desprenderse de sus despachos.

El 26, por la noche, el *Bellérophon* entra en la rada de Plymouth. Allí empiezan a circular los primeros rumores de su deportación a Santa Elena. Napoleón no quiso darles crédito.

El 30 de julio, un comisario notificó a Napoleón la resolución relativa a su deportación a Santa Elena. Napoleón, indignado, coge la pluma y escribe:

> Protesto solemnemente aquí, a la faz del cielo y de los hombres, de la violencia que se me hace, de la violación de mis derechos más sagrados, al disponerse, por la fuerza, de mi persona y de mi libertad. He venido

libremente a bordo del *Bellérophont;* no soy el prisionero, sino el huésped de Inglaterra. He venido a instigación del capitán, quien me dijo que tenía órdenes de su Gobierno para recibirme a bordo y llevarme a Inglaterra con mi comitiva, si así me agradaba. Me he presentado de buena fe para ponerme bajo la protección de las leyes de Inglaterra. Así pisé la cubierta del *Bellérophont y* me encontré en el hogar del pueblo británico. Si el Gobierno, al dar al capitán del *Bellérophont* la orden de recibirme, así como a mi comitiva, ha querido tenderme una emboscada, con ello ha faltado al honor y mancillado su pabellón.

Si se consumara este acto, en vano sería que los ingleses quisieran hablar en adelante de su lealtad, de sus leyes, de su libertad; la fe británica resultará perdida en la hospitalidad del *Bellérophont.*

Apelo a la Historia: ella dirá que un enemigo, que hizo largo tiempo la guerra al pueblo inglés, acudió libremente en su infortunio a buscar un asilo al amparo de sus leyes. ¿Qué mayor prueba de aprecio y confianza podía darle? ¿Y cómo se respondió en Inglaterra a semejante magnanimidad? Se fingió tender una mano hospitalaria a ese enemigo, y cuando se hubo entregado de buena fe, se le inmoló.

NAPOLEÓN

En el mar, a bordo del *Bellérophon.*

A pesar de esta protesta, el 7 de agosto tuvo Napoleón que desembarcar del *Bellérophon* para pasar a bordo del *Northumberland*. En la orden del Ministerio se prevenía que se quitase a Napoleón su espada; pero el Almirante Keith se avergonzó de semejante orden y no quiso ejecutarla.

El lunes, 7 de agosto de 1815, el *Northumberland* zarpó para Santa Elena.

El 16 de octubre, a los setenta días de su salida de Inglaterra y a los ciento diez de haber marchado de Francia, Napoleón arribó a la roca que iba a convertir en pedestal.

Inglaterra aceptó en toda su extensión el oprobio de su traición y a partir del 16 de octubre de 1815 los reyes tuvieron su Cristo y los pueblos su Judas.

Napoléon 1840 ed. francesa_Página_386_Imagen_0002.tif

VII. NAPOLEÓN EN SANTA ELENA

Napoleón pasó aquella noche en una especie de mesón, donde se encontró muy incómodo. A las seis de la mañana del día siguiente partió a caballo con el gran mariscal Bertrand y el almirante Keith para Longwood, a una casa que este último había alquilado para su residencia, como la más conveniente de la isla. De camino el Emperador se detuvo en un pequeño pabellón dependiente de una casa de campo que pertenecía a un negociante de la isla llamado Balcombe. Sería su morada temporal hasta que Longwood no se hallara en estado de poder habitarse. Había estado tan mal el día anterior, que aunque el pequeño pabellón estaba casi desmantelado, no quiso volver a la ciudad.

Por la noche, cuando fue a acostarse, se fijó en que había una ventana sin cristal ni cortina en la cabecera de su cama. Las Cases y su hijo la taparon como pudieron y subieron a un desván donde cada cual se tendió en un colchón; los criados, envueltos en sus capas, durmieron en el suelo atravesados en la puerta.

Al otro día, Napoleón almorzó, sin mantel ni servilletas, las sobras de la comida de la víspera.

Todo esto no era más que el preludio de la miseria y las privaciones que le esperaban en Longwood.

Sin embargo, poco a poco esta situación mejoró: se trajo del *Northumberland* ropa interior y vajilla. El coronel del 53º de línea ofreció una tienda de campaña, que se instaló como prolongación del cuarto; y desde entonces, Napoleón, con su acostumbrada disciplina, trató de organizar su nuevo modo de vida.

A las diez mandaba llamar a Las Cases para almorzar con él. Terminado el almuerzo y después de media hora de conversación, Las Cases le leyó lo que él le había dictado el día anterior.Acabada la lectura, Napoleón siguió dictando hasta las cuatro de la tarde. A esta hora se vistió y salió para que pudieran limpiar el cuarto, bajó al jardín, que le agradaba mucho y en cuyo extremo había un cenador cubierto de lona como una tienda de campaña. Solía sentarse bajo este cenador, adonde habían llevado una mesa y sillas, que le proveía de abrigo contra el sol. Allí dictaba órdenes a sus compañeros hasta la hora de cenar, que estaba fijada a las siete. Se pasaba el resto del día leyendo a Racine o a Molière, porque no había ninguna obra de Corneille, de las cuales Napoleón pidió se representara alguna comedia o tragedia. Por la noche, se acostaba lo más tarde posible, porque si se acostaba temprano se despertaba a media noche y no volvía a conciliar el sueño más. ¿Quién de los condenados de Dante hubiera querido cambiar su suplicio por los insomnios de Napoleón?

Al cabo de pocos días, se sintió cansado y enfermo. Se habían puesto a su disposición tres caballos y creyendo que le sentaría bien un paseo, preparó, con los generales Gourgaud y Montholón una cabalgada para el día siguiente. Pero todo se frustró al recibir la noticia de que un oficial inglés tenía orden de no perderle de vista. Despidió al punto los caballos, diciendo que, puesto que el disgusto de ver a su carcelero era mayor que el bien que le podía proporcionar el ejercicio, saldría ganando quedándose quieto en casa.

El Emperador reemplazó esta distracción con escapadas nocturnas, que a veces se prolongaban hasta las dos de la madrugada.

Por fin, el domingo 10 de diciembre el almirante avisó a Napoleón de que su casa de Longwood estaba lista; y aquel mismo día, se trasladó a ella a caballo. Lo que más alegría le causó de su nueva morada fue una bañera de madera que el almirante consiguió que un carpintero de la población hiciera con arreglo a sus bocetos. Una bañera era objeto desconocido en Longwood, y aquel mismo día Napoleón la utilizó.

Al día siguiente la servidumbre del Emperador empezó a organizarse. Se dividía en tres series, cámara, librea y boca, y se componía de once personas.

En cuanto a la alta servidumbre, todo se arregló poco más o menos como en la isla de Elba: el gran mariscal Bertrand conservó el mando y la vigilancia general, M. de Montholón quedó encargado de los detalles domésticos, el general Gourgaud de la caballería y Las Cases de la administración interior.

La división del día era casi la misma que en Briars. A las diez, el emperador almorzaba en su cuarto en un velador, mientras que el gran mariscal y sus compañeros lo hacían en una mesa de servicio, teniendo la derecho de convidar a quien quisiesen. No había hora fija para el paseo, pues durante el día hacía mucho calor y de noche no era menos grande la humedad. Además como tampoco llegaban los caballos de tiro y de silla que habían pedido, el Emperador trabajaba una parte del día, ya con Las Cases, o ya con los generales Gourgaud o Montholon. De ocho a nueve comía deprisa, porque el comedor había conservado un olor de pintura que le era insoportable y luego se pasaba al salón, donde estaban preparados los postres. Allí leía obras de Racine, Molière o Voltaire, echando cada vez más de menos a Corneille. Por fin, a las diez se sentaba a una mesa de

reversis, juego predilecto del Emperador, y así pasaban hasta la una de la madrugada.

Toda la pequeña colonia estaba alojada en Longwood, a excepción del mariscal Bertrand y su familia, que vivían en Hut’s-Gate, en una casita destartalada situada en el camino de la ciudad.

La habitación del Emperador se componía de dos aposentos, cada uno de quince pies de largo por once de ancho y unos siete de alto; ambos estaban guarnecidos de piezas de mahón a guisa de papel de pared, y una raída alfombra que cubría el pavimento.

En la alcoba estaba la pequeña cama de campaña donde dormía el Emperador, un canapé, en el cual descansaba la mayor parte del día entre los muchos libros de que estaba rodeado; al lado, un velador donde almorzaba y comía, y en el que se ponía por la noche un candelero de tres brazos cubierto con una gran pantalla.

Entre las dos ventanas y enfrente de la puerta había una cómoda, en la que se guardaba la ropa interior del Emperador y su gran neceser.

La chimenea, sobre la que había un pequeño espejo, estaba adornada con muchos cuadros. A la derecha se veía el retrato del rey de Roma a caballo sobre un carnero; a la izquierda, otro retrato del mismo, sentado en un almohadón y probándose una zapatilla; en medio de la chimenea, un busto en mármol del regio niño; dos candeleros, dos frascos y dos tazas de plata sobredorada, sacadas del neceser del Emperador, completaban el adorno de la chimenea.

Finalmente, cerca del canapé y precisamente enfrente del Emperador en el momento en que se tendía en él para descansar, y era una gran parte del día, estaba el retrato de María Luisa, con su hijo en brazos, pintado por Isabey.

Además, a la izquierda de la chimenea y separado de los retratos, estaba el gran reloj de plata del gran Federico, una especie de despertador confiscado en Potsdam, y enfrente el del Emperador, el que había marcado la hora de Marengo y de Austerlitz, cubierto de oro en los dos lados y escrito en él la letra B.

La segunda pieza, que servía de gabinete, tenía por todo mobiliario unas tablas sin labrar puestas sobre caballetes, en las cuales había un buen número de libros desordenados escritos por cada uno de los generales o secretarios, dictados por el Emperador. Seguidamente, entre las dos ventanas, un armario en forma de biblioteca; enfrente, una cama semejante a la primera en la que el Emperador se echaba a veces de día y aun dormía de noche cuando se levantaba en sus frecuentes y largos insomnios. Por último, en medio estaba la mesa de trabajo, con la indicación de los sitios que solían ocupar el emperador cuando dictaba y MM. de Montholon, Gourgaud o Las Cases cuando escribían.

Tales eran la vida y el palacio del hombre que había habitara alternativamente las Tullerías, el Kremlin y el Escorial.

Con todo, a pesar del calor del día, a pesar de la humedad de la noche y a pesar de la carencia de las cosas más necesarias para la vida común, el Emperador habría soportado con paciencia y resignación todas estas privaciones, si no fuera por el empeño en tratarle, no sólo como prisionero en la isla, sino también como prisionero de su casa. Ya ha quedado dicho que un oficial siempre le acompañaría cuando montara a caballo y que entonces tomó la decisión de no salir. Su constancia acabó por cansar a sus carceleros y se levantó esta rígida norma con tal que no traspasara ciertos límites, rodeados por centinelas. Cierto día, uno de éstos apuntó con su fusil al Emperador y

el general Gourgaud se lo arrancó en el momento en que probablemente iba a disparar. Por otra parte, este recinto apenas le permitía dar un paseo de media legua y como el Emperador no quería traspasarlo para evitar la molesta compañía de su guardián, prolongaba su caminata bajando por caminos apenas transitados, por barrancos donde parecía mentira que no se hubiera despeñado más de una vez.

A pesar de este cambio en sus costumbres, no se alteró la salud del Emperador durante los primeros seis meses.

Pero a la llegada del invierno, con la humedad y la lluvia invadiendo los aposentos de cartón que habitaba, empezó a sufrir frecuentes indisposiciones. No ignoraba Napoleón que aquel ambiente era de los más insalubres y que apenas se encontraba en toda la isla una persona de más de cincuenta años.

En esto llegó un nuevo gobernador, que fue presentado al Emperador por el almirante. Era hombre de unos cuarenta y cinco años, de estatura regular, flaco, seco, de rostro encendido, cabellos rojos, lleno de pecas, con ojos oblicuos que miraban siempre de soslayo y rara vez de frente y cejas asimismo rojas, espesas y muy salientes. Se llamaba sir Hudson Lawe.

Desde el día de su llegada empezó a haber nuevas vejaciones, que se hicieron cada vez más intolerables. Para empezar envió al Emperador dos folletos que se habían escrito contra él. Luego sometió a todos los criados a un interrogatorio para que le dijeran si estaban a su servicio libre y espontáneamente. Estas nuevas contrariedades le ocasionaron una de esas indisposiciones a las cuales era cada vez más propenso. La enfermedad persistió cinco días, durante los cuales no pudo salir, pero sí seguir dictando su campaña de Italia.

En breve arreciaron las vejaciones del gobernador y se limaron las asperezas, hasta el extremo de convidar a comer en su casa al «*general Bonaparte*» para presentarle a una señora inglesa de distinción que había hecho escala en Santa Elena. Napoleón ni siquiera contestó a la invitación. Las persecuciones se redoblaron entonces.

En lo sucesivo nadie podía escribir sin presentar antes la carta al gobernador y toda la que daba a Napoleón el título de Emperador era confiscada.

Se censuró al «general Bonaparte» porque los gastos que ocasionaba eran demasiado elevados. Se le informó de que el Gobierno no se había propuesto concederle más que una mesa en la que comieran diariamente cuatro personas a lo sumo, una botella de vino diaria para cada persona y una comida extraordinaria por semana, y que si había gastos excedentes, el general Bonaparte y las personas de su comitiva debían pagarlos.

El Emperador mandó entonces vender su vajilla de plata y la envió a la ciudad; pero el gobernador respondió diciendo que no quería que se vendiese sino al hombre que él propusiera. Tal hombre acabo dando seis mil francos por el primer envío que se hizo, apenas dos tercios del valor de la plata vendida al peso.

El Emperador tenía costumbre de tomar un baño todos los días y se le dijo que se contentase con un baño por semana porque el agua escaseaba en Longwood. Había algunos árboles entre los cuales iba a veces a dar un paseo porque era lo único que daba sombra; el gobernador los mandó talar y como el Emperador se quejó de semejante crueldad, contestó el otro que ignoraba que aquellos árboles fuesen agradables al general Bonaparte, pero que, puesto que los echaba de menos, «*se plantarían de nuevo*».

Napoleón tenía a veces arranques sublimes y esta contestación provocó uno de esos.

—La peor medida de los ministros ingleses –exclamó–, no consiste precisamente en haberme enviado aquí, sino en haberme puesto en vuestras manos. Me quejaba del almirante, pero él, al menos, tenía corazón; vos deshonráis a vuestra nación y vuestro nombre será una mancha para ella.

Finalmente, se dio cuenta, por la calidad de la carne, que se proveía la mesa del Emperador de animales muertos y no matados. Se pidió que los suministraran vivos; pero esta petición no fue atendida.

Desde entonces la existencia de Napoleón no fue más que una lenta y penosa agonía, que duró sin embargo, cinco años. Por espacio de este tiempo, el moderno Prometeo permanece encadenado a la roca en la que Hudson Lowe le roe el corazón. Finalmente, el 20 de marzo de 1821, día del glorioso aniversario del regreso de Napoleón a París, sintió Napoleón desde por la mañana una fuerte opresión en el estómago y una especie de sofoco fatigoso en el pecho. Al poco apareció un dolor agudo en el epigastrio, en el hipocondrio izquierdo y se extendió por el lado del tórax hasta el hombro correspondiente. A pesar de los primeros remedios, la fiebre continuó, el abdomen se hizo doloroso al tacto y el estómago se hincho. A eso de las cinco de la tarde este estado empeoró, acompañado de un frío glacial, sobre todo en las extremidades inferiores, con continuos calambres. Como en aquel momento la señora Bertrand había ido a visitarle, Napoleón se esforzó por parecer menos abatido y hasta fingió alguna alegría, pero en breve predominó su predisposición melancólica.

—Hay que prepararse a la sentencia fatal; vos, Hortense, y yo, estamos destinados a encontrarla en esta miserable

roca. Yo seré el primero, vos vendréis en seguida y Hortense os seguirá.

Luego añadió estos cuatro versos de *Zaira:*

> *Mais à revoir Paris je ne dois plus prétendre;*
> *Vous voyez qu'au tombeau je suis prêt à descendre,*
> *Je vais au roi des rois demander aujourd'hui*
> *Le prix de tous le maux que j'ai soufferts pour lui.*

> (No debo aspirar ya a ver de nuevo París; / bien veis que estoy pronto a descender a la tumba. / Hoy voy a pedir al rey de los reyes / el premio de todos los males que he padecido por él.)

La noche que siguió fue agitada; se agravaron cada vez más los síntomas a pesar de una medicina que se le administró al enfermo y que los hizo desaparecer momentáneamente, pero que al cabo volvieron de nuevo a brotar. Entonces, casi a pesar del Emperador, se organizó una consulta entre el doctor Antomarchi y M. Arnott, físico del regimiento 20º de guarnición en la isla. Ambos reconocieron la necesidad de aplicar un gran vejigatorio en la región abdominal, de administrar un purgante y de rociar con vinagre de hora en hora la frente del enfermo. A pesar de esto, la enfermedad continuó haciendo rápidos progresos.

Una noche, un criado de Longwood dijo que había visto un cometa; Napoleón le oyó y este presagio le llamó la atención.

—¡Un cometa! –exclamó–: ese fue el vaticinio de la muerte de César.

El 11 de abril se le enfriaron extraordinariamente los pies y el doctor probó a calentárselos con fomentos.

—Todo es inútil –dijo Napoleón–; el mal no está ahí, sino en el estómago, en el hígado. No tenéis remedios para el

ardor que me abrasa, ningún preparado, ningún medicamento para el fuego que me devora.

El 15 de abril empezó a redactar su testamento y se prohibió la entrada a su cuarto a todo el mundo excepto a Marchand y al general Montholon, que permanecieron con él desde la una y media hasta las seis de la tarde.

A esa hora entró el médico; Napoleón le enseñó su testamento aún inacabado y cada pieza de su neceser marcada con el nombre de la persona a quien estaba destinada.

—Ya lo veis –le dijo–; estoy haciendo mis preparativos de marcha.

El doctor quiso tranquilizarle; pero Napoleón no le dejó hablar.

—No hay que hacerse ilusiones –añadió–, sé lo que es esto y estoy resignado.

El 19 notó cierta mejoría que devolvió la esperanza a todos, excepto al enfermo. Todos se felicitaban de este cambio; Napoleón les dejó comentar lo que quisieran y luego dijo:

—No os engañéis; hoy me encuentro mejor, pero no por eso olvidéis que mi fin se acerca. Cuando yo haya muerto, cada uno de vosotros tendrá el dulce consuelo de volver a Europa, donde veréis a vuestros parientes y a vuestros amigos. Yo encontraré a mis valientes en el cielo… Sí, sí –añadió animándose y levantando la voz con acento inspirado–; Kléber, Desaix, Bessières, Duroc, Ney, Murat, Masséna, Berthier saldrán a mi encuentro. Me hablarán de lo que hemos hecho juntos y yo le contaré los últimos acontecimientos de mi vida; al verme de nuevo, se volverán todos locos de entusiasmo y de alegría. Hablaremos de nuestras guerras con Escipión, César, Aníbal, y esto nos

causará sumo placer… A no ser –añadió sonriendo–, que allá arriba se asusten de ver tantos guerreros juntos.

Algunos días después mandó llamar a su capellán Vignali.

—He nacido en la religión católica –le dijo–, y quiero cumplir los deberes que impone y recibir los sacramentos que administra. Todos los días daréis misa en la capilla inmediata y expondréis el Santísimo Sacramento durante cuarenta horas. Cuando yo haya muerto, colocaréis el altar a la cabecera de mi lecho, en la cámara ardiente y seguiréis celebrando misa. Haréis todas las ceremonias pertinentes y no cesaréis hasta que me hayan enterrado.

Al sacerdote siguió el médico.

—Querido doctor –le dijo–, después de mi muerte, que no debe hacerse esperar, quiero que procedáis a abrir mi cadáver; pero exijo que ningún médico inglés ponga la mano sobre mí. Deseo que saquéis mi corazón, que lo metáis en alcohol y que lo llevéis a mi querida María Luisa. Le diréis que la he amado tiernamente y que jamás he dejado de amarla. Le contaréis todo cuanto he sufrido, le diréis todo cuanto habéis visto y le daréis todos los detalles de mi muerte. Os encomiendo sobre todo un examen de mi estómago y que redactéis acerca de él un informe preciso y detallado que entregaréis a mi hijo. Desde Viena pasaréis luego a Roma, para ver a mi madre y a mi familia; les referiréis cuanto habéis observado acerca de mi situación les diréis que ese Napoleón, a quien han llamado el Grande, como a César y a Pompeyo, ha muerto en el estado más deplorable, careciendo de todo, abandonado a sí mismo y a su gloria. Les diréis que al expirar legó a todas las familias reinantes el oprobio y el horror de sus últimos momentos.

El 2 de mayo la fiebre alcanzó el más alto grado de intensidad que hasta entonces había llegado, el pulso marcó cien pulsaciones por minuto y el emperador deliró. Era el

principio de la agonía, que tuvo sus intermitencias. En sus cortos momentos de lucidez, Napoleón repetía sin cesar la recomendación que había hecho al doctor Antomarchi.

—Haced con cuidado –le decía–, el examen anatómico de mi cuerpo y sobre todo del estómago. Los médicos de Montpellier me dijeron que la enfermedad del píloro era hereditaria en mi familia. Creo que Luis conserva su informe; pedídselo, comparadlo con lo que observéis en mi. Quizá se pueda, por lo menos, salvar a mi hijo de esta cruel enfermedad…

La noche la pasó bastante bien pero a la mañana siguiente sobrevino de nuevo el delirio con mayor fuerza. Sin embargo, a eso de las ocho perdió algo de su intensidad; y a las tres el enfermo recobró la razón. Se aprovechó de ello para llamar a sus ejecutores testamentarios y les ordenó que, en caso de que perdiera totalmente el conocimiento, no permitieran que se acercase a él ningún médico inglés, a excepción del doctor Arnott. Luego añadió, en toda la plenitud de su razón y en todo el poder de su genio:

—Voy a morir y vosotros regresaréis a Europa. Debo daros algunos consejos acerca de la conducta que debéis seguir. Habéis participado de mi destierro, por lo que tendréis que ser fieles a mi memoria y no mancillarla. Nunca he faltado a mis principios; los he infundido en mis leyes, en mis acciones; no hay uno solo que yo no haya consagrado. Por desgracia, las circunstancias han sido tan graves que me han obligado a aplazamientos; han venido los reveses y Francia ha sido privada de las instituciones liberales que yo le preparaba. Juzgadme con indulgencia, tened en cuenta mis intenciones, estimad mi nombre, mis victorias: imitadme. Sed fieles a las opiniones que habéis defendido, a

la gloria que hemos adquirido; fuera de eso no hay más que vergüenza y confusión.

El 5 por la mañana, el mal que carcomía su cuerpo había llegado casi a su cénit; la escasa vida del enfermo era anhelante y dolorosa, la respiración cada vez más insensible; los ojos, desmesuradamente abiertos, estaban fijos y sin brillo. Algunas palabras vagas, postrera ebullición de su cerebro delirante, acudían de cuando en cuando a sus labios. Las últimas palabras que se le oyeron fueron «*cabeza*» y «*ejército*». Luego su voz se apagó; su mente se nubló y el mismo doctor creyó que se había extinguido por completo su vida. Con todo, a eso de las ocho se reanimó ligeramente el pulso; pareció distenderse el resorte mortal que cerraba la boca del moribundo y algunos suspiros profundos y supremos se exhalaron de su pecho. A las diez y media desapareció el pulso, y pasadas las once unos minutos el Emperador había dejado de existir.

Veinte horas después de la muerte de su ilustre enfermo, el doctor Antomarchi procedió a abrir el cadáver, conforme Napoleón le había insistido tanto. En seguida estirpo el corazón, que, con arreglo a las instrucciones recibidas, puso en alcohol para entregárselo a María Luisa. Pero en aquel momento se presentaron los ejecutores testamentarios diciendo que sir Hudson Lowe se negaba a dejar salir de Santa Elena, no sólo el corazón, sino cualquier otra parte del cuerpo. Todo debía quedar en la isla: el cadáver estaba clavado a su patíbulo.

Entonces se preocuparon de escoger un sitio digno para dar sepultura al Emperador, y se dio preferencia a un lugar que Napoleón no había visto más que una vez, pero del cual hablaba siempre con agradable recuerdo. Sir Hudson Lowe accedió a que se abriera la huesa en aquel sitio.

Terminada la autopsia, el doctor Antomarchi reunió con una sutura las partes separadas, lavó el cuerpo y se lo confió al ayudante de cámara, que lo amortajó con el traje que el Emperador solía llevar, esto es, calzón de cachemir blanco, medias de seda blancas, largas botas de montar con espolines, chaleco blanco, corbata blanca recubierta de otra negra sujeta con una hebilla por detrás, la banda de la Legión de Honor, la casaca de coronel de cazadores de la guardia con las cruces de la Legión de Honor y la Corona de Hierro, y finalmente el sombrero apuntado. El cadáver fue sacado de la sala el 6 de mayo a las cinco y cuarenta y cinco y expuesto en la pequeña alcoba que se había convertido en cámara ardiente. Tenía las manos libres; estaba tendido sobre su lecho de campaña, con la espada al costado; sobre su pecho descansaba un crucifijo y echada a sus pies estaba la capa de Marengo. Así permaneció expuesto dos días.

El 8 por la mañana, el cuerpo del Emperador, que debía reposar bajo la columna, y el corazón, que debía ser enviado a María Luisa, fueron depositados en una caja de lata, con una especie de almohada forrada de raso blanco. Como no se pudo poner el sombrero en la cabeza del difunto por falta de espacio, se le colocó a los pies. Alrededor se esparcieron águilas y monedas de toda clase acuñadas con su efigie durante su reinado; también se depositaron su cubierto, su cuchillo y su plato con sus armas. Se metió esta primera caja en otra de caoba, la cual fue puesta a su vez en otra de plomo, la que se colocó en una cuarta caja de caoba semejante a la segunda, pero más grande; y luego se expuso el féretro en el mismo sitio en que había estado expuesto el cuerpo.

A las doce y media, los soldados de la guarnición transportaron el féretro a la gran alameda del jardín, donde

le aguardaba el carro fúnebre. Se le cubrió con un terciopelo morado, sobre el cual se echó la capa de Marengo, y la comitiva fúnebre se puso en marcha por el orden siguiente:

El abate Vignali, revestido con los ornamentos sacerdotales, llevando a su lado al joven Enrique Bertrand, el cual traía una pila de plata con agua bendita y el hisopo.

Los doctores Antomarchi y Arnott.

Las personas encargadas de cuidar el féretro, tirado por cuatro caballos llevados de la brida por palafreneros y escoltado a cada lado por cuatro granaderos sin armas; estos debían llevar el ataúd en hombros cuando el carro no pudiera avanzar por el mal estado del camino.

El joven Napoleón Bertrand y Marchand, ambos a pie a los lados del féretro.

Lo condes Bertrand y Montholon a caballo, inmediatamente detrás de aquél.

Una parte de la servidumbre del Emperador;

La condesa Bertrand con su hija Hortense, en una carretela tirada por dos caballos llevados de la brida por palafreneros, que iban hacia el lado del precipicio.

El caballo del Emperador guiado por su picador Archambaud.

Los oficiales de marina, a pie y a caballo.

Los oficiales de Estado Mayor, a caballo.

El general Coffin y el marqués de Monchenu, a caballo.

El contralmirante y el gobernador, a caballo.

Los habitantes de la isla.

Las tropas de la guarnición.

La fosa se abrió a cosa de un cuarto de milla más allá de Hut’s-Gate. El féretro se detuvo junto a ella y el cañón empezó a hacer un disparo cada cinco minutos.

Se bajó el cadáver a la tumba mientras el P. Vignali recitaba las preces de los difuntos; se le puso con los pies

vuelto al Oriente, que había conquistado, y la cabeza hacia el Occidente, en donde había reinado.

Luego una enorme piedra, que debía servir para la casa del Emperador, selló su última morada y pasó del tiempo a la eternidad.

Entonces se trajo una placa de plata en la cual estaba grabada la inscripción siguiente:

NAPOLEÓN

Nacido en Ajaccio el 15 de agosto de 1769.
Muerto en Santa Elena el 5 de mayo de 1821.

Pero en el momento en que se la iba a clavar en la piedra, sir Hudson Lowe se acercó y, en nombre de su Gobierno, dijo que no se podía poner en la tumba más inscripción que la siguiente:

EL GENERAL BONAPARTE

ANEXO

TESTAMENTO DE NAPOLEÓN

Hoy, 15 de abril 1821, en Longwood, isla de Santa Elena.
Este es mi testamento o acta de mi última voluntad.

I

1º Muero en la religión católica, apostólica y romana, en cuyo seno nací hace más de cincuenta años.

2º Deseo que mis cenizas reposen a orillas del Sena, en medio del pueblo francés, a quien tanto he querido.

3º Siempre me he sentido afortunado de tener a mi lado a mi muy querida esposa María Luisa; hasta el último momento conservo para ella mis más tiernos sentimientos. Le ruego que vele para preservar a mi hijo de las asechanzas que rodean su infancia.

4º Encomiendo a mi hijo que no olvide nunca que ha nacido príncipe francés y que no se preste jamás a servir de instrumento en manos de los triunviros que oprimen los pueblos de Europa. Jamás debe combatir ni perjudicar en ningún modo a Francia; siempre debe adoptar mi divisa: «*Todo para el pueblo francés*».

5º Muero prematuramente, asesinado por la oligarquía inglesa y su sicario. El pueblo inglés no tardará en vengarme.

6º Los dos resultados tan desastrosos de las invasiones de Francia, cuando aún contaba con tantos recursos, son consecuencias de las traiciones de Marmont, Augereau,

Talleyrand y La Fayette. Yo les perdono; ¡ojalá pueda la posteridad francesa perdonarles como yo!

7º Doy gracias a mi buena y excelente madre, al cardenal, a mis hermanos José, Lucien, Jérôme, Pauline, Caroline, Julie, Hortense, Catarine y Eugène, por el interés que me han profesado. Perdono a Louis el libelo que ha publicado en 1820; está lleno de aserciones falsas y de documentos falsificados.

8º Desapruebo el *Manuscrito de Santa Elena,* y otras obras que, con título de *Máximas, Sentencias,* etc., se han publicado hace seis años; tales no son las reglas que han dirigido mi vida. Mandé prender y juzgar al duque de Enghien porque era necesario para la seguridad, el interés y el honor del pueblo francés, cuando, según confesión propia, tenía a sueldo sesenta asesinos en París. En análoga circunstancia, volvería a hacer lo que hice.

II

1º Lego a mi hijo las cajas, condecoraciones y demás objetos como vajilla de plata, cama de campaña, armas, sillas de montar, espuelas, vasos de mi capilla, libros, ropa interior que ha servido para mi cuerpo y para mi uso, conforme al estado adjunto. Deseo que este pequeño legado le sea grato, porque le representará el recuerdo de un padre del que le hablará el universo.

2º Lego a lady Holland el camafeo antiguo que el padre Pío VI me dio en Tolentino.

3º Lego al conde Montholon dos millones de francos en prueba de mi satisfacción por los cuidados filiales que me ha prestado de seis años a esta parte, y como

indemnización de las pérdidas que le ha causado su residencia en Santa Elena.

4º Lego al conde Bertrand quinientos mil francos.

5º Lego a Marchand, mi ayuda de cámara, cuatrocientos mil francos. Los servicios que me ha prestado son los de un amigo. Deseo que se case con una viuda, hermana o hija de un oficial o soldado de mi guardia vieja.

6º *Ídem,* a Saint-Denis, cien mil francos.

7º *Ídem*, a Novarre (Noverraz), cien mil francos.

8º *Ídem*, a Piéron, cien mil francos.

9º *Ídem* a Archambaud, cincuenta mil francos.

10º *Ídem* a Coursot, veinticinco mil francos.

11º *Ídem*, a Chandelier, veinticinco mil francos.

12º *Ídem*, al abate Viganli, cien mil francos. Deseo que construya su casa cerca de Ponte Nuevo di Rostino.

13º *Ídem*, al conde Las Cases, cien mil francos.

14º *Ídem*, al conde Lavalette, cien mil francos.

15º *Ídem*, al cirujano en jefe Larrey, cien mil francos. Es el hombre más virtuoso que he conocido.

16º *Ídem*, al general Brayer cien mil francos.

17º *Ídem*, al general Lefèbvre-Desnouettes, cien mil francos.

18º *Ídem*, al general Drouot, cien mil francos.

19º *Ídem*, al general Cambronne, cien mil francos.

20º *Ídem*, a los hijos del general Mouton-Duvernet, cien mil francos.

21º *Ídem*, a los hijos del bravo Labédoyère, cien mil francos.

22º *Ídem*, a los hijos del general Girard, muerto en Ligny, cien mil francos.

23º *Ídem*, a los hijos del general Chartrand, cien mil francos.

24º *Ídem*, a los hijos del virtuoso general Travot, cien mil francos.

25º *Ídem*, al general Lallemant mayor, cien mil francos.

26º *Ídem*, al conde Réal, cien mil francos.

27º *Ídem*, a Costa de Bastelica, en Córcega, cien mil francos.

28º *Ídem*, al general Clausesl, cien mil francos.

29º *Ídem*, al barón Menneval, cien mil francos.

30º *Ídem*, a Arnault, autor de *Marius*, cien mil francos.

31º *Ídem*, al coronel Marbot, cien mil francos. Le animo a seguir escribiendo en defensa de la gloria de los ejércitos franceses y confundiendo a sus calumniadores y apóstatas.

32º *Ídem*, al barón Bignon, cien mil francos. Le animo a proseguir la historia de la diplomacia francesa de 1792 a 1815.

33º *Ídem*, a Poggi di Talavo, cien mil francos.

34º *Ídem*, al cirujano Emmery, cien mil francos.

35º Estas sumas se tomarán de los seis millones que he apartadas al partir de París en 1815 y de los intereses a razón del cinco por ciento desde julio de 1815. Los condes Montholón, Bertrand y Marchand ajustarán las cuentas con el banquero.

36º Todo lo que este dinero produzca más de la suma de cinco millones quinientos mil francos de que he dispuesto anteriormente, se distribuirá en gratificaciones a los heridos de Waterloo y a los oficiales y soldados del batallón de la isla de Elba, con arreglo a mi estado trazado por Montholon, Bertrand, Drouot, Cambronne y el cirujano Larrey.

37º Estos legados se pagarán, en caso de muerte, a las viudas y a los hijos y a falta de estos volverá a la cuenta general.

III

1º Como mi dominio privado es de mi propiedad, de la que ninguna ley francesa me ha privado, se pedirá cuenta de él al barón de la Bouillerie, que es el tesorero. Debe de ascender a más de doscientos millones de francos; a saber: 1º, la cartera que contiene las economías que he hecho de mi lista civil por espacio de catorce años, la cuales ascienden a más de doce millones anuales, si no me engaña la memoria; 2º, el producto de esta cartera; 3º, los muebles de mis palacios, como estaban en 1814, comprendiendo los palacios de Roma, Florencia y Turín; todos estos muebles han sido comprados con el dinero de las rentas de la lista civil; 4º, la liquidación de mis casas del reino de Italia, vajilla y objetos de plata, alhajas, muebles, caballerizas; el príncipe Eugène y el intendente de la corona Capagnoni rendirán las cuentas.

2º Lego mi dominio privado, la mitad a los oficiales y soldados que queden del ejército francés que hayan combatido desde 1792 hasta 1815 por la gloria y la independencia de la nación, y cuyo reparto se hará a prorrata de los sueldos en activo servicio; y la otra mitad a las ciudades y campos de Alsacia, Lorena, Franco-Condado, Borgoña, Isla de Francia, Champagne, Forez, Delfinado, que hayan sufrido a causa de una u otra invasión. De esta suma se sacará un millón para la ciudad de Brienne y otro millón para la de Méri.

Nombro a los condes Montholón, Bertrand y Marchand mis ejecutores testamentarios.

El presente testamento, enteramente escrito de mi puño y letra, está firmado y sellado con mis armas.

Napoleón

(Sello)

ESTADO (A), ADJUNTO A MI TESTAMENTO

Longwood, isla de Santa Elena, a 15 de abril de 1821.

I

1º Los vasos sagrados que han servido en mi capilla de Longwood.

2º Encargo al abate Vignali que los guarde y los entregue a mi hijo cuando cumpla dieciséis años.

II

1º Mis armas, a saber: mi espada, la que llevaba en Austerlitz; el sable de Sobieski, mi puñal, mi espada corta, mi cuchillo de caza y mis dos pares de pistolas de Versalles.

2º Mi neceser de oro, el que me sirvió la mañana de Ulm, de Austerlitz, de Jena, de Eylau, de Friedland, de la isla de Lobau, del Moscova y de Montmirail; deseo que tenga gran valor a los ojos de mi hijo. El conde Bertrand es su depositario desde 1814.

3º Encargo al conde Bertrand que cuide y conserve estos objetos y los entregue a mi hijo cuando cumpla dieciséis años.

III

1º Tres cajitas de caoba, que contienen: la primera, treinta tabaqueras o bomboneras; la segunda, doce cajas con las armas imperiales, dos anteojos pequeños y cuatro cajas encontradas en la mesa de Luis XVIII en las Tullerías,

el 20 de marzo de 1815; la tercera, tres tabaqueras adornadas de medallas de plata, de uso del Emperador y diferentes objetos de tocador, conforme a los estados números I, II, III.

2º Mis camas de campaña, de las que he hecho uso en todas mis campañas.

3º Mi anteojo de guerra.

4º Mi neceser de tocador, uno por cada uno de mis uniformes, una docena de camisas, y un objeto completo de cada uno de mis vestidos y generalmente de todo cuanto se refiere a mi ropa de vestir.

5º Mi lavabo.

6º Un pequeño reloj que está en mi alcoba de Longwood.

7º Mis dos relojes y la cadena de pelo de la Emperatriz.

8º Encargo a Marchand, mi primer ayuda de cámara, que guarde estos objetos y los entregue a mi hijo cuando cumpla dieciséis años.

IV

1º Mi estuche de medallas.

2º Mi vajilla de plata y mi porcelana de Sèvres que he usado en Santa Elena (estados B y C) 3º Encargo al conde Montholon que guarde estos objetos y se los entregue a mi hijo cuando cumpla dieciséis años.

V

1º Mis tres sillas y bridas, mis espuelas que me han servido en Santa Elena.

2º Mis cinco escopetas de caza.

3º Encargo a mi montero Noverraz que guarde estos objetos y se los entregue a mi hijo cuando cumpla dieciséis años.

VI

1º Cuatrocientos volúmenes escogidos en mi biblioteca, de los que algunos tanto han servido para mi uso.

2º Encargo a Saint-Denis que los guarde y se los entregue a mi hijo cuando cumpla dieciséis años.

NAPOLEÓN

ESTADO *A*

1º No se venderá ninguno de los objetos que me han servido; los restantes se distribuirán entre mis ejecutores testamentarios y mis hermanos.

2º Marchand conservará mis cabellos y mandará hacer con ellos un brazalete con un candadito de oro para enviárselos a la emperatriz María Luisa, a mi madre, a cada uno de mis hermanos, hermanas, sobrinos, sobrinas, al cardenal y uno de tamaño considerable a mi hijo.

3º Marchand enviará uno de mis pares de hebillas de oro para zapatos al príncipe José.

4º Un par de hebillas pequeñas de oro, para ligas, al príncipe Lucien.

5º Un hebilla de cuello, de oro, al príncipe Jerôme.

ESTADO *A*

Inventario de mis efectos, que Marchand guardará para entregárselos a mi hijo.

1º Mi neceser de plata, el que está en mi mesa, provisto de todos sus utensilios, navajas de afeitar, etc.

2º Mi despertador. Es el despertador de Federico II que cogí en Potsdam (en la caja número III) 3º Mis dos relojes con la cadena de pelo de la Emperatriz y una cadena de mi pelo para el otro reloj. Marchand la mandará hacer en París.

4º Mis dos sellos (uno de Francia, guardado en la caja núm. III).

5º El pequeño reloj de pared dorado que está actualmente en mi alcoba.

6º Mi lavabo, su jarra y su pie.

7º Mis mesas de noche, las que me servían en Francia, y mi bidé de plata sobredorada.

8º Mis dos camas de hierro, mis colchones y mantas, si se pueden conservar.

9º Mis tres frascos de plata, donde solía transoportar el aguardiente que llevaban mis cazadores en campaña.

10º Mi anteojo de Francia.

11º Mis espuelas (dos pares).

12º Tres cajas de caoba, números I, II, III, que contiene mis tabaqueras y otros objetos.

13º Una cazoleta de plata sobredorada.

Ropa interior:

6 camisas.

6 pañuelos.

6 corbatas.

6 servilletas.

6 pares de medias de seda.

4 cuellos negros.

6 pares de calcetines.

2 pares de sábanas de batista.

2 fundas de almohada.
2 batas.
2 pantalones de dormir.
1 par de tirantes.
4 calzoncillos-camisetas de cachemir blanco.
6 pañuelos de madrás.
6 chalecos de franela.
4 calzoncillos.
6 pares de polainas.
1 cajita llena de mi tabaco.
Guardadas en la cajita número 3:
1 hebilla de cuello, de oro.
1 par de hebillas de ligas, de oro.
1 par de hebillas de oro, para zapatos.
Ropa de vestir:
1 uniforme de cazador.
1 *ídem* de granadero.
1 *ídem* de guardia nacional.
2 sombreros.
1 capote gris y verde.
1 capa azul (la que llevaba en Marengo).
1 pelliza verde de cibelina.
2 pares de zapatos.
2 pares de botas.
1 par de zapatillas.
6 cinturones.

NAPOLEÓN

ESTADO B

Inventario de los efectos que he dejado en casa del señor conde de Turenne.

1 sable de Sobieski. Por error se le han incluido en el estado *A*; es el sable que el Emperador llevaba en Abukir y que está en poder del conde Bertrand.

1 gran collar de la Legión de Honor.

1 espada de plata sobredorada.

1 *ídem* corta de cónsul.

1 *ídem* de hierro.

1 cinturón de terciopelo.

1 collar del Toisón de oro.

1 pequeño neceser de acero.

1 lamparilla de plata.

1 puño de sable antiguo.

1 sombrero a lo Enrique IV y una toca, los encajes del emperador.

1 estuche de medallas.

2 tapices turcos.

2 mantos de terciopelo carmesí bordado, con casacas y calzones.

1º Doy a mi hijo el sable de Sobieski.

Ídem el collar de la Legión de Honor.

Ídem la espada de plata sobredorada.

Ídem la espada corta de cónsul.

Ídem la espada de hierro.

Ídem el collar del Toisón de oro.

Ídem el sombreo a lo Enrique IV y toca.

Ídem el neceser de oro para los dientes, que se ha quedado en casa del dentista.

2º A la emperatriz María Luisa, mis encajes.

A Madame, la lamparilla de plata.

Al cardenal, el pequeño neceser de acero.

Al príncipe Eugène, el candelero de plata sobredorada.

A la princesa Pauline, el estuche de medallas.

A la reina de Nápoles, un pequeño tapiz turco.

A la reina Hortense, un pequeño tapiz turco.

Al príncipe Jerôme, el puño de sable antiguo.

Al príncipe José, un manto bordado, casaca y calzón.

Al príncipe Lucien, un manto bordado, casaca y calzón.

NAPOLEÓN

Hoy, 24 de abril de 1821, en Longwood.

Este es mi codicilo, o acta de mi última voluntad.

De los fondos remitidos en oro a la emperatriz María Luisa, mi muy amada y cara esposa, en Orleans en 1814, me queda a deber dos millones, de los que dispongo por el presente codicilo para recompensar a mis más fieles servidores, a quienes además recomiendo a la protección de mi querida María Luisa.

1º Recomiendo a la Emperatriz que mande restituir al conde Bertrand los treinta mil francos de renta que posee en el ducado de Parma y en el Monte Napoleón de Milán, así como los atrasos vencidos.

2º Le hago la misma recomendación en cuanto al duque de Istria, a la hija de Duroc y a otros de mis servidores que me han permanecido fieles y que me son siempre queridos: ella los conoce.

3º De los dos millones sobredichos, lego trescientos mil francos al conde Bertrand, sobre los cuales abonará cien mil francos en la caja del tesorero para que se inviertan, con arreglo a mis disposiciones, en legados de conciencia.

4º Lego doscientos mil francos al conde Montholon, sobre los cuales abonará cien mil francos en la caja del tesorero para el mismo uso antes mencionado.

5º *Ídem* , doscientos mil francos al conde Las Cases, sobre los cuales abonará cien mil francos en la caja del tesorero, para el uso antes mencionado.

6º *Ídem*, a Marchand, cien mil francos, de los cuales abonará cincuenta mil francos en la caja para el uso antes mencionado.

7º Ídem, A Jean Jérôme Lévi, alcalde que era de Ajaccio al principio de la revolución, o a su viuda, hijos o nietos, cien mil francos.

8º A la hija de Duroc, cien mil francos.

9º Al hijo de Bessières, duque de Istria, cien mil francos.

10º Al general Drouot, cien mil francos.

11º Al conde Lavalette, cien mil francos.

12º *Ídem*, cien mil francos, a saber: Veinticinco mil francos a Piéron, mi maestresala.

Veinticinco mil francos a Noverraz, mi montero.

Veinticinco mil francos a Saint-Denis, el encargado de mis libros.

Veinticinco mil francos a Santini, mi antiguo ujier.

13º *Ídem*, cien mil francos, a saber: Cuarenta mil francos a Planat, mi oficial de órdenes.

Veinte mil francos a Hébert, últimamente conserje en Rambouillet y que era de mi servidumbre en Egipto.

Veinte mil francos a Lavigné, que era últimamente conserje de una de mis caballerizas y que fue mi picador en Egipto.

Veinte mil francos a Jeannet-Dervieux, que era picador de mis caballerizas y me servía en Egipto.

14º Se distribuirán doscientos mil francos en limosnas a los habitantes de Brienne-le-Château que más han sufrido.

Los trescientos mil francos restantes se distribuirán entre los oficiales y soldados del batallón de mi guardia de la isla de Elba que vivan en la actualidad, o entre sus viudas o hijos, a prorrata de los sueldos y según el estado que se formará por mis ejecutores testamentarios; los amputados o

heridos gravemente percibirán el doble. El estado lo formarán Larrey y Emmery.

Este codicilo está todo él escrito de mi puño y letra, y firmado y sellado con mis armas.

Napoleón

(Sello.)

Hoy, 24 de abril de 1821, en Longwood.

Este es mi codicilo o acta de mi última voluntad.

De la liquidación de mi lista civil de Italia, tal como plata, alhajas, vajilla de plata, ropa interior, muebles, caballerizas, de que el Virrey es depositario, dispongo de dos millones que lego a mis más fieles servidores. Espero que sin buscar autorización en ningún pretexto, mi hijo Eugène Napoleón los entregará fielmente; no puede olvidar los cuarenta millones de francos que le he dado, ya en Italia o ya en el reparto de la herencia de su madre.

1º De estos dos millones, lego al conde Bertrand trescientos mil francos de los cuales pagará en la caja del tesorero cien mil francos para invertirlos, con arreglo a mis disposiciones, en el pago de legados de conciencia.

2º Al conde Montholon, doscientos mil francos, de los cuales pagará cien mil a la caja con el objeto susodicho.

3º Al conde Las Cases, doscientos mil francos, de los cuales pagará cien mil a la caja con el objeto susodicho.

4º A Marchand, cien mil francos, de los cuales pagará cincuenta mil a la caja con el objeto susodicho.

5º Al conde Lavallette, cien mil francos.

6º Al general Hogendrof, holandés, mi ayudante de campo, refugiado en Brasil, cien mil francos.

7º A mi ayudante de campo Corbineau, cincuenta mil francos.

8º A mi ayudante de campo Caffareli, cincuenta mil francos.

9º A mi ayudante de campo Dejean, cincuenta mil francos.

10º A Perey, cirujano en jefe en Waterloo, cincuenta mil francos.

11º Cincuenta mil francos, a saber:

Diez mil francos a Piéron, mi maestresala.

Diez mil francos a Saint-Denis, mi primer cazador.

Diez mil francos a Noverraz.

Diez mil francos a Cursot, mi repostero.

Diez mil francos a Archambaut, mi picador.

12º Al barón Menneval, cincuenta mil francos.

13º Al duque de Istria, hijo de Bessieres, cincuenta mil francos.

14º A la hija de Duroc, cincuenta mil francos.

15º A los hijos de Labédoyère, cincuenta mil francos.

16º A los hijos de Mounton-Duvernet, cincuenta mil francos.

17º A los hijos del bravo y virtuoso general Travot, cincuenta mil francos.

18º A los hijos de Chartrand, cincuenta mil francos.

19º Al general Cambronne, cincuenta mil francos.

20º Al general Lefèbvre-Desnouiettes, cincuenta mil francos.

21º Cien mil francos para repartirlos entre los proscriptos que vagan por países extranjeros, franceses o italianos o belgas u holandeses o españoles o de los departamentos del Rin, según las disposiciones de mis albaceas testamentarios.

22º Doscientos mil francos para repartirlos entre los amputados o heridos gravemente en Ligny y Waterloo que vivan todavía, según los estados formados por mis albaceas testamentarios, a los cuales se agregará Cambronne, Larrea, Percy y Emmery. Se dará doble a la guardia y cuádruple a los de la isla de Elba.

Este codicilo está escrito enteramente de mi puño y letra, y firmado y sellado con mis armas.

Napoleón

(Sello.)

Hoy, 24 de abril de 1821, en Longwood.

Este es un tercer codicilo a mi testamento del 15 de abril.

1º Entre los diamantes de la corona que se devolvieron en 1814, los había por valor de quinientos a seiscientos mil francos que no formaban parte de ellos y que procedían de mi propiedad particular; se procurara que sean reintegrados para pagar mis legados.

2º Yo tenía en casa del banquero Torlonia, en Roma, de doscientos a trescientos mil francos en letras de cambio, producto de mis rentas de la isla de Elba desde 1815. El señor de la Perruse, aunque no fuera ya mi tesorero y no tuviera carácter de tal, sacó sin permiso dicha suma. Se hará que la restituya.

3º Lego al duque Istria trescientos mil francos, de los cuales cien mil solamente reversibles a la viuda, si el duque hubiera muerto al abonarse este legado. Deseo, si en ello no hay inconveniente, que el duque se case con la hija de Duroc.

4º Lego a la duquesa Frioul, hija de Duroc, doscientos mil francos. Si hubiera fallecido antes del abono de este legado,

no se dará nada a la madre.

5º Lego al general Rigaud, que ha sido proscrito, cien mil francos.

6º Lego a Boisnod, comisario ordenador, cien mil francos.

7º Lego a los hijos del general Letort, muerto en la campaña de 1815, cien mil francos.

Estos ochocientos mil francos de legados serán como si se hubieran añadido a continuación del artículo 36 de mi testamento, lo que elevará a la suma de seis millones cuatrocientos mil francos la suma de los legados de que dispongo por mi testamento, sin comprender los donativos hechos por mi segundo codicilo.

Esto está escrito de mi puño y letra y firmado y sellado con mis armas.

NAPOLEÓN

(Sello.)

Al dorso:

Este es mi tercer codicilo a mi testamento, escrito todo entero de mi puño y letra y firmado y sellado con mis armas.

Se abrirá el mismo día e inmediatamente después de la apertura de mi testamento.

NAPOLEÓN

(Sello.)

Hoy, 24 de abril de 1821, en Longwood.

Este es un cuarto codicilo de mi testamento.

Con las disposiciones que hemos hecho anteriormente, no hemos cumplido todas nuestras obligaciones, lo cual nos ha decidido a hacer este cuarto codicilo.

1º Lego al hijo o nieto del barón Dutheil, teniente general de artillería, antiguo señor de Saint-André, que ha mandado la escuela de Auxonne antes de la Revolución, la suma de cien mil francos, como recuerdo de gratitud por los cuidados que este bravo general ha tomado de nosotros, cuando, como teniente y capitán, estábamos a sus órdenes.

2º *Ídem*, al hijo o nieto del general Dugommier, que dirigió como jefe el ejercito de Tolón, la suma de cien mil francos. Es un testimonio de recuerdo por las pruebas de aprecio, afecto y amistad que nos ha dado ese bravo e intrépido general.

3º *Ídem.* Lego cien mil francos al hijo o nieto del diputado de la Convención, Gasparin, representante del pueblo en el ejército de Tolón, por haber protegido y sancionado con su autoridad el plan contrario a la voluntad del enviado por la comisión de salvación pública, que concebimos y que valió la toma de aquella ciudad. Gasparin nos puso con su protección a cubierto de las persecuciones de la ignorancia de los Estados Mayores que mandaban el ejército antes de la llegada de mi amigo Dugommier.

4º *Ídem.* Lego cien mil francos a la viuda, hijo o nieto de nuestro ayudante de campo Muiron, muerto a nuestro lado en Arcole, cubriéndonos con su cuerpo.

5º *Ídem,* diez mil francos al sargento Cantillon, a quien procesaron como sospechoso de haber querido asesinar a lord Wellington, hasta que se reconoció su inocencia. Cantillon tenía el mismo derecho para asesinar a ese oligarca, que él para enviarme a perecer en la roca de Santa Elena. Wellington, que ha propuesto este atentado, procuraba justificarlo con el interés de Gran Bretaña; Cantillon, si hubiese verdaderamente asesinado al lord, se habría amparado y quedado justificado por los mismos motivos, es decir, con el interés de Francia para deshacerse

de un general que había violado la capitulación de París, y hecho, por consiguiente, responsable de la sangre de los mártires Ney, Labédoyère, etc., y del crimen de haber saqueado los museos, contra el texto de los tratados.

6º Estos cuatrocientos mil francos se añadirán a los seis millones cuatrocientos mil francos de que hemos dispuesto y elevarán nuestros legados a seis millones ochocientos diez mil francos. Estos cuatrocientos diez mil francos deben considerarse como formando parte de nuestro testamento, artículo 35, y correr en todo la misma suerte que los demás legados.

7º Las nueve mil libras esterlinas que hemos dado al conde y a la condesa de Montholon, si se pagan, deben deducirse y cargarse en cuenta de los legados que les hacemos en nuestros testamentos; si no se pagan, se anularán nuestros billetes.

8º Mediante el legado hecho en nuestro testamento al conde Monthol0n, queda anulada la pensión de veinte mil francos concedida a su mujer. El conde Montholon queda encargado de pagársela.

9º Como la administración de semejante herencia, hasta su completa liquidación, exige gastos de oficinas, gestiones, comisiones, consultas, defensas, entendemos que nuestros albaceas testamentarios perciban un tres por ciento sobre todos los legados, sea sobre los seis millones ochocientos mil francos, o ya sobre la sumas fijadas en los codicilos, o bien sobre los doscientos millones de francos del dominio privado.

10º La sumas procedentes de estas retenciones se depositarán en manos de un tesorero y se gastarán por orden de nuestros albaceas testamentarios.

11º Si las sumas procedentes de dichas retenciones no fuesen suficientes para cubrir los gastos, se atenderá a

estos a expensas de los tres albaceas testamentarios y del tesorero, cada cual en la proporción del legado que les hemos hecho en nuestro testamento y codicilo.

12º Si las sumas procedentes de dichas retenciones fuesen mayores que las necesidades, el sobrante se repartirá entre nuestros tres albaceas testamentarios y el tesorero, en proporción de sus legados respectivos.

13º Nombramos tesorero al conde Las Cases, y en su defecto a su hijo, y en defecto de éste, al general Drouot.

El presente codicilo está enteramente escrito de mi puño y letra, y firmado y sellado con mis armas.

Napoleón

(Sello.)

PRIMERA CARTA. A. M. LAFFITE

Longwood, isla de Santa Elena, 25 de abril de 1821

Señor Lafitte:

En 1815, en el momento de salir de París, os he entregado la cantidad de cerca de seis millones, de la cual me habéis dado recibo por duplicado; he anulado uno de los recibos y encargo al conde Montholon que os presente el otro para que después de mi muerte le entreguéis dicha suma con los intereses a razón de cinco por ciento a partir del 1 de julio d 1815, deduciendo los pagos que hayáis hecho en virtud de órdenes mías.

Deseo que se haga la liquidación de vuestra cuenta de común acuerdo entre vos, los condes Montholon y Bertrand y el señor Marchand, y una vez arreglada la liquidación, os doy, en virtud de la presente, por enteramente exento de la expresada suma.

Asimismo os envié una caja conteniendo mis medallas; os ruego que la entreguéis al conde Montholon.

No teniendo más objeto esta carta, ruego a Dios, señor Laffite, que os tenga en su santa y digna guarda.

Napoleón

SEGUNDA CARTA. AL SEÑOR BARÓN DE LABOUILLERIE

Longwood, isla de Santa Elena, 25 de abril de 1821

Sr. Barón Labouillerie, tesorero de mi dominio privado: os ruego que entreguéis la cuenta y el importe de este dominio, después de mi muerte, al conde Montholon, a quien he encargado la ejecución de mi testamento.

Como esta carta no tiene más objeto, ruego a Dios, señor barón Labouillerie, que os tenga en su santa y digna guarda.

Napoleón

NOTAS

[1]. Esta escena ocurrió delante de M. Parmentier, médico del regimiento en que Buonaparte era segundo teniente.

[2]. La primera carta, fechada el 20 de febrero de 1800, estaba concebida en estos términos:

«Cualquiera que sea su conducta aparente, hombres tales como vos, caballero, no infunden jamás inquietud. Habéis aceptado un cargo eminente, y yo os lo agradezco. Mejor que nadie sabéis cuánta fuerza y poder se necesitan para labrar la felicidad de un gran pueblo. Salvad a Francia de sus propios furores, y habréis llenado los deseos de mi corazón; devolvedla a su rey, y las generaciones futuras bendecirán vuestra memoria. Siempre seréis una gran necesidad para el Estado y yo podré pagar con cargos importantes la deuda de mi abuelo y la mía. Luis».

Esta carta, que no tuvo contestación, fue seguida de otra concebida así:

«Desde hace largo tiempo, general, debéis saber cuánto os aprecio. Si dudáis que yo sea susceptible de agradecimiento, señalad vuestro lugar y pedid lo que deseáis para vuestros amigos. En cuanto a mis principios, yo soy francés; y clemente por carácter, lo seré también por razón. No, el vencedor de Lodi, de Castiglione y de Arcole, el conquistador de Italia y de Egipto, no puede preferir a la gloria una vana celebridad; pero perdéis un tiempo precioso. Podemos asegurar la gloria de Francia, y digo *podemos,* porque para esto necesito a Bonaparte, y porque él no podría hacerlo sin mí. General, Europa os observa, la gloria os espera, y yo estoy impaciente por devolver la paz a mi pueblo. Luis».

Bonaparte contestó en 24 de septiembre siguiente:

«He recibido vuestra carta, caballero, y os doy gracias por las lisonjeras palabras que me decís. No debéis desear la vuelta a Francia, porque os sería necesario marchar sobre cien mil cadáveres. Sacrificad vuestro interés al reposo y a la felicidad de la nación, y la Historia os lo tendrá en cuenta. No soy insensible a las desgracias de vuestra familia, y me agradará saber que estáis rodeado de todo cuanto puede contribuir a la tranquilidad de vuestro retiro. Bonaparte».

Recordemos aquí, para completar la historia de estas negociaciones, la famosa carta por la cual, tres años más tarde, Luis XVIII mantenía sus pretensiones al trono de Francia:

«No confundo al general Bonaparte con aquellos que le han precedido; aprecio su valor, sus talentos militares, y le agradezco algunos de sus actos administrativos, pues el bien que se haga a mi pueblo me será siempre caro; pero se engaña si cree inducirme a transigir con mis derechos; muy por el contrario, él mismo los determinaría, si pudieran ser causa de litigio, por el paso que da en este momento. Ignoro cuáles son los designios de Dios respecto a mi raza y mi persona; pero conozco las obligaciones que me ha impuesto por la categoría en que me permitió nacer. Como cristiano, cumpliré con estas obligaciones hasta exhalar el postrer aliento; hijo de San Luis, sabré, a ejemplo

suyo, respetarme hasta en la prisión; y sucesor de Francisco I, quiero por lo mismo poder decir como él: "Todo lo hemos perdido, menos el honor"».

[3]. Napoleón hizo él mismo la crítica a este plan:

«Esta primera disposición, cometió un grave error, y fue causa del giro no poco decisivo que la batalla tomó. Hubiera sido necesario enviar a Davoust con sus cuatro divisiones al hueco que había quedado entre el reducto de la izquierda y el bosque de Oustiza, hacer marchar por aquí a Murat con su caballería, apoyar estas fuerzas con Ney con sus westfalianos, y dirigirlas hacia Semenofskoe. Mientras la guardia joven hubiera marchado por escalones en el centro, y Poniatovsky, reunido con Davoust, flanquearía la derecha de Teuczkof en el bosque de Oustiza. De este modo hubiéramos agobiado desde el principio la izquierda de los rusos con fuerzas imparables, obligándoles a un cambio de frente paralelo al gran camino de Moscú y al Moscova, que entonces habrían tenido a su espalda. En aquel hueco no había más que cuatro débiles regimientos de cazadores aguardando en el boscaje; de modo que el éxito no parecía dudoso.» (JOMINI, *Vida política y militar de Napoleón,* tomo V, p. 230 y ss.).

[4]. Relación de René Bourgeois.

[5]. «Su ejército habría quedado totalmente deshecho –dice Napoleón en sus *Memorias–,* si lo hubiese perseguido durante la noche, como lo hicieron conmigo el 18 por la noche. Les he dado muchas lecciones; pero a mí vez me han enseñado que una persecución nocturna, por peligrosa que parezca para el vencedor, tiene también sus ventajas».

[6]. «En las otras campañas –dice Napoleón en sus *Memorias–,* Ney hubiera ocupado a las seis de la mañana la posición delante de los Quatre-Bras, habría desbaratado y cogido prisionera toda la división belga, y envuelto el ejército prusiano, haciendo de desfilar por la calzada de Namur un destacamento que hubiera caído sobre la retaguardia de la línea de batalla; o marchando con rapidez por la carretera de Jemmapes, hubiera sorprendido en la marcha la división de Brunswick y la quinta división inglesa, que venia de Bruselas y desde allí marchado al encuentro de la primera y tercera divisiones inglesas, que llegaban por la carretera de Nivelles, una y otra sin caballería ni artillería y extenuadas de cansancio».